

JAVIER PÉREZ ANDÚJAR

*La noche
fenomenal*



Lectulandia

El equipo de un programa de televisión dedicado a los fenómenos paranormales descubre que unos hechos anómalos, hasta entonces nunca registrados, se hacen realidad en la misma Barcelona desde la que emite. Al mismo tiempo la ciudad es azotada sísmicamente por la meteorología y por la repentina irrupción de personajes procedentes de otra Barcelona, que vienen a pedirles auxilio a los integrantes de La noche fenomenal, que así es como se llama el programa de este grupo de amigos. A lo largo de esta novela a ratos hilarante, a ratos melancólica y a ratos filosófica, el narrador presentará a cada miembro del equipo. Conoceremos, entre otros, al director, bon vivant y empeñado en salvar el programa de su desaparición; a De Diego, escéptico en todo menos en su fe en los animales inexistentes; al Jugador de Ajedrez, ardoroso activista, con su pipa apagada entre los dientes; a Paulina, conocedora de las civilizaciones desaparecidas, que prepara un monográfico sobre el templo más antiguo de la humanidad; a Ro, la guionista y coleccionista de casos de platillos volantes; a Hermosilla, editor de una revista esotérica y pusilánime para lo importante de la vida... Acompañan de peripecia en peripecia a este grupo de amigos una larga serie de personajes salidos de una Barcelona cómica y trágica, unas veces posiblemente real y otras no demasiado, como la madre del narrador, que tiene poderes telepáticos; el histórico editor y librero José Batlló; el escritor de novelas del oeste Carl Malone; el madrigalista del Clot, de quien se dice todo y no se sabe nada, y acaso la protagonista absoluta de esta historia, una frágil muchacha que se hace llamar Isis, por no llamarse Isabel. En ocasiones frente a ellos y en otras de su lado, un misterioso jubilado enganchado al rock andaluz, el señor Comajuán, guardará cada nueva frontera que crucen estos amigos. Todo empieza cuando un profesor de dibujo descubre que se ha convertido en Walt Disney... Esta es una novela de amistad y esoterismo, desenfundada, llena de romanticismo, estrafalaria, trepidante, enloquecida, poética y muy barcelonesa. Un destilado de alta graduación literaria que confirma a Javier Pérez Andújar como una de las voces más sorprendentes, descacharrantes, mestizas y libres de nuestra literatura.

Lectulandia

Javier Pérez Andújar

La noche fenomenal

ePub r1.0

Titivillus 20.09.2019

Título original: *La noche fenomenal*
Javier Pérez Andújar, 2019
Imagen de cubierta: Marcos Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Eduardo, frente a la casa de Bram Stoker

Vayamos a buscar lo que no encontraremos.

La búsqueda del Santo Grial,
anónimo, s. XIII

1

SE CONOCE LA PANDILLA Y TODO VA DE MARAVILLA.

Ángel acababa de regresar de Dijon, donde estuvo viviendo cerca de un año. Era alto y tenía los ojos de color azul pálido. Se había afincado en esa ciudad de la Francia históricamente profunda, antigua capital del ducado de Borgoña, en busca de las huellas del diablo por sus viejas calles empedradas, sus caserones, sus mansiones residenciales, sus iglesias, sus fortificaciones. Nuestro encuentro tuvo lugar una tarde en la librería Jaimes, desterrada a la calle Valencia, y *de facto* la librería francesa de Barcelona. Durante muchos años, la librería estuvo en el paseo de Gracia, pero se vio forzada a irse del lugar más señorial de la ciudad a causa de la especulación. Lo mismo había ocurrido en las Ramblas con la librería Documenta. La ciega entrega a la especulación y al turismo llevaba tiempo dejando el centro de la ciudad sin vecinos y sin libros. Solo policías y gente desorientada.

En la sala de actos de Jaimes (al final del local), se exhibía aquellos días una selección litográfica de la obra de Jean-Baptiste Perronneau, un pintor sin fama que hizo retratos de gente desconocida a las puertas de la revolución francesa. Buena parte de su pintura está en el Museo de Bellas Artes de Orleans, como es el caso del óleo que dedicó al dibujante y hombre de negocios Aignan-Thomas Desfriches, señor de la Cartaudière, donde aún se ve vivir a la vieja Francia. Desfriches mira irónicamente, tiene el rostro ensombrecido por el tiempo sin afeitar y viste el satén informal azul, esa ropa cara de andar por casa que tan de moda se puso entre los filósofos de la época; Diderot, a quien se debe el nacimiento de la Ilustración y la creación de la Enciclopedia (luz republicana que quiso eclipsar al astro rey), también sale vestido así en un cuadro de la misma época. Ángel se detuvo para contemplar la figura de Desfriches y llevaba un elegante abrigo de terciopelo azul que le hacía parecerse a ese personaje. Pero yo no había ido a la librería a visitar esa exposición, no es mi mundo, sino para oír la conferencia que Ángel iba a dar en unos minutos sobre el otro mundo.

En la calle se levantó un aire frío. La gente que pasaba se abrochó las chaquetas, se agarró las solapas mientras seguía caminando desconcertada, dando la impresión de que de repente se habían quedado sin saber adónde ir. Empezaron a tiritar los árboles y sus hojas arrancaban a volar saltando desde sus ramas unas tras otras, y las que se amontonaban en la acera eran alzadas por ráfagas intermitentes. Las señales de tráfico tableteaban con su ruido de chapa. Y en una de aquellas ventoleras el día se oscureció del todo. La tarde se había hecho añicos antes de acabarse, y el cielo negro se instaló para dar paso a la noche, y así quedaría decretada de manera irrevocable la llegada de aquel invierno.

La conferencia de Ángel se titulaba «Satán herético en el siglo de los Valois». Yo había recibido el anuncio a través de la lista de correo de la librería. Por aquel entonces muchos de quienes formaríamos poco después el equipo de *La noche fenomenal* no nos conocíamos ni teníamos experiencia televisiva, salvo el Jugador de Ajedrez, que frecuentaba televisiones y radios como experto en ocultura, es decir, en cultura oculta. El Jugador de Ajedrez se llamaba Piñeiro, y era de Lugo, pero vivía en Barcelona desde que tenía cuatro años. Ahora era un cincuentón de mejillas coloradas que hablaba con voz sonora. Al estrechar su mano por primera vez, sentí cómo la amistad es algo que se transmite físicamente.

Ángel se puso las gafas para repasar unos datos, se las quitó y empezó la charla explicando que la calle donde había vivido en Dijon se llamaba rue de la Verrerie, y estaba próxima a la iglesia de Notre-Dame, en cuyas gárgolas los ángeles caídos aparecen representados dramáticamente con cuernos en la cabeza y las alas llenas de escamas, pero él las llamó «alas papelonadas» utilizando un término de heráldica. Dijo que las gárgolas no eran tan antiguas como la catedral, pues según una leyenda las originales fueron arrancadas y las sustituyeron con estas. Ocurrió en el siglo XIII, el tiempo del poeta Rutebeuf, el juglar de París. Léo Ferré le dedicaría una canción a Rutebeuf que oiríamos muchas veces en casa de Ángel, un altillo en el Ensanche, achicharrante en verano y gélido en invierno. Según aquella leyenda local, un prestamista muy rico de Dijon decidió casarse en la catedral, pero el día de la boda, al pasar bajo el porche del templo, se desprendió una estatua que representaba a un usurero con tan mala fortuna que le cayó encima y lo mató. Los otros prestamistas tuvieron miedo de que cualquier día les pasase lo mismo y pidieron que fuesen destruidas las estatuas del pórtico. Así se reemplazaron las estatuas por demonios. Toda la Edad Media es un esfuerzo por arrojar a los judíos al infierno.

No llegábamos a diez los asistentes a la conferencia. Siempre creo que todo lo que me gusta me lo voy a encontrar lleno de gente, y luego nunca va nadie. En la primera fila había una chica muy joven con un sombrero de terciopelo que tomaba notas en una libreta de espiral. Se sentaba a su lado un hombre de largas patillas blancas. Primero creí que iban juntos, pues el tipo no paraba de darle explicaciones cada vez que ella apuntaba una frase, pero luego comprendí que era uno de esos solitarios cuya forma de pedir ayuda es ofrecerla sin parar. En el turno de preguntas, el hombre se irguió apoyado sobre un rústico bastón como los que llevan los pastores, explicó que había venido desde Lérida exclusivamente para asistir a ese acto, pues le parecía insólito el tema, y dijo que aunque creía en el diablo a él no le daba miedo condenarse *ad æternum* en el infierno, añadió que ahora vivía en un piso diminuto con su hermana mayor que estaba casi ciega, y que había pedido una ayuda por discapacidad pero no se la concedían, especificó cuánto pagaban de hipoteca y volvió a sentarse sin hacer ninguna pregunta en concreto. Entre aquel público también se encontraban varios de los que muy pronto iban a ser mis compañeros de programa. Ya he nombrado al Jugador de Ajedrez, que sujetaba entre los dientes una pipa apagada. Junto a él se sentaba J. L. Hermosilla, con su americana de cuadros y el casco negro de la moto, que dejó en la silla contigua, y a su otro lado estaba De Diego, con su perilla de hombre de mundo y su chaleco de safari, y su colgante en el cuello con un colmillo, y una bolsa de plástico de la cadena de perfumerías La Balear en la que guardaba un frasco. Todos se habían puesto en primera fila. Poco antes de empezar la charla les vi saludar muy amistosamente a Ángel. Me pareció que formaban una pandilla tan bien avenida que me desazonó no conocerles personalmente, pero aun así no me atreví a entrarles. De Ángel solía leer sus columnas en *Rumbo 3*, la revista que dirigía J. L. Hermosilla. Eran textos escritos muy cuidadosamente, hasta literarios podría decirse, si no fuera porque por lo general en la literatura de ciencias ocultas lo más oculto es la literatura.

Al final de la conferencia, cuando empezó a irse todo el mundo, y solo quedaban la chica del gorro, que esperaba para pedirle un autógrafo a Ángel, y el hombre de las patillas blancas, que miraba a todas partes agarrado a su bastón, me armé de valor y abordé a aquellos amigos. Les expliqué que practicaba viajes astrales y que había pensado montar una agencia de viajes de este tipo. Nos entendimos a la primera y me invitaron a tomar una copa con ellos. El bar estaba muy cerca y tenía en la fachada un rótulo de plástico amarillo con un misterioso objeto negro dibujado (tal vez pudiera ser un

mejillón) y unas letras que decían Bar La Lastra (aunque, dado ese nombre, quizá fuese una piedra el motivo del dibujo).

El propietario era un tipo de cabello moreno y bastante calvo, pero mediante un laborioso peinado era capaz de resaltar llamativamente ambas condiciones. De altura era bajo aunque daba la impresión de ser más alto. Llevaba una camisa negra de manga larga arremangada hasta los codos, y a pesar de que parecía silencioso no paraba de hablar.

—Jacinto, ¿nos pone cinco *gin-tonics*? —ordenó Ángel con esta pregunta.

Al coger el dueño la botella de ginebra, apareció un póster de Rafael Farina pegado con celo a un espejo. He de reconocer que apenas sabría nombrar tres o cuatro éxitos de Farina, al contrario de lo que me ocurre con Manolo Escobar, del cual hasta podría decir dónde nació, cuántos hermanos eran, con quién se casó, los lugares en que vivió, y alguna vez hasta he sido capaz de arrancarme cantando «El porompompero» y «Que viva España». De Farina solo sabía que era de Salamanca y por curiosidad pregunté por ese cartel en el bar, pero también pregunté por ganas de oír hablar al dueño. Jacinto me explicó cortésmente pero sin dejar de protestar que admiraba a Farina más como paisano que como cantante, pues ambos eran de la misma tierra, si bien de pueblos distintos, y que él era de Vitigudino, donde un hermano suyo llevaba media vida como concejal socialista, aunque era el más conservador de la familia.

Con los *gin-tonics*, Jacinto nos puso una bandejita de cacahuets salados, a los que llamó manises, y otra de quicos, a los que llamó pepes.

—Esto nadie lo ha visto antes —dijo De Diego sacando el frasco de su bolsa de La Balear. Parecía flotar algo enroscado dentro de un líquido pastoso—. No lo abro porque huele un poco. Son unos excrementos que alguien recogió en el Himalaya.

—¿Cómo has conseguido esta maravilla? —J. L. Hermosilla hizo el gesto de echar mano al recipiente y De Diego lo apretó contra su pecho—. Esto me lo tienes que dejar fotografiar para la revista. Va en portada el mes que viene.

—Ya veo el titular —dije—: Mierda para los negacionistas.

—Es que aún no me atrevo a hacerlo público, J. L. —dijo De Diego.

—Cuando te decidas, tengo que estar delante. Será una jornada histórica. ¿De dónde lo has sacado? —dijo J. L.

—Me lo dio un *sherpa* con los brazos llenos de tatuajes raros. Pero no a cambio de dinero sino solo por la causa. Él está convencido de que pertenecen al yeti. Quería que los analizáramos en Occidente. Si se halla en lo cierto,

probablemente se trate de la primera vez que alguien da con una huella inequívoca de la criatura.

—Una cosa así te podría garantizar tu entrada en la posteridad —dijo el Jugador de Ajedrez sosteniendo la pipa en una mano.

—Y asegurar el futuro de tus hijos —añadí.

—¡Pero si no tengo hijos!

—Pues es lo mejor que les podrías haber legado —dije.

—No sabía que habías estado de viaje —dijo Ángel.

—Bueno, es que no he salido. Al *sherpa* le conocí en la bodega Saltó del Poble Sec. Como le vi tomándose una Coca-Cola solo en una mesa, me decidí a abordarle. Se sorprendió porque le hablé en chino mandarín, y por supuesto a la que tuve ocasión saqué el tema del yeti. Enseguida me di cuenta de que no podía haber encontrado interlocutor más apropiado, pues conocía muchas leyendas e historias, y me habló de diferentes tipos de yeti. El más común es el de alta montaña, pero también existen yetis de otras clases. Y hay quien habla de un yeti pirenaico del tamaño del desmán de los Pirineos. El desmán de los Pirineos es como un topo con pelo de yeti. El caso es que a mitad de su explicación el *sherpa* dio un salto y salió por piernas. Yo creí que le había dicho algo horrible sin darme cuenta, así que para consolarme me acabé su Coca-Cola y su bolsa de patatas, pero se las tuve que restituir, ya que al rato se presentó con este frasco. Me explicó que aquí él se llama Meritxell, ya que es lo más parecido que había oído en Barcelona a su nombre, y que cuando se enteró de que era nombre de mujer ya se había acostumbrado a llamarse así, sin contar además con que nadie se extrañaba, pues la gente creía que se trataba de algo parecido a Meritxell pero que no era Meritxell. Trabajaba de aprendiz en una barbería del barrio y barría el suelo. En sus rutas como guía por el Himalaya, en una zona que no me quiso precisar, le había llamado la atención la presencia de estos excrementos. No se parecían a los de ningún animal conocido. Tenían forma como de ensaimada y relucían en la oscuridad. Empezó a frecuentar el lugar por su cuenta y riesgo, y dedujo que aquel punto era utilizado por una extraña criatura para hacer sus necesidades, razón por la que decidió ir a horas diferentes del día y de la noche, y hasta llegó a quedarse allí acampado en la nieve, con el propósito de descubrir de qué animal se trataba. Pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Sin embargo, si volvía a pasar por allí durante su trabajo de guía, de nuevo encontraba estiércol reciente. Y así fue repitiéndose a lo largo de todo el tiempo en que ejerció aquella tarea. Pero un día la tristeza llegó hasta su corazón y decidió emigrar en busca de una vida mejor, y pensó que podría

instalarse en Barcelona, ya que había guiado a muchos catalanes. Hay que ver lo que les gustan a los catalanes las montañas con nieve, me dijo. Como alguien le había contado la historia del *caganer*, se trajo los excrementos pensando que aquí sabríamos apreciarlos. Me pidió que en cuanto tuviera algo pasara por la barbería a decírselo.

De Diego era de Tarragona, de la zona donde están las petroquímicas, pero llevaba más de la mitad de su vida viviendo en Barcelona, donde había estudiado lenguas orientales, turismo y también algunos cursillos relacionados con las ciencias ambientales. Al hilo de su conversación recordé haber leído artículos de De Diego en *Rumbo 3*, siempre sobre asuntos de criptozoología, en los que era experto.

J. L. Hermosilla cerró los ojos durante un rato pronunciando unas frases que no se llegaban a entender. Pero de pronto los abrió de par en par y chasqueó los dedos con el rostro iluminado. El lunar que ocupaba el centro de su mejilla vibró como una estrella lejana.

—¡Ya lo tengo, De Diego! Mi suegro fue químico en pinturas Procolor, cuando estaban en la playa de San Adrián del Besós. Hoy la fábrica ha desaparecido, la derrumbaron y ha quedado un solar vacío. Hay que ver cómo ha cambiado San Adrián. Mi suegro vive retirado y ahora se saca un sobresueldo ayudando a un vecino en el reparto de jamones de Teruel. No sabría decirte si es de Mora de Rubielos o de Rubielos de Mora. Siempre me confundo. Podemos ir a verle para que nos asesore. Su mundo ya es el de las degustaciones de jamón, pero seguro que aún se acuerda de muchos laboratorios. Tienes razón. Es mejor que mantengamos esto en secreto hasta que podamos demostrar que se trata de heces del yeti.

—¿Cómo haría el *sherpa* para traer esos restos orgánicos desde tan lejos? Al avión seguro que no se los dejaron subir. Y, bueno, aseguraría que aún parecen frescos —dijo el Jugador de Ajedrez.

—Me garantizó que iban a durarme toda la vida. Era un tipo muy peculiar, y de algún modo me resultaba familiar su rostro. Como si antes lo hubiera visto en la tele, o en el cine... No sabría decirlo. Quizá se parecía a David Carradine.

Hasta ese momento habíamos estado solos en aquel bar pequeño y oscuro con olor a poso de café. Pero entonces se abrió la puerta de la calle, De Diego se apresuró a meter su frasco en la bolsa y cambiamos de conversación. En aquellos días, ninguno de nosotros, excepto Ángel, conocía al librero Batlló, que acababa de entrar en La Lastra. Le siguió una bocanada de aire frío. Nos estremecimos todos y Batlló dio un gruñido y se giró para cerrar la puerta.

Ángel dejó doblado sobre el taburete su elegante abrigo azul y se dirigió a recibir a su amigo dándole un abrazo, y lo invitó a unirse a nosotros. Batlló era de estatura más baja que el dueño del bar, llevaba la cabeza completamente rapada y una barba castaña y encanecida cubría su rostro redondo. Tenía los pies muy grandes y cierto aspecto de ogro, pero su risa era de genio bueno aunque tenía el hombre un poco de mal genio. Luego supe que años atrás había sido muy conocido en el mundo de las letras y encontré su biografía en varios libros. Era hijo de un comunista catalán que se exilió y vivió semioculto en Sevilla al acabar la guerra civil, y, apenas cumplidos los veinte años, Batlló regresó a Barcelona en busca de la vida y del éxito literarios. Por eso hablaba un catalán de acento andaluz, lo que no resultaba desconcertante sino muy adecuado.

Sin que nadie se lo pidiera, Jacinto puso sobre la barra una jarra de litro de cerveza, y Batlló se la bebió sin respirar.

—Jacinto, ponme una cerveza, hombre —dijo secándose la espuma de la barba con la manga de su jersey de lana. El dueño del bar le sirvió otro tanque y le ofreció una bandejita de altramuces, a los que llamó chochos—. ¿Cómo ha ido la conferencia, Ángel? No he podido llegar hasta ahora. Me quedé toda la tarde solo en la librería. Ha sido poco movida, pero ha valido la pena. Le he vendido un libro de Roger Wolfe a un repartidor que solo compra poesía. El tipo sabe lo que se lleva.

Batlló se quedó cabizbajo contemplando su jarra, y nosotros permanecemos callados. Ángel descansó la mejilla sobre una mano y miró fijamente al librero. De Diego tenía apoyado un pie en el tubo de metal de abajo de la barra. No le gustaba sentarse. Era un defensor a ultranza de permanecer de pie en las barras. Otra ráfaga de viento empujó la puerta de aluminio. El dueño salió para cerrarla pero se quedó abierta.

2

EL LIBRERO EN SU LIBRERÍA ES ARRASTRADO POR LA POLICÍA.

Como en La Lastra Batlló me contó que también vendía libros usados, fui a Taifa en busca de alguna sorpresa. Batlló había puesto todo su empeño en ser un proscrito. Nunca me lo dijo así, pero lo hacía notar a cada momento. Creí que el nombre de Taifa lo eligió para reafirmar su individualismo o como gesto de coquetería; pero una vez me explicó que lo que le interesaba de esa palabra no era su significado de reino independiente sino otro sentido secundario, el que aludía a una reunión de personas de mala vida o poco juicio.

Batlló compraba bibliotecas fascinantes, pues era amigo de muy buenos lectores: profesores, periodistas, escritores..., y en las mesas destinadas a los libros de ocasión (tablones apoyados sobre caballetes) las sorpresas se amontonaban. En la entrada, la ventana que hacía de escaparate la había dedicado a novedades sobre el cine, pues la librería se encontraba a unos pasos de las salas Verdi, y durante una época adornaba las vitrinas de estos cines poniendo volúmenes relacionados con las películas que se proyectaban. De dentro de aquellos libros sobresalía el punto de lectura con el membrete de Taifa. Una de las películas favoritas de Batlló era *Luna de papel*, la historia de un tipo sin techo ni futuro que viajaba con su hija vendiendo Biblias por los pueblos.

Junto a la puerta de cristal de Taifa, Batlló había puesto una pizarra donde todos los días escribía con buena caligrafía una frase del tipo: «Cometió el grave error de creer que su talento le dispensaría de trabajar». Batlló nunca había dejado de publicar, pero para hacerlo elegía los soportes más efímeros. Los primeros que conoce toda persona: la cuartilla, la pizarra, los sitios donde se aprende. Batlló fue poeta de joven y había dado a la imprenta algunos poemarios como *Canción del solitario*, *La mesa puesta*, *La señal...*, era la época de la poesía social y del verso de tú a tú dirigido a un amigo, a la vida o

a uno mismo. Aparecía retratado en blanco y negro en las contraportadas de sus libros con una cazadora o con camisa de guerrillero, con barba, sosteniendo en brazos a su hija recién nacida, sonriendo siempre. Cuando le conocí ya le había cambiado la sonrisa. A pesar de ser buen poeta, Batlló creyó en los otros más que en él y de repente dejó de escribir de forma radical (en realidad dejó radicalmente de escribir), y se puso a fundar revistas literarias y a editarles a los demás libros de poesía en una colección a la que llamó El Bardo, hasta que se convirtió en un celebrado editor y ganó fama como descubridor de grandes autores. Entonces abandonó esto igual que había dejado de escribir poesía. Pero todo eso sucedió hace mucho tiempo, durante la última década de la dictadura franquista y la primera de la democracia monárquica. Más tarde, en los años ochenta del siglo pasado, abrió su librería en Gracia cuando aún las calles del barrio eran oscuras y tenían adoquines. Antes, el local había sido una vaquería, y de ahí conservaba la librería su espaciosidad y cierta rusticidad, y a continuación la reemplazó una tienda de ropa de moda que se llamaba La Calle, pues parte de su suelo era la propia acera, sobre la que se levantaba el local, y de esa *boutique* Taifa conservaba su piso con las baldosas de flor típicas de Barcelona. Le encantaba a Batlló organizar presentaciones de libros, y aún más irse luego a cenar con los autores invitados y el puñado de amigos que frecuentaban aquellos actos. Muchos de los escritores que participaban eran vacas sagradas de la cultura que habían dado sus primeros pasos junto a él cuando todo era compromiso y chocar de vasos. Una vez Manuel Vázquez Montalbán fue a presentar su libro *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*, y a Batlló no se le ocurrió otra cosa que pedirle delante de una librería hasta los topes que explicase cómo se había convertido de charnego en polaco. Durante los años iniciales, el negocio estuvo regentado por la hija de Batlló, otra coquetería más del librero. No el hecho de tener una hija, sino ponerla al frente de Taifa como emblema de su mundo. Por supuesto, también era una manifestación de amor. Batlló sería incapaz de hacer algo sin amor. Hasta cuando se ponía de mala leche lo hacía por amor propio. A su hija la llamó Noemí en homenaje al primer suscriptor, es decir, suscriptora, de la colección El Bardo. Pero, al poco de abrir la librería, Noemí desaparecería trágicamente y Batlló se quedaría trágicamente solo entre sus libros.

Aquella tarde encontré entre los mamotretos de ocasión la novela *El vagabundo de las estrellas*, de Jack London. Ese libro lo tuve desde que era adolescente y lo había leído muchas veces, de hecho siguiendo las indicaciones de su protagonista me inicié en la práctica de los viajes astrales.

La primera noche que me salió bien un viaje quedé tan impresionado que no llegué a completarlo, pues regresé precipitadamente a mi cuerpo físico cuando mi cuerpo astral acababa de salir disparado hacia un prado que se proyectaba frente a mí. Lo que me atrajo de aquella edición, en la colección Manantial de Plaza & Janés, era la portada. Tenía un dibujo tétrico, que representaba a un preso sin camisa doblado sobre sí, en un pasillo de rejas, junto a una botella tirada. No creo que la cubierta mostrase del todo la intención de la novela, pero la ilustración era estremecedora. Batlló me dijo que si lo esperaba me invitaría a cenar. La noche se alargó hasta las tres de la mañana y apenas probamos bocado. Lo intentamos en un restaurante familiar, pero los hijos de los dueños vieron que estábamos solos y se pusieron a jugar al fútbol entre las mesas. Lo dejamos en el primer plato y nos fuimos a tomar una copa.

—¿Así que eres amigo de Ángel? —murmuró Batlló—. Quién lo diría. Compráis libros muy diferentes. Este que te has llevado de Jack London también lo edité yo hace años, no con una cubierta tan truculenta pero sí que era todavía más fea. Le encargamos la colección a un diseñador de renombre, y nos hizo un experimento. Era imposible entender el título del libro. La verdad es que tampoco le pagamos. Ángel tiene muy buen gusto eligiendo libros, es muy fino.

—No he visto que tuvieras una sección de ocultismo.

Batlló se rio sin alegría.

—¿Tú también te dedicas a eso? —me dijo.

—Hago magia de verdad, es decir, de la que tiene truco. Soy ilusionista profesional. Actúo en reuniones de empresa, fiestas, alguna sala... También valen librerías. No me gano la vida así, pero tampoco me la gano de otra manera. Empecé a estudiar periodismo y lo dejé porque estaba muy lejos la universidad. Me daba palo ir hasta el quinto pino, a Cerdanyola, cuando lo que yo quería hacer estaba a la vuelta de la esquina. Estaba en mí mismo. Aprendí cuatro trucos con una caja de Magia Borrás, y después fui practicando, leyendo, frecuentando tiendas especializadas, algún taller, conociendo a otros magos. Antes de la Magia Borrás, había visto en televisión *Las manos mágicas*. Se me quedó la canción: «Las manos mágicas le dirán la forma de aprender bonitos trucos que de magia son, el resto depende de usted». Todo está en las manos. ¿Has leído *El artesano*, de Richard Sennett?

—Por lo menos reconoces que haces truco. Entonces, ¿crees que Ángel miente cuando cuenta eso del demonio?

—No, a él me lo creo.

—¿Y al demonio?

—No.

Estábamos en la barra del Salambó, un café de dos plantas que durante unos años dio un premio literario que llevaba su nombre. En la planta baja, había en las paredes fotografías de cada edición del premio con los jurados y los galardonados. Grupos de escritores sonrientes. Algunos aún eran conocidos. Otros ya no. Fui al lavabo, un sitio muy moderno para hacer una de las cosas más viejas del mundo, y cuando volví Batlló había pedido dos *whiskys*.

—¿Conoces a Pedro Zarraluki, el escritor? —me dijo—. Acaba de irse. Es uno de los dueños de este bar. Tiene unas cosas... Hace poco sacó un libro de cuentos y no se le ocurrió más que meterme de personaje en uno. Lo que me faltaba ahora, verme de personaje en un libro.

—¿Te molesta? Es un detallazo por su parte.

—No, está bien. Está muy bien. Pero me tendría que haber sacado más alto y con los ojos verdes. Acaba de decirme que lo quiere presentar en la librería.

—Pero ¿sales con tu nombre y todo?

—No, eso no.

—Menos mal, tiene que dar mucho corte que te saquen en una novela con tu nombre.

—No es corte. Bueno, sí es corte, pero no por los demás. Es por uno mismo. A veces lo pienso. De vez en cuando viene algún despistado a la librería a preguntarme por El Bardo, por *Camp de l'Arpa*, cuando hacíamos la revista. Hay uno de la universidad que quiere digitalizar toda la colección, y no hace más que insistir y no se cree que no guardo ni un ejemplar. También me piden cartas porque han visto que mantuve correspondencia con tal o cual escritor. Max Aub me mandaba unas cartas muy divertidas. Van dados. No conservo nada. A duras penas me conservo yo. Es lo que le digo a Jordi...

—¿Quién es Jordi?

—Jordi es ahora el alma de la librería. Si no fuera por él no sé cómo iba a llevarla. Y ya se lo he dicho para que lo tenga bien claro: lo que más rabia me daría, bueno, me da ahora porque luego no estaré, es que una vez muerto me hicieran homenajes, me sacaran de personaje literario. Por lo menos Zarraluki me da la opción de defenderme, me lo ha hecho en vida. Y eso de la magia ¿dices que no te da para vivir?

—Vivo con mi madre.

Volvió a soltar una risotada.

—Está durilla la vida, está durilla —dijo—. ¿Hace mucho que conoces a Ángel?

—¿Personalmente? Qué pregunta, disculpa. Personalmente os conocí a los dos el mismo día, pero a Ángel lo voy leyendo en la revista.

—¿Es que escribe en una revista?

—En *Rumbo 3*. Es una revista de esoterismo.

De nuevo rio secamente.

—Viene mucho por Gracia, pasa por la librería desde el primer día que abrí. Y siempre me sorprende con lo que se lleva. Lee muy bien.

—Pero ¿qué clase de libros compra?

—Novela. Yo no vendo libros de ocultismo. No estoy tan chiflado. Una vez entró un hombre en la librería y me dijo: ¿Tiene *El triángulo de las Bermudas*, de Camilo José Cela?

Batló se recreó un rato largo en un silencio inhóspito. Dejamos el Salambó y recorrimos otros bares a través de la noche, recuerdo que recalamos en el Galpón Sur y luego en el Felipe, y cuando ya no pude más y vi que empezaba a no ser dueño de lo que decía le dije a Batlló que me iba a mi casa. Él cruzaba la plaza de la Revolución en difícil equilibrio, pero mantenía la cabeza lúcida y la conversación clara. Me acompañó hasta un taxi y me recomendó que al entrar en casa no hiciera ruido para no despertar a mi madre.

—¿Tú sigues de marcha? —le pregunté.

Otra vez rio.

—No. Creo que me vuelvo a la librería a coger algún libro. Me he quedado en el piso sin nada para leer. A ver si tengo más suerte esta vez.

—¿Con el libro?

—No, con la policía. El mes pasado me detuvo la guardia urbana porque me confundieron con un ladrón. Vieron luz en la librería, sería más o menos esta hora, y yo había ido como ahora a buscar algo para leer. Pero ¿quién va a meterse en un librería a las tres de la mañana a robar un libro? Pues eso fue lo que se pensaron esas lumbreras. Claro, me resistí, forcejeamos y les puse de vuelta y media y les dije que era el dueño, y que en mi librería entraba y salía a la hora que me daba la gana, y que esto no era *Fahrenheit 451* —Batlló pronunció fareneit y enumeró la cifra—, y los muy imbéciles me tiraron al suelo y me apretaron las esposas hasta hacerme sangre en las muñecas, y me sacaron de la librería arrastrándome de barriga por el suelo, y me tuvieron detenido toda la noche. Y encima son ellos los que me han denunciado a mí. Pero yo les dije de todo. Ahora estoy a la espera del juicio.

Le dije adiós desde dentro del taxi sacando la mano por la ventanilla para tendérsela y Batlló me la estrechó con fuerza, y se le quedó una mirada de felicidad y luego dio media vuelta en dirección a la librería, y el taxi tomó Torrent de l'Olla hacia abajo, y en la esquina de la pastelería de Travessera le pedí que girara a la izquierda.

3

LLEGA EL PROFESOR OSÍAS Y CONVIERTE EN DOGMA LAS HEREJÍAS.

La noche en que estrenamos el programa Ángel se presentó con un traje blanco, una camisa de rayas y zapatos de cocodrilo. Llevaba gemelos de nácar y reloj de pulsera de esfera ovalada, todo conseguido a buen precio en los Encantes. El plató era pequeño, pero eso hacía que el ambiente resultase acogedor. Olía a polvo y a material eléctrico, y ahí estaba Ángel de repente, sentado con aplomo en una silla giratoria de oficina, y en el centro había una mesa baja de cristal cubierta de revistas y de libros sobre esoterismo, y encima de ella una pecera redonda con un pez de verdad que se llamaba Jodorowsky y no paraba de dar vueltas, y detrás de Ángel había un mural con un ovni típico que hacía de decorado y que tenía impreso el nombre del programa, y a su lado rutilaba un plasma donde se sucedía una rueda de imágenes misteriosas que nos habíamos bajado de internet por toda la cara. Sonó la sintonía del programa, «La Ritournelle», de Sébastien Tellier, y en ese instante en que empezó a emitirse por primera vez *La noche fenomenal*, Ángel echó su peso sobre un brazo, lo apoyó en la rodilla e, inclinado, sonrió con picardía a una de las tres cámaras que había frente a él y dijo: «Buenas noches, amigos fenomenales, hoy empieza un programa dedicado a todo lo que nos gusta y deseamos comprender. Para apadrinarnos en nuestro viaje sin retorno, si pudiera decirse de cualquier viaje que tiene retorno, le hemos pedido que nos acompañe a un maestro al que admiramos y cuyo prestigio se sustenta, cómo no, en los muchos libros que ha publicado, y que con tanto deleite y provecho, eso espero, hemos leído». Y a continuación nombró algunos de esos títulos al tiempo que iba mostrando los libros a la cámara.

—Bienvenido, profesor Osías. Muchas gracias por haber tenido la amabilidad de acompañarnos en este bautizo catódico de *La noche fenomenal*. Usted ha dedicado un gran esfuerzo, prácticamente toda su vida, si no fuera un abuso decir que toda, a comprender o por lo menos a exponer los

innumerables fenómenos que por tan diversos motivos, que nosotros no tendremos la osadía de cuestionar, el mundo científico ha preferido excluir de su ámbito de acción o de interés. Pero a continuación la pregunta que cualquier persona que los ha visto de cerca, me refiero a los fenómenos no a los científicos, que los ha vivido o que quizá solo ha oído hablar de ellos en una conversación, o leyendo un diario, la pregunta que surge es esta: ¿es el mundo un lugar extraño? No sé qué opinará usted al respecto, profesor Osías.

Ángel nos había citado para seguir en directo el debut de su programa desde la sala de invitados de la tele local, y en cuanto concluyeron aquellas palabras de presentación, Rosario, De Diego, el Jugador de Ajedrez, J. L. Hermosilla y yo nos pusimos a aplaudir y a dar vivas, delante del pequeño aparato de televisión que hacía de monitor. No solo resultaba extraordinario ser amigo de un periodista que había conseguido un programa de televisión para hablar de nuestro mundo, para dar a conocer todo lo que nos fascinaba, sino que encima estaba sentado con nuestro ídolo, el pionero en la divulgación televisada de las ciencias paranormales, el profesor Osías, la persona con las ojeras más profundas del universo, con los ojos sobre acantilados, el escéptico que determinó nuestros caminos y a causa del cual nos habíamos encontrado en esta aventura, que él mismo apadrinaba.

A Rosario la llamábamos Ro y con dos letras desacralizábamos su nombre. Fue aquella noche cuando nos conocimos. Sin apenas cruzarnos palabra, los dos seguíamos deslumbrados la entrevista de Ángel al profesor Osías desde un sofá psoriásico, y yo le iba pasando a ella montaditos de queso y de jamón de una bandeja de cartón dorado con blonda blanca, y ella me correspondía con café de termo en vaso de plástico. Ro sería a partir de la semana siguiente la guionista del programa, y nosotros empezábamos a desfilar como colaboradores por aquel plató de moqueta circular salpicada de lamparones. Ro era muy delgada y pálida, como si hubiera caído en manos de los vampiros. Llevaba el pelo a lo afro y una camiseta caqui con el logo del Black Panther Party. De largo era la más joven de nuestro grupo. Se había diplomado como graduada social pero también era experta en ufología. Concretamente, en paraufología, que es la ciencia que estudia los casos de avistamientos de ovnis que van acompañados de algún tipo de fenómeno paranormal. Esto ocurre más de lo que se dice. Y mira que se dice. Sufrir crisis de telepatía es una de las manifestaciones más habituales; pero otras veces dichas alteraciones pasan desapercibidas pues se confunden con dolencias cotidianas. A menudo aparecen al cabo de unos días, cuando los testigos entran en contacto con un campo electromagnético. Ro llevaba una

estadística de gente que aseguraba haber visto un ovni y a la que luego le dolía la cabeza cada vez que se subía a un ascensor, o se encontraba cerca de una fotocopidora o ponía una lavadora. Había quien tenía que renunciar a hacer sus tareas domésticas, y no eran pocos a los que eso les había pasado una desoladora factura familiar. Otras personas, tras ser testigos en un avistamiento, adquirirían facultades premonitorias que nadie tomaba en serio, ni siquiera su propio destino. Al igual que Ángel, Ro era una lectora voraz, y aquel día del estreno se trajo al programa como amuleto uno de sus libros preferidos, *La historia de San Michele*, del doctor Axel Munthe. Por encima de leer, Ro soñaba con escribir historias fantásticas, pero como nunca se decidía a lanzarse se matriculó en un taller de escritura del barrio de Gracia, y fue esto lo que la convirtió en la guionista de *La noche fenomenal*. Buena parte del éxito del programa iba a deberse a su imaginación literaria. Ro había estado viviendo en pareja con un grafólogo de Canovelles que salía en TV3, pero entonces se enamoró del dueño de la pizzería a la que íbamos a comer, así que se fueron juntos a un piso de la calle del Tigre, que estaba encima de un restaurante-bar filipino que anunciaba escrito a mano *halo halo* a tres euros. Poco después empezó a echar de menos la letra del grafólogo, pero, cuando quiso volver, este ya no quería saber nada pues sufrió lo que llamaba un cambio de paradigma y se había liado con un experto en música antigua conocido con el sobrenombre del madrigalista del Clot.

—Profesor Osías, se acaba de editar un libro excepcional sobre ufología...

Ro no dejó terminar a Ángel, y De Diego chistó para que nos callásemos y le permitiésemos oír la entrevista.

—*Ovnis: del espacio exterior al espacio interior*, de Moisés Garrido —respondió Ro desde la sala de invitados—. Es buenísimo. Me lo he leído esta noche de un tirón.

—*Ovnis: del espacio exterior al espacio interior*, de Moisés Garrido Vázquez —dijo Ángel alzando su ejemplar para que lo viesan los espectadores, y volvió a dejarlo en la mesa—. Tradicionalmente, no se ha tenido en cuenta el factor humano en el fenómeno ovni, y eso es lo que este libro quiere señalar. Muchos empezamos a leer sobre este asunto en aquellos volúmenes que llegaban azarosamente a los kioscos. Por supuesto, me refiero a autores como Erich von Däniken o Andreas Faber-Kaiser; pero hay otro libro muy especial, acaso no perteneciente de manera absoluta a la ufología, y que sin embargo creo que fue el título más leído, más comentado y, para muchos de nuestra generación, el que más nos marcó. Me refiero a *El triángulo de las Bermudas*, de Charles Berlitz.

El profesor Osías contempló seriamente el volumen y contestó con voz profunda y pausada.

—Hubo otro que se leyó tanto o más, pero que tuvo menos repercusión porque Charles Berlitz ya era un gigante y el autor de este otro aún no había alcanzado tanta reputación, de modo que quizá parecía un estudio menos serio. También es cierto que el título pecaba de sensacionalismo. No sé si tú leíste, permíteme que te responda con el tuteo, estamos entre colegas, eso, no sé si conoces aquella obra de Alejandro Vignati...

—¡*El triángulo mortal de las Bermudas!* Era un libro azul...

—Y el de Berlitz era dorado, otoñal, efectivamente. El libro de Vignati era azul porque salía en la portada un barco de cruceros en alta mar. Y el de Berlitz mostraba un platillo volante entre las nubes, durante una puesta de sol, también sobre el mar. Pero fíjate en cómo desde las dos portadas se definía claramente la tendencia de cada libro. Si con Berlitz el ovni se presentaba como posible causa de las desapariciones, con Vignati el sujeto destacado eran las víctimas, es decir, los barcos, sus pasajeros.

—¿Es posible abordar los estudios paranormales desde el humanismo, profesor Osías?

—Mal vamos si no admitimos de una vez que las brujas, los chamanes, los alquimistas, los astrólogos, los magos... están en la forja del conocimiento humano.

—Usted es doctor en psiquiatría...

El profesor Osías confirmó solemnemente con un movimiento de cabeza.

—¿Se interesaba ya de estudiante por estos asuntos? ¿Compartía esta curiosidad con los compañeros de carrera?

—Los aficionados a estas cosas somos gente solitaria. Pero disculpa, te lo voy a razonar. Hablo como un viejo. Ahora en vez de razonar se dice desarrollar. En fin, hemos cambiado la razón por el rollo. En el título del libro que antes has mostrado, el de Moisés Garrido, va implícito esto tan veleidoso que acabo de afirmar. Me refiero a que somos gente solitaria. Nuestra preocupación por el espacio exterior procede de nuestro espacio interior.

Mientras el profesor Osías hablaba, Ángel apuntó algo con su pluma estilográfica en una libreta Moleskine, y cuando acabó se llevó el índice a la cara en gesto de interés.

—¿Recuerdas aquella película de Spielberg? *Encuentros en la tercera fase*. —Al decir esto el profesor Osías sonrió por primera vez. Mientras Ángel le contestaba, nuestro invitado le dio un sorbo al *gin- tonic* que había disimulado en un vaso de cartón.

—Tengo un recuerdo muy nítido —dijo Ángel—. Me llevaron mis padres cuando se estrenó. Todo el mundo salía del cine tarareando la música y a mí me daba vergüenza de que me oyeran hacerlo. Pero no dejaba de tararearla por miedo a que se me olvidase.

—¿Y no experimentaste en ningún momento de la película un sentimiento muy grande de soledad?

—Vuelvo a sentirlo siempre que pienso en ella. ¿A usted le pareció una buena película?

—Yo también pienso a menudo en ella. Mira, diría que al más allá se llega leyendo un libro raro una tarde que uno se queda solo, o leyendo revistas especializadas en la habitación, en tu cuarto en la casa de tus padres, o escuchando programas de misterio en la radio por la noche, en la cama. Todo ese montón de gente que sale a recibir al ovni en *Encuentros en la tercera fase* no es más que una manada de solitarios. Fíjate en el personaje que hacía François Truffaut, el científico, el investigador. Aquel aire vulnerable que tenía reproducía perfectamente cómo nos sentimos todos los aficionados a estos asuntos.

En la sala de invitados nos mirábamos asintiendo. Yo llegué a lo paranormal por la risa. Para creer se necesita sentido del humor. No se puede creer seriamente en nada. Habíamos acabado con los bocadillos y De Diego cogió la bandeja de cartón y buscó una papelera para tirarla y, como no la encontró, volvió a poner la bandeja donde estaba.

—A mí me gustó más que *La guerra de las galaxias* —dijo el Jugador de Ajedrez.

—Porque eres un intelectual —contestó De Diego.

El Jugador de Ajedrez ocupaba un cargo técnico en la red de bibliotecas de la Diputación que abastecía a todos los barrios de Barcelona y de su área metropolitana, y en la medida de lo honesto procuraba potenciar los libros y las conferencias de nuestro género; pero también por otras razones, siempre debidas a su entusiasmo, había cobrado renombre en los ambientes esotéricos de la ciudad. Consultó la hora en su reloj de cuerda y se dispuso a entrar en el plató para hacer la recomendación de los actos, presentaciones, charlas relacionadas con el mundo del misterio que iban a celebrarse esa semana en Barcelona; pero antes abrió un maletín de ejecutivo para sacar una esponja de lustrar y se abrigó los zapatos de fabricación italiana.

—¿Qué más solitario que elegir algo donde nadie te toma en serio? —siguió hablando el profesor Osías, y esbozó una sonrisa que su barba gris apenas dejaba percibir.

El Jugador de Ajedrez aprovechó para entrar en el plató el momento de emitir un breve reportaje grabado (se trataba de una visita a una librería especializada que había en el Paralelo) y, con el cable del micro asomando bajo la chaqueta, ocupó una silla giratoria junto al profesor.

Al finalizar el programa nos fuimos a celebrarlo al bar de enfrente, en la Vía Layetana. Fue allí donde Ángel también nos pidió al resto que colaborásemos en *La noche fenomenal*, pero lo tenía muy pensado, pues nos hizo a cada uno propuestas personales y muy acertadas. Ángel sabía detectar lo mejor y lo más útil de cualquier persona y ponerlo en movimiento.

—Javier —me dijo—, tú no te escapas, que por algo te he pedido que vengas esta noche.

Yo estaba sentado frente a él, y estudiaba sus gestos, sus facciones, sus ojos celestes, intentaba comprenderle, o descriptarle, a través de los detalles, y a la vez observaba la calle a sus espaldas. Contemplar el paso de la gente desde el bar tiene algo de plano cartesiano, que aún a lo que uno hace y lo que uno es. Y así perdía a ratos el hilo de lo que Ángel me estaba contando, pues se me iba toda la atención a lo que ocurría afuera, que era nada, o nada relevante, el pasar de un coche, una mujer con un abrigo, un hombre con las manos en los bolsillos, alguien andando rápido, o alguien al que se le veía a una legua que se dirigía de cabeza a un problema. La cantidad de gente que pasa por la acera con cara de pedir socorro... Me pareció entonces que había empezado a llover y busqué en el suelo las primeras gotas, y creí distinguir su brillo, y también creí adivinar al trasluz de una farola las líneas rotas de la lluvia.

—No es para que hables de viajes astrales —me dijo Ángel como haciéndome ver que esos viajes no eran lo más importante en mi vida—, lo que quiero es que vengas todas las semanas a cerrar el programa con un truco de magia. La gente agradece siempre irse con una sonrisa. Puedes venir con tu camisa negra y tu pajarita de lunares, como en los *flyers* que repartes.

—¿Me estás contratando como ilusionista?

—¿Es que acaso somos otra cosa?

Ángel conocía el modo de hacer que los demás se sintiesen reconocidos por sus actos, por sus sueños. Volví a mirar la lluvia sobre la acera y el imperceptible chispear se había convertido en un chaparrón silencioso. Continuamos planeando el futuro del programa, y el profesor Osías, que se había apuntado a tomar unas cañas con nosotros, se quedó en silencio mirando a lo lejos.

4

AÚN QUEDAN HOMBRES CON BIGOTE QUE NO TIENEN CARA DE HOTENTOTE.

Bastaron pocos programas para que el bar Ski se constituyese en nuestro centro neurálgico. Su dueño, el señor Dimas, era gallego, y Gómez, el camarero, era filipino. Ambos iban de uniforme, camisa blanca y pantalones negros. El dueño no atendía las mesas, se quedaba como un icono ruso, allí en la barra.

—Mirad, ¿conocéis wikileaks? Pues olvidaos, porque wikileaks está manipulado. Pero esto otro va a misa, esto de aquí viene de la deep web.

A J. L. Hermosilla se le electrizaba el lunar de la mejilla siempre que descubría un caso de conspiración. Esa noche nos explicaba que la CIA ya había estado en Marte. Sacó un folio de una carpeta, pero como no era ese, lo guardó, sacó otro y volvió a cerrarla con las gomas.

Gómez nos trajo otra ronda de piñas de cerveza, así se llamaba ese tipo de copa, y también trajo otro platito de almendritas saladas. El plato era pequeño, como de servicio de café, de modo que resultaba lógico llamarlo con el diminutivo; sin embargo las almendras eran normales. J. L. cogió un puñado y lo contempló sobre la palma de la mano antes de seguir contándonos lo que había descubierto.

Aunque el bar tenía la persiana a medio bajar y apenas había movimiento en la calle, pues eran cerca de las dos de la madrugada, el dueño y el camarero seguían atendiéndonos sin mostrar impaciencia. A Gómez le daba risa que bebiéramos tanta cerveza y que cada dos por tres alguno de nosotros tuviese que levantarse para ir al lavabo. Los servicios estaban en la planta de arriba y era necesario subir unas tambaleantes escaleras en espiral, y vernos bajar agarrados a la barandilla también le daba risa a Gómez. Al señor Dimas le daba lo mismo. Tras el dueño, unos murales con escenas de saltos de esquí adornaban la pared del local y daban nombre a su negocio, bar Ski, que J. L. pronunciaba *escái*. Suponía que el bar se llamaba Sky y que de algún modo

estaba relacionado con el Skylab, y aunque ya le habíamos aclarado varias veces que no era así, no hubo manera de que dejara de llamarlo Sky. De Diego creía al principio que J. L. se refería a ese plástico que imita al cuero; pero J. L. le dijo que no, que aludía conscientemente al Skylab y que a lo mejor le habían puesto ese nombre, Skylab, porque estaba junto a la comisaría de la policía nacional. No le entendíamos, pero le respetábamos. El folio de J. L. no contenía imágenes, ni tampoco palabras. Tan solo un monótono listado de signos a modo de código.

—¡Este código va a misa! Esto, para quien lo sepa descifrar, es oro críptico.

De Diego siempre se mostraba indiferente ante los arranques apasionados de J. L. Un poco era por envidia de no tener ese ímpetu.

—¿Y tú ya lo has descifrado?

—Estoy en ello.

Pero en el terreno de las conspiraciones Ángel era muy escéptico.

—Tú qué opinas, Javier, siempre estás callado. ¿Hacemos ese reportaje sobre la CIA en Marte?

—Por mí, sí. Solo nos podemos salvar por la mentira —le dije mirando a J. L., y vi que no le hizo gracia—. Ese tema es provocador. La conspiración es lo más parecido a la subversión que tenemos ahora.

Ángel sonrió irónicamente y tomó nota en su Moleskine.

—J. L., nos mantendrás al corriente de tus investigaciones —dijo Ángel, y abrió las fotos del móvil—. Mirad, aquí estoy en una isla griega con Jean-Jacques, que por cierto me ha invitado a su mansión en La Haya. Vive en la mejor zona, al lado del parque del Palacio. Está dirigiendo en Holanda la creación del archivo europeo de historia de la brujería. Este velero no es suyo, se lo prestó el ministro de Cultura holandés. Ya le he hablado de nuestro programa y está encantadísimo. Cuando venga a Barcelona, vamos a invitarle para entrevistarle.

—¿A Jean-Jacques o al ministro de Cultura? —dijo J. L.

—Después de Malraux, los ministros de Cultura no tienen demasiado interés. Jean-Jacques se ha casado ahora con una actriz muy conocida en Holanda. Es su cuarta mujer. Si viene con ella, también la entrevistaremos. Ah, ¿habéis visto esta foto que me hice con Jeanne Moreau en la matanza del cerdo, en Mallorca? Os he traído un buen trozo de sobrasada casera, está extraordinaria.

Fue aquella noche cuando vimos aparecer al primero de ellos. Tuvo que agacharse para pasar por debajo de la persiana, pero se diría que estaba

decidido a entrar fuese como fuese.

—¿Aún está abierto?

El tipo era clavado a Walt Disney. Eso fue lo primero que vimos. El cabello encanecido de la misma manera, el bigote galante, la americana de cuadritos y el pañuelo asomando por el bolsillo superior. El señor Dimas asintió en silencio, era su forma de mostrarse amable.

—Por favor, ¿me permite pasar al servicio?

También asintió en silencio a esto. Como al salir del lavabo aquel hombre se dio cuenta de que le mirábamos, se dirigió hacia nuestra mesa, acercó una silla y se desplomó sobre ella. Sonrió con simpatía, como cuando Disney presentaba sus aventuras de animales; pero se le notaba muy cansado.

—Yo también he venido a mirarme, como me miráis vosotros. He entrado al lavabo solo para verme en un espejo de este lado. Llevo así toda la mañana, toda la tarde, toda la noche y aún no puedo dar crédito. Empezó ayer cuando fui a acostarme. Doy clases de dibujo en un instituto de Sant Celoni, el Sant Celoni de mi lado, no el de aquí, claro, y los lunes tengo que levantarme pronto pues siempre me ponen la primera hora. Mi nombre es Elías. Elías Palangre. Resulta sonoro, pero me queda el consuelo de que mi mujer se llama Liliana Bandama. El caso es que ayer permanecimos despiertos hasta muy tarde viendo el programa de libros que presentan Pirri, el exfutbolista, y su pareja Sonia Bruno en la segunda cadena. Lo hacen muy bien, ¿no os parece? Lástima que lo den a esas horas. Yo creo que los programas de libros están mal planteados en general. Hombre, precisamente este es muy bueno, pero en otros lo confunden todo. Una cosa es que te guste ver un programa de libros y otra muy distinta es que te guste leer. No me refiero a leer de vez en cuando, que eso sí, sino a que seas un experto en la lectura o te las des de algo. Con el fútbol pasa lo mismo, pero en televisión han entendido mejor esto. ¿O es que acaso toda la gente que ve los partidos juega al fútbol? ¡Pero si la mayoría no hace deporte ni en vacaciones! Como mucho, lo hicieron en el colegio, igual que la lectura. Y cuando hay elecciones ocurre lo mismo. ¿Qué ocurre? Que para votar no es necesario que le interese a uno la política, y no por ello el voto de nadie vale menos. Pues el caso es que cuando se acabó *Carrusel literario*, apagué la tele y de repente sentí un escozor, noté que acababa de salirme como un eccema leporino, es decir, en el labio. Encima del labio superior, si queréis que sea preciso. Pero no le di más importancia y saqué la radio de debajo de la almohada y le bajé la voz. Estaba buscando una emisora de música clásica, pero como pusieron aquella canción de los Korgis la dejé allí. Cuando salió, era muy joven y no me gustaba.

Siempre le gustan a uno las cosas demasiado tarde. Y esta mañana, cuando me vi en el espejo, descubrí que yo no era el mismo de ayer, en su sentido estricto. Me había transformado durante la noche en Walt Disney, cosa que, por otro lado, no puede sino beneficiar a mi condición de docente del dibujo. La verdad es que me alegré mucho, y para estar a la altura del acontecimiento abrí el armario y me puse esta americana y esta corbata. ¿A que me le parezco? No todo ha sido miel sobre hojuelas. A mi mujer no le gustó que me hubiese salido un bigote mientras ella dormía. Y menos que me pareciese tanto a Walt Disney, sobre todo dependiendo todavía el trabajo suyo de las sustituciones. Igual pensó que a lo mejor no iban a llamarla más. Sin embargo yo lo he interpretado como una señal del cielo. De largo, la obra maestra de Disney son *Los 101 dálmatas*. Claro que esta es mi opinión a título de dibujante. Lo que el destino nos ha querido decir a mi mujer y a mí es que nos vayamos a otro lado a empezar una nueva vida. ¿Por qué nos ha dado este nuevo aspecto? Resulta evidente, lo he dicho ahora mismo. Porque nos llamamos igual que ellos: Walter Elias Disney y Lillian. Me di cuenta enseguida. Así que le dije a Liliana que nos largáramos a donde no conociéramos a nadie. Que saliésemos cuanto antes de aquí, quiero decir, de allí. Liliana, le dije, nadie se despierta convertido en Walt Disney sin razón alguna. ¿Queréis que os dibuje a Goofy? ¡Me queda que ni al propio Disney! Pero es ya hora de que me vaya. Entré esta mañana por un agujero que hay en una nave del Poblenou. Hago por volver pronto y os busco. Me ha fascinado este lugar. Y tengo muchas cosas que contaros. Ahora mi mujer está esperándome, llevo como quien dice todo el día fuera de casa. ¿Aquí no sabéis nada todavía? En nuestra parte es un escándalo, ¡en este lado se compra mucho más barato!

Sin añadir más se puso en pie y antes de desaparecer bajo la persiana metálica pidió en la barra una botella pequeña de agua de Lanjarón para llevar. También nosotros levantamos la sesión, admirados por la llegada de ese personaje tan extraordinario. J. L. dijo que no se parecía a Walt Disney tanto como pretendía; pero Ro protestó y repuso que era clavado al creador de Mickey Mouse. Yo también lo veía calcado en el modo en que lo era un señor de Tíjola que estaba casado con una prima de mi padre. Pero antiguamente era muy normal parecerse a Walt Disney. No sé si en aquel momento le tomamos completamente en serio, lo cierto es que ninguno de nosotros se atrevió a decir que se trataba de un friki, de un chiflado. Nos habíamos conjurado para respetar la lucha por la vida en todas sus manifestaciones. Tras salir del bar, iniciamos nuestra ruta que ya se había hecho habitual y a lo largo

de la cual íbamos desperdigándonos. J. L. se quedaba donde tenía aparcada la moto; Ro se iba a otro bar que no cerraba en toda la noche; el Jugador de Ajedrez aguardaba esperando un taxi; Ángel vivía cerca y volvía andando..., y al final acabábamos vagando solos De Diego y yo.

Estábamos en el corazón del invierno, pero aquella noche no hacía frío, y la gente sin techo dormía sobre los bancos de la Gran Vía con sus carritos del súper a modo de armario adosado. Los anuncios luminosos en las marquesinas daban la sensación de que se habían dejado la lamparilla encendida. A ratos, se distinguía el piloto verde de un taxi, pero siempre doblaba en cualquier esquina antes de llegar a donde estábamos. De Diego se ganaba la vida como guía turístico. Aunque había viajado por todo el mundo, lo que sobre todo conocía como la palma de su mano era la parte más salvaje, es decir, selvática, de América del Sur, y los desiertos de China, las regiones asiáticas de fama más inhóspita. ¿Podría decirse que De Diego era un aventurero? Años atrás debió de ser un auténtico trotamundos, no cabía duda por los viajes que contaba, y por la manera mística en que llevaba la perilla; pero ahora unos cuantos colaboradores del programa ya pasábamos de largo los cuarenta y nos dedicábamos a actividades en esencia sedentarias. La televisión era una de ellas. La televisión, a diferencia del cine, no solo se ve sentado sino que además se hace sentado. Hay que ver la de gente sentada que sale en los programas de televisión. De Diego medía uno noventa y pesaba noventa kilos. Decía que en eso era un hombre equidistante. El colmillo que llevaba de colgante sugería el encuentro con un animal extraño, pero un día me confesó que lo había comprado en un tenderete de la estación de Sants a la vuelta de una visita al monasterio de Poblet, en la Conca de Barberà, Tarragona. Tiraba mucho de documentación, pero asimismo investigaba sobre el terreno. Su trabajo más notable consistía en la elaboración de una base de datos con avistamientos en Barcelona de criaturas no catalogadas. Una de aquellas raras especies que tanto le obsesionaban eran los palmípedos del Besós. Aún no había logrado ver a ningún ejemplar, pero sí que creyó oírlos ocultos entre los juncos que crecen en las orillas de ese antiguo río industrial reconvertido en parque urbano. Como era De Diego quien los había descubierto, se otorgó el derecho de taxonomizarlos, aunque fuese de oídas: *Palmipedes besonensis*. Evidentemente, no les llamó palmípedos por la forma de sus patas o de sus pies, pues jamás los había visto, sino porque emitían un característico sonido muy similar al de tocar las palmas. De Diego vivía en Cabrera de Mar, eso está a cerca de treinta kilómetros de Barcelona, y las noches en que teníamos programa cogía el N80 para volver. Yo le

acompañaba hasta la parada de la plaza Tetuán, y como ese autobús solo pasaba un vez cada hora, si acababa de irse nos quedábamos hablando hasta que llegaba el siguiente. No se conversa igual de día que de noche, ni esperando a que pase algo, aunque sea un bus, que sin esperanza de que nunca pase nada.

Me fui a mi casa también en un bus nocturno que llegó justo en el momento en que de nuevo empezó a llover. Con la frente pegada a la ventanilla, me distraje viendo estrellarse el agua en los cristales, viendo los sustos de los charcos, que se alzaban al ser atropellados por los coches, y viendo las luces de las farolas y de las ventanas de los edificios. La mayoría de las habitaciones estaban encendidas. Nadie dormía ya en la ciudad. Cerca de la plaza de las Glorias, que era como un campo de batalla, se detuvo el autobús y subió un hombre de cara ancha y con una cinta blanca atada a la frente. Desde la calle le había hecho al conductor señas de impaciencia con un brazo, pero fue al verle arriba cuando me di cuenta de que era el único brazo que tenía.

—¡Pero bueno!, ¡llevo una hora y media esperando! —dijo.

Se sacudió el abrigo negro sobre su traje cruzado. Examinó los asientos, estaban todos vacíos, resopló y se sentó a mi lado espachurrándome con su cuerpo. No era voluminoso; pero estaba fuerte. Iba tan concentrado en sus pensamientos que no percibió que me incomodaba. Contemplado de perfil, resultaba clavado al protagonista de una película que vi de chaval y que se titulaba *El luchador manco*. Pasé un rato refunfuñando para que me oyera, y como no decía nada, le tiré de la manga y le di conversación.

—Lleva el abrigo empapado.

—¿Le gusta? Es de cheviot. Me lo regaló un gitano guitarrista, que su padre era también maestro de guitarra.

—Ya se ve que es bueno. —Empezó a caerme bien por su tono de voz.

—Tengo otro, pero es de un muerto y no me lo pongo apenas.

—Con uno bueno ya vale.

Y, dicho esto, dejamos de hablar. Yo miraba por la ventanilla y de vez en cuando le oía reírse solo. Pasada la rambla de Guipúzcoa, en la Verneda, fue él quien reanudó la conversación.

—Me río porque estoy acordándome de una cosa... ¿Ha oído usted el refrán que dice: Soy don Juan y me llaman chulo y cuando no meto por la raja meto por el culo? Pero no vaya ahora usted a creer que soy bujarrón.

—La verdad es que había oído decir algunas cosas acerca de don Juan, pero no precisamente esa.

—Ah, ¿sin embargo le interesa a usted su figura? Quiero decir, la de don Juan. Me imagino que le debe gustar a usted la historia. Yo he leído mucha historia. Es de lo que más sé, de historia. Desde el Antiguo Egipto hasta la actualidad, pregúnteme usted lo que quiera. Por ejemplo, ¿a que no adivina qué dijo Felipe el Hermoso antes de morir?

—No sabría contestarle yo a eso.

—Es muy conocido. Dijo: ¡Qué rica agua!

—Pues viene que ni pintado, con la que está cayendo.

El hombre reflexionó antes de continuar.

—Lleva usted razón, no lo había dicho por eso, pero está en lo cierto. Y, visto así, la anécdota llega a propósito por partida doble, ya que, no sé si habrá usted podido intuirlo, yo también me llamo Felipe. No soy hermoso, pero no por ello soy menos Felipe. Mi nombre es Felipe Alunda, natural de Caniles. En mi pueblo se celebra mucho el día de la vieja y el robo del santo.

Felipe Alunda me estrechó la mano y siguió hablando.

—Pobre monarca español, murió de mala manera. Hay quien se ahoga en un vaso de agua. Oiga, ¿no le gustará a usted el *jazz*? No me refiero a Ornette Coleman ni a nada de eso, sino a un *jazz* más tradicional. Tengo un amigo que toca el órgano Hammond muy bien, es un gran músico de *jazz*. Se llama Benjamín León. ¿Lo ha oído alguna vez? Solía actuar con un trío y tocaba *jazz* clásico. Pero desde que se transformó ya no sale, le da corte. Es muy bonito cuando se ponen de acuerdo los músicos; ahora, cuando uno va por allí, otro por allá... Es que con el *jazz* ocurre como con todo en la vida. Yo siempre me hago preguntas, ¿sabe? Me lo pregunto todo sobre cualquier cosa. ¿Cuánto mide Sierra Nevada de alto? ¿Ah? ¿Y de ancho? ¿Cubrirán las Rías Altas más que las Rías Bajas? ¿Por qué no nacen el río Ebro y el río Tajo en el mismo sitio siendo ambos tan españoles? ¿A qué colegio iba la Sierra Maestra? ¿Habría comisaría en la Sierra de la Demanda? Existen tantas preguntas sin respuesta. Pero ¿sabe qué le digo? Que en la vida hay que hacer como en el *jazz*: apretar el culo y tirar para delante. Escuche mi caso. Aunque vea que ahora soy clavado al luchador manco, yo me crié en el campo. Cada día me levantaba con el sol para ayudar a mi padre en las labores agrícolas y en una de esas fue donde de muy chico perdí el brazo. A nuestra familia nos llamaban los chinos. También tendrá que ver con lo que me ha pasado ahora, digo yo. Me refiero a la transformación mía. Asistí poco al colegio y todo lo que sé lo he aprendido por mi cuenta. Pero todo esto se lo detallaré otro día, pues he de bajarme en la próxima parada. Yo vengo del otro lado, ¿sabe? Cojo siempre este autobús. Hacen la misma ruta en ambas partes, así que a

veces tiro por aquí para variar. Como aquí todavía toca Benjamín León, el otro día fui a verlo al Jazz Cava en Terrassa, en la de este lado, digo, pues en mi lado ya no existe. En nuestro lado, Benjamín León se ha retirado porque se transformó en otro Benjamín sin comerlo ni beberlo, en Ben Johnson. Y ahora le dicen Ben y va corriendo a todas partes. Bueno, así nos está pasando a todos. En fin, que encantado de haberle conocido. Y recuerde: Felipe Alunda, siempre a su disposición.

Llegué a mi casa pensando si yo también me parecería a alguien y con la sensación de que de nuevo estaba en el lado equivocado, sobre todo en el caso de que realmente existiese otro lado tal como aquellos tipos tan extraordinarios se habían empeñado en demostrarme esa noche. Con los bandos me ocurre como con las dos colas de la ley de Murphy. Siempre hubiera sido mejor estar en la otra. Como vivo en un undécimo piso pasé el viaje en ascensor mirando el móvil. Su mantenimiento está al cuidado de la empresa ascensores Mar, la cual, precisamente, tiene el taller en el bloque de al lado, circunstancia que me proporciona una extraña sensación de seguridad. Vi que De Diego me había mandado el emoticón de una cabeza de marciano, era su manera de dar las buenas noches. Entré sin hacer ruido para no despertar a mi madre y enchufé los cascos a la televisión y me quedé un rato viendo un documental sobre el jerbo orejudo. En el acto me acordé de Antonio Orejudo, uno de mis escritores preferidos, y tomé una novela suya que iba sobre los Cinco de Enid Blyton y él. Siempre necesitaba unas cuantas horas de carril de desaceleración, de descargar esa tensión de hacer un programa en directo. Como no me concentraba en la lectura, volví a encender el televisor. No era la falta de interés, sino una rara inquietud, una acuciante convicción de que estaba volviéndome insomne. El jerbo orejudo salía ahora comiendo huevos entre las dunas de Taklamakán, el desierto más grande de China. Por un momento, me pareció verlo frente a mí, fuera de la tele. También en nuestro Oriente, detrás de mi bloque, se extendió el desierto de los descampados, aunque aquello hacía ya muchos años que estaba poblado. Lo único que no había cambiado en todo este tiempo eran las barandillas negras de los balcones. Crecí agarrado a la mía, mirando a lo lejos como un pasajero en cubierta espera alguna vez llegar a alguna parte. Pero el bloque no se movía, ni yo tampoco. Recibí otro mensaje de De Diego. Esta vez eran dos emoticones juntos con sus cabezas de alienígenas. Seguro que todo eso a la vez, el encuentro con esos hombres, el documental sobre el desierto chino y el doble saludo de De Diego, tenía un significado, pero pensé que se echaría a perder si le escribía para contárselo.

***NUNCA SE ESCRIBE TOSCO Y MUCHO MENOS EN LAS
NOVELAS DE KIOSCO.***

Tanta agua estremecía. Llovía a cántaros y la tormenta se estrellaba contra las fachadas y por las calles corrían arrastrándose las hojas de los árboles; corría la lluvia por las aceras y por los capós y por los techos de los coches. Tronaba y relampagueaba como si fuera a acabarse el mundo, y yo llevaba toda la mañana plantado detrás de la ventana. Si hay algo que merece verse es el agua pasar. *Pase el agoa*. Lo dice una canción de tiempos de Felipe el Hermoso, que sabía un rato de agua. Bueno, lo que decía esa canción es que una dama tenía que cruzar un arroyo. Un relámpago iluminó aquella oscuridad plomiza y los fluorescentes temblaron.

—A que va a irse la corriente, y vamos a quedarnos sin luz —exclamó Malone. Carl Malone siempre se presentaba de improviso en las oficinas del programa para pasar al ordenador las novelas que, con su viejo nombre de escritor de kiosco, aún seguía publicando en un par de países de América Latina. Ahora era un octogenario que vivía solo, pero fue uno de los escritores de bolsilibros que más vendieron cuando esa industria funcionaba. Había sido tan popular, o casi, como Marcial Lafuente Estefanía. Aquella semana tenía que entregar una novela de terror titulada *Hielo, demasiado hielo*, que iba sobre zombis en el naufragio del *Titanic*. Todo el mundo celebraba la efusiva manera de abrazar que tenía Malone. Echaba los brazos hacia atrás para recibir al amigo a pecho descubierto, como si no le diera miedo que le fusilasen, y le salía una sonrisa enorme llena de dientes castigados. Sonó el teléfono de la mesa, pero no lo cogió. Nada puede ser mejor que la lluvia.

—Contesta, hombre, que no me deja concentrarme —dijo Malone sin parar de teclear su novela con los índices estirados. Carl Malone empezaba a escribir tímidamente, pero al cabo de un rato entraba en trance y no había quien lo parase. Cuando Carl Malone salía de la escritura para poner por un instante los pies en este mundo, se acariciaba su bigote teñido de negro y

comentaba alguna noticia oída esa mañana en la radio. Siempre una actualidad futbolística; pero sin dar tiempo a una respuesta volvía a teclear enfermo de narración, olvidando cuanto le rodeaba, reinventándose las páginas que había traído manuscritas. Malone llegaba a nuestra redacción con los folios metidos en la bolsa de plástico de cualquier comercio y, con su chaqueta de cuero, y perpetuamente con su gorra de béisbol (solo llevaba gorras negras en señal de viudedad), se sentaba al ordenador, separaba sus dedos de pianista de garito, aporrillados por la artrosis, y se dejaba llevar por el fragor de las teclas.

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez descolgué y habló una mujer.

—Sí, señora, está usted llamando a *La noche fenomenal*. Pero ¿de qué tipo de fenómeno se trata? No, yo soy Javier. Sí, el que sale al final del programa. Pero no es de payaso de lo que hago, es de mago. Lo que hago es ilusionismo. No pasa nada. No, no, ese no es De Diego, el que dice usted es De Oña, el especialista en criaturas en la sombra. Y para las apariciones tiene que hablar con Socorro. Si quiere le tomo el recado; porque Socorro no va a venir hasta la tarde. ¡Ah! ¡Desapariciones! Una desaparición misteriosa. Pero ¿de una persona? Supongo que habrá hablado con la policía. Bueno, claro, si entró en el lavabo y no ha vuelto a salir, y dentro no hay nadie, sí que podría considerarse un fenómeno paranormal. Desde ayer tarde... Entiendo que se refiere al lavabo de su casa. ¿Y no oyó ruidos ni nada? Ya, me refería a ruidos misteriosos. Claro, en el lavabo de un restaurante sería diferente. No se preocupe, iré yo mismo a verla. También formo parte del equipo, señora. Muchas gracias por su llamada. Y por favor acuda sin falta a la policía. No la van a creer, pero todo apunta a que esta vez van a tener que acabar dándonos la razón. Sí, para comprender, primero hay que creer, ese es nuestro lema. Claro, al revés también vale.

Antes de colgar tuve que digerir una retahíla de agradecimientos llenos de dolor. Las gracias se dan por agradecimiento, pero también por desesperación. Carl Malone había dejado de teclear, más que para no molestar, para enterarse de lo que yo decía por teléfono.

—¿En serio vas a ir a eso? No vayas. Te vas a meter en un lío —me dijo.

—No veo por qué.

—La desaparición de una persona es un asunto serio. Tú mismo se lo has dicho, es cosa de la policía, no de un programa de ovnis.

—Igual la podemos ayudar.

—Mejor que no vayas.

—Pero si ya le he prometido que iremos.

—En serio, déjalo.

—¿Cómo voy a dejar tirada a una mujer que no tiene dónde agarrarse más que un programa como el nuestro?

Guardamos los dos silencio y solo se oía el repiqueteo de la lluvia. Podría tirarme hasta el fin del mundo escuchando ese sonido. Seguí mirando el diluvio, eso era lo más importante que había pasado en mi vida en mucho tiempo, y mientras Malone escribía jugué meditabundo con el yeti. La fascinación por esta criatura era lo que nos había unido a De Diego y a mí en nuestras primeras conversaciones. Del abominable hombre de las nieves me gusta lo que tiene de hombre, de abominable y de nieves. Me gusta que su existencia no sea mucho más que el hueco de una huella. Supe que pertenecía a la secta del yeti desde muy pequeño, cuando cayó en mis manos el famoso *Tintín en el Tíbet*. Comprendí que no estaba solo. Que nunca estábamos solos. Si el yeti salía en un *Tintín* era porque realmente se trataba de algo importante que había que investigar. No estábamos solos ni Tintín, ni yo, ni nadie, porque leíamos. Podía sentirme parte de algo que daba cabida a la actividad más solitaria. También el montañero César Pérez de Tudela salió entonces hablando de sus escaladas en el Nepal y en los Andes, y dijo que había visto su rastro, el del yeti, aunque enseguida rectificó y lo atribuyó a los efectos del magnetismo sobre el cerebro humano a partir de ciertas alturas... Este yeti no era muy grande, un muñeco de resina. Lo había traído De Diego para decorar la redacción, y así le buscamos un sitio en la estantería donde teníamos, además de toda la obra del profesor Osías, *El libro de los condenados*, de Charles Fort, y la colección casi completa de las revistas *Horizonte* y *Planète* (en un número de *Horizonte*, el poeta Juan Eduardo Cirlot publicó uno de los primeros artículos sobre Lovecraft aparecidos en España), y también habíamos colocado allí mismo un montón de ejemplares de la revista *Karma 7* encuadernados en cartoné con el lomo en piel, y los once primeros números de la revista *Más Allá* (claro, los míticos), y asimismo llenaban esa estantería algunos títulos de la Enciclopedia *Horizonte* y una colección, también de Plaza & Janés, que se llamaba *Otros Mundos*. Estaba incompleta, pero al menos teníamos los volúmenes de Charroux, Fulcanelli, Bergier y Pawles (leyendo a los dos últimos me hice yo de la secta de Charles Fort). «Hay otros mundos, pero están en este», decía una cita de Paul Éluard, que encabezaba la biblioteca de Plaza & Janés. Por supuesto que los otros mundos están en este, a pesar de los esfuerzos de este mundo por excluirlos.

Se había ennegrecido el cielo completamente sobre la luz retorcida de los relámpagos y vi que caía a mansalva el agua anegando el busto colosal de

Francesc Cambó, siempre revolviéndose en la Vía Layetana lo mismo que en una posesión diabólica, como expiando la mala conciencia de haber sufragado al bando franquista durante la guerra civil española. Dejé el yeti junto a las revistas, retumbó un trueno acaso queriendo solemnizar el regreso de la criatura a su lugar o tal vez como presagio de otros retornos.

—¿No oyes que están llamando sin parar? Si quieres abro yo —dijo Malone.

Era Socorro quien estaba quemando el timbre. Además de ser experta en apariciones y fenómenos espectrales, llevaba la producción del programa. Se había dejado las llaves, como siempre. Socorro tenía la cara y las manos llenas de pecas, y las pestañas muy largas. Se ocupaba de tramitar los viajes de los invitados, buscarles alojamiento y conseguir que no desaparecieran en el camino del hotel a la televisión. La tele tenía la redacción en el mismo local que los estudios, delante del bar Ski, pero nuestro programa estaba exiliado. Nos habían mandado a un piso de la acera de enfrente, en el mismo edificio del bar. Toda una planta a nuestra entera disposición, compartida con un programa de divulgación científica que se llamaba *El físico no es lo que importa*. Lo llevaba una pareja, ella era una modelo y él era astrofísico. A veces les invitábamos a participar en nuestros debates, pero ellos nunca contaron con nosotros para su programa. A ellos les habían desterrado por tiosos. Antiguamente, aquel piso fue una casa de citas y sus paredes enmoquetadas de rojo aún mantenían ese sofoco de polvo de tapicería. Pero el lugar resultaba espacioso, luminoso a través de sus grandes ventanas, y le había quedado un aire de intimidad que se prestaba muy bien al trabajo. Escogimos una noche para visitarlo por primera vez. Fuimos con péndulos y un medidor de campos electromagnéticos y la cámara térmica para saber si entre sus paredes se ocultaba alguna presencia (aunque difícilmente se puede ocultar algo que está presente). Nada más cruzar el umbral percibimos la vida secreta y nocturna de una Barcelona envuelta en una armadura de discreción. Socorro, que era sensitiva y además tenía mucha paciencia a la hora de repasar las grabaciones de psicofonías, fue quien nos advirtió de que a partir de ese momento íbamos a estar acompañados. Aún no se aventuraba a asegurar si sería para bien o para mal. La familia de Socorro era de Guadalajara (su padre, dueño de Recambios Rojo, se había hecho del PSUC al llegar al barrio del Verdún, y quizá por su militancia comunista le había puesto a su hija el nombre de Socorro), pero Socorro Rojo ya había nacido en Barcelona, y se crio en las llamadas casas de papel de aquel barrio. Barcelona siendo reina de la industrialización tuvo una corona de barracas. Hacía tiempo

que Socorro vivía en el centro, en Pintor Fortuny; apenas separaba su casa de la tele un paseo de diez minutos, y siempre estaba yendo y viniendo porque a cada momento recordaba que se había dejado algo encendido y tenía que apagarlo. Llegó chorreando, cubierta con un chubasquero amarillo de pescador de altura y con un bolsa llena de cartuchos de tinta compatibles y cápsulas para la máquina de café. Había estudiado psicología, lo que la llevó a trabajar para varias empresas en los procesos de selección de personal, hasta que al final pudo dedicarse modestamente a su auténtica vocación, que era la parapsicología. Socorro siempre decía que no es lo mismo un psicólogo en paro que un parapsicólogo. Antes había colaborado en algunas revistas del tema; por supuesto, en *Rumbo 3*, donde reseñaba novedades sobre psicofonías. Fue J. L., avalándola como director de la revista, quien introdujo a Socorro en *La noche fenomenal*. Cuando supe que J. L. Hermosilla era del Buen Pastor, comprendí que en realidad el nombre de su revista ocultaba un secreto homenaje a Rumba Tres, un trío de rumberos de su barrio, que se hicieron muy famosos cantando aquello de «bodeguero, dame otra copa de champán, quiero ser muy feliz», «ya no te puedo querer, mi cariño se acabó», y «no te quedan lágrimas que ablanden mi corazón». Hubo una época en que el nombre de un barrio vecino tenía tanto misterio como el nombre de una ciudad lejana.

—Hola, Carlos. —A Socorro le daba reparo llamarle Malone. No acababa de tomarse en serio su nombre artístico, o tal vez se tomaba a Malone aún más en serio a título personal que como artista, si es que en último extremo tuviéramos derecho a disociar ambas condiciones. El verdadero nombre de Carl Malone era Carlos Malo, y en el supuesto de que eso justificase la adopción de un seudónimo, en el caso de Malone, como en el de todos sus compañeros de novelas de kiosco, se trató de una imposición editorial. «¿Si me duele haber tenido que renunciar a mi verdadero nombre? Me río. Nunca me he sentido más yo mismo que cuando he sido Carl Malone», nos había dicho muchas veces.

Malone devolvió el saludo asomando una mano por encima de la pantalla del ordenador y siguió tecleando con la otra enfrascado en su tarea. Socorro colgó el chubasquero y sacudió su coleta, que parecía hecha de hilos de cobre.

—Esta manera de llover no es normal —dijo.

—Yo también la encuentro rara —contestó Malone—. Tiene algo extraño. Demasiado apretada, demasiado persistente, demasiado tiempo. ¿Tú crees que esa lluvia es paranormal o solo anómala?

—No sé, Carlos. ¿Habéis escuchado el último trueno? Ha sonado muy hondo, como un movimiento sísmico.

—¿Alguna vez te ha pillado un terremoto? —dijo Malone.

—Qué va, pero este ruido solo sabría compararlo a eso.

—Es cierto, ha sido un trueno digamos que peculiar. A lo largo de mi vida he tenido ocasión de oír muchos truenos, pero ninguno había sonado tan tremendo como este. Entiendo un rato de truenos..., podría decir que una barbaridad para utilizar un adjetivo acorde con la patrona de las tormentas. Mira, los tipos de trueno se diferencian en función de intervalo y distancia. Desde el punto de vista de la distancia, existen dos clases: el trueno de lejos y el trueno de cerca. El que acabamos de oír era de lejos, aunque sonaba de cerca. Y desde el punto de vista del intervalo se dividen en trueno de antes y trueno de ahora.

—¿Y este de cuáles era? ¿De antes o de ahora?

—Pues es eso lo que me ha parecido tan raro. Sonaba encima, así que lo consideraría de ahora; pero retumbaba como de muy lejos, y en eso sería de antes.

—¿Cuanto más lejos, más de antes?

—Por supuesto. También existe el trueno quieto, pero este es muy escaso. Quedarse quieto es antinatural. Ni siquiera las plantas lo hacen. Se expanden a lo alto y a lo ancho. Quedarse quieto es terrible. Fíjate, ¿qué dijo Tejero cuando asaltó el Congreso? Dijo: «¡Todo el mundo quieto! ¡Quietos todos el mundo!». Y encima lo dijo alternando la palabra en la frase como en las rumbas.

—Eso es muy español.

—Luego añadió «todo el mundo al suelo», como un profesor de gimnasia.

—Eso es muy sueco —dijo Socorro.

—No sé si tiene una relación con lo de antes —continuó Malone—. Quien ha estudiado bien esto es Javier Cercas. Ha escrito un libro entero sobre el asalto al Congreso de los Diputados.

—Otro enigma por aclarar, el 23-F. ¿Verdad, J. L.?

—Claro, estaba lleno de hombrecillos verdes —dijo Malone.

—Fue una conspiración —sentenció J. L.

—Eso ya lo contó el Évole en un programa.

—Pero en broma, y yo lo digo en serio.

—¿Cómo se llamaba el otro libro de Javier Cercas?

—¿Cuál? Tiene muchos. ¿Te refieres a *Soldados de Salamina*? —dijo Socorro.

—No, no era ese. Era uno sobre la guerra civil —dijo Malone.

—Ah, ese es el que yo he leído —dijo J. L.

—¿Con ese título?

—Ahora no me acuerdo.

—¿Seguro que no ha escrito otros libros sobre el mismo tema? Es que ese título no me suena que fuera así —insistió Malone.

—Pero si es su título más conocido. Espera, que voy a llamar a los del programa de libros. Seguro que allí lo saben.

Socorro buscó en el móvil al director de *Saló de lectura*. Era un programa modesto de presupuesto y de medios, pero había cobrado mucha popularidad y prestigio, porque el presentador y director, Emilio Manzano, hacía muy buenas entrevistas a escritores de primera fila de todas partes del mundo que recalaban en la ciudad. Había en Barcelona mucha gente aficionada a los libros, tanto lectores como profesionales, que preferían de largo este programa local al *Carrusel literario* que presentaba Pirri.

—Hola, Emilio, ¿cómo estás? Perdona que te interrumpa para una pregunta tan tonta. De Javier Cercas, ¿cuántos libros hay de la guerra civil? ¿Y, aparte de *Soldados de Salamina*, seguro que no habrá escrito ningún otro sobre el mismo tema? Ya, es que estamos con Carlos y tenemos la duda. Sí, con Carl Malone. Porque, oye otra cosa, ¿de temática paranormal Cercas no tendrá ningún libro para que nosotros podamos traerle al programa? ¡Ah, sí! ¡Menuda sorpresa! No sabes qué alegría me das. Espera, que me lo apunto: *Anatomía de un instante*.

—Creo que ese es el del 23-F que yo te he dicho. —Malone dejó de teclear refunfuñando.

—Es que el golpe es un asunto muy complejo. Ahí no está claro nada, ¿verdad, jefe?

Socorro seguía llamando jefe a J. L. como muestra de gratitud por haberle abierto la puerta de su revista y luego la de la televisión.

—¿Por qué le llamas jefe a J. L. y no a Ángel? —dijo Malone.

—Porque en la vida jefe no hay más que uno —dijo J. L., y se frotó el lunar de la mejilla como para brillantarlo, y se aflojó el nudo de la corbata y buscó su paquete de tabaco en algún bolsillo de su americana de cuadros, pero al final lo encontró en la mesa, debajo del casco de la moto.

Conforme se aproximaba la hora de comer, iba apareciendo por la redacción el resto del programa, aunque nunca se juntaba el mismo grupo. Unas veces venía uno, otras veces faltaba otro. Pero, indefectiblemente, el último en llegar era Ángel. Daba los buenos días saludándonos a todos por

nuestro nombre, convertía cualquier sitio en que se sentaba en una *chaise longue*, y entonces hablábamos de cualquier cosa menos de lo que teníamos que hacer esa semana en la tele, y a continuación bajábamos todos a la pizzería, y así a diario, y sin embargo, o debido a ello, *La hora fenomenal* salía cada domingo en directo llena de emoción e intensidad.

Ángel dejó el paraguas chorreando en el bidet de uno de los lavabos del piso y esta vez sin decir nada se sentó aparte en la mesa de reuniones con cara de preocupación. Cogió un ejemplar atrasado de *Rumbo 3* y lo hojeó. El tema de portada era el centenario del nacimiento de Peter Cushing, el mítico actor, el mejor doctor Frankenstein de todos los que lo han interpretado, el hombre que mejor se ha arremangado la camisa en toda la historia del cine. La imagen de su rostro, un dibujo encargado para la ocasión al pintor Andrés Moyya, ocupaba toda la cubierta. Cuando hizo este retrato, Andrés Moyya acababa de volver de París y andaba cabreado con el reciente adoquinado de pega de las calles del casco antiguo de Barcelona. Estaba convencido de que lo habían puesto para engañar a los turistas con un pedigrí de chichinabo.

—Quieren quitarnos del domingo para pasarnos al lunes —dijo Ángel.

—¿Estamos perdiendo audiencia? —dijo Socorro.

—Al contrario, estamos poniéndonos de moda, y esa es la razón. Es la manera de empezar a echarnos. No nos quieren. Digamos que no aportamos crédito cultural a la tele.

—Si se avergüenzan de nosotros, ¿qué podemos hacer?

—Esa es otra pregunta sin respuesta, Socorro —dijo J. L.—. Llevo cinco años publicando mi revista cada mes sin fallar ni uno solo. Hasta en agosto sale la revista. Me lancé a esa aventura en busca de respuestas. Pero nunca hay respuesta para nada. Bueno, y también monté la revista porque ya estaba harto de las sustituciones de conductor de grúa en el ayuntamiento. Pero mientras llevé la grúa, ni un solo segundo dejé de hacerme preguntas. Antes fui marino, y por las noches solía preguntarme mirando al espacio sobre el dormido mar. Yo soy más de noches. ¿Conocéis la canción? La noche me enamora más que el día, pero mi corazón nunca se sacia, y eso digo yo, que la noche me enamora más que el día y me paso noches enteras en vela, pero mi corazón nunca se cansa de seguir el paso de la luna. Convendréis en que no es el mismo el silencio de la luz que el silencio de la sombra. Javier, tú que también has viajado, aunque sea en cuerpo astral, ¿no estás de acuerdo?

Asentí sin saber qué opinar, pues en realidad, más que viajes, en mi fuero interno consideraba lo que yo practicaba algo parecido a intentos de fuga. Escapadas, las llamaba. Viajar es otra cosa. Nunca ha viajado más mi espíritu

que cuando he cogido el autobús para ir y volver sabiendo que solo tenía una tarde para ser libre.

—¿Sabéis cómo le llamo cuando me ronda una pregunta? La garza prisionera, como en la canción esa —dijo J. L.—. Sé que no hay respuesta y entonces siento que es como el canto de una garza encadenada. Un canto de cadenas, un canto de agonía que uno se empeña en vano en prolongar. Pero bueno, acabo ya con esta música.

J. L. terminó y tomó su móvil para mirar la hora.

—¿Bajamos a comer? —dijo Ángel.

Un trueno más imponente que los anteriores sacudió los cristales de las ventanas y guardamos silencio. La pizzería se llamaba Il Conformista, y el dueño era clavado a Alberto Moravia.

6

APARECE LA CHICA DEL PELO BLANCO, QUE SE SIENTA EN EL ESCALÓN COMO SI FUERA UN BANCO.

Una tarde me llamó Batlló para pedirme que le acompañase al día siguiente a vaciar una biblioteca, pues tenía que ayudarle un amigo de Gracia que a última hora le dejó tirado, previo aviso, pero tirado. Hablaba con su voz enfadada de siempre, aunque esta vez la empañaba una profunda pesadumbre o algo más doloroso. El plan era quedar en la librería a las diez, la hora de abrir, coger prestado el monovolumen de su exmujer, pero siempre se refería a ella por su nombre, Amelia, nunca dijo mi ex, ir a la calle Balmes, por la parte alta, en la rotonda del Tibidabo, y descargar un montón de libros que le había comprado a Arquímedes, que era como llamaba al dueño de aquella biblioteca. Arquímedes había sido uno de los jóvenes poetas de Barcelona al que editó sus primeros versos medio siglo atrás, cuando apenas solo estaba Batlló para jugársela, y que con el tiempo se convertiría en un intelectual prestigioso. El prestigio es como una mancha de humedad que se va comiendo un tabique, y cuando entramos en aquella inmensa casa fue lo primero que se manifestó en las paredes y en la manera en que se desenvolvía aquel hombre. Aún era guapo y llevaba un jersey de cachemira. Nos abrió la puerta saludándonos con indiferencia. No había nadie más en ese piso viejo, decorado no obstante con una elegancia cara. Emanaba del lugar un aire triste, como de abandono. De laberinto sellado. Repartimos por el suelo unos montones de bolsas de papel con el nombre de la librería, eran las que también utilizaba para dar a los clientes cuando compraban un libro. Batlló decía que emplear bolsas para vaciar bibliotecas resultaba mucho más práctico que meterlo todo en cajas de cartón. Más manejable, más transportable, aunque a primera vista pareciera farragoso. Mientras yo apilaba las bolsas de modo que no nos estorbasen en el ir y venir, Batlló me preguntó con verdadero agradecimiento si cuando terminásemos me dejaría invitar a comer en un buen restaurante, y yo no cesaba de preguntarme por qué me

había pedido a mí ese favor, si como quien dice acabábamos de conocernos. Nos esperaban más de cuatro mil volúmenes en un desfile de estanterías, y aunque no eran esos los únicos libros de la casa había una parte que nos estaba vedada.

—¿Solo nos llevamos los de aquí? —preguntó Batlló—. Me dijiste que vendías la biblioteca entera por el traslado.

Aburrido de la cultura de Barcelona, aquel catedrático de estética se iba a vivir a la capital española y había determinado llevarse solo algunos libros, los que consideraba imprescindibles, los que sentía como más personales. Estábamos los tres plantados en un salón tan grande como todo el piso de mi madre, de mis vecinos, y del exterior llegaba toda la luz del día pero no entraba ni un ápice de ruido de la calle. El intelectual miró al infinito de aquella habitación y escuchamos su silencio espectral. Quizá Batlló no lo escuchó, y vivía ya inmerso en silencio, pues unas veces padecía sordera de un oído y otras de los dos, eso iba en función de la situación y de los interlocutores. Cuando se acordaba de su sordera, se ponía el audífono. A veces le decía Sonotone de forma genérica. El audífono era como el interfono adonde había que llamar para poder hablar con Batlló. Muchas veces no recordaba que no lo llevaba puesto y seguía oyendo; y otras lo perdía y se le iba una pasta en uno nuevo. Un día se compró en GAES un audífono que iba integrado en las gafas. Pero entonces lo perdió todo junto. Aquel profesor nos había reservado las habituales novedades que las editoriales envían regularmente a periodistas, profesionales de la cultura y amigos, en busca de promoción y también por cortesía. Eran todos volúmenes de trinca, probablemente sin hojear siquiera, ordenados en estanterías blancas corredizas. Y también se amontonaban grandes pilas por el suelo. De este modo se forman muchas bibliotecas de las que sus propietarios se desprenden de cuando en cuando con el fin de ganar espacio para nuevos libros y por supuesto para sacarse un dinero caído del cielo de las letras. Pero los libros curiosos, raros, antiguos, auténticamente interesantes, los libros que eran carne de bibliofilia y de lectores muy cultivados, estaban aparte, ocupando por entero la pared más vistosa de aquel salón, y se desprendía de ellos el magnetismo de lo que de verdad tiene valor.

—Caramba, Batlló. Yo te había reservado todos estos libros porque creía que eran los que te interesaban. Esos otros ya los tengo apalabrados con un librero de Colonia, que viene expresamente para hacerse cargo de ellos.

—¡Pero si esos libros son los mejores!

—Pues por eso no me había imaginado que tuvieses dinero para comprármelos.

Batló refunfuñó y murmuró que ya habría pedido un crédito o se hubiese buscado la vida para llevarse la biblioteca completa, y empezamos a meter nuestros libros en las bolsas y a formar con ellas una caediza hilera por el pasillo desde el salón hasta la puerta de la calle.

—Te habrás dado cuenta de por qué le llamo Arquímedes —me dijo.

—Creo que no —le dije.

—Pues porque solo tiene un principio —y rio, y a continuación tosió.

De vez en cuando, Batlló se quedaba contemplando uno de aquellos libros y dejaba escapar un suspiro antes de meterlo en la bolsa. Parecía que había reconocido al autor o el título como a un amigo olvidado. También abría algunos ejemplares y pasaba sus páginas, buscaba de memoria un fragmento y luego los dejaba junto a los otros con un gesto de indiferencia. Cuando hablaba de lecturas se le encendían los ojos como un coche perdido en la noche. Al ver que habíamos llenado muchas bolsas, Batlló me pidió que saliese a llamar al ascensor. Justo fue ponerme frente a él, y detenerse ante mí y abrirse su puerta. Salió una mujer muy delgada y parecida a Arquímedes pero no tan alta. Iba completamente vestida de negro y su pelo era blanco. Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Torció el cuello igual que un ave sin quitarme la vista de encima. Volvió a enderezar la cabeza.

—Yo a ti te conozco —me dijo.

Nos había ocurrido a todos los de *La noche fenomenal*. Se trataba de gente que veía el programa y que nos reconocía. Algunos se alegraban mucho y nos animaban a que siguiéramos adelante, y otros también se alegraban pero se confundían de programa.

—Tú eres el que hace esos trucos. ¿Sales de casa de mi hermano? ¡Es un mensaje del cosmos! Te ha enviado para que me ayudes. Ven.

Me cogió de la muñeca y me hizo entrar en el ascensor. Pulsó el botón de la planta baja. Parecíamos dos animales en extinción olvidados en el almacén de un taxidermista. El olor a limpiacristales del espejo nos recordó que éramos de verdad.

—Javier, tienes que ayudarme a salir de aquí. El señor Pitágoras me tiene secuestrada.

—Creí que se llamaba Arquímedes.

—¿Quién?

—Tu hermano.

—No es mi hermano.

—Pensaba que habías dicho que salía de casa de tu hermano.

—Se hace pasar por mi hermano. Y de hecho sería mi hermano si no se comportase de esa manera. Porque un hermano de verdad cuida a sus hermanas y no las secuestra y las aniquila.

—¿De verdad se llama Pitágoras?

—Tiene muchos nombres, pero este es el que más le corresponde.

—Pues mi amigo le ha puesto Arquímedes.

—¿Quién es tu amigo? No tiene ni idea. A ese señor que dice ser mi hermano, y que no para de dárselas de sabio, desde que era pequeño le han llamado Pitagorín. Hasta que se casó con una chica muy maja, y desde entonces, por respeto a su mujer, yo no le llamo Pitagorín sino como le corresponde, señor Pitágoras.

—Y tú ¿cómo te llamas?

—Yo soy Isis.

Salimos del ascensor y la mujer se sentó en las escaleras de mármol, en el vestíbulo, y abrió su bolso, sacó un cigarrillo de maría. Se lo puso en la boca y habló sin encenderlo. Tenía una entonación melodiosa y se notaba que había recibido una educación esmerada. Nunca había oído a nadie hablar con tanta seguridad de sí mismo. Ahora sus ojos parecían diminutos tras aquellas gafas de aumento. Llevaba una pulsera de cuero y una chapa en la solapa con el rostro de una mujer. Era el famoso perfil de Virginia Woolf de joven. Golpeó con la palma de la mano sobre un escalón para que me sentase junto a ella. Obedecí.

—¿Me ayudarás?

—¿A qué?

—Ya te lo he dicho, a salir de aquí.

—¿De dónde aquí?

—Tengo que liquidar este karma. El señor Pitágoras se cree muy importante porque resulta que se va a Madrid a hacer lo que le da la gana, que es lo que ha hecho toda su vida. Me ha echado de esta casa y ahora vivo en un cuchitril en la Bonanova.

—No parece mal sitio. Ahí vive mucha gente de pasta.

—Es una cárcel —dijo, y bajó la cabeza y su rostro quedó cubierto por su pelo.

—¿Cómo crees que puedo ayudarte?

—Es un puto bucle. Ese que se hace pasar por mi hermano me ha dicho que cuando se vaya podré volver a esta casa. Y está bien porque es lo que me corresponde, pues la casa no es suya, y puestos a decir verdad, es más mía

que suya; pero no, el señor Pitágoras ha tenido que confinarme en el tugurio de la Bonanova. Solo hay uno más cutre en toda Barcelona, que es donde vive el madrigalista del Clot. ¿Has estado alguna vez en su casa? Es muy gracioso ese tipo. Lo tiene todo manga por hombro, todo el piso atiborrado de instrumentos medievales. Me refiero a instrumentos musicales, no de tortura. ¿Cómo se diría si fuesen de tortura? Eso, aparatos de tortura. Es muy bonito conocer las palabras. Yo antes conocía muchas palabras. Me esforcé por conocerlas todas, pero alguien se ha empeñado en que no lo consiga. Ahora, que estoy en ello. No voy a dejar que se salgan con la suya. Toca muy bien el torloroto. No todo el mundo puede tocar ese instrumento. Tiene muy buenas cualidades el madrigalista del Clot. Pero, ah, no, no, no vuelvo a la Bonanova, yo no paso en esa prisión ni un día más. Y no creas..., que lo de aquí también es una trampa, porque como regrese a esta casa ya no podré salir jamás, y de nuevo estaré como en el principio. Tengo que salir de este samsara. Ayúdame, por favor. ¿Me invitas a un café? Otro día te lo pago. Vamos aquí cerca, que lo tienen muy bueno. Ya no se puede tomar café casi en ninguna parte. Lo primero que hago al entrar en un bar es ver si tienen de la marca Illy. Si no lo veo me salgo.

—No puedo acompañarte ahora. Estoy ayudando a un amigo a recoger los libros de tu hermano.

—Se cree muy inteligente el señor Pitágoras. Ha llenado la casa de libros para que no quepa dentro nadie más que él.

Isis elevó el volumen de su voz como si quisiera que la oyera su hermano en la planta de arriba y no se dirigiera a mí.

—Es igual que la masa devoradora de aquella película. Se expande a través de los libros como esos seres extraterrestres que lo iban invadiendo todo. ¿Por qué te crees que escribe libros? Para ocupar espacio. Es una criatura egoísta. Si lo sabré yo. Dile a tu amigo que acabe la faena solo. Disculpa, me he pasado. No nos conocemos de nada y te estoy metiendo en un lío. Creo que voy a llorar. Bueno, tengo que irme, que veo que el señor Pitágoras está muy ocupado, como siempre. Volveré a la tarde. Me ha encantado conocerte. Espera, te voy a hacer un regalo para que me disculpes.

La mujer sacó un lápiz azul y una libreta de su bolso y dibujó un Tintín muy alargado acompañado de Milú. Miró su dibujo satisfecha, con una sonrisa inmensa que era como un trallazo de alegría.

—Aún falta algo —dijo, y le dio la vuelta a la hoja para escribir el número de un móvil. Arrancó la página y me la puso en la mano. Cuando se levantó se sacudió los pantalones y se dirigió hacia la portería.

—No pierdas esa hoja por favor. Y llámame si tienes problemas. Yo soy muy buena solucionando problemas.

Desde el portal abierto me lanzó un beso con la mano antes de salir a la calle.

Batló me llevó a un restaurante en la playa. Era para turistas y sin entrar ya se imaginaba uno sus precios. Comimos arroz negro y bebimos sangría y el mar estaba gris y el cielo había empaldecido como cuando está a punto de nevar. Por las paredes del restaurante se sucedían motivos marineros, que también aparecían impresos en los manteles y en las servilletas. Los muros exteriores eran cristaleras con vistas al mar. Hacía mucho tiempo que el litoral se había convertido en una sucesión de centros de recreo, que discurría desde el Gran Casino de Barcelona hasta el sitio donde la dictadura militar había fusilado a los barceloneses. Pero de esto último cada vez quedaba menos recuerdo, tan solo una pequeña placa que nadie miraba. Cuando acabamos de comer, salimos a pasear por la arena. Hacía frío y el humo cálido del puro de Batlló proporcionaba una reconfortante sensación. Nos cruzamos con una mujer que había sacado a su perro. Siempre hay gente paseando el perro junto al mar. La espuma blanca de las olas extendiéndose como un rebaño de ovejas convirtió a esa mujer en una pastora marina. Durante un buen rato nos quedamos contemplando nuestras sombras y no hablamos. Le siguió un superficial repaso a la política, alguna anécdota literaria reciente, como cuando vino a Barcelona Alejandro Finisterre, ya muy anciano, antiguo editor en el exilio y olvidado inventor del futbolín, y se puso a bailar claqué en una lectura poética que dio en el Pipa Club, en la plaza Real. Decía que siempre lo hacía para calentar, mientras los otros poetas le contemplaban alucinados. Luego me preguntó qué me parecía Isabel y así supe el verdadero nombre de Isis. En el momento de despedirnos, Batlló me miró a los ojos, me dio las gracias en voz muy baja con una sinceridad conmovedora, me apretó la mano con mucha fuerza y se fue dándome otra vez las gracias en un murmullo. Tenía que volver a la librería. A su sitio tras el mostrador, donde resolvía abstraído los problemas de ajedrez del periódico. Ver irse a un solitario, cómo se lleva su soledad consigo y desaparece dentro de ella, es un aviso para tiempos peores.

Iba a volver al barrio para comprar algunas cosas que me había pedido mi madre, pero el súper cerraba tarde y como la gestoría de De Oña estaba aquí

cerca, fui a visitarlo. Un rótulo rojo donde se leía Economix indicaba el lugar. Además de apasionado de todo lo relacionado con Astérix, De Oña era gestor administrativo y presidente de la asociación de vecinos de la Villa Olímpica, es decir, la de ese barrio. Era un tipo huesudo y de ojos saltones, y en aquellos días acababa de cumplir cuarenta años. Con *La noche fenomenal* colaboraba en calidad de experto en seres de sombra. Lo sabía todo acerca de este tipo de presencias casi siempre de apariencia humana. Son siluetas que pasan de refilón, vistas y no vistas. No solo había reunido un montón de testimonios y de documentación gráfica, sino que también las había visto. O eso aseguraba. Las primeras veces lo atribuyó a los efectos secundarios de la bencidamina que llevaban los analgésicos que tomaba a causa de una inflamación; pero las experiencias se repitieron cuando ya hacía meses que había dejado ese medicamento. Las ocasiones en que percibió a los seres de sombra coincidían con su salir a correr por las noches por el puerto olímpico, y creyó recordar que en todas había pasado junto a un extraño yate abandonado. A De Oña su participación en el programa le ocasionó la ruptura matrimonial, y apenas hacía tres años que estaban casados. Su ex, Hortensia, era esteticista y trabajaba en el centro de belleza Francis, cerca de la plaza Urquinaona. Tenía una boca roja muy grande y una nariz muy pequeña. El caso es que ella se enamoró de un segurata que vigilaba el edificio, y para colmo a ambos les había acercado su afición a *La noche fenomenal*. Vieron que coincidían en todo. Principalmente consideraban a nuestro compañero un blando y un vendido al sistema por no desvelar todo lo que sabía (y ellos también conocían) acerca de esas gentes de sombra. Desde su divorcio, cada vez que De Oña aparecía en el programa, recibíamos el mismo mensaje para el chat que recorría la pantalla. «No le hagan caso, lo dice de oña». De Oña estaba convencido de que se trataba de una venganza de Hortensia. Lo primero que hizo De Oña cuando se separó fue comprarse un gorro y dejarse barba. Del sombrero se cansó enseguida, pero a la barba, que le salió con muchas canas, le puso gran cuidado. «La barba me hace mucha compañía», decía, y añadía que le hubiera gustado llevarla tipo candado, como Abraham Lincoln, pero que le entró aprensión porque recordó que, cuando él era niño, su padre se dejó una barba así y le tuvieron que operar de urgencia de la vesícula.

También había ido Paulina a la gestoría. Estaba sentada en el filo de una mesa contestando mensajes del móvil. Paulina era muy tímida, tenía un perfil egipcio y participaba en el programa como experta en folclore y civilizaciones desaparecidas. Se había doctorado en análisis geográfico, estaba al frente de un modesto despacho de servicios cartográficos que trabajaba básicamente

para editoriales, y De Oña le llevaba el papeleo. Paulina siempre usaba pantalones de pana y zapatos negros de cordones. Había pasado las vacaciones de aquel verano en el yacimiento de Göbekli Tepe, al sur de Turquía, el lugar donde en los últimos años noventa un equipo alemán dirigido por el fallecido profesor Klaus Schmidt encontró, enterradas en un montículo artificial, las ruinas de lo que actualmente se considera el templo más antiguo de la humanidad. Le calculaban unos doce mil años de historia a aquella colina hecha de estratos con ruinas superpuestas. Monolitos de cinco metros de altura, en forma de T, con el tronco grabado como un cuerpo humano, levantados dentro de recintos circulares que en cierto modo recordaban a los laberintos. Uno de los diversos debates que suscitó ese hallazgo era la posibilidad de que fuese la religión lo que propició el nacimiento de la agricultura, en vez de que, como se había creído hasta ese momento, las sociedades agrícolas hubieran dado lugar a la creación de las instituciones religiosas. Aquellos restos eran demasiado antiguos para entender todo lo que habíamos aprendido hasta ahora, pertenecían a los tiempos de la última glaciación, aquella edad del hielo que acabó con los mamuts. La última gran catástrofe natural que conoció el género humano. Paulina estaba preparando un monográfico para *La noche fenomenal* con filmaciones y entrevistas que realizó durante su viaje, y para la parte de debate había propuesto invitar a algún paleoantropólogo, pero también quería que interviniese Emilio Lledó, el viejo filósofo que se había convertido en un referente moral en aquellos días tan inmorales, que viniese y que dijese algo, lo que fuera, que hablase de la condición humana desde el alba de la civilización, de lo que se le ocurriera, pero que estuviese en directo en el plató. Admiraba a ese sabio y no se le ocurría mejor manera de conocerlo. Socorro había conseguido su teléfono a través de los compañeros del programa de libros, y le llamábamos mucho pero nunca lo encontrábamos. A Paulina no le parecía ético llamar tanto al profesor de ética. Y Ángel decía que todo lo que hacíamos era una comedia ligera y así sería hasta el final de los tiempos. Pero no sabíamos si se refería al mundo en que vivíamos, al monográfico de Paulina o a nuestro programa y su incierto futuro. Fuese como fuese, estábamos dispuestos a defender *La noche fenomenal* contra viento y marea. Pasé la tarde con De Oña y Paulina elaborando listados de temas y de invitados para sugerirlos en las siguientes reuniones, pero yo no andaba muy fluido de propuestas pues todo el rato se me iba la cabeza en pensar de qué modo podría ayudar a Isis.

***COMO UN DRAGÓN JUNTO AL RÍO, ENCUENTRAN AL
HOMBRE QUE SURGIÓ DEL FRÍO.***

La señora Dora, así se llamaba la mujer que había telefoneado para contarnos lo de la desaparición en el lavabo de su casa, vivía en la calle Mandri, en la zona alta de Barcelona. Era un edificio sin balcones, encima de un Dia, que estaba cerrado. Allí fuimos De Diego y yo para ver si salía un reportaje. El piso parecía espacioso, con un pasillo empapelado con estampados verdes. Olía a soledad, a anciana que vive sin otra compañía que la de alguna visita ocasional. Las paredes estaban atiborradas de fotografías con su marco. La mayoría, en blanco y negro. La señora Dora aparecía en algunas, pero quien salía en todas era su difunto marido; por supuesto, todavía con vida. Nos contó que era ingeniero y había trabajado por toda la antigua Europa socialista y algunos países de América Latina. En las dos fotografías más grandes estaba en La Habana con el comandante Fidel Castro y en Belgrado con el mariscal Tito, y en ambas también él iba de uniforme. Nos hizo pasar a una pequeña salita, donde había otras fotos, y nos sentamos en un sofá con molduras en los brazos. El espacio estaba ocupado por una máquina de coser en un rincón; una mesa camilla en el centro y sobre ella un teléfono móvil, y la mecedora desde la que la mujer nos hablaba sin girar el rostro para mirarnos. Llevaba colgado el botón de teleasistencia. Un pequeño animal salió de debajo de la mesa camilla y se acurrucó a los pies de De Diego. Mi compañero le rascó la cabeza.

—¡Es un canguro! —dijo De Diego.

—Se llama Serafín, como mi difunto esposo. —Hablabla con un hilo de voz—. Es un animal muy cariñoso. Me lo regaló mi hija. Lo tenía ella, pero a la niña, a su hija quiero decir, le daba un miedo espantoso el cangurito, y como no podía devolverlo donde lo compró me lo ha dejado aquí. Es una pena, porque en casa de mi hija hay jardín para que salte. Aquí el pobre va arrastrándose por el suelo. Se le van a aporrillar los pies. Encima me han

dicho que tiene que hacerse más grande, y, la verdad, no sé dónde voy a meterlo cuando crezca. De perfil, se parece al chico que me sube la compra. Es muy humano, el canguro, digo, con los bracitos encogidos como un señor que paraba antes por el barrio. ¿Qué se habrá hecho de aquel hombre? Con la cantidad de gente que se muere cada día, parece mentira que el mundo crezca. Serán más habitantes en el extranjero, porque yo aquí cada vez conozco a menos gente. Ustedes son de aquí, ¿verdad? Bueno, viéndoles en el programa parece que sí lo son.

—Yo nací en Alella —dijo De Diego—. Pero ahora vivo en otro pueblo del Maresme.

—¡Es estupendo! No me refiero a que ya no viva en Alella, sino a que sea usted de ese lugar, pues ahí tengo yo familia. Bueno, tenía. Eran unos tíos, pero ellos murieron y mis primos se casaron y se vinieron a Barcelona. Aún queda la casa. Hay que ver cómo se muere la gente de aquí. En la casa de mis tíos había fantasmas. Yo los había visto, bueno, oído, de pequeña, cuando íbamos a pasar los veranos con ellos. No es que hablasen, vamos, en voz alta por lo menos no lo hacían, pero sí que se escuchaban sus ruidos. Me refiero a los fantasmas. Le voy a decir dónde está la casa para que le dediquen un programa.

De repente De Diego puso en pie sus noventa kilos, y el canguro se escondió asustado bajo la mesa.

—Tendría que ir al baño, señora.

—¿Por placer o por trabajo? Quiero decir, ¿va usted al lavabo porque allí ocurrieron los acontecimientos o porque tiene necesidad?

Se quedó dubitativo, y se sonrojó, como le solía ocurrir siempre que era sincero.

—Creo que por ambas cosas. El periodismo no es un trabajo, es una vocación. No distinguimos entre ocio y el resto del tiempo. Al contrario, vivimos una sola vida de un modo muy intenso. Así que si no tiene inconveniente, primero iré yo solo, y luego nos ponemos manos a la obra. Es que ha sido ver el canguro y sentir unas ganas terribles de orinar.

—A mucha gente le pasa. No sé qué tendrá este canguro. Igual es que saltan por eso, porque se orinan. Las ganas de orinar son contagiosas, como las de comer, y las de reír y las de darle al jarapo. Se ve a alguien riendo y ya le entra a una la risa. Y empezar a reír y entrarle a una ganas de orinar. ¿No les sucede a ustedes? También es cierto que los canguros, los pobres, tienen forma de urinario. Igual le han dado ganas a su amigo por esa razón —me dijo.

La señora Dora se levantó en cuanto se oyó vaciarse la cisterna del lavabo.

—Adelante, señor Javier, su amigo ha terminado. Sí que ha tardado poco. Parece que vaya a chorro como el Concorde. *On y va* —dijo en francés, y a continuación alzó la voz para que se la oyese desde el pasillo—. Señor De Diego, usted tranquilo, usted no se mueva de donde se encuentra que ya estamos ahí. Ay, sí que me canso estos días. Es que paso unas noches un poco reguleras. Sin pegar ojo.

A duras penas cabíamos los tres en el cuarto de baño; pero parecía un lugar cómodo, si no confortable, y estaba adaptado a las necesidades de una persona anciana, con plato de ducha y asidero. La mujer se sentó sobre la tapa del excusado, suspiró y pidió que la excusáramos, pues padecía de debilidad en las piernas. De Diego apoyó su ancha espalda contra la pared alicatada de blanco. Me sonreía cada vez que nuestras miradas se encontraban en el gran espejo. Del piso paredaño llegaba débilmente el viejo éxito «Abre la puerta», de Triana, el grupo más famoso del *rock* andaluz.

—¿Quién vive aquí al lado, señora Dora?

—El señor Comajuán. Otro pobre que también está solo como yo. Se acaba de jubilar. Era buzo, y muy bueno. Lo llamaban mucho del extranjero para hacerle bucear. Buscaba cosas debajo del mar, y digo yo que las encontraría, pues iba muy solicitado. Ahora se ha montado un programa de radio por internet y a los vecinos que le escuchamos nos dedica canciones. Siempre son del mismo género. Yo no tengo internet, pero le escucho por el tabique. Cuando viene mi hija me la pone por el móvil. Si quiere, cuando acabemos vamos a saludarlo. Pero antes centrémonos en mi problema. Mire. Aquí, donde ahora mismo estoy sentada, fue donde todo ocurrió. Yo creo que desapareció por este sitio, pues cuando entré la ventanita seguía cerrada. Me pidió permiso para pasar al baño y ya no volvió a salir.

—¿Se trataba de algún familiar, de algún vecino? —preguntó De Diego.

—Qué va, no le conocía de nada. Bueno, sí. Venía de vez en cuando, pero no teníamos una relación personal. Era Wences, el enfermero. Me han llamado del ambulatorio para preguntarme si pasó por aquí.

—¿Y qué les ha dicho?

—Pues la verdad, ¿qué les iba a decir? Que vino, fue al lavabo y ya no le vi más.

—¿Y ellos qué le han dicho?

—Ellos nunca dicen nada. Ya sabe cómo son los médicos. Van a lo suyo. Se callan y apuntan lo que tengan que apuntar.

De Diego se acercó a la mujer y le habló agachado. Parecía una montaña dirigiéndose al profeta.

—Dora, preste mucha atención cuando vaya a responderme. ¿Notó usted algún cambio en el aspecto de Wences, en su apariencia?

Afirmó con la cabeza. Tenía los labios apretados.

—No era él. Le reconocí pero no era él. No es que estuviese muy raro, ni que estuviese cambiado. Es que era otro.

—¿A quién se parecía, Dora? —dijo De Diego.

—A Santiago Carrillo. Es que era Carrillo en persona. Aunque tenía la voz de Wences, y andaba y se movía como Wences y me hablaba como siempre. Santiago Carrillo era muy amigo de mi marido, y siempre que venía a Barcelona se quedaba a dormir en el sofá donde se han sentado ustedes. ¿Lo han notado? Santiago, así, al natural le decíamos, era muy elegante vistiendo. Nunca le vi sin corbata. Cuando iba a acostarse siempre dejaba la ropa muy bien doblada en el respaldo de la silla. Nosotros acostumbábamos a desayunar café con leche y magdalenas de la Bella Easo, que son las mejores para mojar, pero cuando venía Santiago Carrillo yo preparaba chocolate, y Serafín y él bajaban a comprar churros. Antes había una churrería aquí cerca, pero Barcelona ya se está quedando sin churrerías y sin kioscos de prensa, y da pena ir por la calle.

—¿Le contó alguna vez Wences si tenía simpatías políticas? —dijo De Diego.

—No, este chico nunca hablaba de eso. No era como Santiago.

—¿Y peluca? ¿Llevaba peluquín su enfermero?

—Pues no. ¿Por qué habría de llevarlo?

Acompañamos a la mujer a su mecedora y le dijimos que a partir de ahora preferíamos quedarnos a solas en el lavabo. Nos pidió que dejásemos la puerta abierta. De Diego levantó la tapa del inodoro, sacó del interior de su chaleco de safari una linterna fina y alargada e iluminó el fondo de la taza.

—Ya he mirado cuando entré y no se ve nada raro. Probemos otra vez a tirar de la cadena. Pero funciona muy bien. Quizá el perno está un poco flojo. Cuando acabemos se lo apretamos. Sea como sea, estoy seguro de que esto es una puerta, un agujero. Un paso al otro lado igual que el que debió de utilizar el hombre que se había transformado en Walt Disney cuando nos lo encontramos en el Ski. Me han contado más casos.

—Sí. Yo también he hablado con otros transformados.

De Diego bajó la voz.

—Eso me lo tienes que explicar. Creo que todo esto también tiene que ver con el cambio climático. ¿Te has fijado? Los transformados salen cuando hay lluvia. Como los caracoles, salvando las distancias. A lo mejor no es precisamente dentro del váter, pero seguro que en un punto de este lavabo existe uno de esos agujeros. Quizá debiéramos pedirle a esta señora que nos deje volver aquí en cuanto vuelva a llover. Me quedo echando un cigarrillo, ahora salgo.

El señor Comajuán asomó la nariz bajo el pestillo antirrobo, nos miró y se pasó la lengua por el labio superior. Abrió la puerta y nos invitó a entrar mediante un gesto de la cabeza. En la parte interior, la puerta tenía un forro acolchado de rombos con botones en las puntas. Le seguimos por un pasillo igual que el de su vecina, pero empapelado con estampados de color berenjena. Olía a calamares a la andaluza.

—¡Ya ve que no le traigo cualquier visita, señor Comajuán! Estos chicos son de Televisión Española.

—Bueno, exactamente somos de la televisión de Barcelona —balbuceó De Diego.

—Calle, calle, hombre. Siempre quitándose importancia. Pero ¿qué más dará eso? Si se ven bien, todas las televisiones son iguales. Mire, vecino, estos son los jóvenes del programa *La noche fenomenal*. Lástima que no haya venido el jefe. ¡Con lo elegante que es! Les he explicado que usted también hace de periodista, y que tiene un programa de radio.

El hombre se detuvo y nos quedamos indecisos tras él. Se giró sonriendo y repitió el ademán de la cabeza para que le siguiéramos. Nos sentamos en el tresillo de su sala de estar. Él permaneció en pie.

—¿Han merendado ya? Estaba preparando uno de mis platos predilectos. Huele muy bien, ¿verdad? No le hagan caso a mi vecina. No es un programa de radio lo que tengo, sino un pasatiempo sin mayor trascendencia. Una nimiedad. Miren qué les digo, les voy a poner un disco. Ahora mismo quería escuchar uno muy bonito de Medina Azahara que trae la canción «Paseando por la mezquita». Es de la CBS.

Alzó el single para que lo viéramos bien. En la funda aparecía el dibujo de una mujer vestida de Sherezade ente columnas y arcos de herradura con el fondo de un cielo místico. Antes de ponerlo en el plato se quedó mirando por la ventana hacia el edificio de enfrente. Aunque había dejado de llover hacía

horas, la calle continuaba empapada. Se dejó caer sobre una silla con el asiento de pana.

—Me he dado cuenta de que se han fijado en la Primera Guerra Mundial, así es como llamo al acolchado de la puerta.

—¿Porque lo usaban en los uniformes de los soldados? —preguntó De Diego.

—En absoluto. Es un mero truco mnemotécnico al que recurro para recordar la palabra capitoné. Casi nunca me acuerdo de ella, es una de esas palabras que son como pastillas de jabón y siempre que vas a cogerlas se resbalan. ¿No les sucede a ustedes también?

—Pero ¿capitoné que tiene que ver con la Primera Guerra Mundial? Si por lo menos significará capitán en francés —afirmó De Diego.

—Pues no sé por qué, pero esa palabra, capitoné, la tengo muy asociada al presidente de la república francesa de aquella época, cuyo nombre no me sale ahora, ya me disculparán si de caso. Eso..., Poincaré. Poincaré, en vez de una palabra pastilla de jabón, es una palabra Griffin.

—¿Griffin?

—Doctor Griffin, como el hombre invisible de Wells. Una de esas palabras que solo cuando se tropieza con ellas se da cuenta uno de que estaban ahí.

El señor Comajuán tomó el mando del equipo de música y con la otra mano recogió de la alfombra un vaso con un poso de un líquido transparente. Nos explicó que había comprado ese vodka porque en la etiqueta salía el dibujo de un bisonte, y dentro de la botella había una ramita que le llamó la atención. Como no sabía de vegetales pero sí polaco, buscó en internet la marca, que era Żubrówka, y vio que el nombre hacía alusión a una planta llamada la hierba del bisonte, pues al parecer la bebida se aromatizaba con las hierbas que los únicos bisontes que quedan en Europa comen en el bosque de Białowieża.

—Con el señor Comajuán siempre se queda una ojiplática —dijo su vecina.

—Quite, quite. Se aprende mucho con el ordenador. Me encanta esta botella porque cuando me bebo una me da por imaginar paseos en bosques frondosos bajo árboles enormes. Bosques nevados y sombríos, y alrededor vastas llanuras blancas sucias de fango por las hirientes ruedas de un todoterreno que traquetea, y a los que van dentro se les mueve la cabeza, y les deja una cicatriz pelada (el todotorreno a las llanuras, no a los viajeros), y se le empañan los espejos retrovisores de cachitos de barro y nieve. Los bisontes

mansos y prehistóricos, los veloces caballos de crines largas, los lobos hambrientos y sedientos, los osos salvajes como el que ayudó en la batalla de Montecasino... ¿Saben que fueron los nazis quienes reintrodujeron el oso en aquellos parajes para divertirse cazándolo?

El señor Comajuán bebió un sorbo de su vodka, se relamió el labio superior y prosiguió.

—¿Conocen ustedes Polonia? Acabo de llegar de Cracovia hace apenas una semana. Un viaje muy bien organizado. Hubiera ido solo, pero hace ya tiempo que no tengo esma. Nos llevaron a visitar el campo de Auschwitz-Birkenau. Un horror en el corazón del bosque. Pensé que no iba a encontrar valor para entrar ahí. ¿Han estado ustedes en Cracovia? Es una antigua y hermosa ciudad. Muy histórica, pero de la historia de ellos, no de la nuestra. De su seminario salió el papa Juan Pablo II, quizá, junto con Stanisław Lem, la personalidad contemporánea a la que más he admirado en mi vida. Y de ese mismo edificio aún siguen saliendo de paseo cada tarde los curas y los seminaristas con sus sotanas y sus anoraks igual que cada tarde se echan a volar los cuervos, también para campar a sus anchas por la ciudad. La gente va a leer a los bancos del parque que rodea el seminario junto a la curva del río Vístula. Cuando un río describe una curva se le llama meandro, pero a mí no me gusta pronunciar esa palabra pues me acuerdo de un amigo que tuve que se llamaba Leandro y, claro, me lo imagino en el urinario. Meandro es una de esas palabras lapa que cuando se pegan a otra no hay manera de separar nunca. En invierno el parque del seminario está siempre nevado. Y es maravilloso el temblor del Vístula con una fina capa de hielo sobre su superficie.

También nos contó que vivía solo en su piso, y que había viajado a Cracovia para visitar la tumba de su madre. Se había criado en aquella ciudad.

—Crecí en la calle Poselska, número 6, en el mismo caserón de muros ocreos donde Joseph Conrad pasó parte de su primera adolescencia al cuidado de su padre viudo y tuberculoso, que al poco moriría en aquella casa. Yo no soy como usted, señora Dora, que cree en esas cosas, pero he de reconocer que imponía mucho respeto saber que bajo nuestro propio techo había muerto malamente el padre de otra persona. En fin, les cuento la historia tal como me la explicaba siempre mi madre. Mi madre se llamaba Virtudes de la Vega. Y había ido a parar a Polonia en los años cincuenta. Su marido y mi padre, Amadeo Comajuán, era militante comunista, y cuando cayó su célula en los primeros años de la clandestinidad, el partido lo sacó de España. Mi padre dejaba un hermano muerto en la batalla de Gandesa, a un puñado de

camaradas presos en Carabanchel y un piso vacío en el barrio de los Jerónimos de Madrid. Conoció a mi madre en París. Ella había abandonado Barcelona con su familia poco antes de acabar la guerra. Su padre, mi abuelo Jerónimo de la Vega, era periodista y en París encontró trabajo como corrector tipográfico de la enciclopedia Larousse. El hombre se pasaba las noches en el café de Madrid, en el bulevar de Montmartre, junto a otros compañeros de exilio. Mi abuelo materno no era comunista y no le gustó que mi madre se enamorara de alguien del partido. Al final mis padres se casaron en la iglesia de San Ambrosio, la del bulevar Voltaire, en el once, muy cerca de donde está el café teatro Bataclan, donde ha pasado todo eso de París. Sobre este asunto, tienen ustedes que leer la novela *Paz, amor y death metal*, de Ramón González. Le pilló allí el atentado y da un testimonio de primera mano. Está muy bien ese libro. La iglesia de San Ambrosio es un edificio imponente de piedra gris con dos campanarios en vez de uno. Ni mi madre ni mi padre se consideraban creyentes y por tanto sus sentimientos estaban más cerca del nombre del bulevar, es decir, de Voltaire, que del templo, pero tampoco intentaron hacer las cosas de otro modo. Dicen que París bien vale una misa. Mi madre me explicó que, bajo aquellas altas bóvedas y entre las hileras de columnas blancas de San Ambrosio, se sintieron arrojados por la aureola de los revolucionarios de la comuna de París, que setenta y cinco años atrás más o menos se habían encerrado allí en busca de protección. Fue a principios de la década siguiente, en los años cincuenta, como les he dicho, cuando mi padre, seguido de mi madre, recaló en Cracovia enviado por el Komintern. Había contactado antes en Checoslovaquia con Artemio Precioso, pero esta es otra guerra. Todos mis hermanos y yo íbamos a nacer en aquel caserón de la calle Poselska. Conservo grabado en la retina el retrato de Stalin presidiendo el comedor de casa. Mi padre idolatraba a aquel dictador, porque dictador lo fue, aunque esté mal el decirlo, y relativizaba las acusaciones que sobre sus purgas y sus crímenes empezaron a aflorar tras su muerte. Papá murió de un cáncer de pulmón al empezar la era Brezhnev, y al volver del entierro mi madre descolgó la foto de Stalin y nos llevó a tomar sopa a un bar de leche que había cerca. Mi padre murió en la misma casa que el padre de Joseph Conrad. Era una casa muy mala para los padres. Quizá por eso yo no he tenido hijos. Había escuchado a mi madre historias sobre Barcelona, pero jamás nos surgió la ocasión de visitar esta ciudad. Así que cuando cumplí veintitrés años, como estaba soltero, dejé Polonia y me instalé en este piso, donde sigo desde entonces. Llegué a España cuando Franco acababa de morir y lo primero que hice fue un cursillo de buceo y abrazar la fe católica, lo cual

supone una doble forma de inmersión en la cultura local. La religión la había descubierto en Cracovia de una manera más misteriosa que clandestina, pero desde pequeño sabía que quería ser católico practicante. Así que, al poco de vivir en esta ciudad, me hice pertiguero en una hermandad de Semana Santa del barrio chino. Y aún sigo llevando la pértiga en las procesiones.

—¡El señor Comajuán es bien! —exclamó su vecina.

Cuando se acabó la canción de Medina Azahara, el señor Comajuán quitó el disco y el adaptador de singles, puso un elepé de Alameda que traía el tema «Aires de la Alameda» y se relamió el labio superior. Tenía dos serpientes sacando la lengua tatuadas con tinta azul en su antebrazo.

**SE QUEDAN DE UNA PIEZA EN EL INSTITUTO DE
BELLEZA.**

Lo que me dijo el médico fue que quizá ya nunca volvería a dormir. Y que nadie sabía qué estaba pasando. Y sumergió la nariz en la pantalla del ordenador como aspirando el aroma de una flor y siguió hablando sin mirarme. Le temblaron aquellas palabras (en términos del señor Comajuán, podrían ser palabras *jeep* por el traqueteo). Me explicó que nadie era capaz de pegar ojo desde hacía unas semanas. Toda Barcelona sufría insomnio y ocurría lo mismo en las ciudades de la periferia. En eso no había distinción. Sobre todo sucedía en los lugares más poblados. Desde que empezaron las tormentas. El doctor se frotó la cara, llevaba días sin afeitarse, y miró a la calle. Había vuelto a llover a lo bestia. Era una consulta tristona, con esa ventana solitaria. La pared de enfrente pertenecía también al edificio. Cemento pintado de blanco con chorretones oscuros, canalizaciones soltándose y ventanas sucias con marcos de aluminio. Ese centro de atención primaria era un cubo de cemento embutido de forma absurda entre unos bloques de la avenida Maragall. El brillo helado que llegaba de la calle se revivía al calor de los fluorescentes.

—Yo llevo sin dormir diez días —dijo el doctor—. Empecé viendo ardillas. La mayoría muertas. Otras, agonizando, pataleando. Las encontraba en mi casa al volver por las noches. Me obsesioné. No sabía evitarlo. Noches enteras en vela buscando el lugar por donde podrían haber entrado. Pero cada vez veía más, decenas, al final cientos de ardillas, y así ha sido como he dejado de dormir. Y ahora que me he vuelto insomne las ardillas han desaparecido de golpe. No las he visto más.

—Son grietas enormes —le dije—. Las veo por las noches, ahora yo también. Todas las noches. También al volver a casa. Abro la puerta y las grietas zigzaguean a mis pies lo mismo que serpientes. Parecen profundas, como si debajo se hiciera el vacío. ¿Sabe qué? No me atrevo a dar un paso.

Cruzo el pasillo pegado a la pared por miedo a caer por una de ellas. Pero también se rajan los tabiques. Brechas que aparecen y desaparecen igual que relámpagos. Mi madre duerme y dice que no se entera de nada de eso. Pero tampoco le cuento demasiado para no preocuparla. Una noche creí ver que un jerbo orejudo salía del televisor.

—Alucinaciones visuales nocturnas, cuadro fóbico con pánico, desorientación general, alteración de la función cognitiva...

—Ayer metí el brazo en una de esas grietas.

El médico calló, alzó la cabeza y me miró expectante. Su incipiente barba rubia había empezado a cubrirle una larga llaga en la comisura de los labios.

—Continúe.

—Son reales. Las grietas están ahí de verdad.

—¿Notó algo en el brazo al otro lado?

—Sí, el vacío, doctor. Quizá se trate de agujeros negros.

—¿Cómo es esa sensación de vacío?

—No es una sensación. Es realmente el vacío. Uno no sabe de qué se trata hasta que lo toca. Como cuando tienes frío en las manos. Tuve miedo de que la grieta desapareciera de repente y me dejase sin brazo, pero también supe que, mientras lo mantuviera dentro, eso no iba a cerrarse nunca.

—¿Cuántos días me ha dicho que lleva sin dormir?

—Todos.

—Pero cuántos.

—Ayer hizo veinticinco.

—¿Y teniendo las alucinaciones?

Dirigí la mirada a la ventana sin atreverme a responder.

—¿Desde cuándo ve esas grietas?

—Desde el primer día. Desde que empezó a llover.

—¿Por qué ha esperado tanto para venir?

—Ayer comprendí que eran de verdad.

—¿Eso es lo que le preocupa? ¿Que en realidad existan? Si de verdad están ahí yo no podré ayudarle.

—A eso he venido.

—¿A que le diga que no está enfermo?

Moví la cabeza afirmando.

—En este aspecto, no se encuentra usted ni mejor ni peor que el resto de nosotros.

—Esas grietas existen. Se lo juro.

Eché la silla hacia atrás sin dejar de mirar a la calle. Me había parecido que se resquebrajaba aquella parte del edificio. Pero esta vez las grietas se habían abierto y cerrado demasiado rápido sin apenas darme tiempo a percibirlas. Lo distinto es que ahora todo estaba ocurriendo a plena luz del día.

Eran las diez de la mañana y como recordé que De Diego y De Oña habían quedado en el Instituto Francis para investigar la presencia de unas criaturas de sombra dentro del edificio, al salir de la consulta cogí el 45 en Padre Claret y me bajé en Urquinaona. Fue Hortensia, la ex de De Oña, quien nos llamó para informarnos con su gran boca roja de esos fenómenos y nuestro compañero lo interpretó como un gesto de romanticismo por parte de ella. Al principio creí leer en el whatsapp del grupo que la cita era en el Instituto Francés, pues no me cabía en la cabeza que fuésemos con De Oña a aquel lugar que tanto había maldecido durante días y días. Pero luego vi que en efecto ponía Instituto Francis, centro de belleza. Ese edificio tan alto y extraño en pleno corazón de Barcelona, con su fachada vanguardista de cristal y aluminio, y la palabra Francis caligrafiada arriba del todo, anunciaba a gritos que en sus oficinas, en sus pasillos, en cualquiera de sus cuartos cerrados, tarde o temprano acabaría albergándose algún tipo de huésped paranormal.

Como De Diego era más de dar abrazos, sobre todo al saludar, y siempre decía adiós desde lejos pues no le gustaban las despedidas, y De Oña era muy de dar la mano a todo el mundo y en todo momento, cuando llegué abracé a De Diego en la medida en que podían abarcarle mis brazos, pero al ir a estrechar la mano de De Oña este sacó de su gabardina mojada un par de alambres doblados en forma de ele.

—Tendremos que operar clandestinamente, como siempre —dijo—. Aquí no nos vale Hortensia, la pobre no puede echarnos un cable en el asunto. Bastante ha hecho con avisarnos. Ahora la han trasladado al departamento de micropigmentación y cobra más. Con la falta que nos hubiera hecho ese dinero cuando estábamos juntos. Hemos quedado con Félix, su ligue, que fue quien descubrió los fenómenos. Se ve que las cámaras de seguridad están grabando en las últimas semanas una sombra humana que parece deslizarse por todas las plantas en pos de los guardas sin que la adviertan.

—¿Para qué sirve la micropigmentación? —pregunté.

—Es como tatuarse el maquillaje. La gente es así ahora. Con esto nos bastará. —De Oña agitó las varillas de alambre antes de guardarlas y entonces me dio la mano—. Seguro que es por las tormentas, pero estoy perdiendo el

oremus. Cuando ya llegaba me di cuenta de que no me había traído ningún detector, así que he pasado antes por el Servicio Estación de la calle Aragón y he comprado unos trozos de alambre. En realidad no vamos a necesitar más, pues creo que el edificio desborda presencias como el cubo de una obra.

—Como un cubo que se desborda —precisé.

—Exacto —dijo De Diego.

—Es que por el hecho de ser un cubo de una obra no tiene por qué desbordarse —añadí.

—Los cubos siempre terminan derramándose —dijo De Oña—. Os diría que son uno de los inventos más prácticos de la humanidad. No hay nada que no se pueda llevar en un cubo. Mirad, ya está aquí Félix.

Había salido a buscarnos el vigilante, que iba sin afeitarse, le faltaba un ojo y era de complexión atlética. Vestía el uniforme negro de su empresa de seguridad. Nos indicó con la mano que le siguiéramos y pasamos al vestíbulo del edificio. Unas mujeres esperaban a que las atendieran. Micropigmentación facial. Labios, ojos y cejas. Nos metimos en el ascensor y subimos a la última planta. Se me había quedado en la boca un sabor dulzón que atribuí a los productos químicos que flotaban en el ambiente.

—Os he preparado una visita guiada por todo el edificio. Pero vosotros disimulad. Haced como si no me conocierais —dijo Félix—. En los lugares en que ha sido grabado el ser de sombra, me detendré y me rascaré el cogote.

—Pero se va a notar mucho que te seguimos —dijo De Oña.

—Es cierto. Lo haremos al revés, id vosotros delante. Así parecerá que os escolto.

—¿Y cómo veremos dónde te detienes?

—Eso también es cierto. Haremos otra cosa. Tararearé una canción de los Burning.

—¿La de «Mueve tus caderas»? —dijo De Diego.

—No, otra que me guste más. ¿Os parece bien «No es extraño que tú estés loca por mí»?

—¡Hombre, esa es de las mejores! ¡Qué buenos eran los Burning! Luego el *rock* se reblandeció. Vaya pena de juventud la de ahora. Parece que tengan que morir de avitaminosis —añadió De Diego, y tarareó la canción.

De Oña dijo que le daba lo mismo, pero se le notó que se había tomado el título como una indirecta. Yo también manifesté mi conformidad.

—Bueno, pues si estamos de acuerdo no se hable más. En marcha —dijo Félix, y se hizo a un lado para que saliésemos del ascensor delante de él.

Empezamos a andar por un pasillo de techo muy alto que olía a café recién hecho, pero parecía totalmente vacío excepto por una jardinera al final con unas matas de singonio. No había ninguna ventana, pero sí cuatro puertas a la izquierda y otras cuatro a la derecha frente por frente. Se diría que no se había abierto ninguna en años. Avanzamos hacia el fondo. Como estaba oscuro, De Diego sacó con una de sus manazas la linterna alargada de su chaleco de safari. El vigilante canturreó una canción, pero era una de Albert Hammond, no la de «Échame a mí la culpa» sino otra, y comprendimos que solo quería que apagásemos nuestra luz. De Diego se guardó la linterna y continuamos andando.

—¿Aquí se puede hablar? —dijo De Diego en voz baja.

—Mejor que no —dijo también flojito el vigilante, y nadie dijo nada más.

Cuando llegamos al singonio, Félix tarareó la canción de los Burning. Tenía buen oído para la música. De Diego le preguntó si la otra canción que había cantado antes era de Albert Hammond, y el seguridad le explicó que sí, pero que en realidad todo el mundo la conocía por la versión de los Hollies, y acaso también por el plagio que Radiohead hizo de ella con un éxito que se llamaba «Creep», y añadió emocionado que le sorprendía gratamente que De Diego conociera al creador de esa balada, pues era una de sus preferidas de todos los tiempos.

—También me gustan mucho los Hollies de cuando estaba con ellos Graham Nash, pero hay que reconocer que esta canción les quedó redonda sin él —añadió Félix—. La verdad es que ahora que caigo tampoco me gustan tanto los Hollies de la época de Graham Nash. En realidad, creo que en mi vida he oído dos o tres canciones enteras de ese grupo, porque a mitad me aburro. Y, pensándolo fríamente, con la canción en cuestión, la de Albert Hammond me refiero, me pasa lo mismo. No sé por qué creo que me gusta tanto. Sí, empieza bien, pero luego parece que vayan a pedir un donativo. Sin embargo Graham Nash sí que me gusta mucho. Tanto con Crosby, Stills, Nash & Young como en solitario. Aunque creo que esto tampoco lo tengo muy claro.

De repente escuchamos a nuestras espaldas un portazo y unos pasos que se dirigían hacia donde nos encontrábamos. Oímos también el ruido del ascensor al irse, lo llamaban de otra planta. El hombre empezó a hablar antes de que nos girásemos.

—Ustedes no habían estado jamás aquí, ¿no es cierto? No me refiero a esta planta sino a todo el edificio. Aquí es lo que llamo una palabra pulga, que va saltando de un lugar a otro sin perder ninguna de sus cualidades.

El señor Comajuán traía un café humeante en un vaso de plástico y abrazó como pudo a De Diego y nos dio la mano a De Oña y a mí. Esta vez iba con zapatos rosa, pantalones rosa, camisa rosa de lunares blancos y *blazer* rosa cruzado. Le asomaba por el bolsillo del *blazer* un pañuelo granate.

—Así que es usted el experto en esto —le dijo a De Oña—. ¿Conoce Wrocław? Se trata de una ciudad llena de fantasmas. En castellano se llama Breslavia, pero este es uno de esos nombres cabeza de alce, que nadie utiliza pues no son más que el trofeo de un idioma. No saben cómo me alegré cuando me dijo Félix que había puesto en manos de ustedes este peliagudo asunto de las sombras. Precisamente en esta institución. No es lo mismo las sombras de ojos que ojos en las sombras. Pero no le vayan a contar nada de todo esto a la señora Dora, mi vecina. Se lo ruego. Está convencida de que soy un escéptico, y lo soy, pero con respecto al mal llamado rigor científico. En fin, con todo lo que se nos va a venir encima más vale que mi vecina siga creyéndolo así. Félix y yo, disculpa que hable por ti, nos conocemos de la FEDAS, la Federación Española de Actividades Subacuáticas. Eso está por Glorias, allí al lado de los Encantes nuevos, que ahora ya son los viejos. ¡Cuánto ha cambiado Barcelona desde que vine! Allí no es el mismo tipo de palabra que aquí sino muy diferente. Allí es una palabra zanahoria, como su propio nombre indica te la ponen siempre delante. Por hacer algo, mientras esperaba me he hecho un café y he registrado la oficina; pero no he encontrado nada de interés salvo este ejemplar de *Din Dan* en el cajón de la grapadora. ¡Qué gracioso es Rompetechos!

Al desabrocharse con una mano el *blazer* para guardar el tebeo, el señor Comajuán dejó ver discretamente una pistola con la culata negra y el cañón cromado. Se pasó la lengua por el labio superior y se abotonó de nuevo la chaqueta.

—No les entretengo más. Solo había venido a saludarles y a ponerme al servicio de ustedes para cuanto precisen. Félix, si no te importa me llevo este cómic, que no lo he leído y no creo que nadie vaya a notar la falta. Cómic es una de esas palabras cuco, que ponen los huevos en los nidos de otras. ¡Miren que es gracioso Rompetechos! Con este personaje me troncho de lo que leo y de lo que me acuerdo que he leído.

El señor Comajuán se dirigió hacia el ascensor, lanzó el vaso de plástico a una papelera y sacó de nuevo el *Din Dan*. Mientras esperaba, le vimos pasar con avidez las páginas de la revista. Se mondaba. Luego entró en el ascensor, desapareció y quedó en nuestra planta el tableteo de aquella risa que no podía contener.

—Mi tío era zahorí y localizaba a personas desaparecidas —dijo Félix en voz muy baja—. Cuando yo era un crío, me acuerdo perfectamente, le dieron una fotografía de un cobrador del Ocaso que llevaba tres semanas sin aparecer por ninguna parte y él señaló el sitio en el que iban a encontrarlo muerto, atado de pies y manos. Y, en efecto, estaba maniatado junto a la vía del tren, donde mi tío había dicho, y le habían robado la cartera negra de cremallera en la que llevaba el dinero de los recibos. Pues bien, aquella misma noche se me presentó en la cama la madre del cobrador muerto.

—¿Viva o muerta? —dijo De Oña.

—También había fallecido, pero ¿eso qué más da? Las madres se preocupan siempre por sus hijos. Me dijo que le diera las gracias a mi tío y que en pago yo iba a ser muy especial. Al día siguiente, unos niños me vaciaron este ojo en una guerra de piedras. Mi tío también encontraba agua, hulla, petróleo y oro, decía el sexo de los pollos cuando todavía estaban en el huevo, sabía las vacas que iban a dar más leche y las palomas mejores para hacer de mensajeras.

Un trueno muy largo interrumpió la historia del vigilante. Desde el pasillo, escuchamos la lluvia aporreando las ventanas de las oficinas con tal obstinación que recordaba a esos desesperados que se apelotonan trágicamente ante una salida o en una entrada en las películas de catástrofes.

—Así que os gusta el cine de catástrofes —prosiguió Félix—. Con Hortensia he ido a ver algunas películas de esas, pero ahora solo hacen parodias. No se toman el género en serio. Que si tornados de tiburones, que si aviones llenos de serpientes. A la gente le da miedo afrontar la adversidad mirándola a los ojos. Eso es lo que quería decir antes cuando hablábamos de los Burning. Nadie en el cine ha puesto una cara de desesperación más trágica que Robert Vaughn en *El coloso en llamas*. Pero nadie, eh. Ningún otro actor como él ha sabido comunicar tanto estremecimiento con pajarita y camisa de chorreras. Esas son cosas que únicamente podían hacer aquellos americanos. En Europa no queda lugar para la desesperación. Nos hemos vuelto unos cínicos.

Cuando el trueno dejó de temblar, se abrió la puerta de la oficina de donde había salido el señor Comajuán, pero esta vez apareció un hombre comiéndose un pretzel. Empezó a saludarme desde lejos agitando la pasta brazo en alto, y así me di cuenta de que le faltaba el otro brazo.

—¡Amigo! ¡Usted por aquí! ¡Soy Felipe Alunda! ¡El hombre del autobús del otro día! ¿No se acuerda de mí? Me he venido a esta parte a dar un garbeo. En nuestro lado ya es público que aquí se compra mucho más barato y

empieza a haber colas en los portales de acceso. Lo de ir a Andorra ha quedado pasado de moda. Ahora solo se va allí a meter dinero en el banco, de estranquis. Bueno, eso el que lo tenga. Y no me tire de la lengua, que ya sabe a quién me refiero. La próxima vez le traigo un periódico de allí para que se informe. Con allí me refiero a mi lado, no a Andorra. Aunque, por lo que veo, en esta parte no nos van a la zaga. El atajo de esta oficina es muy bueno y casi nadie lo conoce. No vea cómo se está poniendo Barcelona en el otro lado. En el mío, digo. Esta mañana un pobre hombre se ha transformado sin comerlo ni beberlo en Benito Mussolini y ha faltado tiempo para que lo persiguieran por la calle Almogávares porque querían lincharlo y colgarlo del techo de una gasolinera que había cerca. Ya no se respeta a las personas. No quiero decir que Mussolini fuese como una persona, pero la gente no tiene la culpa de si se convierte en una cosa que en realidad no es. Me he explicado fatal, lo sé. ¿Vienen ustedes mucho por aquí? Yo utilizo este portal cada vez más, ya les digo. Bueno, no les enrolllo más, que yo también tengo prisa. Es que mi mujer no sabe que voy y vengo, y he aprovechado este rato en que ella ha salido a ver a su madre para pillar unos yogures en el Condis. ¿No irían ustedes a usar este acceso? No sabía que era de ida y vuelta, lo siento mucho. Yo solo lo utilizo para entrar. Salir, salgo siempre por el culto del barrio de la Paz, en la rambla de Guipúzcoa, enfrente de donde estaba la Coca-Cola. Parece un bar pero dentro se reúne la Iglesia Pentecostal de la Luz del Mundo. Me pilla más cerca de casa. Ahora no sé si acabo de inutilizarles esta puerta, porque he cerrado de golpe. Pensaba que solo funcionaba para venir, ya les digo. Las que seguro que son de ida y vuelta son las puertas giratorias. Las del aeropuerto, por ejemplo, son ideales. Pero van un poco lentas para mi gusto. Bueno, Félix, hasta otra. Ya veo que te dejo en buena compañía —dijo el luchador manco, y sujetó el pretzel con los dientes para estrecharnos la mano a todos, menos a De Diego, que le dio un abrazo.

**LA COSA SE PONE CÓMICA A PESAR DE QUE CAE DOS
VECES LA BOMBA ATÓMICA.**

Mi madre insistió en que ya iría ella sola, que el autobús la dejaba, como quien dice, de puerta a puerta, de casa al tanatorio. Habían puesto en la escalera un papel avisando de la muerte del vecino. Antiguamente se hacía con hojas de libretas del colegio de los niños, notas escritas a mano, y pegadas en la pared con celo, pero ya hacía tiempo que los avisos se imprimían en casa con el ordenador, en folios blancos y resplandecientes. La acompañé llevado por un instinto de lealtad hacia ella y hacia el difunto. Es una manera de escoltar (en Barcelona tiene un sentido más profundo, pues en catalán *escoltar* significa «escuchar»), es una forma de ir callado a su lado, que me convierte en una estatua del jardín botánico, quiero decir, que hace que viva atrapado en una canción de Radio Futura.

—¿Qué te dijo el médico de Maragall? —preguntó mi madre sin apartar sus ojos violetas del paisaje.

En aquel autobús amarillo de la periferia (los de Barcelona son rojos) casi todos los que iban eran viejos que se bajaban en la última parada, la del hospital. Conforme subíamos por la montaña, desaparecían los barrios e iban espaciándose los bloques.

—Que mire de dormir mejor —le mentí.

—Se habrá cubierto de gloria. No sé para qué vas a ese médico si tienes un ambulatorio aquí al lado.

—Pero sigo empadronado en mi excasa. ¿Ya sabes de qué se murió el vecino?

Se hizo un silencio instantáneo como se hace una fotografía y, como una foto también, se quedó ahí para siempre. La nota de la escalera decía que el vecino Cecilio Moreno, del décimo octava, había fallecido y que el velatorio y el entierro serían en Badalona, en el tanatorio de Can Ruti, en el pico de aquel monte terroso desde donde se ven las tres chimeneas abandonadas, y

bajo ellas el Mediterráneo de los griegos, de los piratas bereberes y de Joan Manuel Serrat, y al sur de esa clausurada central térmica, a lo lejos, Barcelona como una ciudad extraña. En esta ladera es donde yacen, si esta es la palabra, las cenizas de mi padre esturreadas por la parte anónima del tanatorio, tal como él nos tenía dicho. Así que, antes de meternos en la sala de duelo, pasamos mi madre y yo por aquella especie de jardín, o de huerto urbano que en vez de hortalizas acumula biografías, y nos quedamos mirando la pequeña pirámide de hierro oxidado por donde un día de viento y sol frío volcamos el polvo gris que había quedado de su cuerpo como las virutas de metal que iba siempre dejando en su trabajo de soldador. No rezábamos, pero mirábamos fijamente.

La sala que le tocó a nuestro vecino llevaba el nombre de Mar Jónico, que es donde está Ítaca, el reino de Ulises. Aquel hombre también vivió su odisea, pero sin la parte de tener un mundo, o un sitio, al que regresar. La epopeya del pobre no es la del viaje de vuelta, porque no tiene ni adónde volver. La epopeya del pobre es la del viaje de ida a ninguna parte. La palabra fallecido que figuraba en el cartel de la escalera no era la más exacta pero sí la más respetuosa. A Cecilio Moreno se lo habían encontrado muerto con la cabeza dentro del horno de su cocina y su carnet del sindicato en un bolsillo de la americana. Solo eso, ni la cartera, ni el DNI, ni dinero, ni una nota, ni nada. Había poca gente velando su ataúd. Y en el sentido más estricto realmente no había nadie, pues la caja estaba al otro lado del cristal lo mismo que los muertos pasan al otro lado del espejo, que decía el poeta. Un tabique, una ventana lo había apartado ya no de la vida sino de los vivos, y en las sillas del otro lado estaban su hija vestida toda de negro, la mayor y la única que le quedaba, y un nieto, de la otra hija que murió pronto, y el padre; y otro hombre del bloque de atrás, que también había sido un militante histórico como Cecilio, y le pusieron una corona de flores rojas, amarillas y moradas, sujetas con una cinta que llevaba escrito: Tu hija, tu nieto y tu yerno no te olvidan. Salí al mirador del tanatorio y me apoyé en la barandilla contemplando el paisaje. Aquel edificio con forma de chalet parecía sacado de un catálogo de viviendas para millonarios. Algo irreal. Los pobres no se pegan tan buena vida ni muertos. Vi pasar un ave, me pareció un alcaudón, y me quedé atento. De animales sabía lo que había aprendido cuando niño en la colección de cromos de *Zoo Loco*, que presentaba María Luisa Seco, y también lo que se veía en *Mundo Indómito*, y en otro programa que se llamaba *Animals, Animals, Animals*, que tenía una sintonía muy divertida donde se repetía el título. Y claro, en *Planeta Azul*, y en *El Hombre y la*

Tierra. El barrio me había hecho ver la naturaleza a través de la televisión del mismo modo que me hizo ver el mundo a través de los libros.

—¿Eres observador de pájaros?

El hombre del bloque de atrás se puso a mi lado con un cigarrillo encendido. Lo sostenía entre los dedos de en medio. Habló mirando abajo, al barranco.

—Qué va, no tengo ni idea de pájaros. Pero me gustan. De niño criaba tórtolas en el balcón. Mi padre me hizo dos jaulas grandes, con tablas y tela metálica verde. Nacían de dos en dos, pero llegué a amaestrar una tórtola que se había quedado sin pareja, y como tenía un tic nervioso en el cuello la llamé Claudio porque en la tele daban *Yo Claudio*.

—Tu padre era un buen socialista. En fin, Cecilio ya descansa en paz. Hubo una época en que nos juntábamos para escuchar Radio Exterior de España como si fuesen tiempos de la Pirenaica. Cecilio tenía un multibandas que se había comprado en la calle Pelayo, esa tienda ya no está, y lo que más le gustaba de la radio era cuando daban el parte meteorológico porque decían seguidos los nombres de todas las provincias de España. Decía que eso le emocionaba, que no creía en los países, pero que los pueblos no son países.

—Una generación dura de pelar. Y aun así sentimentales. Me acuerdo de cuando Cecilio se emborrachaba en el bar y empezaba a cagarse en Franco en plena dictadura. Yo era un crío, pero lo recuerdo muy bien. Y me acuerdo de otro hombre que siempre iba con él, que cuando legalizaron el Partido Comunista era ya muy viejo y sus camaradas se lo subieron a hombros y lo llevaron por toda nuestra calle arriba y abajo, era como una manifestación de cinco o seis, y él iba dando voces encima del que lo llevaba, y solo gritaba «ya me puedo morir tranquilo».

—Sí, aquel era de Córdoba. Le decían la pantera rosa.

—¿Por qué?

—Porque se le parecía mucho.

Volví a la sala para recoger a mi madre. Aquellos días se le habían dado bien a la muerte y estaba el tanatorio a rebosar. Las diez salas, todas con el nombre de un mar, ocupadas y la gente haciendo corros en el pasillo. Los mares, llenos de muertos. A veces, empezaba todo el mundo a hablar cada vez más alto y tenía que venir un empleado para pedir «un poco de respeto para los difuntos y familiares». Al salir saludamos a los vecinos que llegaban. Venían en grupos; pero Pinilla, que vivía, según se va hacia la playa, antes de cruzar por debajo de la autopista, apareció solo. Andaba rápido y lloraba con lágrimas muy largas que le bajaban por la cara. Llevaba la americana

abotonada, le venía pequeña y parecía romperla con la barriga, y en la solapa se había puesto una insignia roja del Partido Socialista. Cuando vio al vecino del bloque de atrás, apretó el paso y se echó hacia él con los brazos abiertos llorando más. Esos hombres se querían por cosas muy profundas.

—Me ha dicho que no me preocupe —dijo mi madre.

—¿Quién?

—¡Quién va a ser, el muerto!

—Se le veía tranquilo.

—Me han dado ya el recordatorio del entierro. Mira, le han puesto la bandera republicana y le han escrito una poesía de Antonio Machado. Acuérdate de darme una tarjeta tuya, así lo guardo todo junto.

Busqué en la cartera, llevaba varias y cogí una. Eran negras, con la silueta de una baraja, salía mi foto y ponía mi nombre y el número de móvil y un gmail, y en grande y en blanco la palabra magia. Empezó a llover otra vez mientras esperábamos el autobús.

—¿Te has fijado que en las ocho puertas del rellano todas somos viudas?

—Ya casi no conozco a nadie del bloque.

—A mí también me cuesta.

Subimos al B26, que llegó vacío, y continuamos carretera abajo. La conductora había colgado una radio y la llevaba sintonizada en una emisora de copla andaluza. Parecía demasiado joven para gustarle ese tipo de música.

—Vamos solos —le dije a mi madre.

—Qué dices, si está a tope. Lo que pasa es que tú no lo ves. Nunca te enteras de nada. Voy a hacer tortilla de alcachofa para cenar. Hugo Chávez está muerto, ¿verdad?

—Ya hace tiempo. ¿Por qué?

—Porque lo vi anoche.

—¿Dónde?

—Creo que era un cine. Estaba a oscuras pero no daban nada y en vez de butacas había bancos de iglesia; pero tenía que ser un cine porque el suelo era de moqueta. Me creía que estaba sola y de repente vi a mi lado a un hombre muy gordo que llevaba una camisa roja. Y pensé que era Hugo Chávez, pero él lo disimulaba. Sin venir a cuento, se puso a darme con el codo en las costillas. Despacio, no para hacerme daño. Me di cuenta de que quería decirme algo. Pero entonces empezaron a dar la película, que era del Pato Donald, y Hugo Chávez me daba cada vez más fuerte con el codo, y me decía oye, pana, me meto todas esas películas yanquis imperialistas por el hueco del

culo. Si no fuera por mí todavía estaríamos jalándole bola a los putos gringos reculiaos de mierda, y me puso tan nerviosa que al final tuve que decirle algo.

—¿Qué le dijiste?

—¿Por qué no te callas?, eso fue lo que le dije.

—¿Y qué dijo él?

—Se fue.

—Menos mal.

—No, porque luego vino un japonés de ojos muy tristes y muy grandes, con una mata de pelo blanco muy frondosa, que me explicó su historia.

—Pues sí que hubo movimiento anoche. ¿Y qué te dijo ese hombre?

—Pues me dijo hola, soy el súbdito japonés Tsutomu Yamaguchi y tengo noventa y tres años. He sobrevivido a las dos bombas atómicas que las fuerzas aéreas de Estados Unidos lanzaron sobre mi país, pero hasta hoy las autoridades no querían reconocer mi doble condición de damnificado. Mi historia no es demasiado larga, así que creo que habré acabado de contársela antes de que termine la película. Por cierto, hay que ver cómo se parece usted a la actriz de la toquilla.

—¿Qué actriz? ¿No daban dibujos del Pato Donald?

—Cuando llegó el japonés empezaron a dar una de un torero. Pero era muda. El caso es que resulta que cuando le tiraron la primera bomba atómica a Japón, aquel hombre había ido precisamente a Hiroshima en viaje de negocios. Nunca te olvides de esa fecha: 6 de agosto de 1945, que era lunes. Pero espera, que te hago telepatía y te lo cuenta él. Escúchale con atención, que ya verás qué bien lo explica.

—Hola, Javier, ¿me recibes?, ¿se oye bien? Soy el japonés Tsutomu Yamaguchi y tengo noventa y tres años y era ingeniero y fui allí a hacer el seguimiento de unas obras cerca de un hospital. Me refiero a Hiroshima. El avión que nos tiró la bomba se llamaba *Enola Gay*. Supongo que habrás oído la canción de Maniobras Orquestales en la Oscuridad. Eran de aquellos grupos ingleses que hacían pop con sintetizadores, que es igual que hacer pompas de jabón con el culo, y salían con un cantante que bailaba como si tuviese lombrices. Pero la canción era maja, eso sí, y tenía mucho sentido, no era una frivolidad, porque salió en los días en que Margaret Thatcher aprobó el estacionamiento en Gran Bretaña de unos misiles nucleares norteamericanos. Disculpa que insista, ¿te has dado cuenta del extraordinario parecido entre tu madre y la actriz de la toquilla? Son como dos gotas de agua. Pero es más, es que las dos son clavadas a Hugo Chávez. Qué barbaridad. El caso es que aquel 6 de agosto cayó la bomba en Hiroshima, y

mató de golpe a ochenta mil personas. Quedó completamente destruido el sesenta y nueve por ciento de los edificios de la ciudad. Yo salí con quemaduras en la mitad del cuerpo, pero aun así pude regresar a mi casa, en Nagasaki, el miércoles 8 de agosto. Al día siguiente, el jueves 9 de agosto, los aviones americanos lanzaron la segunda bomba atómica. Inicialmente, tenían previsto bombardear la ciudad de Kokura, que tiene uno de los castillos más bonitos de Japón (reconstruido, todo hay que decirlo); sin embargo, un contratiempo atmosférico les obligó a actuar sobre un objetivo secundario; Nagasaki, mi ciudad. Manda cojones. Nagasaki no es tan conocida como Hiroshima, pero allí hizo bum y todo desapareció. Murieron en el acto entre cuarenta mil y setenta y cinco mil personas. No sé cuántos, pero fue una salvajada. Y de nuevo salí parcialmente herido. Desde entonces me he dedicado durante más de sesenta años a escribir una biografía del presidente Harry S. Truman, que fue quien ordenó ambas masacres, sin embargo mi perfeccionismo me impide avanzar más allá del primer párrafo. Así que para avanzar he decidido escribirlo todo en un párrafo. ¿Sabes que nadie conoce el significado de la S que hay entre su nombre y su apellido? Harry S. Truman. He llegado a creer que no es una letra sino el trazo de la bomba al caer. O quizá el símbolo de la serpiente. Cuando inició su carrera política, ya con más de cuarenta años, Truman pidió ser iniciado en el Ku Klux Klan, pero al final se echó atrás. También he querido pensar que la S es la del sendero que lleva de Hiroshima a Nagasaki, o el de la vida a la muerte. En Hiroshima se oyó primero el estrépito, y vimos luego el resplandor. En Nagasaki fue al revés, vimos antes el resplandor y se escuchó después el estrépito. Pero de esto no me di cuenta hasta años después leyendo un cuento de Alfonso Sastre, que habían traducido al japonés en la antología *Cuentos españoles para comedores de ramen*. En mi condición de *hibakusha*, que es como nos llamaron a los supervivientes de la explosión atómica, cobraba una pensión mensual; pero únicamente como víctima de la segunda bomba, la de Nagasaki, que era de menor cuantía. La paga, no la bomba. ¡Son como las tres hojas de un trébol! ¡Tu madre, la actriz esa y Hugo Chávez! De Alfonso Sastre también leí un libro de vampiros pobres que se titulaba *Las noches lúgubres*. Pues lo que te decía, que, en contra de lo que cabría esperar, el hecho de que al fin me reconocieran mi condición de doble irradiado no conllevó una doble paga. No sabes lo que rabié en vida por eso. Hombre, reconozco que tiene menos empaque ser un damnificado de la bomba de Nagasaki, frente a la de Hiroshima. La bomba atómica de Hiroshima es más famosa, ya que fue la primera, y por tanto la que siempre se nombra antes. Lo

decía Hesíodo en un refrán: el primer pájaro se lleva la lombriz más grande. Pero la bomba de Nagasaki era dos veces más potente. Fíjate que a la de Hiroshima la llamaban Little Boy y a la de Nagasaki le pusieron Fat Man. La primera era una travesura infantil en comparación con la que le seguía. Además, la bomba de Hiroshima estaba hecha de uranio y la de Nagasaki de plutonio. Oficialmente se me reconoció como el primer superviviente al doble bombardeo de uranio y plutonio; pero, según una estimación del Museo de la Paz de Hiroshima, alrededor de ciento sesenta personas vivieron una circunstancia idéntica a la mía. Salgo en un documental titulado *Niju Hibaku* (que quiere decir doble radiación), realizado por el productor de televisión Hidetaka Inazuka, y en él también se recogen las historias de otros siete supervivientes del doble bombardeo. Otras siete personas que han recorrido ese camino oscuro, esa S indescifrable. Ponle el docu a tu madre, está en internet. Maniobras Orquestales en la Oscuridad, acuérdate también del nombre de este grupo.

Nos bajamos enfrente de la churrería, una caseta roja envuelta en un halo de humo, luz de fluorescente y llovizna. Me preguntó mi madre si llevaba suelto y compramos una libra de churros de los gordos, en otros sitios los llaman porras, pero ella sostenía que la porra solo es el principio de la rueda. Si se la llamaba porra era porque estaba aporrillada. El churrero nos atendió entre reniegos, se quejaba de que la humedad le había hecho cambiar varias veces la mezcla de harina para la masa de los churros, decía que esas no eran maneras de trabajar, y nos preguntó si los queríamos con azúcar. Aquel cucurucho de papel de estraza lleno de manchas de aceite se convirtió entre mis manos en un cálido corazón exterior como un disco duro externo. Mi madre me dijo que lo mejor era llevar siempre los churros al aire en un cordel, que metidos en esa bolsa de papel se recocían, y ya no veas si la bolsa era de plástico.

Como vimos que estaba abierto el portalón de la parroquia de San Juan Bautista entramos para visitar la capilla del mural industrial, donde una figura del arcángel San Miguel presidía los frescos que representaban a los obreros en mono y con alpargatas trabajando en la fundición y en la fábrica de vidrio. Era una donación de las cofradías obreras de esas dos fábricas que habían seguido funcionando hasta los años ochenta. Ambas estaban cerca de la iglesia. Feligreses no éramos, pero aquella tarde queríamos ver a los trabajadores pintados a los pies del ángel proletario porque tenían las caras de los vecinos, y uno de esos rostros era el de Cecilio Moreno. En el filo de una bancada de madera rota estaba sentado el cura al calor de una estufa de

butano. Llevaba puesta la sotana y se estaba haciendo viejo. Mi madre le ofreció churros, y el párroco dijo que sí le vendría bien uno porque hacía frío y lo tomó con las puntas de los dedos y sin morderlo nos explicó con cara de pena que ya no iba nadie a la iglesia, y que en todo el año pasado solo había celebrado una boda. Nos acompañó a la capilla industrial y allí nos plantamos los tres comiendo churros, en esa parroquia oscura apenas iluminada por el temblor de un puñado de velas. Olía a cera y a incienso.

—Le he visto por el río con una bolsa. ¿Lo que busca es tierra? —le dijo mi madre al cura.

—Tengo unas plantas y he encontrado por las orillas algo que les va bien, una especie de abono.

—No me diga más, ya sé lo que es. Yo también lo estoy cogiendo. Hay poco, ¿verdad?

—Sí, cuesta mucho dar con eso. Debe ser de algún animal que baja por las noches. Dicen que son jabalíes que vienen del parque de Collserola.

—No, eso seguro que no es. Los jabalíes no cagan así. Estas mierdas son muy raras, con esa forma que tienen como de ensaimada, y relucen en la oscuridad.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Hasta me dan un poco de miedo.

—¿Miedo? Miedo hay que tenerle al hambre. Fíjese, padre cura, si es raro ese abono que en el lavadero tengo un cubo desde hace más de un mes y todavía sigue fresco. No se seca nunca.

Cuando volvimos a casa llamé a De Diego y le pedí que viniese cuanto antes para enseñarle lo que mi madre guardaba en el lavadero. Hice una foto con el móvil y se la mandé. Llegó enseguida, debía de andar por Barcelona. Se arrodilló ante el cubo, lo observó con mucha concentración, lo olisqueó y hundió un dedo en aquellos excrementos, y me pidió un trapo para limpiarse.

—Tienes razón, es como la del yeti —dijo De Diego.

—Pero es de aquí enfrente, de la orilla del río. La gente se la lleva para las macetas. El *sherpa* te ha tangado.

—Puede que no. Yo no voy a dejar de creerle. Últimamente se están publicando muchas tonterías sobre el yeti. Ahora la tendencia es decir otra vez que pudiera tratarse de un úrsido. ¿Te imaginas que a Favila lo hubiese matado el yeti? Hay una genetista noruega, que trabaja en la Universidad de Buffalo, que se ha dedicado a emparentar el oso polar con el oso pardo americano, y de paso ha metido al yeti en el saco. No se puede avanzar si tienes la ciencia de frente. Todo son palos en las ruedas. Menudo

despropósito, cuando todo el mundo sabe que el yeti no tiene otra explicación que la evolución paralela y secreta de un homínido, o acaso de un antropoide.

—¿Entonces hemos de pensar que ahora hay un yeti en el río Besós?

—Estoy viendo unos animales muy raros últimamente, por las noches.

De Diego volvió a frotarse la mano con el trapo y sacó de su chaleco de safari una libreta y tomó unas notas y también hizo fotografías del cubo con su móvil. Me apretó el hombro con fuerza y me miró a los ojos con entereza. Le sonreí pero me salió una sonrisa triste, y entonces me abrazó y me golpeó ruidosamente en la espalda con sus manazas y me dijo que no nos iba a pasar nada malo.

EN EL CUBIL DEL DRAGÓN, SE JUNTA UN MOGOLLÓN.

—Javier, tú siempre explicas que viste tu primer yeti en un Tintín. Pues bien, yo vi mi primer menhir en un Astérix. Lo llevaba Obélix a su espalda —dijo Paulina, y su rostro egipcio me hizo recordar *Astérix y Cleopatra*—. Tú has sido carne del surrealismo belga. Yo soy víctima del delirio francés. Los franceses creen que están aquí desde que empezó todo. Por eso la historia de esa aldea gala está atada al origen, a Carnac, a los dólmenes. Los ingleses también han explotado Stonehenge todo lo que han podido. Y resulta que en la península ibérica das una patada y sale un dolmen y nadie hace caso. ¿Conocéis el parque megalítico de Gorafe? Tenéis que ir a verlo, está en el valle del río Gor. Esa zona de Granada es mágica. Es como un desierto y en medio de esos secanos se alzan colinas veteadas llenas de fósiles, de moluscos de cuando todo aquello era océano. Las vetas refulgen bajo ese sol que lo machaca todo y parece un paisaje lunar visto por un *hippie* psicótico. Hay un punto magnético, es un cambio de rasante, y allí el agua sube la cuesta por sí misma en vez de bajarla. Y dicen que cuando los aviones pasan por ahí arriba los pasajeros sienten como si hubieran pasado por un bache. Gorafe es de lo más notable que hay en la península, me refiero a sus dólmenes. Estuve allí con Pimentel, el exministro. Es un experto en arqueología y ahora tiene un programa en televisión. Como fue ministro de Trabajo, no ha soltado la pala. A veces se cuele la gente en el yacimiento para robar fósiles. Son un peligro. Y, yendo más arriba, también buscan en el río, sobre todo si ha habido tormenta. La corriente revuelve el terreno y afloran piezas valiosas. Vivimos en un país muy miserable, en el que a nadie le interesa la cultura y cuando interesa es para dedicarse a la rapiña.

Gómez oyó la palabra rapiña y se confundió y trajo una bandeja llena de piñas de cerveza, dijo algo en tagalo y se fue con su sonrisa generosa. Aquella noche había venido con nosotros Pellicer, pero le decíamos el Hombre del Tiempo porque estaba especializado en los viajes por el tiempo, quiero decir,

en el estudio de ese asunto. Pellicer era profesor de física en la Universitat Oberta de Catalunya y de vez en cuando colaboraba en *La noche fenomenal* explicando alguna paradoja, ilustrando con hipótesis y ejemplos sacados del cine, la literatura, las leyendas urbanas... lo que se descubría sobre la peregrina posibilidad de viajar más rápido que la luz. Pellicer iba rapado al cero y llevaba jerséis de cuello alto. Era un científico muy riguroso, pero por frivolidad y coquetería se había unido a nuestro equipo.

—Paulina, en esa zona habita la alicántara —dijo De Diego.

—¿Qué es una alicántara?

Paulina se había quedado abstraída dibujando un Obélix que llevaba su menhir. Era zurda y eso le daba más misterio a todo lo que hacía.

—Un animal no reconocido por la ciencia. Dicen que se trata de una especie de serpiente —intervino Ángel.

—Sí. Pero quizá esté más cerca de las salamanquesas. No se sabe bien —dijo De Diego.

—En mi vida había oído hablar de esa serpiente o lo que sea —dijo Paulina.

De Diego se frotó la perilla y miró al Hombre del Tiempo antes de hablar.

—Lo único que sabemos en criptozoología es que en algunas zonas de la península se ha constatado con el nombre de alicántara la existencia de una culebra que, según quienes la han visto, tiene dos cabezas. Una que la obliga a hacer el bien y otra que la obliga a hacer el mal. En algunas regiones de España le dicen can a este animal. Por ejemplo, en esa parte de Granada de la que habla Paulina. Hay testimonios fiables que aseguran que es muy venenosa; pero para suerte de los mortales parece ser que también es ciega. Por eso hay un refrán que dice: si el can viera y la víbora oyera, no habría hombre que al campo saliera.

—Admirable. El refranero como ciencia. Eso sí que es grande —dijo el Hombre del Tiempo.

—Criptozoología, esa es la ciencia —respondió De Diego—. No te confundas, Pellicer, los criptozoólogos somos muy serios en nuestro trabajo, y no nos dedicamos a recoger refranes, recogemos especies animales, o en su defecto rastros y testimonios contrastados. Refranes ya nadie los dice, y cuando alguien lo hace los dice mal. Basta con poner la tele para comprobarlo. Nuestra misión consiste en verificar la existencia de criaturas excluidas de las clasificaciones científicas. Y no quiero entrar ahora en polémicas. La criptozoología es una de las trescientas sesenta y cinco nuevas ciencias que necesita el saber humano. Cada día del año es una ciencia.

Algunos de los animales que estudiamos ya se han extinguido, aunque es posible encontrar fósiles, restos de ellos, y, cómo no, alusiones en el folclore, en las leyendas, en los refranes. Los refranes son los fósiles de los conocimientos desaparecidos. Pero no todo se ha perdido, pues algunas criaturas siguen aún entre nosotros. Y esas son las que nosotros buscamos con mayor interés.

—¿Por ejemplo, el yeti? —dijo el Hombre del Tiempo.

—Un clásico. El yeti es el Louis Armstrong de la criptozoología —dijo Ángel.

—El yeti es muy importante, y creo que nos depara nuevas sorpresas. Pero recapacitad un instante. Aquí mismo, en medio de esta noche, a la salida de este bar..., ¿quién sabe qué mamífero secreto, qué ave desconocida nos estará esperando?

Gómez vino de nuevo pero esta vez no traía nada. Tocó suavemente el hombro de Ángel e hizo un gesto de que le siguiéramos. Miramos al señor Dimas, el dueño del bar, que bajó la vista y limpió un vaso, y subimos las tambaleantes escaleras en espiral que llevaban a los lavabos, y los escalones danzaron y crujieron por el peso del grupo, pero la puerta a la que nos condujo Gómez no era la del lavabo sino la de un almacén, y siempre permanecía cerrada. Se abrió. De allí partía un largo corredor con bóveda de ladrillo, flanqueado por arcadas austeras como diademas de una vieja criada, tras las cuales desfilaba una infinitud de sepulcros, sellados y custodiados por espadas y blasones. Recorrimos sin decir una sola palabra aquel pasadizo de suelo ajedrezado y al llegar al final encontramos otra puerta cerrada. Gómez la empujó, y se movió ligera lo mismo que un vilano soplado por el aire. Tras la puerta encontramos una gran farmacia. Gómez prendió las antorchas sujetas a los muros y vimos un suelo de arcilla y descubrimos que sus paredes pálidas estaban ocupadas por cajones, armarios que llegaban hasta el techo. Albarelos, tarros de porcelana, blancos y añiles, con mil drogas y venenos. Clasificadas con etiquetas, que tenían estampadas sierpes y filigranas, se alineaban vasijas de hierbas, esencias, bálsamos, tes exóticos, beleño negro, tabaco gordo, canela en rama, acónito de los montes de Italia (ese que tiene las raíces negras y largas como bracitos, y que se utiliza para envenenar a los lobos dándoselo a comer envuelto en carne), zapatitos de Cristo para tonificar el corazón enfermo, rabo de mula para mineralizar a los tuberculosos... En otro muro de aquel herbolario, se ordenaban cientos de cajoncitos con el nombre y el dibujo de sus plantas, sus animales, sus minerales, enmarcados sobre tiradores de oropel. En ellos se guardaban nuez moscada, nenúfares

blancos, azufaixas para el pecho, mirabolanos separados de sus huesos, alumbre, mirra, sal gema, láminas amarillas de oropimente para atenuar las fiebres oscilantes, trociscos de víbora preparados con su propio veneno y con mucílago de tragacanto (hecho con vino) y una pizca de bálsamo de La Meca; píldoras angélicas de achicoria bañadas en rosa de Alejandría, canela y ruibarbo; píldoras de mercurio crudo mezclado con azúcar, escamonea, jalapa y vino blanco; unguento hecho de zumo de pan de puerco, y también unguento del abate Pipón (ese que se prepara con manteca de cochino, cera amarilla, pez negra y aceite común, y se aplica como el basilicón), aceite de oruga (que así se llama también a la rúcula), aceite de alacrán (que se hace ahogando escorpiones en sebo de almendras), y aceite de estoraque para la tiña, la sarna y los catarros. Estaban dispuestas en otras estanterías largas hileras de botes de vidrio, redomas, retortas, probetas, matraces, pucias torcidas como gorros de duendes, alambiques, alquitaras y cucúrbitas de cobre que destilaban como un licor espeso. Habían dejado sobre un taburete un enorme mortero de madera, sacado de una sola pieza de un leño. Y sobre las mesas se sucedían pesas y medidas de varios tamaños, balanzas, papel de pergamino, planchas de cera, espatuleros de oro fino, espumaderas, almireces de bronce, peroles de cobre bañados por dos veces en estaño, cedazos blancos de criba minutísima, cazos grandes y pequeños, y orzas con escudos y motivos heráldicos estampados. Abundaba también el dibujo azul de dos serpientes entrelazadas mostrando sus bífidas lenguas.

De espaldas a nosotros, el señor Comajuán leía un libro grande escrito en letra gótica. Se giró para hablarnos. Iba arremangado y en su antebrazo mostraba el tatuaje de las dos culebras cruzadas.

—Os estaba esperando. Me hacía mucha ilusión que conocierais mi botica. Diría que es una palabra clepsidra. Me refiero a botica. Se llamaba clepsidras a los relojes de agua; por las noches se sustituía con ellos a los relojes de sol. A estas alturas, botica es el nombre oscuro de la farmacia. Bienvenidos, Javier, De Diego. Siempre vais con gente diferente, así no hay quien se aclare. Pero no me presentéis ahora a más amigos. Le pedí a Gómez, que es muy servicial, que os subiera cuanto antes. Cuanto antes es la primera noche en que os quedaseis solos en el bar. Qué manía tiene la gente de ir a los bares. ¿Aún llueve afuera? Cae fina la lluvia por el camino y desesperado para siempre me voy, qué canciones más bonitas escribía Jesús de la Rosa, el de Triana. Se ve que no ha cesado de llover en toda la tarde y parece que esta noche tampoco va a parar. Pero aquí dentro no se oye la lluvia. Por eso os lo pregunto. Tampoco vayáis a pensaros que me gusta hablar por hablar. Hablar

por hablar es lo que llamo una operación frustrada. Me refiero a una operación matemática, ya que formula una multiplicación sin resultado cuantificable. Dos por dos son cuatro. Pero hablar por hablar ¿cuánto hablar da? Estaba repasando fórmulas magistrales para matar el tiempo. ¿Os gustan las novelas de Philip Marlowe? Me encanta Raymond Chandler, me he acordado de una frase suya que decía: me puse a matar el tiempo pero se resistía a morir. También me gusta mucho la poesía francesa medieval. Rutebeuf por encima de Villon. Rutebeuf es la Atapuerca de los poetas malditos. En él está toda esa manera de vivir y esa manera de escribir, que luego va desde Villon hasta Verlaine y hasta Panero, Leopoldo María digo; pero Rutebeuf se anticipa a François Villon en dos siglos. Y los monólogos sarcásticos y melancólicos, las canciones de los *cabaret* del viejo Berlín, también están ya en él.

—Pero de su manera de vivir poco se conoce, si es que algo se sabe de su vida —dijo Ángel.

El señor Comajuán se relamió el labio superior y replicó:

—Sin embargo se le ve en lo que escribe. Quiere ser exclusivamente poeta, y eso lo maldice ante los demás. En unos versos dice que no sirve para otra cosa más que para hacer rimas, que sus manos no valen para trabajar y menos para ser soldado. Y ante el mundo declara que se ha propuesto vivir de su pluma, y con ella sacar adelante a su familia. ¿Lo veis? Con él empieza toda esta vorágine de ilusiones perdidas. En otro poema explica que se casó con una mujer fea y pobre, que tuvo un hijo y que perdió un ojo.

—¿Ha visitado a Michel Zink? —dijo Ángel abriendo mucho sus ojos claros—. Vive en París. Es profesor del Collège de France, y una de las personas que mejor han estudiado a Rutebeuf en todo el mundo. Fui a una cena en su casa. Cocina él. Resulta que además es un magnífico chef. Le pedí ayuda con Rutebeuf, quería consultarle para un trabajo que estaba haciendo sobre la Francia gótica, y me hizo ver un aspecto muy interesante de este autor. Los llamamos malditos, pero en parte aquel siglo XIII era todo una maldición. Sus contemporáneos Jean Bodel d'Arras y Baude Fastoul eran poetas enfermos de lepra. Gente de piel dura, y no quiero hacer con esto un comentario gracioso.

—Totalmente de acuerdo. Veo que le conoces bien, a Rutebeuf quiero decir, no al chef. Muchacho, tienes alma de viejo cordelero. Rutebeuf lo llevaba escrito en su propio nombre. Digamos que Rutebeuf es una palabra de economato agrícola, pues resulta de la asociación, en aras de un interés común, de otras dos palabras, *rute* y *boeuf*. Estas dos quieren decir juntas el

que obra rudamente, pues es rudo como un buey. Conozco a un librero de Colonia que siempre tiene incunables de este género. Ahora, a precios inasequibles. Su contacto en Barcelona es el madrigalista del Clot. Si te haces amigo suyo hay más posibilidades de conseguir algo bueno. El madrigalista no tiene librería, pero va mucho por una de Gracia que se llama Taifa. Preguntando allí es fácil contactarlo.

—En el programa mantenemos muy buen trato con Batlló —dijo Ángel.

—No lograréis salvarlo.

—¿Para nuestra causa, quiere decir? —intervino De Diego.

El señor Comajuán dio por acabada la charla, se pasó la lengua por el labio y se bajó las mangas de su camisa azul submarino, y se puso una chaqueta de terciopelo negro. Extendió el brazo elegantemente para invitarnos a salir.

—Pero id vosotros porque yo me quedo, pues antes de abandonar este lugar siempre me gusta escuchar una canción entera. No puedo vivir sin el *rock* andaluz. Desde que llegué a España no he parado de oírlo. Ahora voy a poner una canción de Triana, ya que los he nombrado. Pero de otro disco. Me gusta mucho uno que se llama *Sombra y luz*. El elepé entero y especialmente la canción que le da título. Aunque no es una canción, es un conjuro mágico. Pero vamos, eso se ve a la legua.

COMO EN LAS NOVELAS DE VAQUEROS, LA CHICA DEL PELO BLANCO VUELVE POR SUS FUEROS.

Hacía ese frío húmedo de los días de lluvia y ya no era suficiente la chaqueta que me había salvado todos los inviernos. Es verdad que se la veía desgastada, los puños rozados, las arrugas hundidas en el cuero para siempre..., nada que reprocharle, nada que no pudiera decir de mí mismo. Barcelona es una ciudad para ir con chaqueta. Pero todo estaba deshaciéndose después de tantos días de cielo plomizo y de aceras encharcadas, ahogándose su dibujo de la flor. No había más claridad que la del agua cayendo, ni otra luz que la de los comercios y los bares, a la que le daba pudor salir a la calle. Una voz irrumpió de un interfono para preguntar quién había llamado, solo decía quién, quién, quién, lo mismo que un santo en un momento de duda, pero al pie de la portería no había nadie para responder a esta pregunta.

Carl Malone vivía solo en un piso sin luz exterior, en el corazón del Raval, aunque él seguía llamándolo barrio chino. Nadie del programa había estado jamás en su casa, así que cuando me invitó expresamente lo interpreté como un acto profundo de amistad, de especial complicidad, pero al descubrir el abandono en que se encontraba aquella vivienda comprendí que su llamada significaba que había tirado la toalla, que había dejado caer su última máscara y mostraba con el corazón en la mano una rendición. Ya no le importaba que le vieran, ya nada le concernía, y eso también se le notaba en su aspecto, cada vez más fatigado. Me recibió en bata y pijama, los llevaba sucios de semanas, y pasamos directamente a una salita comedor de dimensiones asfixiantes, que olía a cerrado, donde se amontonaban por todas partes viejas revistas. Bajo la televisión crecían pilas de películas en DVD y VHS, pertenecían a esas colecciones que se venden con la prensa. La mayoría, títulos clásicos del western y del cine negro, y aparte, quizá porque estaba viéndola en aquellos días, la serie inglesa que hicieron sobre el Poirot de Agatha Christie. Dos puertas insinuaban que había casa más allá, pero de algún modo quedaba

claro que no era aconsejable abrirlas. Malone se derrumbó sobre un sillón roto y sus dedos artríticos se agarraron a los extremos. Era la primera vez que veía su cabeza calva sin gorra. Me indicó en silencio que ocupase una silla que estaba frente a él, y que se tambaleó al sentarme. En una polvorienta vitrina también había metido más revistas y novelas de kiosco, que llevaban impresos en el lomo los muchos seudónimos que utilizó. Ya no le daban de comer, pero aún le hacían recordar. El único elemento decorativo en aquel lugar apenas iluminado por una débil lámpara que más bien alumbraba al techo era una figurita verde que representaba al teniente coronel Tejero pistola en alto durante su intento de golpe de Estado. Todo aquel viejo edificio era una finca descuidada hasta lo insalubre, con una portería estrecha en una calle que olía a humedad. Le había llevado una caja de galletas María Marbú Dorada, y me pidió que la dejase en cualquier parte. Sonrió con esfuerzo mientras me agradecía la visita.

—Tantos días de llover están acabando conmigo —dijo.

Puse la caja en una mesa cuadrada. La parte más cercana a Malone estaba impregnada con rastros pegajosos, círculos de latas. Tomó una bolsa de plástico que había al pie del sillón, sacó de ella una fotocopia en color y la extendió sobre su parte de la mesa aplanándola con la palma de la mano.

—¿Te he enseñado esta entrevista? Mira. Ha salido hace poco. Me la hizo por teléfono José Treviño. No le conozco personalmente pero es un gran periodista. Me contó que era fan mío y que él también escribe novelas de terror.

Rodeé la mesa y me quedé en pie junto a él.

—¿Qué es *El Sol de Yakima*?

—Un periódico de Washington. Me refiero al estado de Washington, en la costa del Pacífico, que está en el extremo opuesto a la ciudad de Washington. ¡Es sensacional! ¡Una entrevista a doble página! Es un trabajo muy bueno. Sí, señor. Resulta que en las universidades de Estados Unidos las bibliotecas tienen mis novelas. ¡Vaya! ¡Quién lo iba a decir! Novelas mías y de muchos otros autores, todo tipo de bolsilibros editados en España. No están todos mis títulos, faltaría más, eso sería el colmo. Pero el caso es que allí los departamentos de lengua española se han dedicado a comprar también novelas de kiosco. ¿Por qué no ocurre aquí lo mismo? *That is the question*.

—Todo está en los clásicos.

—Me lo dirás a mí. Antes de dedicarme a las novelas, fui actor de teatro español en la compañía de Alejandro Ulloa. He representado todo nuestro teatro por todas las ciudades y pueblos de España. Al principio escribía las

novelas en el camerino, pero tuve que dejarlo porque se escuchaba en el escenario el teclear de la máquina. No paro de pensar. Creo que pienso demasiado. Es que ya ni duermo, he empezado a ver bichos por las noches...

—¿Y qué haces?

—Me quedo aquí delante de la tele hasta las tantas. Intento conciliar el sueño, pero qué va. ¿Al profesor Sebastián D'Arbó lo conoces? Es de los vuestros. Ahora sale en 8TV. La otra noche hablaba de un bicho llamado el yeti pirenaico; pero por las imágenes más bien recordaba a un gnomo. Decía que por fin habían capturado un ejemplar. Al parecer, dos matrimonios lo encontraron en el camino del lago de Bañolas cuando salían a comer al aire libre. Bañolas no es bien bien los Pirineos, pero está en Gerona. Algo es algo. Se ve que vieron moverse una cosa entre las matas, un ser que parecía como un duende, y uno de los hombres le echó el mantel encima y lo atrapó. Al principio creyeron que podría ser el feto de algún animal extraño, pero enseguida se dieron cuenta de que se trataba de una criatura ya formada, de unos doce centímetros de altura, con la piel azul y una protuberancia en la cabeza en forma de gorro frigio o de barretina. Tenía los ojos rojos y unas membranas entre los dedos de pies y manos, como los anfibios. El caso es que sobrevivió cuatro días en cautiverio y luego se murió, yo creo que de pena. Le ofrecían toda clase de alimento y no aceptaba ninguno. Pero claro, lo habían metido en una jaula. ¡Qué animales! Soltaron el periquito y encerraron en su jaula a aquel pobre ser. Al principio le daban sobras de la comida. Imagínate, butifarra con judías, escudella, carn d'olla, bull, pan con tomate, escalivada, suquet, patarrellada, calçots, naranjas, fresas, sandía, uvas, canelones al horno, tabulé, *pizza*, mortadela de olivas, ensaladilla rusa, churrasco de ternera, y dicen que hasta probaron con una onza de chocolate blanco y otra del negro de la marca Elgorriaga. Le cocinaron recetas de la tele; le pusieron agua del grifo y agua embotellada, vino, cerveza, Coca-Cola, café, Sprite, Tang, anís del Mono, Codorniu, y como tampoco aceptaba ese tipo de alimentación le dieron frutos del bosque, moras, frambuesas, arándanos, madroños y otras bayas, avellanas, nueces, hojas de lechuga, habas tiernas, forraje fresco, galletas para perros, latas para gatos, primero de las más baratas, y después de las más caras, pellets para conejos, gusanos de harina para hamsters, barritas de fruta para chinchillas, pienso completo para hurones, preparados Max para ardillas, preparados para iguanas, ratoncillos vivos, caracoles vivos y caracoles guisados con almendra picada, sobres de camarones liofilizados para tortuga, copos y espirulinas para peces de agua dulce, plancton para peces marinos, bolitas para estrellas de mar, el alpiste

que había quedado del periquito, un poco de mezcla de linaza y negrillo para canarios, hojas de marihuana, bellota y polen, semillas de adzuki para loros, algarrobas, mijo... Pero tampoco nada de eso fue capaz de ingerir aquel pobre gnomo. Seguro que amor no le dieron ni un poco.

—Mucha comida veo ahí para solo cuatro días.

—Habría que preguntarle a De Diego. Tal vez conozca el caso. ¿Nunca os ha dicho nada? Yo he perdido el sentido del gusto y del olfato. Hace ya tiempo que no noto los olores, ni los sabores. Únicamente distingo texturas; pero esta lista me ha hecho evocarlos. ¿Te apetece una cerveza? Dos me quedan en la nevera. Igual antes de irte podrías subirme un *pack*. Hay un paqui al final mismo de esta calle. Todo lo que he escrito ¿dónde estará? La gente lee las novelas y se olvida. Hasta yo mismo debo haber escrito veinte o treinta veces la misma novela sin darme cuenta. Tampoco es tanto para haber escrito más de mil. Se vivía bien, ¿sabes? Si escribías un par de novelas a la semana te forrabas. Daba para tener una casa y alquilar un apartamento en Pineda de Mar, y salir de restaurante todas las días. Mi mujer y yo cenábamos fuera cada noche menos cuando tenía que entregar. Lo de los derechos entonces no nos importaba. O al menos ninguno de nosotros lo decía. O quizá nadie me lo comentaba a mí porque a mí no me importaba. Pero en eso tampoco estaba solo. Solo me quedé luego, cuando dejé de escribir a lo grande. En cada novela renunciaba a mis derechos de autor, y luego me enteraba de que se habían vendido también por Argentina, Venezuela, Brasil... Me traducían al portugués y de esto tampoco veía un duro. Pero en aquella época no entendía que en vez de pagarnos nos estaban comprando. Escribir no era una vocación, era un destajo. Dinero rápido, lustroso y vistoso. Claro que veía en televisión a los escritores serios y me entraba envidia, pelusa siempre se tiene, pero todo iba tan rápido que tampoco daba mucho tiempo para recrearse en eso. Una vez le mandé una novela bélica a Camilo José Cela, yo estaba muy satisfecho de cómo me había quedado y se la hice llegar a Mallorca, me facilitaron su dirección en la editorial. No sé, lo hice para que supiera de mí igual que yo sabía de él. Pero tengo que admitir que hasta entonces nunca me había leído un libro suyo. Me caía bien, y le admiraba por su fama. Pero leerlo no se me había ocurrido. Yo leía más Agatha Christie y Sherlock Holmes. ¿Te quieres creer que me contestó enseguida? Todo un señor. Me dio las gracias por acordarme de él y me dijo que todos éramos escritores en la misma guerra, que estábamos todos en la misma trinchera. No me lo creí, pero me gustó. Los que ganan y los que pierden no están en la misma trinchera. Yo no escribía para ser inmortal, yo

escribía para vivir, y a ser posible para vivir bien. Luego le mandé otra novela a Santiago Bernabéu, también bélica, y recibí una carta muy correcta del club dándome las gracias. Después, para no quedar en falta, sí que me leí un libro de Camilo José Cela. El del triángulo de las Bermudas. Lo vi en una papelería que hay aquí cerca, en la calle Hospital. A mi modo de entender, le faltaba acción y personajes. Luego pensé escribir una serie del Oeste inspirándome en otro libro suyo muy famoso que se llamaba *Viaje a la Alcarria*. Así, haría viaje a Kentucky, viaje a Oklahoma..., pero me pareció que no era nada del otro mundo, y lo desestimé. Aunque digan que todas nuestras novelas eran iguales, para nosotros y para la editorial resultaba imprescindible que la idea fuese original. La idea era solo el título. De repente se hundió todo. Se hundió el mercado y quebró la editorial. Y de ese modo comprendí para qué servían los derechos. Dicen que el español piensa bien pero tarde. Me lo había gastado todo en besugo al horno. Y desde entonces trampeamos como pudimos. Me fui a trabajar de comercial para una empresa que surtía a ferreterías, pero no aguanté ni dos semanas. Yo había nacido para soñar, y ver películas, y explayarme. Al final nos quedamos mi mujer y yo aquí, en nuestra casa de siempre. Y desde que ella falta... Ya te las pagaré otro día, digo las cervezas, cuando bajes al paqui.

Aquella tarde Carl Malone no se despidió con uno de sus prodigiosos abrazos, sino que permaneció sentado en su sillón y alzó en señal de adiós una barbilla que llevaba días sin afeitar. Volví por las Ramblas y en el camino recibí la llamada de Isis. Le habían dado mi teléfono en Taifa y me decía que necesitaba que nos viésemos urgentemente, a ser posible en ese mismo momento, y le pregunté dónde estaba y me dijo que frente a mí. Nos dirigíamos el uno hacia el otro, teléfono al oído. Ella bajaba las Ramblas y yo las subía. Isis no vestía esta vez toda de negro igual que el día en que fui con Batlló a vaciar la biblioteca de su hermano, sino que llevaba un jersey de leopardo y una minifalda. Avanzaba dando largos pasos y empezó a saludarme agitando en alto un libro rojo muy grande y le salió una sonrisa también muy grande. Al acercarme vi que el libro era el *Diccionario de símbolos*, de Eduardo Cirlot.

—Javier, el cosmos me había dicho que estabas aquí, así que me he adelantado. El cosmos nunca se equivoca —me dijo, y se cogió de mi brazo y me hizo cambiar de dirección y continuamos andando Ramblas abajo.

Los dos éramos de paso rápido, pero la multitud de turistas que abarrotaba las Ramblas no nos dejaba caminar a nuestro aire. Cambié de rumbo sin preguntarle y nos apartamos de aquel lugar, que ya no era para nosotros.

—Me he encomendado al cosmos y he salido en tu busca porque no hay derecho. Me estoy poniendo muy nerviosa por tanta falta de derecho universal. El señor Pitágoras ya se ha ido a Madrid, pero no te imaginas cómo ha dejado la casa. Claro, como no era suya. Ya estoy harta de esta tomadura de pelo. Pero yo no soy tonta.

—Hablas como una chiquilla —le dije, y pensé que tendríamos una edad similar, había en nosotros un aire de generación.

—Es que no he cambiado nada desde entonces. Cuando tenía doce años todo era igual que ahora. El señor Pitágoras ya era el hijo mimado que hacía de las suyas y todas las broncas iban para mí. Claro, como yo era la hija no tenía derecho a hacer lo que sí podía hacer un hijo. Por eso no hay derecho nunca.

—Pero ya no tienes doce años.

—Yo siempre tengo la misma edad.

—¿Cuál es esa edad?

—La de los espíritus. Es intemporal.

Hacía rato que dejó de llover pero había arreciado el frío. Al principio tuve la impresión de que estaba chispeando de nuevo, luego me pareció que eran diminutos copos de nieve que caían blandamente, lentamente, como si la ley de la gravedad se hubiera abolido en ese momento.

—¡Está nevando! ¿Los ves, Javier? ¡Los copos! Parecen caer en el vacío. ¡Sin el vacío no seríamos nada! El cosmos siempre está de nuestra parte, lo cual es lógico porque nosotros formamos parte del cosmos. Qué pena, la nieve no se queda en la acera. ¿Cómo se dice cuando la nieve se queda en el suelo? Ya me acuerdo, cuajar. Deberás disculparme porque últimamente estoy muy trastornada. No es de extrañar con todo lo que ocurre. Lo extraño es que no esté trastornada todavía más gente. A saber. La gente está fatal, pero no es que no se dé cuenta, es que no le importa. Y bien que hacen.

—¿Por qué necesitabas que nos viésemos tan urgentemente? Pero disculpa esta pregunta en medio de la calle. ¿Te apetece tomar algo? Podemos comer una *pizza*, un bocata.

—Bueno, quizá.

—¿Qué quieres?

—Que no haya injusticia.

—Me refiero de comer.

—Ah, es que yo solo tomo comida para unicornios.

—¿Dónde podríamos encontrarla?

—En mi casa tengo una lata, pero dentro solo hay aire. Bueno, no tienes más que verme a mí. Los unicornios nos alimentamos de aire. ¿Me ayudarás entonces?

—Por supuesto, pero a qué.

—A escapar. Ya te lo dije.

—Escapar adónde.

—Yo me iría al otro extremo del cosmos, pero ahora podemos ir a cualquier bar.

Entramos en La Masia, una bodega de pequeñas mesas de mármol con patas de hierro. Elegimos una redonda, que en vez de sillas tenía taburetes. Se encontraba junto a una ventana y desde ahí era bonito ver la nieve flotando. En una vitrina se exhibía una colección de antiguos tomavistas de 8 mm y de súper 8 que pertenecían al dueño. Un señor mayor que ya estaba jubilado y había puesto a su hija al cargo del negocio. En otra pared colgaba una bufanda muy larga con los colores del Barça y un calendario, y en otra una estelada. Sobre la columna central estaba sujeto un televisor apagado. Tenían puesta la radio con un viejo éxito de Murray Head. Recordé que de niño me ponía muy triste esa canción a causa de la guitarra. Eché un vistazo en la cartera para saber cuánto dinero llevaba y descubrí que aún guardaba dentro el dibujo azul de Tintín que Isis me había regalado la primera vez que nos vimos. Isis utilizó solo uno de los dos sobres de azúcar que le pusieron con el café con leche y mordió el cruasán con instinto animal, pero enseguida se irguió sonriendo como si no fuera ella quien estaba devorando así la comida. De pronto abrió los ojos como platos, me cogió de la muñeca y me hizo volver la cabeza.

—¿Te has fijado en el hombre de la mesa del fondo? Es clavado a Walt Disney —dijo en un susurro.

Elías, el transformado, apartó la vista del *Sport*, el diario de la religión culé, que estaba leyendo con regocijo, y nos sonrió con mucha alegría. Cerró cuidadosamente el periódico y lo dejó en la barra de mármol viejo antes de sentarse con nosotros. Llevaba puesto un sombrero clásico, como los que a veces usaba el dibujante americano. Lo levantó a modo de saludo y volvió a ponérselo.

—Me he venido a este lado porque en el mío estaba nevando, y resulta que aquí también se ha puesto a nevar.

—¿Es que conoces a Walt Disney, Javier?

—No es la primera vez que coincidimos, eso es cierto —dijo Elías.

—Yo creí que estabas congelado. Bueno, solo tu cabeza —dijo Isis.

—De donde yo vengo también se ha dicho mucho eso, pero no es verdad. Vamos, nunca le di crédito a esa habladuría. Y antiguamente contaban que Disney era español. Una vez leí en una revista que era de Mojácar y que se llamaba realmente José Guirao Zamora. Unos vecinos míos se llaman Guirao, son muchos hermanos, pero ninguno de ellos se ha transformado en Disney. Al que más trato, porque coincidíamos mucho en la piscina, es ahora clavado a Mark Spitz. Fue a mí a quien le tocó parecerse a Walt Disney. Y bien satisfecho que estoy. Yo me llamo Elías, ¿tú cómo te llamas?

—¿De dónde dices que vienes?

—Oh, del otro lado.

—¡Javier! ¿Ves como existe un orden en el cosmos? ¡Ahí es adonde tenemos que escapar! Me has prometido que me ayudarías. Ahora no puedes echarte atrás. ¡Por fin tenemos dónde ir! Yo también soy dibujante, señor Disney. Y, todo sea dicho, dibujo muy bien. He trabajado mucho en ello y tengo un trazo muy personal. Si más no, todos los retratos que hago se parecen a mí. ¿Dónde está el otro lado?

—Es muy fácil ir y venir. Cada vez aparecen más portales. Se están abriendo grietas por todas partes. Pero la verdad es que no me atrevo a recomendaroslo. De momento vosotros seguís normales aquí.

—Aquí no hay nada normal —dijo Isis.

Me vibró el móvil en la chaqueta y lo miré por si mi madre me necesitaba. Tenía un mensaje de Ángel. Malas noticias. Acababan de llevar el cadáver de Batlló al depósito del Hospital Clínico. La canción de Murray Head aún no había acabado y la detesté porque encima me gustaba.

***NADA HAY MÁS COOL EN EL ORBE QUE ESCUCHAR A
FRANK ZAPPA EN LA MORGUE.***

Ángel y el Jugador de Ajedrez esperaban en el sótano del Clínico acompañados del doctor Royuela, que, como siempre, iba con la bata abierta para que se le viera la chapa de Frank Zappa que llevaba en la americana. El doctor Royuela era forense del hospital y colaborador de *La noche fenomenal*. Se ocupaba en el programa de los casos de hipnosis y estados alterados de conciencia. Usaba unas gafas redondas muy pequeñas y siempre que venía a la tele se ponía el terno gris que le confeccionaron a medida en un sastre de Hong Kong durante un congreso de médicos. Como además de estar muy cotizado una vez le tocó el Euromillón tenía mucho dinero y pasaba temporadas en las islas del Pacífico, pero durante el resto del año seguía en el piso del barrio de Hostafrancs donde había vivido desde que empezó a estudiar medicina y a trabajar durante los veranos en los restaurantes de la costa como camarero para pagarse la carrera.

El corredor donde nos hallábamos tenía un suelo verde de losas rotas y paredes blancas con manchas. Indicaban el camino hacia la puerta varios puntos de luz. Paulina también estaba con nosotros pero dijo que prefería no entrar y que esperaría sentada en un banco del pasillo bajo una ventana y le pidió a Ángel cambio para la máquina del café.

Seguimos al doctor Royuela hasta una habitación acristalada donde el empleado del depósito, cubierto con plástico también verde, nos esperaba junto a la camilla sobre la que yacía el cadáver de Batlló cubierto hasta el cuello por una sábana. Hasta dónde cubre la sábana es la única diferencia que hay entre un fantasma y un muerto. Sobresalía en su cabeza rapada la protuberancia de una cánula que le habían implantado cuando le intervinieron por la hidropesía. Su frente estaba llena de serenidad. Deseé manifestar yo esa calma, pero en vida. De cuerpo presente parecía más delgado, lo que junto a su barba descuidada le confería una fascinante semejanza a Ezra Pound que

jamás supe verle antes. El cadáver de Batlló apareció en la desembocadura del río Besós, en la orilla que da a la central termoeléctrica de las tres chimeneas. Batlló había sufrido un infarto mientras estaba cavando un hoyo, posiblemente para enterrar los libros que llevaba envueltos en plástico. Su rostro conservaba una expresión de asombro, no porque la muerte de un hombre constituya un hecho inaudito, Batlló era materialista, sino porque lo que debió resultarle inaudito era lo que la precedió.

—Primeras ediciones dedicadas a él por sus amigos poetas: Claudio Rodríguez, Blas de Otero, Rafael Alberti, Pere Gimferrer, Vázquez Montalbán, Ángel González, Josep Elias... Eso era lo que estaba enterrando cuando le dio el colapso. Yo mismo le he hecho la autopsia —dijo el doctor Royuela.

—¿Por qué lo estaría haciendo? Quiero decir, enterrar esos libros —dijo el Jugador de Ajedrez, que sostenía su pipa apagada.

Ángel siguió con la mirada baja como si estuviese rezando, alzó la cabeza e intervino.

—¿Conocéis a Jordi, su ayudante en la librería? Es ese chaval que lleva unos tatuajes punks. Pues bien, me ha explicado que Batlló había pasado al otro lado y que volvió repitiendo sin parar que hay que poner los libros a salvo.

—¿Te ha dicho dónde encontró el portal? —dijo el Jugador de Ajedrez.

—Se entra por algún lugar de los cines Verdi. Batlló ya no iba al cine. Era a causa de su sordera, pero también decía que cada vez se creía menos las películas. Vivía más inmerso cada día en el silencio de los libros. Sin embargo, hace poco repusieron *Luna de papel*, y quiso volver a verla. Me imagino que porque le recordaba en parte su propia biografía, ya sabéis de qué va la película. No mucho después de abrir la librería, cuando perdió a su hija, pasó una época terrible. Se quedaba en silencio con los ojos húmedos y lo único que decía era: es horripilante, es horripilante... La noche en que volvió de esta misma sala, de ver a su hija muerta, me lo llevé a mi casa a dormir. Nadie tenía valor de dejarle solo, ni él de quedarse solo tampoco. El caso es que iba como zombi por la casa. Y de pronto se dirigió lo mismo que un sonámbulo a la estantería de los libros y buscó las novelas de Simenon, las del inspector Maigret en los volúmenes rojos de Aguilar. Las tengo también todas en francés, en la colección de la Pléiade. Simenon, qué drama... Por supuesto, también la hija de Simenon había muerto así, y quizá era una explicación, una clave lo que Batlló estaba deseando encontrar en ese

momento. Desde aquel día aparentó ante los demás que seguía siendo el mismo. Y la verdad es que le salía muy bien.

Un rótulo en el depósito de cadáveres advertía del peligro de contraer algún tipo de infección bacteriana si se entraba sin protección (guantes, gorrito, mascarilla, bata); pero ni Ángel, ni el Jugador de Ajedrez, ni el doctor Royuela, ni yo habíamos hecho caso y nos plantamos llenos de emoción ante el cuerpo de nuestro amigo despreciando cualquier otra posibilidad de muerte en el mundo excepto la suya. Miré a mis compañeros y miré al empleado del depósito, y sin que me vieran toqué el cadáver como quien mete los dedos en el agua de un río, pero no sentí el flujo de una corriente sino algo firme y frío que aun así cedía a la leve presión de mi fuerza. Lo toqué para ver si todavía estaba ahí, o quizá para avisarle de que yo estaba ahí, y al sentir su desnudez sin vida me pareció que era esa la profunda y última manifestación de honradez de aquel hombre. Los muertos de los depósitos no miran al cielo, miran al techo. En eso tienen algo de muertos de extrarradio.

Por el otro lado del cristal asomó Paulina haciéndonos señas urgentes para que saliésemos. De nuevo había arreciado la tormenta y aquel sótano estaba inundándose. El empleado devolvió a Batlló a su nevera a todo meter. A la puerta del Clínico nos esperaba Ro en un Skoda gris. Lo puso en marcha en cuanto nos vio aparecer, y aunque apenas habíamos recorrido unos metros llegamos chorreando. El movimiento del limpiaparabrisas hacía creer que estábamos dentro de un metrónomo.

Bajamos por Villarroel, pero la calle se había convertido en un pasaje de veinte mil leguas de viaje submarino. Al llegar al semáforo de Gran Vía, Ro aceleró para girar en ámbar. La cortina de lluvia se prolongaba ante nosotros y lo poco que se reconocía era la mancha roja de los autobuses. Sus cabinas encendidas brillaban como una luz extraña en la niebla. Detrás de las gafas de pasta de Ro, dos diminutos ojos oscuros intelectualizaban todo lo que veían.

—Disculpad el acelerón, creo que nos persiguen —dijo.

Todos volvimos la cabeza, pero la tormenta no dejaba distinguir los coches de atrás.

—¿Cómo has podido darte cuenta, con lo que cae? —dijo Paulina.

—Llevan así toda la mañana. Cuando llegué al Clínico a recogeros ya me lo pareció, y al irnos lo he comprobado. Es un coche rojo con la flecha blanca por los lados, como el de Starsky y Hutch.

Yo iba delante, al lado de Ro, y de nuevo me volví sobre el asiento, pero lo único que vi fueron las caras de Paulina, Ángel y el Jugador de Ajedrez, que iba leyendo unos folios grapados por una esquina.

—No sé ve nada con tanta agua —dije, y dirigí la mirada hacia la mole desvanecida de la Universidad de Barcelona, a unos metros de nosotros. Gótico de pacotilla, del siglo XIX, pero los libros, la sabiduría que fue acumulando en sus pasillos lo habían hecho verdadero.

—Las cosas de tres en tres son malas —gritó el Jugador de Ajedrez con sus mejillas aún más enrojecidas por el frío.

—Pues a mí me parece un número prudente —dijo Ángel.

—Y a mí —me añadí.

—Me refiero a las cosas por triplicado —gritó aún más el Jugador de Ajedrez—. Este informe es brillante. Relaciona la Triple A, el Ku Klux Klan, el número 666 y las tres www de la red. Y señala que nuestra w equivale a la sexta letra del alfabeto hebreo, que es la vav. ¿Lo veis? ¡La www equivale al 666, es una invocación del número de la bestia!

—Vista a la derecha —advirtió Ro.

El coche de Starsky y Hutch estaba en el carril de al lado. Dentro iban dos hombres jóvenes, uno moreno con el pelo rizado y chaqueta blanca y negra de punto, y otro rubio con cazadora vaquera. El rubio conducía y el moreno tenía los pies encima del salpicadero. Cuando vieron que nos habíamos dado cuenta de su presencia nos saludaron amistosamente, hicieron un gesto para que los siguiéramos y su coche se puso delante del nuestro.

—¡Son ellos en persona! ¡Starsky y Hutch! ¡Qué diablos, vamos allá! —dijo Ro.

Recorrimos toda la Gran Vía. Las colosales columnas del teatro Coliseum parecían desvanecerse tras el agua, y su fachada tenía las luces encendidas, pero aun así era difícil leer las letras gigantes que anunciaban la obra *La dimisión*, un vodevil sobre Adolfo Suárez que se había puesto de moda. Rodeamos la plaza Tetuán, dejamos atrás la sombra huidiza de las luces del bingo Billares con su vendedora de lotería a la puerta con los zapatos calados, y el mendigo empapado en la entrada del *parking* contiguo, y seguimos en dirección a Mataró, y pasamos sobre el río Besós, que se había desbordado y sus aguas, tan grises como el cielo y como el hormigón de aquella autopista, remontaban los muros de cemento también grises, fabricados hacía cuarenta años a modo de contención, pero que ahora parecían sumergirse en la corriente, y dejamos también atrás los bloques de balcones largos, y los otros bloques de balcones cortos, donde antiguamente vivía la Guardia Civil, y el extravagante frontón abandonado del club de tenis, que ahora tenía a la entrada la sede social de una peña rociera, así continuamos hasta que salimos por Badalona Sur y nos metimos en el devastado barrio de San Roque, donde

la emigración más pobre recién llegada le había comido el terreno al antiguo gueto gitano, también muy pobre pero que había sido machacado durante los años ochenta por la droga, el sida, el paro y la marginación. Para nada era un Ford Torino, como el de la serie, el coche al que seguíamos, sino un Seat Ibiza tuneado. Pegados a sus ruedas traseras, llegamos al antiguo polígono industrial, controlado ahora por la comunidad china. Uno de los polígonos chinos más grandes de España. Antiguamente había sido una zona de talleres y pequeñas fábricas, muchas del sector del metal; pero hacía tiempo que se había convertido en un hervidero de almacenes de importación y exportación con escaparates pintorescos y nombres rotulados en kanjis de orillo. Galerías llenas de bisutería, ropa de moda, plantas naturales y artificiales, artículos de alimentación procedentes de Asia, calzado manufacturado también en China, objetos para bazares y para manteros, todo fabricado en Oriente, a veces imitaciones de marcas de moda, otras veces falsificaciones, y otras los artículos no cumplían las condiciones exigidas por la Unión Europea. De vez en cuando, esos artículos acababan decomisados... Pero siempre era ese lugar un permanente ir y venir de comerciantes, tenderos, encanteros de todas las razas y religiones llegados de cualquier lugar de Barcelona y de otras ciudades, que cargaban sus furgonetas y sus coches encima de las aceras, junto a destartaladas montañas de palés, y de ese modo las calles repetitivas de todo el extenso polígono daban la sensación de trabajo permanente, de progreso comercial en un mundo en declive económico y moral.

Ro aparcó su Skoda junto al coche de Starsky y Hutch frente a un restaurante. En un cristal, alguien anunciaba en chino y en castellano clases de guitarra española. Allí iban a comer los trabajadores del polígono. Era un lugar amplio y elegante, con largas hileras de mesas y sillas negras como de cuero. Una nave inmensa donde solo se servía comida oriental, pero esa mañana de tormenta las mesas estaban vacías salvo la solitaria presencia de un hombre de cabello negro que engullía un cuenco de fideos con la cabeza agachada y manejaba dos palillos de acero y no de madera, como es habitual entre los coreanos. Starsky y Hutch nos hicieron señas desde una mesa y nos sentamos con ellos. Starsky se había apalancado contra el respaldo de su silla y nos miró ladeando la cabeza. Hutch había apoyado las puntas de los dedos en el filo de la mesa.

—¡Sois clavados! —dijo Ro.

—Está ocurriendo a mansalva. Cada vez más. Por eso hemos venido del otro lado a buscaros. Necesitamos que nos ayudéis. En nuestro lado veíamos

vuestro programa siempre, pero allí habéis caído *La noche fenomenal* en pleno. De hecho fuisteis de los primeros en caer.

—Caído, ¿en qué sentido? —preguntó Paulina.

—Caídos, como una célula de la resistencia en la clandestinidad —dijo el que se parecía a Starsky—. Yo me llamo Pau, como Paul Michael Glaser, pero en catalán, y mi compañero se llama David, lo mismo que David Soul, en ambas lenguas. En nuestro lado está transformándose todo el mundo, es imparable. En este la catástrofe solo acaba de empezar, aún estáis a tiempo de libraros todos, espero. Pero nosotros os necesitamos, por eso hemos venido.

—Luego, cuando terminemos de hablar, ¿os importaría dedicarnos un autógrafo? Van a flipar en nuestro lado cuando lo llevemos —nos dijo el que se parecía a Hutch—. Repámpanos, el programa casi entero. Lástima que no estén De Diego y J. L. Dadles recuerdos, son muy majos. Nosotros somos mossos d'esquadra. Investigación criminal. Pau y yo nos dedicamos a la vigilancia, seguimientos de casos importantes... y, claro, estamos en este. Hay un montón de gente trabajando en el asunto. Os hemos traído hasta aquí para enseñaros la puerta principal. O una de las más importantes, porque se os están abriendo grietas a diestro y siniestro. Si fa o no fa, podéis contar que cada trueno que retumba es una puerta que se abre.

—¿Tú crees que habrá una explicación científica? —le preguntó el Jugador de Ajedrez a Ángel—. Sería nuestra ruina.

Nuestro director se dirigió a los polis.

—¿Quién está investigado esto en vuestro lado? ¿La policía? Lo debiera llevar el CERN.

—Parece que todo empezó en Barcelona. Probablemente somos el epicentro mundial. Barcelona lo es en todo. Informes confidenciales del ayuntamiento apuntan a unas obras subterráneas en la plaza de las Glorias. De algún modo alguien removi6 allí un punto geodésico conectado con el espacio tiempo —dijo Starsky.

—O por el estilo —añadió Hutch.

—Es un sitio que da muy mal rollo —dijo Ro—. Está siempre en obras, desde el principio de los tiempos, como en la película del doctor Quatermass, la de *Qué sucedió entonces*. El ayuntamiento lo vende como la futura puerta de entrada a Barcelona. Igual se referían a eso, a las puertas de las que habláis.

—Sea lo que sea, eso es un pozo sin fondo —dijo Hutch.

Ro se quitó las gafas y las limpió con una servilleta de papel.

—Hace poco hubo en Glorias una exposición sobre David Bowie —dijo —, en el Museo del Diseño. ¿Resultado? Una verdadera catástrofe. Conforme la gente veía aquella exposición, dejaba de gustarle David Bowie de un modo tan repentino como empezó a volverla loca cuando murió. Ahora ya nadie se acuerda de Bowie.

—¿Y tú crees que era por el sitio? —dijo el Jugador de Ajedrez.

—Pues claro. Esa plaza trae gafe. Estoy totalmente convencida. Y más con lo que nos cuentan ahora estos dos señores tan simpáticos.

—¡Al suelo! ¡Todo el mundo al suelo! —gritó Starsky, y volcó ante nosotros la larga mesa en la que estábamos.

Asomé la cabeza tras ella y vi que el hombre que comía fideos era clavado a Gómez, el camarero del Ski. Pero tampoco podría afirmarse que fuese él en persona. Solo muy parecido. Había levantado sus palillos metálicos como si fuesen antenas. Una vertiginosa vibración que arrancó de entre aquellos palillos empezó a apoderarse de todo el restaurante. Los mossos le apuntaron con sus pistolas táser.

—¡Para de hacer eso! —gritó Starsky.

Pero aquel hombre continuó emitiendo las insoportables vibraciones, y cuando los agentes se arrojaron sobre él para meterle sendas descargas eléctricas con sus armas, un campo energético los repelió y los estampó contra la pared. Entonces Starsky le lanzó una botellita en miniatura de vermut Yzaguirre, fabricado en Morell, Tarragona, que llevaba en un bolsillo. El tipo se desplomó en el acto.

—No respira —dijo Hutch agachado junto al cuerpo.

Paulina lloró con muecas silenciosas y se agarró al brazo de Ángel.

—Paulina, no te pongas tan triste. ¿No ves que no es el camarero de verdad? Será otro transformado —dijo el Jugador de Ajedrez.

—Pero es una persona —dijo Paulina.

—Siempre pienso en cosas como esta —gritó el Jugador de Ajedrez—, en lo ridículo que parece pasar de la vida a la muerte. Siento cada vida que he soñado y que no he tenido como un suicidio que he cometido. ¿Cuántos años llevo matándome?

Paulina dejó de llorar y miró extrañada al Jugador de Ajedrez.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No estoy seguro. Creo que tengo envidia de los transformados, de que puedan ser todos los otros que han querido ser.

BUSCAN LAS PUERTAS DE ACCESO CON STARKY Y HUTCH EN CARNE Y HUESO.

Los mossos transformados en Starky y Hutch llegaron al Ski con una puntualidad pasmosa si se tiene en cuenta que procedían de otro mundo o de otra dimensión. Aquella mañana el señor Dimas estaba solo en su bar y andaba preocupado por Gómez, pues llevaba días sin aparecer por el negocio. Desayunamos pinchos de tortilla y cerveza, y cuando terminamos subimos a la redacción. Ángel telefoneó a Socorro para avisarnos de que llegaría con retraso, pero insistió en que empezásemos la reunión sin él, así que cuando dimos la sesión por iniciada estábamos por parte del programa Socorro, Ro, De Diego, J. L., el Jugador de Ajedrez y yo. También De Oña llamó anunciando que vendría más tarde. Había salido a grabar un reportaje sobre una presencia misteriosa en unas minas de agua abandonadas. La gente aseguraba que se oían voces en aquellas galerías, y todo el mundo coincidía en que recordaban mucho a la voz del presentador y doblador Constantino Romero. Hubo un debate muy tenso al respecto, pues mientras unos aseguraban que era la voz de Romero cuando doblaba a Clint Eastwood, otros la reconocían más declamando lo de las lágrimas en la lluvia, en *Blade Runner*, y otros sostenían que era su voz de decir *sayonara baby* y de doblar a Arnold Schwarzenegger, pero otros a quien identificaban era al Constantino Romero que había doblado a Darth Vader en *La guerra de las galaxias*, y finalmente no pocos aseguraban que se trataba del Constantino Romero puro y duro de presentar el concurso *El tiempo es oro*. Aquel fenómeno sucedía en Can Pris, una finca boscosa, cerca de Teià. Y aunque en estado de semirruina, todavía permanecía en pie la mansión indiana que daba nombre al lugar. Asimismo nos informó De Oña de que le acompañaban en la investigación el Telémeta, Paulina y el Hombre del Tiempo, de modo que luego vendrían todos juntos. Llamábamos el Telémeta a Sergio, un argentino de Buenos Aires que pasaba largas temporadas en Barcelona por asuntos familiares. Aquí era

propietario de una casa de lujo en Castelldefels, en la misma zona que Messi, con quien decía que jugaba al fútbol en la intimidad. Y, aun en momentos de mayor intimidad, el Telépata desvelaba que había colaborado con los servicios de inteligencia cubanos y de su país en investigaciones y programas para el desarrollo de la telekinesia y la telepatía, pero a ciencia cierta nadie del equipo sabía de qué trabajaba ni de qué vivía nuestro compañero, ni en América ni en Europa. Siempre que venía de Argentina traía al programa dulce de leche, revistas humorísticas, como *Barcelona*, y novedades editoriales sobre ocultismo y esoterismo.

Socorro deslizó su móvil hacia el centro de la mesa para grabar la conversación, y todos sacamos nuestros blocs de notas, que consistían en un cuadernillo de tapas azules. Llevaba impreso nuestro logotipo, que era la estatua de la dama del paraguas que hay en el parque de la Ciudadela (bueno, está dentro del zoo), y que el dibujante que nos la hizo (el prestigioso autor de cómics José María Beà) transformó en una silueta que le daba un aire a Mary Poppins. Por supuesto, esto no suponía un homenaje a Walt Disney, sino a la secta de Gurdjieff, a la cual había pertenecido Pamela L. Travers, la escritora que creó el personaje de la mágica institutriz. A través de álbumes de Beà, como *En un lugar de la mente* e *Historias de la Taberna Galáctica*, yo me había aficionado de adolescente a la lectura de ciencia ficción y al estudio de los fenómenos extraños cuando muchas de sus historietas se publicaban por entregas en la revista *1984*. A Ángel le había sucedido lo mismo y encima se había hecho amigo suyo.

Tomó Starsky la voz cantante, y empezó a hablar lentamente, con el brazo izquierdo apoyado en la mesa y el otro en el respaldo de la silla de su compañero.

—¿Os acordáis del Magneto del otro día, del que quería destruirnos con las vibraciones de sus palillos? Pues bien, se trataba de otro transformado, ¿no os disteis cuenta?

—Aún tengo en la cabeza el zumbido de aquellas varillas —dijo Ro.

—El Jugador de Ajedrez dice que lo vio a la primera, que era un transformado —dijo Socorro.

—Anda que no se notaba —exclamó el Jugador de Ajedrez—. Era un calco de Gómez.

—¡Pero qué dices! Si era el doble exacto de Mao —dijo Hutch.

—Eso sería para vosotros, aquí se parecía más al camarero del Ski —repuso Ro.

—Me hubiera gustado haber estado ahí para comprobarlo, porque a Mao lo tengo grabado en la memoria —dijo J. L. aflojándose el nudo de la corbata—. Mi hermano mayor era del Partido del Trabajo y teníamos la habitación repartida. En la parte alta de la litera, todo eran fotos de líderes comunistas chinos. Y en la baja yo tenía a Farrah Fawcett Majors en bañador. Me encantan los fenómenos.

—¿Y por qué querría destruirnos a nosotros Mao Zedong? —dijo Ro.

Starsky la miró fijamente y apoyó el brazo izquierdo en el respaldo de la silla de nuestra compañera.

—Es terrible, chica. Es terrible lo que está sucediendo. En nuestro lado, algunos transformados se han organizado en grupos revolucionarios. Han interpretado lo que ocurre como la señal de que ha llegado la hora de transformarlo todo, de cambiar el mundo. Se han tomado las transformaciones al pie de la letra.

—Sí, y han constituido un movimiento al que han puesto por nombre la Transformación. Y así llama ahora todo el mundo a lo que nos ocurre, aunque queda una minoría que le dice como al principio: la Metamorfosis —intervino Hutch.

Ro dejó de anotar y habló angustiada.

—Pasé mucho miedo en el restaurante chino con aquellas vibraciones. ¿Cómo las producía?

—Poseen una tecnología muy avanzada —contestó Starsky—. Alguien les ha enseñado a manipular la energía como nunca hubiéramos soñado. ¿Vosotros, como expertos, creéis que puede tener un componente paranormal?

—Si realmente se trata de Gómez, puedo asegurar que no hay nada de ese tipo —advirtió Socorro, pues no en vano era nuestra sensitiva—. Estará todo en las varillas que decís. Seguro que es algo meramente técnico o científico.

Parecía que Barcelona estuviese inundándose, sin embargo hacía un par de días que no se oía un solo trueno. La alcaldesa de nuestro lado había salido por la televisión para pedirnos a los ciudadanos que fuésemos solidarios entre nosotros, y que además, pero igual de importante, llevásemos botas de agua. A nuestro director lo primero le salía de manera espontánea sin necesidad de que se lo recordase ninguna autoridad, pero ponerse botas de agua era algo a lo que se negaba radicalmente; así que cuando se presentó en la redacción traía los pies empapados. Tras Ángel asomó su fino bigote el hombre del otro lado que se había transformado en Walt Disney. Estaba chorreando, llevaba

un paraguas de poliéster negro, y mango y caña de nogal americano, hechos de una sola pieza, y una carpeta de dibujo bajo el brazo.

—Hemos coincidido en la portería —dijo Disney—. ¿Dónde puedo dejar el paraguas?

Hutch le habló como si ya le conociera.

—No me digas que has venido de nuestro lado con paraguas. ¿Tienes agujeros en el mango? A ver si vas a tener termitas ahí dentro.

—Es que aquí no para de llover, ya lo estáis viendo. No sé si se me habrán mojado los planos de las entradas. Los traigo en esta carpeta. —Tampoco Disney los trataba como a desconocidos.

—Hombre, podrías haberlos metido en un USB. Te hubiera resultado más cómodo —le dijo Hutch.

—Un respeto, que soy Walt Disney.

Ángel y Walt Disney se unieron a la mesa mientras Starsky y Hutch elogiaban *La noche fenomenal* y le manifestaban de nuevo a nuestro director su admiración sin límites. Walt Disney sonrió con la suficiencia de haber conocido a Ángel antes que ellos.

—Permíteme que te lo repita, pues te lo estoy diciendo de todo corazón: sin vuestra labor, el más allá no estaría allá donde se encuentra —le dijo Starsky a Ángel.

—El más allá es una pasión juvenil. Cuando has nacido en una isla todo queda más allá —dijo Ángel como quitándole importancia, y se quitó los zapatos y extendió sobre ellos sus calcetines de rayas. Pidió a Socorro una toalla pequeña y confortable para secarse los pies y se lio un cigarrillo antes de reanudar su charla.

—Pero quien entre nosotros, y en el mundo, sabe más acerca del más allá es Javier.

Hice el gesto de disconformidad al que me habían acostumbrado desde el primer día sus exageraciones.

—Siempre dice que no a todo. Pero es cierto, ha estado en los lugares más inhóspitos de la no realidad.

—Bueno, es mi medio. En realidad, creo que esa es la realidad. Nunca he tenido la sensación de habitar fuera de lo real.

—Uno de los números más vendidos de *Rumbo 3* fue el monográfico que le dedicamos a otras realidades al margen de la triste realidad —dijo J. L.

Ángel consultó la hora en su reloj ovalado y se lo llevó al oído. Le dio cuerda y se fue descalzo a la cocina.

—Voy a por café. ¿Os apetece?

—Oh, está muy rico el de este lado. Me encantaría, por favor. ¿Vosotros ya habéis probado el de aquí? —les dijo Disney a los mossos.

Socorro se recogió su pelo cobrizo con una goma y se dirigió a la cocina para preparar el café, y yo los seguí a ella y a Ángel, quizá no con el fin de ayudarles sino para hacerles compañía. Ese es un gesto de amistad, o acaso acompañar sea toda una manera de lealtad, que donde se percibe con mayor evidencia es en el cante flamenco, pues ahí van siempre juntos el cantaor y el tocaor, es decir, el que acompaña. Con Ángel yo practicaba una amistad de guitarrista, le acompañaba a todas partes, dejándole a su aire y siguiéndole al mío. El flamenco contiene un sistema entero de formas de conexión, y prueba de ello es que ha proporcionado vocabulario a las relaciones humanas; por eso, por ejemplo, algunas veces se tilda a alguien de palmero para designar su actitud seguidista. También la expresión cantar detrás, que se refiere al cantaor que acompaña a los bailaores y a las bailaoras, recuerda a ese compañero que sabe bien lo que tiene que decir para que las cosas sigan sucediendo sin que sus palabras parezcan una opinión. En cierto modo, se parece a la clase de amistad que encarnaba John Wayne en *El hombre que mató a Liberty Valance*.

—Ey, ¡whatsapp de los chicos! —gritó Ro desde la cocina—. Cuentan que está diluviando en Teià y que es alucinante todo lo que ocurre dentro de las galerías y que van a quedarse más rato, así que no vendrán a la reunión, y que mañana les contemos y ellos nos contarán también. Mira, De Diego, dicen que han encontrado fósiles de animales raros.

Llegué a tiempo para ver cómo De Diego se rascaba la perilla con escepticismo y pasaba de responder. Siempre hacía lo mismo cuando no se creía algo. De Diego solo se creía lo que descubría él.

—Y las voces, ¿sabes si las han oído? —preguntó J. L.—. Una vez conocí en el depósito del Doctor Royuela a un tanatopráctor que aseguraba escuchar en su cabeza veintitrés voces diferentes. No todas a la vez, pero sí más de una a veces. Había logrado identificarlas cuando reaparecían, incluso clasificarlas por sexos, edades, acentos regionales..., a algunas hasta les había puesto nombre. Le aconsejaban en su trabajo. Un tanatopráctor es el que maquilla los cadáveres. Decía que cuando mejor le quedaban las caras era siempre que se le manifestaba un peruano que sabía mucho de momias, por el tema de los incas.

Socorro llevó los cafés en una bandeja, y Ángel la seguía sacudiendo su reloj y llevándoselo al oído. La primera en servirse fue Ro, que tomó una taza

para ella y muy sonriente le ofreció otra a Starsky, y después cada uno de nosotros cogió la que tenía más cerca.

—Lo que yo digo, está más bueno el café en este lado —dijo Walt Disney—. Sabe como el nuestro de antes. En nuestra parte se está echando todo a perder.

—Aquí hay muchas cosas que valen mucho la pena —dijo Starsky—. Os hemos traído unos planos con los accesos que tenemos controlados para pasar a nuestro lado. ¿Los tienes aquí, has dicho, Elías? Permittednos que insistamos en pedirnos vuestra ayuda. David y yo no hemos venido a título personal, sino como policía autonómica pues nos manda el presidente de la Generalitat. Aquí el vuestro aún no sabe nada, pero en nuestra parte la Generalitat ya se ha puesto manos a la obra.

—¿Y por qué no viene vuestro presidente para hablar con el nuestro? —dijo J. L.

—¿Consigno mismo? —repuso Starsky—. El vuestro no entendería nada. Apenas entiende nada el nuestro. Sería terrible. No se entendería ni él. Piensa que aunque son el mismo son diferentes.

—Y los famosos, las caras más conocidas de vuestro lado..., ¿se convierten en otros personajes aun más famosos todavía? Quiero decir si también sufren transformaciones —preguntó Socorro.

—No, es curioso —dijo Hutch—. Igual no lo necesitan.

Socorro se echó cuatro cucharaditas de azúcar en el café, y cuando acabó de tomárselo escarbó en el fondo de la taza y relamió la cuchara.

—Tenemos que mirar de pasar al otro lado —dijo Ro desde la profunda oscuridad de sus ojos—. Tú, Javier, ¿puedes ir sin pasar por esas puertas?

—¿Quieres decir haciendo un viaje astral? —pregunté.

—Me parece que eso no funciona así —intervino Ángel—. Esta vez va muy en serio. No se trata de una experiencia áurea, tenemos que ir en persona hasta allí. Es una cuestión de acción, de ir a pelo, tal como suena.

—¿Cómo se sabe que de verdad algo va en serio? —dijo Ro.

—Porque las cosas cuando van en serio dan mucho miedo —dijo Socorro.

—Yo no tengo miedo —repuso Ro.

—No tienes derecho a no tener miedo —contestó Socorro.

—Pero es así —dijo Ro.

—De momento. A la que seas consciente de que esto está ocurriendo de verdad, lo tendrás —dijo Socorro.

—¿Pretendes asustarme?

—Al contrario, Ro, necesito que no te asustes.

—A pesar de que todo esto dé miedo.

—Sí —dijo Socorro.

—El otro día vi en la tableta una conferencia de la profesora Ana María Vázquez Hoys sobre la magia en el antiguo Egipto. Explicaba que aquellos sacerdotes tardaban cuarenta años en aprender, en acostumbrarse a serlo. ¿Cuánto tiempo tengo yo para acostumbrarme a lo que está pasando? —preguntó Ro.

Socorro recogió las tazas de café y se las llevó a la cocina. El tintineo de la porcelana en la bandeja se mezcló con el repiquetear de la lluvia. Fui a ayudarla pero se volvió y me dijo que no me preocupara, que le encantaba hacerlo. No me lo creí y pensé si tenía derecho a no creérmelo.

***CON EL LUCHADOR MANCO EN LA GRUTA, ESTA PARTE
ES UN POCO BRUTA.***

El cementerio de Montjuic tenía un sector cortado y oculto por unas telas metálicas, pues hacía poco que se derrumbó un bloque de nichos y estaban los muertos tirados por el suelo y se habían mezclado sus huesos. Lo mismo que hay barrios de vivos hay barrios de muertos y también les pasan desgracias de vez en cuando. Al entierro de Carl Malone habíamos ido algunos miembros del programa y otro escritor de novelas de kiosco y su mujer, con quienes Malone mantuvo amistad durante décadas. Y nadie más. Al final, no tuvo dinero ni para pagarse una lápida.

—Las palabras son los animales del lenguaje —dijo De Diego.

Era un mediodía frío y gris, pero había dejado de llover. Una y otra vez, rompía el silencio sepulcral la sirena de una excavadora que maniobraba entre los cascotes de los nichos derrumbados. Una despedida de derribo en un cementerio en ruinas. Escribir es un oficio solitario que se practica entre escombros. Cuando ya nos íbamos, De Diego se volvió al nicho, una placa de cemento sin nada escrito, y lo fotografió con su móvil.

—Las palabras son lo más parecido a los animales que conozco —insistió—. Las hay cautivas, las hay en libertad, las hay salvajes. Aúllan, gritan, rugen. Campan a sus anchas en su territorio y fuera de él se hacen raras. También pueden clasificarse por especie, género, familia.

—Es más práctico por categorías gramaticales —dijo.

—Pues me parece una manera muy artificial de intentar comprenderlas. Están vivas. Les debería servir la misma taxonomía que al resto de las criaturas.

—Igual sí, igual existen palabras de sangre fría y palabras de sangre caliente.

—Ostras, Javier, creo que tendríamos que fundar la ciencia de las criptopalabras. Las palabras excluidas, incomprensibles en cualquier idioma.

Palabras que solo alguien, solo algunos, han oído una vez, de pasada, casualmente, o que ninguna persona ha oído jamás, pero aun así se supone que existen porque han dejado un rastro.

Ángel iba por delante de nosotros con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina. De Diego y yo apretamos el paso y le dimos alcance como por casualidad.

—Todo es demasiado triste. Ayer estábamos en otro cementerio despidiendo a Batlló. Somos los testigos de cómo toda esa gente herida por un rayo está yéndose. Los testigos privilegiados —dijo con el cigarrillo en la boca.

Se abrió un claro entre las nubes y un destello del sol hizo brillar el parabrisas de la camioneta que había traído el féretro de Malone, y que ahora se marchaba vacilante sobre el suelo de tierra con los sepultureros y su capazo y su llana para tapar el nicho donde Carl Malone quedaba tabicado como si nada hubiera sucedido, como si morirse fuese un curro más que hay en la vida.

—¿Os he contado la historia del madrigalista del Clot? Quiero decir, de su padre —dijo Ángel—. Me ha venido su imagen de golpe. Era también de Mallorca, de Felanitx. Era un músico muy reputado, me refiero al padre. Mis padres iban allí de visita porque vivían unos conocidos que habían tenido hoteles en Palma, y fue cuando empecé a verlo pasar. Los chavales del pueblo le llamaban el hombre de la pierna de hierro. Parecía un viejo, aunque entonces debía de ser un hombre joven. Nunca hablé con él pero lo veía andar siempre por la orilla de la carretera. Me llamaba la atención por su estilo. El traje, la chaqueta abierta, el ruido que hacía al andar con la pierna atrapada entre los hierros. El misterio de su presencia. Y luego me olvidaba de él, hasta que volvíamos a aquel pueblo, que entonces estaba dejado de la mano de Dios. El recuerdo que conservo suyo es una imagen estática. Como si en vez de haberle conocido de verdad, aunque la palabra conocer resulta no solo inexacta sino una audacia pues únicamente le veía de lejos, digo que es como si hubiese tenido que conformarme con haberlo visto en fotografía. Una foto que nunca existió ante mis ojos, y sin embargo se me representa fijado en un escenario eterno. Pero también sabría decir de él que, además de hacer sonar la pierna, la arrastraba, y que siempre llevaba entre los dientes media Faria. Era muy alto y de porte robusto. Fortachón, se decía entonces. También se decía gordinflón, resultón, solterón... Antes se decía una infinidad de palabras que acababan en on. Ahora se usan más las que acaban en azo. El lenguaje ha dejado de ser optimista. Ahora el hablante es retrógrado. Su voz

tenía un timbre metálico, pronunciaba las palabras con el resabio de la gente que había hecho la guerra; pero esta le debió de pillar recién nacido. Parecía de los que ganaron, lo aparentaba en la arrogancia, en el aplomo, en el vestir. Luego me enteré de que era de los que perdieron. Tenía que haberme dado cuenta de que siempre llevaba camisa blanca sin corbata. En aquella época ganar y perder era algo que ni siquiera se podía intentar, que se heredaba. Todo estaba predestinado cuando éramos pequeños. Se ve en lo que se preguntaba en las entrevistas: el torero, el artista, el político..., ¿nace o se hace? A aquel hombre se le notaba el resentimiento al expresarse, si bien pretendía aparentar desprecio. Se paraba en seco y nos gritaba: como no dejéis de seguirme os voy a pisar el cuello. ¡Con la pierna mala!, le contestábamos. Le llamaban de las iglesias de la isla para que reparara los armonios y los afinara. Decían que también había arreglado el órgano de la catedral. A veces se llevaba a su hijo para enseñarle cómo se hacía. Pero aquel niño no salía a jugar con los otros y siempre estaba encerrado en su casa. Yo lo conocía solo de oídas. Apenas le quedaba pelo, me refiero al padre, al hombre de la pierna de hierro, pero el poco que tenía se lo seguía peinando hacia atrás pegado a la cabeza. Y la verdad es que ya no puedo recordar más de este hombre. Sabía de él, insisto, porque cuando iba allí lo veía ir y venir; pero lo cierto es que si quiero recrear por dónde andaba creo que me invento los lugares. Puede que fuese más bien por la carretera, sí. Un día dejamos de ir a ese pueblo y nunca más volví a verlo. De cuando en cuando preguntaba por él, y me decían: ahí sigue, es un clásico. Años después, en Barcelona, descubrí que su hijo se había hecho músico. Me lo presentó un amigo común de Felanitx, que es cocinero en un restaurante donde van todos los altos cargos del Govern. Menudas cuchipandas que se arrean. Me lo presentó saliendo de un concierto de música antigua en el Museo Marítimo. Bueno, no me lo presentó, me lo señaló. Me dijo: ¿ves al de la barba tan larga que toca eso que parece el mango de un paraguas? Luego me explicó que el instrumento se llamaba torloroto. Pues eso, me dijo: ¿ves al de la barba larga? Es el hijo del hombre de la pierna de hierro. ¿Te acuerdas de él, en Felanitx? Al chaval se lo rifan en las orquestas de música antigua de toda Europa. Vive aquí, en Barcelona, en el Clot. Yo le veo pasar mucho por la Meridiana, andando solo con la chaqueta abierta como iba su padre...

A la salida del cementerio, Ángel llamó a un taxi para regresar al centro, y Ro y Socorro dijeron que se iban con él, pero De Diego, Paulina y yo preferimos volver a pie por las laderas de Montjuic. El cielo volvió a ser un océano opaco de nubarrones y oímos golpear las primeras gotas de lluvia

contra las hojas de los árboles. Olía a plantas sucias. Apretamos el paso cuesta abajo pero Paulina se quedó rezagada, y detuvo su marcha y nos llamó para que volviéramos donde estaba ella. Había encontrado a un lado del asfalto una mochila negra entre la maleza. Estaba nueva y parecía llena.

—¿Quién se la habrá dejado aquí? —dijo Paulina.

—Quizá se le haya caído a alguien que iba en moto o en bicicleta. ¿Vemos qué tiene? —dijo De Diego.

—¿Estás seguro de que quieres acercarte a eso? —dijo Paulina.

De Diego se frotó la perilla y sacó una navaja suiza de su chaleco de safari. Se agachó y rozó la mochila con una de las hojas de la navaja. Gruñó. Parecía un oso escarbando.

—¿Tienes miedo, Paulina? No creo que haya nada raro dentro. Voy a abrirla.

—Aguarda un momento, De Diego. Sería mejor llamar a la policía.

—Es de marca, y de las caras. La habrá perdido un hipstercillo. Los terroristas no se gastan el dinero en bolsas.

—¿Eso qué tiene que ver?

De Diego se puso en pie con la mochila cogida por el asa de tela. Con su otra manaza tiró del pequeño candado que unía las cremalleras.

—Esto lo abro yo en un periquete —dijo, y eligió otra hoja de la navaja para forzar el candado—. ¿Tú qué crees que habrá?

—Yo la llevaría tal como está a objetos perdidos.

El candado saltó a la primera y De Diego metió la frente en el interior de la mochila. Dijo que le parecía que eran huesos humanos. Llovía con gotas gordas y pesadas y en ese momento arreció el repiqueteo de la lluvia sobre la hierba. Una moto pasó de largo a nuestras espaldas.

—Pongámonos a cubierto de la lluvia —dijo De Diego—. Mirad ahí enfrente.

El paso de la gente había abierto un sendero que llevaba desde donde encontramos la mochila hasta un muro de piedra que tenía una hornacina. Parecía un santuario sin virgen o sin santo. De aquella pared surgía un caño de hierro oxidado, pero el agua llevaba mucho tiempo sin asomar por su boca. Una techumbre de ramaje alcanzaba a protegernos. Los goterones caían cada vez con mayor fuerza y abrían cráteres de barro. Esparcidas por la tierra se veían latas de cerveza y colillas. Daba la impresión de ser un lugar frecuentado por personal que buscaba intimidad. Gente del *cruising*. Primero oímos una tos fuerte y seca, y a continuación vimos aparecer un hombre de

entre los árboles, que se dirigió lentamente hacia nosotros. Llevaba un abrigo largo y una manga vacía metida en el bolsillo.

—¡Creo que me he resfriado de tanto venir a vuestra parte! Se diría que estamos llamados a encontrarnos el resto de nuestra vidas. ¿Te acuerdas de mí? Soy el del autobús, el de Caniles —me dijo el luchador manco.

Felipe Alunda besó la mano a Paulina y fue a estrechársela a De Diego, pero nuestro compañero se abalanzó sobre él para abrazarlo como un oso.

—Menos mal que la mochila ha caído en vuestras manos. Me estaba volviendo loco buscándola. Anda que si llegan a encontrarla unos desconocidos. He tenido que volver del otro lado a por ella. Me di cuenta de que no la tenía casi llegando a casa. Seguro que me la dejé cuando me paré en la linde de la carretera para orinar. Como solo tengo una mano. Llevaba dentro el bocadillo. Bueno, y mis cosas. Veo que ya la habéis abierto. No os asustéis, creo que son restos del Hombre de Orce. ¡Qué vergüenza! ¿Os acordáis de cómo trataron al descubridor de estos fósiles humanos? Tampoco hace tanto. ¿Y al que descubrió las pinturas rupestres de Altamira? De eso hace más. Bueno, así fue en mi lado. No sé en este. Ahora me ha dado por la paleoantropología comparada. No me basta con la historia. Quiero saber si los de vuestra parte y los de la nuestra procedemos de la misma especie. Es que ya no sé de qué parte estaba.

—¿Y estos huesos a qué lado pertenecen? —dijo De Diego tendiéndole la bolsa a su propietario.

Felipe sacó de la mochila un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Lo sujetó con su mano y lo destapó con los dientes hasta la mitad y nos lo ofreció.

—¿Queréis un bocado? Es de chorizo picante de León, con pan con tomate. Siempre que vengo me traigo un bocata. El viaje no me produce ningún cansancio, pero es una costumbre del pueblo que conservo. Los huesos son de aquí. Luego los devuelvo, no seáis desconfiados. Me los llevo solo para estudiarlos. Seguidme, más adelante hay una cueva.

El abrigo largo de Felipe arrastraba a su paso la maleza empapada. Seguimos sus pasos por una trocha llena de barro. Cada vez más lejos, se oía el rumor de la lluvia sobre la carretera. Cuando llegamos ante un muro de zarzas, Felipe se detuvo y las apartó como si fuesen una cortina.

—Pasad rápido, que está apretando la tormenta —dijo.

Nos metimos a toda prisa y él entró tras nosotros y cerró. Un cañón de luz estampó nuestras sombras en las paredes de aquella gruta. Tenía el techo muy

alto y estaba llena de murciélagos que dormían cabeza abajo. Parecían inofensivos pero sentimos miedo.

—Iré delante.

Felipe nos hilvanó tocándonos con su abrigo grueso y sujetando su linterna bajo la axila. Le seguimos por una galería angosta, y aquí y allá acertamos a ver unos signos rojos, eran puntos, rayas, rectángulos..., cuyo significado no comprendíamos. Paulina dijo boquiabierta que se trataba de arte parietal, que eso podía llevar ahí treinta mil, sesenta mil años, vete a saber. Cuando llegamos al extremo de la galería se abrió a nuestros pies una sima. Entonces De Diego encendió también la linterna que llevaba en el chaleco de safari y Felipe se lo agradeció levantando el pulgar. Empezamos el descenso al fondo de la cueva por un tortuoso camino lleno de pequeñas piedras que nos hacían resbalar a cada paso. Bajábamos embalados a una enorme cavidad llena de grandes estalactitas y estalagmitas, como las fauces de un monstruo. Eran de color carnosos, a ratos rosáceo, con vetas blancas. El permanente goteo retumbaba en aquel lugar creando un eco como de iglesia y se habían formado charcos por todas partes. Paulina dijo que hacía mucho frío ahí abajo y De Diego se quitó su guerrera y ella se la echó por los hombros. De Diego se quedó meditabundo acariciando su colgante de colmillo.

—No os caigáis —dijo Felipe—. Cuando lleguemos abajo, vais a alucinar.

—¿Hay una puerta al otro lado? —dijo De Diego.

—No, pero el sitio es especial. Ya veréis, se siente mucha energía. Sale uno transformado. Bueno, es un decir. No vais a cambiar de aspecto, eso solo ocurre en nuestro lado. Me refería a la fuerza telúrica del lugar. Es aquí donde recogí los huesos que llevo en la mochila. Los científicos explican que hubo una época muy remota en que convivíamos diferentes especies humanas igual que ahora conviven no sé cuántas especies distintas de monos. Lo que pasó es que todas las especies humanas se extinguieron menos la nuestra. Bueno, esto es lo que se dice en nuestro lado.

—Aquí también ocurrió lo mismo —dijo Paulina.

—Ese es el problema —dijo Felipe—, que tal vez no fue así. Por lo menos en nuestra parte.

—Lo mismo he pensado yo siempre de la nuestra —dijo De Diego—. Yo creo que aún convivimos varias especies humanas. Eso explicaría la existencia de seres como el yeti.

—¿Y por qué no las conocemos, a esas especies, digo? —preguntó Paulina.

—Porque viven ocultas de nosotros —dijo De Diego.

—¡Efectivamente! —exclamó Felipe—. Yo también he buscado refugio en la naturaleza, o en el conocimiento de la naturaleza. Estudiar los rudimentos de la evolución humana ha sido mi manera de retroceder al seno materno. Al líquido amniótico donde flotaba en silencio, al resguardo del mundanal ruido. A la apartada orilla. Al ángel de amor. La cosa se ha puesto muy fea en nuestro lado, compañeros.

Felipe colocó la linterna alumbrando hacia el techo de la gruta y se sentó sobre una roca. Se sacó el bocata de un bolsillo del abrigo y de nuevo nos ofreció un mordisco antes de proceder a dar cumplida cuenta. Nosotros nos sentamos en semicírculo a su alrededor. De Diego le iluminó con su linterna, y en el cruce de luces las sombras de la gruta parecían agitarse como seres vivos. Cuando Felipe acabó de masticar continuó su explicación. También su voz produjo eco.

—Es una lástima dejarlo a medias. Chorizos como este ya no se encuentran en todas partes. En vuestro lado aún queda mucho chorizo del bueno. Este me lo he pillado de oferta en el Sorli Discau. Nuestro lado se va al infierno. Estamos tocando fondo. La gente se está transformando a raudales. Por doquier. Por todos los países. No hay escapatoria. No hay adónde huir. Primero fue Barcelona, luego Bruselas, luego Ginebra... Este finde se celebró una manifestación europea en París contra lo que estaba ocurriendo. Éramos tres millones de personas en aquella catarsis. El mundo parece cada vez más uno de esos cuadros del Bosco llenos de escuerzos y de ruedas de fuego. ¿Os gusta la pintura del Bosco? Estoy en un grupo de Twitter de admiradores de su obra que se llama los Bosquímanos.

—¿Quién organizó esa manifestación? ¿Los gobiernos? —dijo Paulina.

—Estuve en ella, ya os digo. Si no tenéis prisa os lo cuento. Total, con lo que está cayendo en este momento tampoco es recomendable salir de aquí. No sé por qué va uno a las manifestaciones. Yo lo paso muy mal porque la muchedumbre me agobia, pero también porque me entran ganas de hablar con todo el mundo, y, claro, no doy abasto. No me refiero a hablar con los que tengo al lado, porque, como los veo, ya me imagino cómo son, sino con los que están en la otra punta, delante del todo, o con los que van al final. Me parece una descortesía y una pérdida histórica de tiempo tener a tanta gente a mano y no hablar con ella. Con lo maravilloso que es conocer peña. A mí a la gente me encanta conocerla, ahora, si luego me puedo evitar tratarla, mejor que mejor. Para gente ya estoy yo. A París ya había ido en ocasiones anteriores porque me gusta mucho el cine francés y al principio quería comprobar si la ciudad era como en las películas. Tengo la casa llena de

deuvedés de cine francés. Menudo lío, ya no sé qué pensar, si París se parecía a las películas o era cosa mía, porque al llegar me di cuenta de que lo veía como ya lo había visto. No sé si me explico. A mí no me gustan las pelis del tipo *French Kiss* o *Los amantes del Pont-Neuf*, me parecen una filfa. Como no he visto ninguna de las dos, no podría decir si son buenas o malas, ni si están interrelacionadas entre sí, ni siquiera de qué tratan. Pero de la gente guapa con cara de pena y abrigos largos paso. Para abrigo largo, ya tengo el mío. Y para guapos, los bocatas que me hago. Las películas que me llevaron a París son las antiguas, en blanco y negro. De Truffaut para atrás. Siempre que he ido, le he llamado a ese viaje la travesía de París. Por supuesto es por la película esa de los dos estraperlistas que van con un cerdo troceado durante toda la noche, salen Louis de Funès y Jean Gabin, vaya par; pero también es por un libro de Francisco Umbral que se titula *Travesía de Madrid*. Ya no se lee tanto a Umbral como antes. Al menos en nuestro lado, no sé si en el vuestro también será así. Claro que en eso ha influido que se murió, también al menos en nuestro lado. Pero cuando vivía tampoco era lo que había sido. La verdad es que no sé por qué digo ahora esto, porque yo de leer no soy mucho. Quiero decir, de leer ficción. Aunque yo no sería capaz de afirmar que Umbral hacía ficción o que lo que escribía era real. Bueno, me refiero a que era real a la manera de Umbral. Me parece que me estoy metiendo en un lío. Mejor será que os cuente lo de París.

***EL CARTEL DICE: «SE DAN CLASES DE TORLOROTO», Y
LA CHICA LO GUARDA COMO UN EXVOTO.***

Yo me dije: Felipe, tenías que haberte puesto dos camisetas debajo. No una, sino dos. La verdad es que estuve a punto de volver al hotel para cambiarme. Aún andaba cerca. Pero me gusta tanto pasear por París que no quise desperdiciar ni un solo segundo de paisaje, de fachadas, de terrazas. Allí estábamos todos, media Europa, ya os digo, en ese frío invernal lleno de buhardillas, con las pancartas. De mi bloque habíamos ido el vecindario al completo, tres autocares a tope, a la gran manifestación contra las transformaciones. En teoría era para protestar, para exigirles a los gobiernos europeos que intervinieran de una vez en el asunto. Pero se podría decir que eran los propios gobiernos quienes la organizaban. ¡Si hasta iban los presidentes de cada país a la cabeza! Y detrás, el mogollón de representantes locales y de asociaciones. De Barcelona, siempre hablo de nuestro lado, salieron centenares de autocares cargados de peña convertida en Orzowei, en Mary Santpere, en Eugenio, en Federica Montseny, en los Ropper, en las Tres Bessones, en Ramon Calduch, en Cassen cuando hizo de Plácido, en Pippi Långstrump... Pero era París la ciudad elegida porque allí había sucedido lo más terrible. Todos los habitantes se habían transformado en un único, en un mismo personaje, Jacques Brel, es decir, en un belga, acabáramos. Lo último para un francés. A hombres, mujeres y niños se les había puesto la cara de aquel cantante. Eso sí, cada cual con las facciones correspondientes a su edad. El caso es que para protestar por estas metamorfosis, y para uniformizar y dar sentido unitario a la manifestación, la consigna era ir todos con la misma careta. El rostro simbólico de un hombre anónimo, una cara estándar, anodina, un personaje al que aun sin existir se le había nombrado ciudadano europeo del año. El punto de encuentro era la legendaria plaza de la République. Y, en medio, el monumento que le daba nombre, mojado de la reciente lluvia, se erguía entre los carteles caídos sobre los charcos, rodeado

de velas de colores que no acababan de apagarse, ramos de flores, banderas de todos los países, retratos de celebridades como exequias, fotos de los personajes en que los ciudadanos de Europa se estaban transformando. Había gente subida a lo más alto, orgullosa y triste. Y también, en equilibrio sobre los hombros de unas estatuas que llevaban antorchas de piedra. Emigrantes recién llegados del mar, y descendientes de emigrantes de hace tres generaciones, norteafricanos, subsaharianos, asiáticos abrigados hasta la nariz para que no se les viera que se habían convertido en Jacques Brel. Cientos de miles de personas con cartulinas negras que llevaban escrita en letras blancas la frase «Quiero ser yo otra vez». Acababa de llover y el cielo se había quedado plomizo, triste y silencioso igual que toda aquella multitud que permanecía callada solemnemente. Las estatuas tenían tachadas con spray las bocas para denunciar el silencio de los gobiernos. Salpicados entre la muchedumbre, los árboles pelados del invierno, como en los cuadros de Pieter Bruegel. Me refiero al Viejo, no al Joven. ¿Os gusta la pintura de Pieter Bruegel el Viejo? Nadie ha retratado los inviernos como él. Aunque también es verdad que no ha vuelto a haber inviernos como los de su tiempo. Y bajo las buhardillas se veía a los vecinos asomados a los balcones, y en una fachada, de ventana a ventana, una enorme pancarta decía Liberté en recuerdo del poema de Paul Éluard. Libertad es algo que siempre se dice. Cuando se pasa mal, cuando se tiene miedo, cuando no hay nada más a lo que agarrarse, siempre queda la esperanza de la libertad. Al pasar por el canal de Saint-Martin me acordé del actor Louis Jouvet, fue al ver el Hôtel du Nord. Ya me hubiera gustado transformarme en Louis Jouvet o en Michel Simon en vez de tocarme el luchador manco. O por lo menos en Blaise Cendrars, si se trataba de una cuestión del brazo. Lo primero que leí de Cendrars fue la *Prosa del Transiberiano*, y luego *El hombre fulminado*, y después *Moravagine*, que me sentó como si me hubiera tragado una botella de lejía. Hoy no se escribe con ese asco de la vida y de todo. La fachada del Hôtel du Nord tenía el mismo aspecto que en la película de los años treinta. Quizá el hotel me había traído la imagen de Cendrars por lo que tenían los dos de sórdidos. Aunque las pensiones de Drieu La Rochelle no le van a la zaga. Fuego fatuo. La poesía del drama francés, esa gente desposeída, la lírica de la gente mal encarada que no cree en el destino. Los de mi bloque habíamos llegado pronto a la mani pero ya no cabía un alfiler en aquella plaza. Nos apretujamos como pudimos entre la aglomeración, y así fue como nos dispersamos, por no decir que acabábamos de perdernos. A fuerza de restregones pude llegar hasta unas escaleras de piedra a las que quería subir para ver si desde arriba era capaz de

identificar a mis vecinos. Pero qué va, y encima cada vez se metía más gente en la plaza y estaba todo el mundo tan aplastado que no se podía ni respirar. No digamos moverse. Durante mucho tiempo temí caer asfixiado en medio del mogollón o, peor aún, que se produjera una estampida y morir arrollado por la desesperación humana. A los parisinos les gusta mucho apretarse, sobre todo en los momentos de aprieto. Una mujer de unos sesenta años, con un abrigo largo de espiguilla y un pañuelo con los colores de la bandera francesa cubriéndole el pelo, se quitó la careta neutra y me mostró la cara trágica de Jacques Brel y me habló, y automáticamente le contesté en español. Luego le dije en francés que no sé hablar francés porque soy español. Ya sé que una cosa no tiene que ver con la otra, pero en mi caso sí. Entonces me preguntó si yo era español, no porque me hubiera entendido, pues seguro que me caló por el acento, sino para cerciorarse de su impresión. Para no repetir lo mismo, le dije que era de Barcelona, no quise entrar en detalles, y entonces la mujer me preguntó en quién me había transformado y yo le dije que en el luchador manco. Y ella quiso saber si en Barcelona les había pasado a todos como a mí y yo le contesté que no, pues afortunadamente en nuestra ciudad aún se respetaba el derecho a decidir, y cada uno se transformó según su origen, religión, raza, nivel cultural, posición social y convicciones políticas. La mujer no daba crédito. Abrió mucho los ojos y puso cara de admiración y me estrechó la mano con energía, y también con dignidad y súbita alegría. Sujetaba con su otra mano un cartel de la manifestación, y como había dejado caer el brazo el cartón se mojaba con sus botas de agua. Luego se despidió y me felicitó con lágrimas en los ojos y me dio las gracias por haber venido a París a manifestarme desde tan lejos y con una sola mano. Yo no estaba acostumbrado a que los franceses me felicitaran. La gente que se había amontonado encima de las escaleras buscaba a lo lejos una salida de la plaza de la République. Miraban hacia el bulevar Voltaire y negaban con la cabeza. Decenas de caretas negando al mismo tiempo. La manifestación no arrancaba y cada vez parecía más inminente la posibilidad de una avalancha, que para algo es una palabra francesa. Y un galicismo en castellano. Entre la muchedumbre se había quedado atrapada una ambulancia instalada allí como puesto de socorro. Todo era cielo gris y silencio, nerviosismo, desazón, inquietud, tristeza, ira, autoestima destruida, cualquier cosa menos seguridad o confianza. Una mujer flaca, vestida de negro y con el pelo blanco, miraba hacia la nada muy triste. Llevaba a la espalda una guitarra en una funda acolchada. Iba sin careta y no tenía el rostro de Jacques Brel ni se parecía a ningún personaje conocido, así que di por supuesto que también venía de

fuera de París. Se había subido hasta arriba la cremallera de la cazadora de cuero y le sobresalía por el cuello y por la cintura su bufanda blanca con largos flecos. Llevaba gafas de pasta blanca y cristales gruesos con las patillas por encima del pelo y se había puesto una chapa azul de David Bowie, y todo esto la hacía más frágil. Después de horas de angustia y de estar atrapados hasta la asfixia en aquella plaza, la multitud empezó a andar de repente, y entonces el mogollón se diluyó muy rápido como si hubiesen quitado el tapón de un desagüe y la corriente me arrastró. Avanzaba con la sensación de no tocar el suelo, acaso llevado por la fuerza de la historia, como si realmente esta pudiera conducir a la gente. La mujer del pelo blanco se colocó junto a mí y me agarró del brazo bueno.

—No vaya usted a caerse ahora —me dijo.

—¡Arrea! ¿Eres española?

Más bien parecía nórdica o alemana y hablaba con un tono señorial, dándole a cada palabra su trascendencia necesaria, aunque a veces se equivocase al pronunciarlas.

—Yo soy del cosmos. A saber si el cosmos y yo no somos la misma persona. Le he escuchado antes dirigirse a aquella mujer, y me he dicho: Isis, ¡he aquí a un clásico! ¡Ya no se hacen tipos así! Esto no es una persona, ¡es una partícula subatómica! ¡Un ser que da la cara pues todavía tiene cara! ¡Yo tampoco llevo careta! ¡Esto que ve usted es mi auténtica cara aunque parezca un unicornio! ¿Está usted acompañado?

—Sí, he venido con mis vecinos de la calle Simancas, del barrio de Artigas, en Badalona; pero me he perdido y me he quedado solo en el mogollón. Sepa usted que no, que esta no es mi cara original. Yo no soy oriental. Bueno, en cierto modo lo soy, porque nací en Caniles, en la Andalucía oriental. Hay mucha gente que no sabe dónde está Caniles, me refiero a mucha gente en España, porque al resto del mundo Caniles le trae sin cuidado, y muy bien que hace. Del mismo modo que a la mayoría de los españoles no nos importa, por ejemplo, dónde está la república de Buriatia. Yo creo que la culpa de que en España ya no se sepa dónde está Caniles se debe a que en los colegios han dejado de enseñarse las comarcas y los afluentes de los ríos. De no ser así, los niños sabrían de Caniles, ya que se encuentra entre los ríos Gállego y Guadalopón, y por eso se llama de este modo mi pueblo, ya que Caniles significa entre canales. La verdad es que debería encontrar sin falta a mis vecinos pues volvemos a Barcelona en autocar en cuanto acabe esto y no me gustaría quedarme aquí colgado. ¿Tú cómo has venido?

La masa avanzaba por el bulevar Voltaire cantando estremecedoramente «Ne me quitte pas» y cuando terminaban coreaban también canciones de Aznavour como un mantra, como si fuesen las únicas palabras capaces de pronunciar ante el horror que había paralizado a toda Europa. Pero se suponía que marchábamos para eso, para demostrar que no nos iban a paralizar.

—Bueno, pues ya vamos por el bulevar Voltaire —le dije—. ¿Sabes si pasaremos por la iglesia de San Ambrosio? Es que un señor me ha pedido que le haga una foto a modo de recordatorio.

—No, no. Por el bulevar Voltaire desfila la parte grande de la manifestación. Esto de aquí no es nada comparado con lo otro. Nosotros ya no cabíamos allí. Somos las sobras, los que no cabemos en la corriente principal. Vamos por una calle menor. Hay que saber siempre por dónde se va.

—¿Pero seguimos igualmente rumbo a la plaza de la Nación?

—No, está usted muy equivocado. Nosotros vamos a la Bastilla. En Nación tampoco se cabe. Nosotros vamos de la República a la Bastilla como el tramo cubierto del canal de Saint-Martin. La gente se ha vuelto loca. Se abrazan todos. Se dan besos. Aplauden a los gendarmes, que como están de servicio no pueden llevar careta y tienen todos cara de Jacques Brel. Todo este largo rato hemos estado esperando a que llegaran los dirigentes políticos de toda Europa y formaran la cabecera. Casi nos asfixiamos por su culpa, ese atajo de iluminatis, y conste que lo digo sin resentimiento, pues yo también quisiera ser una iluminati, pero como no me aceptan he de conformarme con ser política de segunda categoría.

—¿Militas en algún partido?

—Sigue equivocándose usted.

—Creí que me habías dicho que eres política.

—Es que es así como se equivoca la gente. Creyendo. Para no equivocarse, no hay que creer nada. Pero bueno, equivocarse no tiene nada de malo. Ya lo decía Séneca el Viejo: *errare humanum est*. ¿Sabe lo que significa? Pues quiere decir: es humano pronunciar la erre. Este es el gran problema de los franceses. Por eso les ha pasado todo esto. No me haga caso, deliro, la multitud me saca de mis casillas. Ya sabe usted bien lo que significa ese adagio latino. El conocimiento es universal. Yo me he esforzado mucho en conocer y sin embargo ya lo sabía todo desde el momento en que nací. Eso es lo que me pasa. Que soy muy tonta, pues si fuera inteligente ya me habría dado cuenta hace tiempo de lo inteligente que soy. Y lo sería más aún si este samsara no me tuviese bloqueada. Ah, pero no se confunda: Séneca el Viejo no era el famoso Séneca sino el padre del Séneca famoso. Me refiero al

filósofo cordobés, no al personaje de Pemán. Cuando era pequeña, mi padre siempre ponía la televisión para ver *El Séneca*. No le gustaba, pero se reía mucho. Mi padre era más inteligente que yo, pero menos que mi hermano el listo.

—Siempre me dices que me equivoco.

—No, esta última vez le he dicho que no se confundiera. No es lo mismo estar confundido que estar equivocado.

Fue entonces cuando me soltó el brazo y presentándose torpemente le pregunté cómo se llamaba.

—Me llamo Isis, ya se lo he dicho antes, y solo soy responsable de lo que me ocurre a mí. O ni siquiera eso. ¿Por qué siempre tengo que luchar contra todo?

—¿Te refieres al cosmos?

—No, el cosmos soy yo. ¿Cómo iba a luchar contra mí misma? Eso es lo que pretenden.

—Cualquier persona obraría igual en tu lugar. Al final no me he enterado de dónde vienes.

—Ya le he dicho que del cosmos. Y si le contara la verdad no se lo iba a creer. He venido aquí a través de un agujerito. Walt Disney me explicó cómo hacerlo, en un bar. Pero no estoy dispuesta a parecer una chiflada. ¿Ha estado usted otras veces en París? Es la segunda vez que vengo. Y no me ha costado un euro, le puedo garantizar que no. Aparte del asunto este de la manifestación, que me ha pillado de casualidad, pienso venir mucho a este sitio pues me dedico a la caza de unicornios. ¿Ha estado en el Museo de Cluny? Fue lo primero que hice en el salto anterior, o como se llame esta manera de desplazarse por el cosmos. Lo del museo se lo pregunto por si aún no ha visto los tapices de *La dama y el unicornio*. El poeta Rilke los saca en *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*. Cada vez que venga a París, pienso recorrer un distrito diferente. Un *arrondissement*. Como en las novelas de Léo Malet. Mi padre las tenía todas en francés. Yo no leo francés, pero me encantaban los dibujos de las portadas. Yo hubiera sido una dibujante muy buena de portadas de novelas policíacas francesas. Un día de estos me pongo a ello. Ah, le contaba lo de los distritos. Ya sé por qué esta vez he elegido el once. El cosmos me ha mandado a esta manifestación para conocerle a usted. El brazo ¿no lo perdería capturando un unicornio como Galaor? Bueno, no sé si Galaor capturaba unicornios ni si perdió un brazo, pero una vez vi una película de caballeros andantes de los Monty Python que te tronchabas. ¡Qué buenos eran! A uno lo troncharon bien tronchado y lo dejaron sin brazos y sin

piernas. Usted tiene pinta de haberse dedicado a ello, digo a cazar unicornios. Los unicornios son unas criaturas muy bonitas, no son caballos, la gente no tiene ni idea. Son más pequeñitos. Más bien son como cabras. Pienso venir a París siempre que pueda hasta sabérmela de memoria. En realidad, ninguna ciudad se conoce de ninguna de las maneras. Ni de memoria, ni al dedillo, ni de pe a pa. Una cree que podría recorrerla con los ojos cerrados y luego muere atropellada en cualquier semáforo. ¿Usted ha visto *El amante del amor*, de François Truffaut? La pasaron hace años en la segunda cadena, pero no sé si la habrán vuelto a dar. El protagonista también muere atropellado. Yo antes veía mucho la televisión, porque siempre ponían algo bueno.

Me encantó que aquella mujer me hablara de Truffaut, pero no me atreví a confesarle que yo era un incondicional de sus películas. Cuando llegamos a la plaza de la Bastilla nos encontramos con un carrusel lleno de niños con cara de Jacques Brel y sin careta. Daban vueltas montados en los caballitos, pero parecían tristes. El efecto fue conmovedor. Se formó un remolino a su alrededor y la multitud los vitoreó, y en esa confusión perdí la pista de la mujer del pelo blanco, y aunque durante un momento me esforcé por localizarla, no puse demasiado empeño y al cabo desistí.

Tomé el bulevar de la Bastilla y, con la esperanza de encontrar a algún vecino, seguí a los grupos dispersos que ya abandonaban la manifestación, hasta que llegué al Sena. En la orilla izquierda se extendía infinitamente un ocaso triste, como de cobre, prehistórico, podría llamarle calcolítico, lo mismo que el lugar que aquí ocupamos, y también se veía deslizarse entre pámpanos salvajes la sombra grande y densa del Jardín de las Plantas, cuya penumbra anunciaba la llegada de la noche. Se hizo en los muelles el vacío de las tardes de domingo, el cemento junto al río, la gente paseando reticente. El canto frenético de los pájaros; también ellos de vuelta a sus nidos como los viandantes que se recogen. Todos los que continuamos aquel camino éramos ahora solitarios procedentes de una multitud, pero más que salir de una manifestación, cruzando ya el puente de Austerlitz, bordeando sus farolas, parecía que volviéramos de una derrota. Al llegar ante la verja del jardín botánico, me dio rabia haber extraviado a aquella mujer en el apolotonamiento, pues ahora me entraron ganas de decirle que sí, que me encantaba esa película de Truffaut y todo su cine, y todo el cine francés de Truffaut hacia atrás.

—¡Creí que le había perdido en la plaza de la Bastilla! —La mujer me volvió a agarrar por el brazo y señaló hacia el jardín—. ¡Estamos predestinados a encontrarnos! Ya se lo dije, somos partículas subatómicas.

Estamos en todas partes a la vez. ¿Ha entrado alguna vez ahí? ¿Le gustan los tebeos? Mi padre nos compraba siempre tebeos a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños. Nos los traía de Francia y estaban en francés, sirva la aclaración. Yo no los entendía pero los miraba mucho y así los comprendía. Es mejor comprender que entender, ya puede estar seguro. ¿Conoce los cómics de Jacques Tardi? Me refiero a *Las extraordinarias aventuras de Adèle Blanc-Sec*. Parece que todas pasen ahí, pero solo una transcurre ahí, en los invernaderos, las demás suceden en el resto de París. ¿Volvía usted hacia el aeropuerto?

—No, bueno, yo no iba al aeropuerto. Hemos venido en autocar, y creo que me he perdido. Y sí, estaba buscando a mis vecinos. Creo que estoy muy preocupado. No sé dónde tienen que recogerlos y quiero volver con ellos a Badalona.

—No se preocupe por nada. Todo saldrá bien. El cosmos está de nuestra parte. Mire, si sigue recto por aquí, más adelante encontrará usted una estación del RER que le llevará al aeropuerto.

—Pero yo no quiero ir al aeropuerto.

—Es solo un paseo, no se preocupe, de verdad. Yo le acompaño hasta la estación para que no se pierda. Tengo muy buen sentido de la orientación. Claro, porque veo el mundo desde afuera. ¿Sabe una cosa? Francia es el más medieval de los países europeos, ya puede estar usted bien seguro de ello. No me refiero a que los franceses se hayan quedado en esa época, eso más bien nos ha pasado a nosotros, sino que me refiero a que han sabido conservarla en todos sus aspectos: urbanísticos, arquitectónicos, culturales, bibliófilos, gastronómicos... En esto, a nosotros nos ha ocurrido lo contrario. Vea por ejemplo este anuncio.

Se separó un momento de mi lado para arrancar un papel pegado con celo a un muro de piedra al final de una callejuela que venía a abocar a nuestro paso. Era en la esquina de un restaurante, pasado un edificio grande, acaso medieval. Su fachada estaba llena de ventanas con los postigos abiertos. Observó el papel fijamente antes de despegarlo y tiró con cuidado para que no se rasgara.

—Mire lo que dice aquí: *leçons de tournebout*. ¡Lo ve! ¡Se dan clases de torloroto! Y hasta trae un planito para llegar al sitio. Todo tan bien indicado. ¿Dónde sino en París puede una persona normal y corriente aprender a tocar el torloroto?

Dobló el plano esmeradamente para guardárselo en un bolsillo de la cazadora.

—¿Me da usted permiso para que me lo lleve? Como no soy de aquí... Se lo mandaré a mi amigo. Tengo un amigo en Barcelona, igual lo conoce. Le llamamos el madrigalista del Clot. Como es músico, seguro que le encanta esta nota. Le hemos puesto ese nombre porque es una eminencia en madrigales y porque vive en el barrio del Clot. ¿Su barrio de Artigas está cerca del Clot? Pero esto es una indiscreción, ya me disculpará... ¿No tocará usted algún instrumento medieval, por casualidad? El madrigalista del Clot tuvo un grupo medio de *rock* sinfónico, medio de folk progresivo. Les iba muy bien. No se quejarían, no. Los llamaban mucho de festivales de música celta y de mercados medievales. Él tocaba los instrumentos de viento. Incluido el torloroto. Ese que tiene esa forma de mango de paraguas o de bastón de pastor. Se llama cayado, ¿no? Mi abuelo no era pastor, pero tampoco hablaba mucho. Valga la redundancia, era más callado. Bueno, ya sabe, si tiene usted interés en aprender a tocar el torloroto y no le va bien venir a París para tomar clases siempre puede llamar al madrigalista del Clot. Y ya no le entretengo más. Ahí delante tiene usted la entrada del RER que va al aeropuerto. No ha salido tan mal la aventura, ¿no le parece? Así que creo que este capítulo puede darse por bien acabado.

MIENTRAS EL EQUIPO DELIRA, UN AMIGO SE RETIRA.

Encontré un mensaje de voz de Ángel. Decía que fuera a visitarlo porque le dolía la garganta. Me recibió enfundado en un batín de satén azul y se metió de nuevo en la cama sin dejar de mirar el termómetro, que descansaba en un platito de loza blanca, junto al volumen de *Classiques Garnier*, también blanco, con las obras completas de Rutebeuf. En un rincón estaba quemando papel de Armenia.

—He tenido fiebre esta mañana, ¿quieres verlo? Lo pone muy claro.

—¿Has vuelto a tomarte la temperatura?

—Estoy esperando a la noche. A la fiebre no hay que llamarla, porque viene enseguida. Este termómetro lo ha tenido Michel Piccoli en su boca. Me lo regaló su médico, le conocí en una escapada que hice a Rocamadour. ¿Has estado? Es una ciudad medieval extraordinaria. Lo suyo es subir las escaleras de su santuario, por donde subió San Luis de Francia. Qué emoción pisar las mismas piedras. Pues resulta que desde aquella excursión mantengo muy buena amistad con Antoine, que así se llama el médico de Michel Piccoli. Me ha encantado que te sientes a los pies de mi cama, como los amigos de antes. A Piccoli no he llegado a conocerle, pero siempre se está a tiempo. Debe de tener más de noventa años. No hay prisa.

Ángel llevaba varios días sin afeitarse y bajo el batín asomaba un pijama de chaqueta. En una pared del dormitorio tenía un cuadro que representaba a Jesús lavando los pies a sus apóstoles.

—¿Te gusta esa pintura? La compré en los Encantes. No está firmada, pero quien la hizo manifestó muy buen gusto. Enseguida se ve que la escena está inspirada en el fresco de Giotto, y la resuelve muy bien. Por una inflamación de garganta no se va al médico, pero te agradezco de verdad que se te haya ocurrido pasar la tarde conmigo. Tengo un plan.

Se incorporó y se puso la almohada en los riñones. Abrió la mesita de noche, sacó una bolsa de tabaco y lio un cigarrillo. Apartó con cuidado el

termómetro para utilizar el platillo blanco como cenicero. Permanecemos callados observando las volutas de humo.

—Vamos a formar una expedición. De Diego, tú y yo. Vamos a pasar al otro lado.

—Es delirante. Me encanta.

—Daremos el campanazo. Si conseguimos filmar todo lo que ocurre en la otra parte blindamos definitivamente *La noche fenomenal*. Ya nadie podrá echarnos nunca de la tele. Eso si no nos llaman de otras cadenas más grandes para que nos llevemos allí el programa.

—¿Has estado hablando de esto con otras cadenas?

Los cristales de su ventana se habían empañado de vaho, y bajo ella un pequeño calefactor eléctrico rabiaba al rojo vivo.

—Tengo buen trato con un director de programas... Pero tienes razón, y no es solo un delirio, es también muy peligroso lo que os propongo. Javier, sabes que entenderé perfectamente que no quieras apuntarte a esta historia.

—Yo me apunto a un bombardeo. ¿Has hablado con De Diego?

—Iremos a verlo juntos cuando me recupere.

—¿No llamamos a nadie más del equipo?

—El tres es un número prudente. No hagas caso de lo que dijo el Jugador de Ajedrez.

—¿Qué dijo?

—¿No te acuerdas? Decía que las cosas de tres en tres son malas.

—Ah, sí, ni caso. A saber de dónde sacaría aquel informe. Creo que con nosotros tres es suficiente, así que yo tampoco pondría en riesgo al resto de los chicos.

—Ni de las chicas.

—Ni de las chicas. ¿Cómo lo haremos?

—He hablado con Starsky y Hutch.

—Conozco a una mujer de esta parte que ya ha estado allí.

Ángel me preguntó si me molestaría acercarme al mueble donde guardaba los vinilos para ponerle un disco de Georges Brassens. Como no precisó cuál quería escuchar, me tiré un rato dudando antes de elegir. Primero cogí uno, Philips, Haute-Fidélité Monoaurale, en el que se veía un retrato de Brassens en primer plano, con su pipa, pero luego cambié de opinión y me decidí por otro donde salía con la misma ropa, camisa azul claro, americana negra, pero de medio cuerpo y con una guitarra. Y sin su pipa. No sé por qué se me fueron las manos a esos dos discos, guitarra y pipa, tal vez porque aquellos días de lluvia me habían despertado el recuerdo de los cuadros de Juan Gris,

el color de su nombre como el cielo de Barcelona; pero tampoco sabría decir por qué me incliné finalmente por la foto con la guitarra en vez de la foto con la pipa. Cuando Juan Gris pintó esa naturaleza muerta a la que llamó *Guitarra y pipa*, hace más de cien años, aún faltaban unos cuantos para que naciera Brassens, muerto hace hoy tanto tiempo. En la pinta bohemia de Brassens, su pipa, su guitarra, está la herencia de las pequeñas mesas de café con vasos, periódicos, tableros de ajedrez..., el París real del nuevo siglo xx y el París cubista que Juan Gris, aquel pintor madrileño, contribuyó a crear. Leí en la portada que el disco traía canciones de *Porte des Lilas*, la película de René Clair donde actúa Brassens. En cuanto se hundió la aguja en el surco y empezó a oírse la fritura de los discos tantas veces puestos, Ángel se puso a canturrear «L'amandier», la que canta Georges Brassens en esa película mientras unos gendarmes registran su chamizo. Ángel se sabía todas las canciones de Georges Brassens. Le dejé mirando en el ordenador grabaciones de sus conciertos, y me pregunté cómo sería escuchar a Brassens en el otro lado. ¡Por supuesto que estaba dispuesto a saltar! Mira que dudarle siquiera un instante. ¡Pero si yo nunca he estado en mi vida cinco minutos seguidos en el mismo lado!

Mi madre había preparado de cena la pescadilla que se muerde la cola lo mismo que una serpiente ouroboros. Pero ella no estaba pensando en el samsara al freírla sino en comer. Era un plato que había hecho toda la vida. El eterno retorno, lo que no conoce ni principio ni fin, me miraba desde mi niñez con sus ojos muertos, blanquecinos, duros. Al ouroboros volvería a encontrármelo más tarde, en los días todavía malos, llenando la portada de un disco de Los Enemigos.

—Te he puesto tres, ¿vas a querer más? —me dijo.

—El tres es un número prudente.

—¿A que no te imaginas quién me ha llamado esta tarde?

—Dame una pista.

—Cuando te lo diga te vas a quedar con las patas colgando.

Llevaba la bata de estar por casa. Era violeta, como sus ojos, y tenía pinta de abrigar mucho. Se la había hecho ella y le puso botones grandes y además se anudaba a la cintura. Nunca se la ponía antes de la hora de la cena.

—Bueno, pero dame una pista.

—¡El señor Moreno!

—¿Cecilio, el vecino que se murió el otro día?

—¡El mismo!

—¿Y qué quería? ¿Ha llegado bien?

—Me ha tenido más de una hora al teléfono. Cómo se enrolla el tío. Es peor aún que cuando estaba vivo.

—¿Y desde dónde te llamaba? Por lo menos, eso sí se lo habrás preguntado.

—No ha sido menester. Ya me lo ha dicho él. Estaba en Toulouse, se ve que ha ido a visitar a unos compañeros que murieron allí, en el exilio, y llevaba la tira sin verlos. Ahora que puede, ha aprovechado. Me ha mandado recuerdos para todos los vecinos. Dice que se acordó mucho de ti el otro día, porque pasó la noche en Narbonne, y dando un paseo antes de tomar un Ricard dio con la casa natal del poeta Pierre Reverdy. Como sabe que a ti te gusta tanto, se puso muy contento. Mira, hasta me ha dado la dirección. Es el número 3 del bulevar de Marcel Sembat, está muy cerca de la estación de tren. Ahora, no te hagas ilusiones. No vale la pena ir. La casa es poca cosa. Ni fu ni fa. Un edificio anodino pintado por pijos de regiones pobres. Una esquina un poco solitaria, dejada de la mano de Dios. Tenía un cartel de se alquila atado a una reja. Y en la ventana de arriba habían colgado para secar una toalla con la cara del Che. El señor Moreno se dio cuenta de que era la casa del poeta porque lo ponía en una placa que había al lado del cartel de la inmobiliaria. Por lo demás, la casa es como otra cualquiera.

Al principio creía que Pierre Reverdy había sido un poeta surrealista. No lo fue, pero creyó en los poetas de ese movimiento. Los alentó desde su revista *Nord-Sud*, que se llamaba así en alusión al metro que unía Montmartre con Montparnasse. Pierre Reverdy había sido el poeta del cubismo de Montmartre, y de las pipas y de las guitarras que pintaban Juan Gris y Léger. Durante la ocupación dejó de escribir. Se negó.

—Pues entonces su casa es como él. Una casa olvidada en alquiler. La casa de alguien que escribió que el estado del poeta es el de la más grande soledad —le dije a mi madre.

—Tiene que ser muy triste pasar delante de la casa de un poeta y que no esté ahí —me dijo—. El señor Moreno también me contó la historia del bulevar donde se encuentra la casa.

—¿Qué tiene de especial?

—Su nombre. En Francia hay mucho reconocimiento a los fundadores de su socialismo. Aquí con Pablo Iglesias ya lo damos todo por pagado. Y ahora ni el nombre le va a quedar. Se lo va a llevar otro más joven. Me acuerdo tanto de tu padre. El bulevar Marcel Sembat se llama así en memoria de un

revolucionario que fue muy importante. Sobre todo cuando se murió. Su tumba se convirtió en un lugar de peregrinación del socialismo francés. Allí iba Jean Jaurès, por ejemplo. Pobre Jaurès, lo mataron de un tiro porque no quería meterse en la guerra. ¿Tú no te acuerdas de la casa de la tía Lola, en Millas, cuando te llevábamos de pequeño? Había un parque con una estatua a Jean Jaurès. A tu padre se le caía la baba mirándola. Pero está toda Francia llena de estatuas a Jean Jaurès. En Francia ser socialista era algo que dignificaba a la gente. La mujer de Marcel Sembat era pintora y se pegó un tiro en la cabeza horas después de la muerte de su marido, se llamaba Georgette Agutte. Modigliani le hizo un retrato en la misma época en que pintó el retrato de Juan Gris.

Recogí la mesa y me fui a la cocina para lavar los platos. Mi madre se sentó en el sofá y puso *Pasapalabra*, había un bote de más de un millón de euros. Hacía horas que se había hecho de noche y entraba la lluvia por la celosía de ladrillos del lavadero. Los excrementos que había recogido en el río brillaban en la oscuridad. Me pareció percibir el paso fugaz de una sombra con forma de animal y temí que se repitieran las visiones. El agua caliente del grifo me reconfortaba, pero me dio mala conciencia y cambié a fría. Aceptar las comodidades era una forma de envejecer, y sobre todo me parecía una traición a tantas incomodidades, a tanta lucha familiar de la que yo había salido beneficiario sin ningún esfuerzo por mi parte. El detergente lavavajillas era verde y tenía un sabor al principio agrio que enseguida se volvía dulzón y tardaba rato en irse. Me había salpicado en la boca y me recordó cuando hacía pompas de jabón con un bolígrafo y sin darme cuenta me tragaba el agua. El secreto de no cambiar es permanecer escondido. Cada cual guarda su propio unicornio. El mío es el del barco de aquel antepasado del capitán Haddock en las aventuras de Tintín. Mi madre me habló desde el comedor. Esperé a terminar de fregar para responderle.

—¿Qué me decías?

—Que se me ha olvidado decirte que te llamó J. L.

—¿Aquí? ¿A la casa?

La concursante de *Pasapalabra* tenía el rosco casi completo. Se llamaba Mari Paz, o ese nombre salía en la cartulina redonda de su vestido.

—Claro, a la casa. ¿Adónde quieres que te llame?

—No he visto ninguna llamada suya en mi móvil.

—Claro, porque me ha llamado a mí directamente. Me ha hecho telepatía para decirme que te pongas en contacto con él. Es muy majo ese chaval. De los que más me gustan del programa.

—Pero si no os conocéis de nada.

—¿Cómo que no? De verlo por la tele.

Mi madre nunca se perdía *La noche fenomenal* independientemente de si le interesaba el tema o le atraía el entrevistado. Si bien sabía que yo no aparecía hasta el final, se lo tragaba entero desde el primer minuto solo para ver el truco que haría esa semana. Yo había inventado una rutina con un teléfono fijo a modo de homenaje a Gila. Era el número que más le gustaba a mi madre. En el monólogo de Gila con su teléfono estaba el último místico español dirigiéndose a un dios ausente. El teléfono y el coche llegaron a la vez a nuestra casa. Ambos tenían ruedas, aunque luego aprendí que la del teléfono se llamaba disco. Ambos llevaban lejos, al pueblo, a la familia de Francia. Se le decía prosperar a comprar algo parecido a una huida. El teléfono en casa era un misterio que acuñó su propia frase hecha cada vez que sonaba: ¿quién será? Toda llamada era una psicofonía. Voces del pasado, o gente desconocida que se había equivocado al marcar, y alguien que llamaba y no decía nada, bastaba una serie de números para abrir la grieta del mundo paralelo. Una voz pegada al oído y el tacto frío y pesado del auricular. Y, al hablar, mis labios rozando, casi besando, el plástico redondo. Y el avanzar y retroceder tartamudo de los números en el disco convirtiendo a la gente en kábala o en muñecos de una caseta de tiro. No había nada más cercano a los números de teléfono que los números de la lotería. Todos llegaban por azar. Marcar un número a boleo para ver qué deparaba la suerte. También la matrícula del coche era otro número con que nos señalaba el destino. El olor a tapicería del coche como garantía de que nada malo podía ocurrir cuando estábamos todos juntos. Y el ring, ring, ring del teléfono, repentino y claro, para recordar que nada estaba garantizado.

Llamé a J. L. y me contó que había pasado toda la tarde pensando en llamarme, y que se alegraba mucho de hablar conmigo, pero que no sabía por dónde empezar. Me pidió que nos viéramos cuanto antes. Había ido al médico.

—La doctora me ha dicho que no está la cosa para tirar cohetes.

Quedamos para el día siguiente. Antes de llegar al bar París, el de abajo de la calle Muntaner, no el de arriba de la calle Aribau (ambos tienen una torre Eiffel en el rótulo), me había pasado por la Bola en busca de libros de magia y de prestidigitación. Entre montones de tebeos, cuentos troquelados, revistas, carteles, discos, cromos, postales, fotografías y libros antiguos de todo tipo, siempre encontraba algún título interesante para mi profesión. El dependiente había ido al patio a fumar y tuve que aporrear el timbre para que

me oyese. Vino arrastrando lentamente sus gastadas bambas y abrió con los bajos de los pantalones mojados por la lluvia sin soltar el vermut en vaso de tubo y se sentó junto a la puerta de cristal, en la mesita donde cobraba. En la radio se oía «Lucha de gigantes», de Antonio Vega. Fuese a la Bola a la hora que fuese, la radio estaba emitiendo una canción de Antonio Vega. Aquella tarde encontré *Secretos de magia potagia*, de Juan Tamariz, dedicado con su firma. Salía él dibujado en la portada tocando un violín invisible. En esto, Tamariz se había adelantado en décadas a los rockeros, en ese gusto por la guitarra de aire. El dependiente me preguntó si quería una bolsa para el libro, pero le dije que no, que era pequeño y ya me iba bien, y me lo guardé en un bolsillo de la chaqueta que ya me había cosido mi madre varias veces. Las cicatrices del cuero nos rescatan de nuestro pasado.

La torre Eiffel en el rótulo de este bar París hacía las veces de A. En el bar París de Aribau la torre está encima de las letras. Cuando entré, solo estaba el dueño con su camisa arremangada y sus tirantes, como un parisino baqueteado de los que salían en las películas de Julien Duvivier. Tenía puesta en la tele la cadena temática del Barça. Era un hombre fuerte, con una gran barriga y el pelo ceniciento. Me fui a la mesa más alejada y pedí un café solo, sin azúcar, ni sacarina, ni nada, solo café, y un botellín de agua, sin gas, fría. Llegaba de la cocina olor a comida. Estaban preparando callos para la gente que salía por la noche del teatro, en la sala Muntaner, varias porterías más abajo, que estaba a punto de chapar para siempre. También el dueño del bar decía que quería jubilarse en esos días. Enseguida se abrió la puerta de aluminio y apareció J. L. Parecía cambiado. No se le veía enfermo, se le veía solo como el lunar de su mejilla. En vez de coger la moto, a la que vivía enganchado, había tomado el autobús. Llevaba su americana de cuadros de siempre y el nudo de la corbata flojo como de costumbre. Pero como no necesitaba casco, se había puesto un sombrero de un color oscuro. Nunca le había visto con sombrero. Hay determinaciones trascendentales que solo duran lo que se tarda en pasar la encrucijada. J. L. dejó el gorro sobre la mesa y se pidió una jarra de cerveza.

—La revista no la voy a dejar, pero no me veo con fuerzas para participar también en el programa. Ahora empezaré el tratamiento, ya te iré diciendo. La doctora me ha aconsejado que administre las energías.

—La ciencia está muy avanzada. Hoy hay muchas cosas que tienen buen arreglo.

—En eso estamos. ¿Me acompañarás cuando se lo diga a los chicos? Hace ya un mes que ando con esta historia, pero hasta ahora no habían dado con lo

que era.

—¿Se lo has contado a Socorro?

—Todavía no. Es a quien menos me atrevo.

J. L. se levantó y cogió una bolsa de patatas del expositor. La agitó en el aire para que le viera el dueño. El hombre, que estaba de espaldas, movió la cabeza en señal de asentimiento sin girarse.

—Aprovechemos, que todavía puedo —dijo abriendo la bolsa—. Me dijo la doctora que debiera haber ido antes, y yo le contesté que, bueno, que voy al médico una vez al mes, que ya sabe cómo me preocupo siempre, y entonces me pregunta que por qué no le he hablado nunca de esos síntomas.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Pues qué le iba a decir? La verdad. Que no le decía nada porque no salía el tema.

Cuando acabamos de sincerarnos, acompañé a J. L. hasta la parada del autobús, en Gran Vía. La gente se agolpaba en la marquesina para no mojarse. Llegó el H12 al cabo de un buen rato. Le contemplé subirse con ese sombrero puesto, y me pareció que era otro. Permanecí esperando a que arrancara y vi cómo marcaba el viaje y buscaba un asiento libre. Lo encontró al fondo. El bus se puso en marcha, yo me quedé viendo cómo se iba y él no miró hacia atrás.

***AQUÍ QUEDA DESCRITO EL GAG DEL TAXISTA
HUERFANITO.***

De Oña estiró ceremoniosamente el huesudo índice para detener su grabadora profesional de voz. Al final se había atrevido a dejarse la barba como Abraham Lincoln y para otorgarle más empaque a su nuevo aspecto le dio también por llevar un abrigo tipo levita. Lo dejó sobre la mesa de trabajo. Se nos había echado la noche encima pero una lámpara de globo japonesa alumbraba suavemente la habitación. De Oña guardó silencio y clavó sus ojos saltones en Paulina, que asintió sin despegar los labios, y a continuación nos miró a Ángel y a mí. La casa de Paulina era un lugar diáfano, con ventanas fijas de carpintería metálica. Todas las paredes aparecían ocupadas por estanterías negras llenas de atlas y de libros de arqueología, tomos grandes de arte antiguo, volúmenes de leyendas y cuentos populares en muchos idiomas. También tenía una multitud de piezas de artesanía, pequeñas esculturas, bustos, cerámica y láminas decorando las baldas. Todo cuidadosamente ordenado. Vivía en una zona del Poblenou que el ayuntamiento había cerrado al tráfico para crear una gran isla peatonal y propiciar la vida de los vecinos en la calle. Eran pisos nuevos donde estaba afincándose una clase media progresista que no procedía de ningún núcleo histórico de la cultura ni de la pequeña burguesía barcelonesas. Se sabían los primeros de su especie, acababan de aterrizar en ese escalafón, y encontraron en aquel barrio de fábricas abandonadas, y ocupadas por buscadores de chatarra, el flamante territorio donde fundar su propia clase. Tampoco es que fueran muchos. En el ascensor social también hay límite de carga.

—¿A que podría ser la voz de Constantino Romero? —dijo De Oña—. Dejamos el cacharro este, que ya puede salir bueno, ya, porque me ha costado un ojo de la cara, grabando por lo menos cuatro horas dentro de la mina de agua de Can Pris. Nosotros estábamos muy callados, y lo cierto es que en aquel momento no oímos nada, ¿verdad, Paulina?, pero luego, al escuchar la

grabación, nos hemos encontrado con lo que acabáis de oír. Es increíble. Se trata de Constantino Romero en persona.

—Sí, pero lo que yo me pregunto es qué está diciendo, porque no se entiende nada. A ver qué nos dice Socorro.

Ángel llevaba la garganta resguardada por un pañuelo de cachemira. Sacó de un bolsillo de su chaleco de lana trenzada un tubo de Couldina y pidió un vaso de agua.

—La Couldina resulta muy distraída porque es efervescente —siguió diciendo Ángel—. Parece un pequeño platillo volante intentando despegar cuando empieza a subir la pastilla por el agua. Javier, ¿te acuerdas de *Mi marciano favorito*? Bueno, te acuerdas, te acuerdas..., quiero decir si la conoces. Porque nosotros no podemos acordarnos de esas series. Es una lástima. *Mi marciano favorito* siempre la confundo con *Mis adorables sobrinos*. Seguro que ahí tengo un complejo afectivo que debiera investigar.

—Todo lo que empieza por «mi» nos pertenece —dije.

—Es cierto que la voz de esa grabación resulta familiar. Ahora, atribuirle a alguien en concreto... Yo ya no me atrevería a tanto —remató Ángel.

—Creo que habla en catalán y dice: estad tranquilos, *estigueu tranquils...* —dijo De Oña—. ¿No te parece, Paulina?

—Pudiera ser. Es verdad que suena a algo similar a eso.

—¿Y por qué iba a decirnos eso en catalán Constantino Romero? —dije.

—Hombre, a nosotros no; pero en aquel pueblo todo el mundo habla en catalán. Igual se dirigía a ellos —dijo Paulina.

Ángel levantó el vaso al trasluz y observó la pastilla naranja transformándose en un géiser de burbujas. Se revolvía en el agua como un poseso en un exorcismo.

—Es un espectáculo maravilloso. Escuchad.

Guardamos silencio para oír el burbujear dentro del vaso, pero empezó a invadirlo todo el repiqueteo de la lluvia contra los cristales. A pesar de que caía una tormenta y a pesar de esas horas de la noche, apenas se hicieron esperar los taxis que habíamos pedido por teléfono. Yo hubiera vuelto en autobús para disfrutar de la lluvia, la noche, la soledad, los charcos, los pasos, la luz de las farolas alumbrando las aceras, para sumirme hasta la médula en la extrañeza; pero Ángel insistió en acompañarme hasta mi casa, que ya pagaba todo el viaje, y como comprendí que quería seguir hablando renuncié a una pequeña intemperie que me recordaba todas las intemperies a las que la especie humana ha sobrevivido. Mientras atravesábamos el barrio de Paulina,

calles largas y oscuras, Ángel me dijo que muy pronto volveríamos a aquel sitio.

Esa semana los invitados a *La noche fenomenal* eran el profesor Mayordomo, experto en arqueología fantástica, y el doctor Laguno, estudioso del lenguaje visual prehistórico. Ambos impartían clase en la Academia de Cultura Material, que la Asociación de Amigos de lo Extraño, presidida por el Jugador de Ajedrez, tenía instalada en el entresuelo de un aristocrático edificio de la calle Santa Ana, en el centro de la ciudad, frente a una tienda de guantes y abanicos con pórtico modernista. Era una planta de losas de mármol blanco y viejo y una escalera con barandilla de madera oscura, muy ancha y recia. El profesor Mayordomo siempre iba como si acabase de excavar un yacimiento y se presentó en el programa lleno de tierra y tocado con un salacot. Aquella noche la habíamos dedicado a los indicios de lo que somos. Estaba invitado el profesor Mayordomo porque aseguraba que existía una relación entre las posibles representaciones de extraterrestres de los idolillos oculados de Los Millares, en Almería, y las figuras de las estelas de Lunigiana, en Italia. Consideraba que ambos tipos de escultura eran testimonio de una misma visita alienígena que tuvo lugar en el área mediterránea quizá hará unos siete mil años. Para demostrarlo trajo varias postales, unas compradas en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, donde salía una figura de ojos-soles hallada en Los Millares, y otras procedentes del museo del Castillo del Piagnaro, en Pontremoli, en las que se veía una estatua menhir con un peinado lo mismo que el de las Meninas de Velázquez. En la sala de maquillaje aventuró un emparentamiento etimológico entre las palabras menina y menhir, para llevarlo hasta una posible relación entre Velázquez y Uderzo, ambos como iniciados. La maquilladora, que estaba tatuada hasta el cuello, dejó a un lado la esponjita con los polvos antibrillo y le dijo al profesor Mayordomo que cuando volviera del plató le daría unas toallitas para desmaquillarse, pero que lo malo era que le quedaría en la cara el olor a Cristasol de las toallitas. A continuación añadió que de pequeña había leído algún Astérix pero que ella era más de Willy Fog.

Por su parte, el doctor Laguno, pelirrojo y barba rala, extremadamente delgado y con la camisa de cuadros abotonada hasta el cuello, contó que se mostraba muy ilusionado por explicarle al público de la televisión que había logrado descodificar las pinturas rupestres de Lascaux, en concreto las de la sala del pozo, y que se atrevía a asegurar que comprendía perfectamente lo que aquellos artistas de la prehistoria nos estaban contando allí...

—El dibujo del hombre con la cabeza de pájaro es un chamán. Y tiene el pene erecto para decirnos que está vivo. Que ha sobrevivido a todo. Tener el pene erecto es muy importante. —El doctor Laguno hablaba mirando fijamente a la cámara—. Enfrente de él hay un bisonte atravesado por una lanza y se le salen las tripas. Y bajo el chamán, un palo, una especie de amuleto con la figura de un pájaro en un extremo. Podría tratarse de una lanzadera, pues llevaban esos adornos. Pero no creo que lo sea, ni tampoco que ese pájaro represente al alma. Es un ave que va a llevarse volando al héroe envuelto en la piel de un animal, como en los cuentos de la vieja Rusia. Lo que nos cuenta esa pintura es que el bisonte ha sido eviscerado para que pudiera meterse dentro el iniciado. Se introduce en el pellejo para transformarse en animal. Transformarse es mágico. Transformarse es lo mejor que puede hacer una persona. Y luego, al salir de la piel del bisonte, el iniciado se transformará en un rinoceronte mágico, que es el animal que aparece dibujado a sus espaldas. Eso es lo que nos está contando el artista que hizo esa pintura hace dieciocho mil años. La transformación de un chamán. Pero si incluso hasta detalla cuánto tiempo tarda en conseguirlo. Está muy claro en la doble hilera de tres puntos que hay entre el rinoceronte y el chamán. Salta a la vista. Tres noches y tres días. Cada punto de arriba representa un sol y cada punto de abajo una luna. O al revés. Esto habría que investigarlo mejor.

—Así que usted, doctor Laguno, recurre a la mitología y a los cuentos populares para descifrar las pinturas rupestres —dijo Ángel.

El doctor Laguno lanzó la mirada hacia el techo del plató, un laberinto de vigas, guías, cables y focos, pero no se fijó en nada de eso sino que su vista estaba perdida en el vacío. Buscaba las palabras que iba a pronunciar. Luego entrecruzó sus manos delicadas de estudioso y las apretó con fuerza y prosiguió su explicación.

—Yo lo llamo paleoliteratura. Los cuentos de hadas contienen restos fósiles de las historias que se contaban aquellas gentes mucho antes de inventarse la escritura.

Ángel escuchó muy interesado con el índice en la mejilla, y girándose con escrupulosa cortesía sobre su silla se dirigió al otro participante.

—¿En los monumentos megalíticos también pueden encontrarse este tipo de indicios, profesor Mayordomo?

—¿Cuándo sales tú?

Mi madre nunca me lo había pedido, sino que fue a mí a quien se le ocurrió invitarla a ver un programa en directo. Nos habíamos sentado los dos

en un sofá con De Diego, y en el sofá de enfrente estaban Socorro, Paulina y el Jugador de Ajedrez, y en medio se encontraba la mesita con el café, los montaditos y la repostería con que se agasajaba a los invitados y colaboradores durante la emisión del programa. Seguíamos la entrevista por el monitor comentando las explicaciones de los dos sabios y celebrando los aciertos de nuestro jefe como si fueran goles en una final. Sonó el teléfono cuadrado que estaba junto al monitor de televisión y lo descolgó Socorro.

—Javier, es de recepción, dicen que hay una mujer que pregunta por ti. Que se llama Isis, y que sois amigos de vidas anteriores.

Fui a recibirla.

—Hay que vivir cuatro vidas para trascender este karma, y ni así. Estoy harta de tirarme toda la eternidad pasándolo mal —dijo Isis, y yo le di un abrazo a modo de bienvenida.

Esa noche llevaba en su cazadora negra una chapa de Poison Ivy de los Cramps y tenía los dedos llenos de anillos plateados. No la esperaba pero agradecí la sorpresa y la invité a pasar. Como en la sala de espera no había más asientos que aquellos dos sofás, le cedí mi plaza junto a mi madre, y le presenté a los compañeros.

—¿Tú también eres locutora? —le dijo mi madre.

Isis negó sacudiendo la cabeza. Su pelo blanco le tapó los ojos pero no alcanzó a ocultar una sonrisa de niña pequeña.

—¿Entonces a qué te dedicas?

—A sobrevivir en este planeta absurdo.

—Eso tiene que dar mucho trabajo.

—Yo trabajo mucho siempre. No sabe el trabajo que me cuesta todo lo que hago. Ahora, algún día se me reconocerá. Ya puede tocar de pies.

El Jugador de Ajedrez se levantó y se acercó al monitor para poder escuchar con más atención lo que los miembros de su academia contaban en el programa. Acercó sus mejillas coloradas a la pantalla. Isis vio aproximarse a ella la abombada barriga del Jugador de Ajedrez y preguntó si podía tomar un bocadillo de la bandeja, y eligió uno de jamón ibérico y se lo comió con avidez.

—Llevaba todo el día sin probar bocado. Yo antes comía muy bien, pero ahora las potencias del mal se han conjurado para que no coma. Hay que escapar de aquí como sea. Pero necesito ayuda, porque yo sola no tengo fuerzas para conseguirlo. Necesito un ayuda de cámara urgentemente.

—Siempre se sale. No pases pena —le dijo mi madre con complicidad entre mujeres.

—Me encantaría salir. ¿Puedo salir a la calle a fumar un cigarrillo? Siempre me sienta bien fumar después de comer —dijo Isis—. Fumar es lo que me mantiene con vida. Antes me decían que si fumaba moriría, pero estaban equivocados. Cuando uno se muere puede fumar igual.

—Te voy a decir una cosa —dijo mi madre—. Haz siempre lo que te dé la gana, porque tú eres una maga y haz lo que quieras lo harás bien pues tienes la magia.

—Yo ya no soy maga. Hace mucho tiempo que me robaron la magia.

—La magia no te la puede quitar nadie.

—Anda que no. Se pirran por ella. Siempre es lo primero que te roban. ¿No ve que es lo que más vale?

—Nadie te la podrá quitar nunca.

—Hay cosas que no las puedo encajar porque son extremadamente retorcidas y no soy capaz de resolverlas —dijo Isis, y eligió ahora un montadito de queso.

Tenía previsto volver a casa con mi madre después del programa, pero ella insistió en que me quedara con mis amigos y me pidió que la dejase en un taxi, y así regresaría sola. Le di dos billetes de veinte euros, que al principio se negó a aceptar, pero se los metí en un bolsillo del abrigo. Paramos el taxi a la puerta de la tele. Le indiqué la dirección al taxista, pero no sabía ubicarla. Cuando le expliqué cómo se iba, el taxista me contó que acababa de enterrar a su madre, y que nada más ver a la mía pensó en todas las madres del mundo que vuelven solas en taxi por la noche, y se bajó del coche y me dio un abrazo y me hizo llorar, y también lloró el taxista, y el doctor Laguno y el profesor Mayordomo, que presenciaron la escena, asimismo se abrazaron entre lágrimas, y el Jugador de Ajedrez se sonó muy fuerte con el *kleenex* que sacó de un paquetito, y De Diego dio media vuelta para que no viésemos sus lágrimas, y Ángel se enjugó los ojos con la puntita de su pañuelo de tela cuidadosamente planchado, y fue Isis quien se puso a hipar con muy grande desconsuelo.

—Arranca ya, que está empezando a llover —dijo mi madre con los ojos empañados.

Aún no había aparecido por el Ski el camarero filipino, y el señor Dimas nos atendió desde la barra para que llevásemos las cervezas y las almendritas a nuestra mesa, que era la de siempre. Ninguno de nosotros fue capaz de preguntarle si tenía noticias de Gómez. Isis pidió una lata de Coca-Cola. Socorro se quedó en la otra acera de Vía Layetana con nuestros dos invitados hasta que llegaron sus taxis, y Paulina la esperó en la puerta del bar

escribiendo por teléfono. Cuando regresó, Socorro entró con Paulina, que no dejó de chatear a toda castaña hasta que se sentó.

—Ya he quedado con Starsky y Hutch para que nos pasen mañana al otro lado —dijo Ángel—. ¿Así que tú eres Isis? Javier me ha hablado mucho de ti. Saltaremos por una brecha que mantienen estabilizada en el Poblenu. Iremos Javier, De Diego y yo.

—Os acompañaría con mucho gusto —gritó el Jugador de Ajedrez—, pero precisamente mañana salgo de viaje, voy a dar una conferencia a Salamanca, en el edificio de las Escuelas Menores, justo bajo la bóveda del cielo. ¿La habéis visto? Son unas pinturas renacentistas excepcionales, están representados los astros, los cuatro vientos, los signos zodiacales, Hércules y la serpiente... No os podéis imaginar lo mal que me sabe no poder ir con vosotros.

—Solo vamos a ir De Diego, Javier y yo. Ya está decidido.

—Yo conozco un camino mejor —dijo Isis.

Paulina reanudó su chateo telefónico.

—¿Cuántas veces has pasado al otro lado? —dijo Ángel.

—Es un camino secreto que descubrí a través de la magia. Bueno, antes fue Walt Disney quien me avisó de que existían esos agujeros. Ya sé, vosotros le conocéis también. Pero cuando quise volver a usarlos desaparecieron. Siempre pasa lo mismo, los utilizo una vez y se volatilizan. El primero lo encontré en casa de mi hermano, que en realidad es mi verdadera casa, pero hasta que no se ha ido el señor no he podido vivir en ella. Siempre tienen que triangularlo todo. Necesitan machacar a un tercero para equilibrar su vida. La tragedia es que ese camino ya no sirve. Se ha evaporado. Eso ha sucedido porque están luchando para arrebatarme la magia. Pero van muy equivocados si se creen que van a salirse con la suya. Porque soy yo quien se va a salir con la suya, que es la de ellos. Y también con la mía. La reclamación ya se la he hecho al cosmos. Pero, para conseguirlo, primero tengo que huir de aquí. Sola no puedo escapar, es muy dramático, y siento decirlo así, pero necesito que alguien me ayude. Tú lo harás, ¿verdad, Javier? Por favor, dime que me ayudarás.

—¿Qué has visto en el otro lado? —dijo Ángel.

—Me gustaría saber cómo ha podido desvanecerse ese camino, el de mi piso. No me lo explico. A veces creo que quieren volverme tarumba. Intento no deprimirme. Ahora me da miedo volver a esa maldita casa. ¿Por qué creéis que estoy aquí en un bar a estas horas de la noche? Pero, Javier, si me ayudas

y me llevas con vosotros, yo a cambio también os puedo ser de mucha ayuda. Ni os lo imagináis. Mirad, tengo un plano del otro lado.

Isis extendió sobre la mesa una hoja sucia. Se veía el dibujo de unas calles trazado a mano, con los nombres en francés. En letras grandes decía: *leçons de tournebout*. Alisó el papel con mucho cuidado y se lo pasó a Ángel.

—Teníamos previsto ir nosotros tres —dijo Ángel, y se lo devolvió a Isis sin mirarla.

—Pues si no me lleváis me vengo. Yo no pienso quedarme aquí. Ya estoy harta de que me marginen.

Paulina dejó de chatear y guardó el teléfono en el bolso.

—Disculpad, he conocido a un chico —dijo.

De Diego se rascó la perilla y preguntó con solemnidad:

—¿Agnato o prognato?

Acabé mi cerveza y como también los demás habían vaciado sus piñas le propuse a De Diego ir juntos a la barra para traer otra ronda. Cuando vio que nos levantábamos, Ángel se sumó para ayudarnos. Pero antes de llegar se detuvo, me agarró de un brazo y me habló en voz baja, con tono cariñoso:

—Javier, ¿la vas a traer con nosotros?

—Nos da cien vueltas, Ángel.

—No la conocemos de nada.

—Hace diez millones de años que la conozco. No lo sabía, pero me he dado cuenta. ¿Te has fijado bien en el plano?

—Cuatro calles de París.

—Es el París del otro lado. Vamos a ayudarla, Ángel. Quiero ayudarla.

—¿Y ese empeño?

—Salvarla es la única manera que tengo de salvarme.

***AL FIN DAN EL SALTO EN UNA NOCHE DE LLUVIA Y
ASFALTO.***

Fuimos los primeros en llegar a las fábricas vacías del Poblenu. Parecía que aquella noche la tormenta iba a destrozarse el coche de Isis, un Chrysler bien conservado. Era de color azul metálico con el techo negro. El sonido de la lluvia retumbaba sobre la chapa, y el rectángulo de sus faros daba la única luz a todo aquel sitio; pero Isis los apagó y quedó solo la canción de los Rolling Stones, «Out of Time». Es muy dulce y melancólica. Mientras los cuatro esperábamos a nuestros guías, Isis cantaba muy alto el estribillo siguiendo la música y yo hacía como que también cantaba, la verdad es que solo murmuraba, pero cuando los Stones decían *baby*, eso sí que sabía pronunciarlo. Tuve un amigo que se había tatuado la lengua de los Rolling Stones en la parte alta del culo para poder enseñarla cada vez que le daba el punto. A medida que se fueron muriendo mis amigos más locos por los Stones, fui refugiándome en los Beatles. Y a medida que los miembros de los Beatles morían y les sobrevivían los Rolling Stones al completo (Brian Jones fue antes de todo esto), me agarraba con más fuerza a los Beatles, pues comprendía que, al igual que ellos, o imitándoles a ellos, yo era más de una maldición que de un malditismo.

Esa noche Isis se había vestido toda de negro, con un corazón muy grande de tela roja cosido en el centro del suéter que abarcaba completamente su estrecha caja torácica. Aunque el coche estaba parado, no había soltado el volante, grande, pegado a su cuerpo.

Se distinguió por una acera la figura de un hombre chorreando que empujaba un carrito cargado de chatarra. Parecía anciano y tenía la frente ancha y cara de mala leche. Anduvo hasta que se metió en una de aquellas naves donde se concentran poblados de gente que vive de recoger lo que sea por los contenedores de basura. Se hacían entre ratas en esos locales cientos de personas, la mayoría llegadas de África, y allí duermen, comen, satisfacen

todas sus necesidades y almacenan el hierro, el aluminio, pedazos de bicicleta, neveras sin puertas, montones de neumáticos y recámaras que desprenden un vaho tóxico y un olor pegajoso. Se retuercen dentro laberintos de casetas hechas con conglomerado, y sus moradores levantan muros de cajas de cartón, y hay colchones mugrientos por el suelo, televisores encendidos, ventiladores que ponen en marcha en verano, cuando el calor es insoportable allí dentro. Para calentarse en invierno encienden hogueras en las que arden cartones, hojas de periódicos, papel de embalar y todo tipo de papeles recogido por quienes no tienen papeles. Las ventanas que dan al exterior son estrechos agujeros a la intemperie, boquetes abiertos en el cemento a golpe de pico, y por dentro las paredes están cubiertas de frases en árabe escritas con espray. Se extienden por el suelo, como si fueran alfombras, inacabables manchas de grasa. El sitio donde habíamos quedado era una esquina con un buzón, y supusimos que no iba a ser eso nuestra entrada. Sería lo último, que Anacleto tuviese razón.

Isis miró y le dio la vuelta al reloj de arena que llevaba en el coche, y aunque los dos mossos se retrasaban no nos impacientamos. Ángel lio un cigarrillo. Le pidió fuego a De Diego, que sacó de su chaleco de safari un zippo con un yeti grabado. Entonces se reflejó en nuestro retrovisor el brillo de unos faros. Isis volvió a encender las luces, y el coche rojo con rayas blancas de Starsky y Hutch se detuvo junto a nosotros manteniendo el motor en marcha.

—La noche ya no tiene ningún misterio —dijo Ángel—. Lo perdió cuando los franceses dejaron de llevar la luz amarilla en los faros de sus coches y renunciaron a las matrículas negras con los números blancos. Aquella luz amarilla alumbrando la pintura blanca de los árboles en las carreteras de provincias fue el último gran misterio de nuestra civilización.

Starsky y Hutch iban sentados delante. Desde atrás nos saludó Walt Disney agitando infantilmente la mano. Estaba acompañado de Liliana, su mujer, que era clavada a la mujer del verdadero Walt Disney. Aparcaron delante de nosotros, salieron del coche y se quedaron en pie resistiendo la tormenta a la espera de que también bajásemos.

—Hay que andar un poco —dijo Starsky.

Se pusieron al frente los mossos bajo la lluvia por una acera llena de charcos. Liliana y Elías les pisaban los talones cogidos del brazo y nosotros marchábamos los últimos. Se oyó a lo lejos el camión de la basura y un estruendo de contenedores. Starsky alzó una mano para que nos detuviésemos, pegó el oído a una persiana metálica, escuchó un momento y

nos miró y asintió en silencio. Llevaba empapada la chaqueta de punto blanca con cenefas negras. Golpeó suavemente con los nudillos.

—Señor Comajuán —dijo en voz baja, y repitió—: Señor Comajuán, ya estamos aquí.

—Subid la persiana —se oyó.

Era una nave vacía, y en el centro despuntaba un sillón verde de terciopelo y volutas doradas donde estaba sentado el señor Comajuán con las piernas cruzadas y un libro sobre el regazo. Iba vestido con un traje azul marino, escudo de jugador de polo y camisa blanca; en el cuello, pañuelo rosa con una aguja plateada, y llevaba una linterna grande sujeta al hombro como si fuera un loro; dejó de iluminar con ella las páginas y proyectó su luz contra nosotros, que avanzamos encandilados. Se pasó la lengua por el labio superior adoptando un gesto de ofidio y barrió la oscuridad con el haz de luz. Entre las sombras apareció y desapareció una bicicleta blanca y roja del Bicing. Otra ráfaga descubrió un sarcófago de piedra negra, que tenía el relieve de una figura humana. Y un tercer chorro de luz mostró a un búho con las alas abiertas sobre un bidón oxidado. El animal estaba disecado. Pero lo que allí había ante todo era una nave desmantelada llena de polvo y escombros. El señor Comajuán colgó la linterna en el respaldo del sillón, se sacó el cabo de un lápiz de detrás de la oreja y lo metió dentro del libro antes de cerrarlo. Y de nuevo se relamió.

—Les estaba esperando. Aquí no puede hacerse otra cosa que leer. ¿Han leído ustedes *Lingüística estructural y comunicación humana*, de Malmberg? ¡Es formidable! Un poco denso, eso sí, sobre todo cuando utiliza ecuaciones en los apartados de fonética. Total, para acabar concluyendo que hay gente que tiene la voz más grave y otra que la tiene más aguda... ¡Que existía Ian Gillan ya lo sabía yo! Deep Purple es un grupo difícil. Sacaron un directo demasiado bueno como para tenerse en consideración el resto de sus discos, me refiero sobre todo a los de estudio. Eran demasiado reales. Sin embargo, esto de Malmberg es puro estudio, altos estudios, pero estudio. Por eso su lectura voy alternándola con el *Din Dan*. Ya no sale, pero es mi cómic preferido. A mí me gustan mucho los cómics, pero no por nada en concreto sino porque son cómics, y me gustan. Lo mismo me ocurre con los libros solo de letra. Lo que más rabia me da es que me digan que lo bueno de los libros es que aportan. Ni que estuviera uno haciendo una colecta. Aportar es una de esas palabras que les pasa como a Papá Goriot, venidas a menos, objeto de la burla de palabras recién llegadas y que luego resulta que significan lo mismo. ¿Son ustedes lectores de Balzac? Era el Obélix de las letras. Qué monstruo.

Otro que se cayó en la marmita. Porque tengan en cuenta que aportar originalmente quería decir llegar a puerto, fíjense, algo notable, importante; qué sería de la historia occidental sin los puertos, desde tiempos de los fenicios... Sin embargo, ahora aportar es una palabra que sirve para que cualquier tontaina harto de palomitas dé su opinión sobre una película. Toda la clase media lleva dentro un Balzac. De ahí su éxito y su mérito. Como un Balzac se sentía, sin ir más lejos, el padre de la familia Ulises hasta que abría la boca. La vida está llena de Ulises Higuieruelos. Qué manía tiene la gente con aportar. Ahora todo el mundo pretende aportar algo y, peor aún, pretende que la vida les aporte algo. Pero para aportar hay que embarcarse. La propia palabra lo dice. Llegar a puerto. Menuda está cayendo ahí afuera, ¿verdad? En el otro lado, menos la lluvia, todo es igual que aquí. No se hagan ustedes muchas ilusiones. En la vida no merece la pena hacerse ilusiones. Está llena de ilusiones perdidas. Y si por casualidad las encuentran, siempre hay alguien que luego te las quiere cobrar. Ya verán, al otro lado Barcelona es la misma que en este. Y si les da por ir a Cracovia comprobarán que también es igual. Pero estoy hablando con ustedes tan ricamente y veo que hay una señorita a la que no me han presentado. Señora o señorita, qué más da, pues eso es algo que hoy, afortunadamente, carece de relevancia. ¿Ha escuchado usted algún disco del grupo Almanzora? Eran los que cantaban «Muñeca de ojos oscuros». No se puede decir que fuese una banda de *rock* andaluz, pero su nombre estaba impregnado de ello. Y de prehistoria, ya que el yacimiento arqueológico de Fuente Álamo, que pertenece al municipio de Almanzora, es muy notable. La verdad es que no sé por qué se desvive la gente por tener una historia, cuando ni siquiera ha vivido su prehistoria.

El señor Comajuán movió la linterna para alumbrar el rostro de Isis.

—Pues seré la única en todo el mundo que no le había visto nunca —dijo Isis.

—En efecto, usted y yo no nos conocemos. Pero no tiene importancia porque llega usted con gente de confianza.

—Son ellos quienes me acompañan a mí. Yo soy muy buena en los saltos, ya puede estar usted bien seguro.

—¿De modo que quisieran ustedes pasar al otro lado? Esa sí que es una aventura. Hasta ahora nadie de esta parte lo había hecho.

—¡No poco! Yo ya he estado y por eso me han cogido de guía —dijo Isis.

—Es verdad, que me han advertido que usted ya había pasado antes. Tenía mucho interés en conocerla.

—¿Cómo se hace? —dijo Ángel.

—Es cuestión de reflejos. Esos agujeros se abren y se cierran sin dar tiempo a reaccionar —contestó Starsky.

—¿Dónde aparecen? ¿Es posible ir a buscarlos?

—Están por todas partes. Da la impresión de que esas grietas quieren darnos caza, de que hayan decidido que vamos a ser sus presas. Van a por nosotros, y una vez que comprendes eso ya nunca dejas de verlas. Entonces es cuando uno se arma de valor y las atraviesa —dijo Hutch.

—¿Luego podremos regresar? —Ángel buscó con la mirada el lugar donde pudieran estar las grietas.

—Espero que sí —dijo el señor Comajuán—. No sé si habrán visto ustedes a Ratzinger; bueno, se llama Facundo, pero todo el mundo le dice Ratzinger. Es un chatarrero que anda por estas calles.

—Sí, ha pasado antes —dijo Isis.

—Lleva tiempo instalado aquí. Vino del otro lado y no ha querido volver. Si le han visto sabrán a quién me refiero. Fue uno de los primeros en transformarse entre nosotros y como al principio nadie sabía de qué iba eso todo el mundo empezó a agobiarle porque le confundían con el Ratzinger de verdad. Se creían que le habían descubierto. No es lo mismo descubrir que ser descubierto. Ahora no me refiero al significado, sino a la sensación. Tuvo la mala pata de sufrir la transformación cuando el papa Benedicto renunció al trono pontificio y pusieron en su lugar al papa Francisco. Ya pueden cantar misa, como Juan Pablo II no ha habido ninguno. El caso es que Facundo me contó que, en el otro lado, en el que le pertenece, para qué vamos a decir otra cosa, vivía en la plaza del Duque de Medinaceli, al lado del puerto, y venía mucho paseando en Bicing hasta aquí, el Poblenu. Como padece de la próstata, un día se metió en esta nave para orinar, pues estaba abierta y abandonada, y así fue como descubrió allí que aquí, pero de allí, había un agujero. Y de los gordos. Y como aquí le dejan en paz, se ha quedado en una de estas naves. Ahí enfrente tiene tirada la bicicleta con que llegó.

Bajo la manga le asomó al señor Comajuán el tatuaje azul de las dos serpientes entrelazadas.

—¿Todos ustedes conocen ya las grietas? —dijo.

Isis asintió en silencio y también sin decir nada Ángel escudriñó la nave.

—Si quiere que le diga la verdad, yo no las he visto nunca —dijo Ángel.

—Tú sí, Javier —dijo el señor Comajuán.

—No he visto ninguna todavía —añadió De Diego—. Bueno, quizá muchos no las hemos visto nunca, pero no se habla de otra cosa.

—¿Dónde se habla? En la tele no cuentan nada —dijo el señor Comajuán, y se relamió el labio superior.

—En las redes.

—Ah, puede ser. Eso es otro agujero. Yo empecé jugando con las grietas. Al principio creí que tenía visiones, y la verdad es que de esto nunca le he contado nada a nadie. Bueno, a nadie de este lado. Ni siquiera a mi vecina, la señora Dora, que tiene de mí una idea muy equivocada. Si no fuera porque los demás se equivocan conmigo no sé qué se hubiera hecho de mí. Qué suerte he tenido en eso. La primera vez que decidí probar con los agujeros estaba viendo la tele y cenando kimchi, col fermentada, que le tengo mucha afición desde que abrieron esa tienda de comida coreana cerca de la Teknon. Como no quería malbaratar la cena, se me ocurrió que en vez del cuenco podría lanzar allí dentro un disco de Alameda. Me refiero a ese que tiene «Aire cálido de abril». ¿Les suena la canción? Es muy pegadiza. Afortunadamente el disco desapareció por el agujero. Delante de mis propias narices. Se evaporó. Por otra parte, es una tangana porque ahora tengo que reponerlo y era una primera edición. Luego procedí como en la carrera espacial, empleando animales antes que humanos. Venían al alféizar de mi ventana unas palomas para picotear unas migas que les dejaba. Como vivo solo, me encanta tener invitados a comer. Un día se me ocurrió capturar una para probar con ella. La pillé por la cola por detrás de la bandera. ¿No les he dicho que he puesto una estelada en la ventana? Todos los vecinos hemos puesto una. Hay que hacerse oír. No es lo mismo hacerse ver que hacerse oír. Mucha gente se hace oír para no ser vista. El caso es que oí un aleteo y luego vi la sombra de la paloma del otro lado de la bandera, me acerqué a la ventana cautelosamente, me agaché y, sin darme ni siquiera yo cuenta de lo que hacía, en un gesto instintivo de cazador la atrapé por la cola, tiré de ella, la pasé por las rejas y la metí en la casa. A la noche volvieron los agujeros y mandé a la paloma al espacio ignoto. Esperé durante los días siguientes, igual que Noé en el arca, a verla regresar por cualquiera de aquellos agujeros. Qué va. Ni rastro. Arca es una palabra botón, que adquiere mil formas diferentes, que se puede usar incluso de adorno, como el arca de Noé en lo alto del monte Ararat, o que sirve para cerrar un ciclo, como ocurre con el arca de Indiana Jones en el cine de aventuras. Después probé arrojando por la grieta el canguro de la señora Dora, mi vecina, pero, eso sí, atado con una cuerda. Me lo había traído para que se lo cuidara, y a ella a su vez se lo había encasquetado su hija, que vive en una urbanización, pero la hija ya estaba harta de tenerlo de mascota porque daba saltos encima de las plantas y se las chafaba. El caso es que,

aprovechando una promoción del Imsero, la señora Dora se fue a pasar unos días al balneario Broquetas, en Caldes de Montbui. Va muy contenta cada año, y se ha hecho muy amiga de la doctora que la atiende. A la doctora también le gustan los animales y la señora Dora le cuenta muchas cosas del canguro. Por eso me confié el canguro unos días. Mientras tenía al animalito metido dentro, el agujero se detenía. O tal vez debiera decir que se mantenía. Pero, claro, lo sacaba y el cangurito no contaba nada de lo que había visto. Solo saltaba, como de costumbre. Los canguros no hablan. Una vez vi un combate de boxeo entre un canguro y Woody Allen y allí no hablaba ninguno de los dos. Así que, dado este nuevo fracaso, o éxito incompleto, determiné que había llegado el momento de encomendar la misión a un ser humano, de modo que una noche llamé a Domino's Pizza, y cuando vino el repartidor fingí un mareo e hice que me acompañase al lavabo, le empujé al agujero que esa noche se había abierto en el espejo de afeitarse, y perdí para siempre al pobre muchacho. Cometí el error de no haberlo atado antes a una cuerda. Si no, hubiese podido recuperarlo y nos habiéramos evitado todos ese terrible percance humanitario. Encima se dejó en el mueble del recibidor el audiolibro que venía escuchando, y que es *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*, de Karl Marx. Es un libro muy bueno, lo leí de joven. Al final comprendí que era yo quien debía saltar ahí dentro. Y esperé a la noche siguiente. Pero nunca más volvieron los agujeros a mi casa. Y tuve que buscarlos por otros lugares. Así empezó todo, hasta que he acabado de encargarme de las grietas en esta parte. En la otra, tengo otro cometido. A todo esto, a viajar, a pasar de un lado a otro, a sumergirme en los agujeros, me ha ayudado mucho mi antiguo oficio de buzo. Estoy muy satisfecho de haberlo ejercido tanto tiempo.

El señor Comajuán alumbró con la linterna el sarcófago de piedra.

—¿Ven eso?

—¿Es auténtico egipcio? —dijo De Diego.

—Lo parece. Es la puerta del agujero.

Nos hizo un ademán con la mano para que le siguiésemos en esa dirección. La luz de la linterna proyectó nuestras sombras agigantadas contra las columnas de cemento. La tormenta retumbaba en el interior de la nave.

—Es extraño que esta nave se encuentre deshabitada. Todas las demás están ocupadas por gente sin recursos. Es como si se hubiera corrido la voz de que aquí hay una maldición —dijo el señor Comajuán.

Ángel nos adelantó y se adentró en la oscuridad rumbo al sarcófago. Isis me cogió de la mano sin mediar palabra. Caminaba con prevención.

—¿Alguien puede alumbrar hacia aquí? —dijo Ángel.

Starsky y Hutch proyectaron sus linternas de policía y apareció sobre el sarcófago un rostro femenino esculpido en piedra. Se parecía a Paulina y mostraba una expresión serena. Los ojos grandes, abiertos, ovalados como dos peces. Las manos también las habían representado y sostenían símbolos consagrados a deidades egipcias: una columna y una especie de nudo que acompaña a los difuntos en su viaje al otro mundo.

—¿Puede abrirse? —dijo Ángel.

—Pruebe —respondió el señor Comajuán.

—Javier, tú, que tienes mucha habilidad, ¿nos ayudas, por favor? —me pidió Ángel apartándose lo suficiente como para dejarnos a Isis y a mí solos delante de ese armatoste.

—¡Igual hay una momia dentro! —dijo De Diego.

Como parecía que estaba sellada, extendí las manos sobre la figura y con los dedos tanteé los grabados y ornamentaciones hasta que al cabo de un rato di con una pieza que se movía. Se escuchó un chasquido y poco a poco el sarcófago empezó a abrirse con un ruido lúgubre. A pesar del miedo que barrió aquella nave lo mismo que una ráfaga de viento, todos acudieron corriendo y asomamos nuestras cabezas a esa tumba abierta, y vimos que dentro no había nada y sin embargo no daba la impresión de estar vacía. Era un agujero vivo lo que guardaba aquel sarcófago.

—¡Nuestra entrada! —exclamó Ángel.

—¡La salida! —repuso el señor Comajuán, y ordenó que volviéramos a cerrarla—. No se puede tener esto abierto si no se va a usar en el momento.

Intenté bajar la tapa y como se resistía empecé a apretar con las dos manos. Fue Isis la primera que manifestó entereza y determinación empujando ella con el hombro. Se nos unió De Diego con sus potentes brazos. Pero la tapa del sarcófago no cedió. Entre jadeos y voces de esfuerzo, se apuntaron los dos mossos y el matrimonio transformado, y Ángel nos animaba con palabras de aliento a la vez que yo intentaba dar con el pulsador que antes había activado por casualidad. Cuando al fin lo encontré, el sarcófago se cerró violentamente y cayó al suelo provocando un gran estruendo. El retumbar hizo caer también la linterna del sillón y nuestras piernas quedaron iluminadas junto al rostro egipcio en medio de la oscuridad.

—¿Se han hecho daño? —preguntó el señor Comajuán.

—Pero saltamos adentro ¿y qué? —dijo De Diego—. ¿Hay que andar un camino? ¿Cómo se llega al otro lado?

—Javier, no les hagas caso. Yo te voy a guiar. Yo sé cómo se va —me susurró Isis.

—Seguidnos —dijeron a la vez Starsky y Hutch.

—Vamos, Javier, vamos a abrirlo otra vez —dijo Ángel.

—¿No necesitamos nada para dar el salto? ¿Cuerdas, argollas, mosquetones? —preguntó De Diego.

El hombre transformado en Walt Disney meditó:

—Sí. Un litro y medio de agua de Lanjarón por cabeza. En los viajes siempre se pasa mucha sed.

—Detrás de ese pilar, hay un palé lleno de cajas, pero son de Fontvella —dijo el señor Comajuán.

Los otros transformados fueron a por el agua y entonces Starsky bajó la cabeza y hundió la nariz entre las manos para concentrarse. Inspiró con fuerza, alzó la vista orgulloso y abrió el sarcófago con un sencillo movimiento.

Al abrirse esta vez, retumbó afuera un trueno desgarrador y la noche pareció petrificarse para quedar convertida en una fría y dura lasca de pizarra. Las sombras crecieron y las luces se hicieron muy débiles. Los chatarreros del taller vecino empezaron a salir a la calle dando gritos de espanto. Aparecieron por todas partes todo tipo de animales: miles de escarabajos sagrados, ratas con antifaz, ardillas voladoras, lemmings asustados, lémures de ojos saltones, canguros con guantes de boxeo, dromedarios, camellos, caimanes, trozos de ñúes devorados por los cocodrilos, hipopótamos, okapis recitando diálogos de Ana Diosdado, wombats leyendo libros de Will Cuppy, tapires en celo, ornitorrincos, jerbos orejudos silbando la música de Kitaro de *La ruta de la seda*, capibaras, mirlos blancos y también mirlos negros, panteras blancas y también panteras negras con boina y chupa de cuero, onagros haciendo el burro, hienas vacías, lamias con discos dobles de Genesis, traíllas de hurones, manadas de lebreles, jaurías de lobos, chihuahuas que se habían puesto en el pecho chapas de Xavier Cugat... Se oía correr en todas direcciones a la gente de las naves que había salido despavorida y se escuchaba el arrastrar de los carritos con sus pertenencias. Y cada vez salían más personas de esos talleres y nos estremeció el miedo de sus voces. Entonces entró en la nave girando a toda velocidad, lo mismo que un demonio de Tasmania, el hombre transformado en el papa Ratzinger. Llevaba una lata de gasolina en la mano con una mecha hecha con un trapo blanco y le prendió fuego, cerrad ese puto agujero de una vez, nos gritó, y la lanzó hacia el sarcófago pero la detuvo el búho disecado, que salió volando por la fuerza del golpe. Aun así, cayó cerca de nosotros. Aquellas llamas se extendieron por el local y crecieron igual que plantas tropicales en un invernadero, y avanzaban sobre la grasa del suelo

como en un patinaje artístico. El señor Comajuán dio media vuelta, atravesó el incendio a zancadas y desapareció dejándonos a todos rodeados por las llamas. Se oía afuera el terrible vocerío de la gente mientras el fuego se propagaba por los talleres vecinos. Un tirabuzón de llamas nos iluminó junto al sarcófago. Los primeros en saltar adentro fueron el matrimonio Disney, y a continuación los dos mossos levantaron a Isis por la cintura y la ayudaron a meterse en el sarcófago, y con gestos nos animaron a Ángel, a De Diego y a mí para que nos diésemos prisa. Corriendo de estudiante detrás de los autobuses entendí que había que saber perder, que alguien que no pierde el autobús con dignidad está condenado a correr detrás de todo lo que se va, que hasta el tiempo lo va a perder haciendo el ridículo. Starsky se quedó el último, y cuando cerró la tapa sobre su cabeza nos habló con mucha calma.

—Bueno, ya estamos fuera de peligro. Si no lo tengo mal entendido, esta puerta es de las mejores. Da a un piso de la zona alta.

***LO QUE ENCUENTRAN EN EL OTRO LADO ES UN MUNDO
DERROCADO.***

En esta parte, el lavabo de la señora Dora era como el de nuestro lado, pero sin señora Dora, acaso porque la anciana aún estaba en el balneario Broquetas. Fue De Diego quien, tras dudar un instante, hizo girar el espejo por donde salimos. Starsky dijo que si lo hubiera girado en sentido contrario habríamos aparecido en el piso vecino del señor Comajuán. Fuimos saliendo todos ordenadamente pero aturridos. Anduvimos en fila cogidos como los ciegos de la pintura de Bruegel el Viejo, o como los ciegos del principio de la película *Agente 007 contra el Dr. No*, hasta que dimos con el contador de la luz y lo pusimos en marcha. A pesar de que la casa de este lado estaba amueblada del mismo modo que en el nuestro, en las fotografías de las paredes en vez de Serafín, el difunto marido de la señora Dora, lo que se veía por todas partes eran retratos autografiados de actrices y actores españoles de antes. En uno muy grande aparecía Irene López Heredia muy seria, casi daba miedo. Aunque esta actriz hizo poco cine y más teatro, la gente la recuerda por haber trabajado en *Mr. Arkadin*, de Orson Welles. Siempre que pienso en ella, que no es poco, la evoco en una película policíaca de Forqué que se llamaba *De espaldas a la puerta*, donde regentaba un *cabaret*. También daba mucho miedo ahí. A los actores, como casi todo a lo que pertenezco, los descubrí antes por la televisión que por el cine o por el teatro. Entonces mi madre había claudicado en sus poderes mágicos, los tuvo de niña huérfana de la guerra, y no los recuperó hasta que recientemente se quedó viuda y sola. Quizá la magia elija a los solitarios. Desde el principio ha sido así. Dios creó el mundo, y eso sí que es magia, porque estaba completamente solo. Lo dice la Biblia. Veía la tele con mi madre (aunque también la veía mucho solo, y acaso por ahí me venga lo de la magia, aunque sea en forma de prestidigitación), y asimilábamos juntos a las actrices y a los actores de las novelas, de *Estudio Uno...*, en función de los papeles donde los habíamos

descubierto, de las interpretaciones que nos habían hecho conscientes de que esos artistas existían. Por ejemplo, nunca llamamos por su nombre a Jaime Blanch, sino que le decíamos el amigo de Pip, pues nos dejó marcados esa actuación suya en la novela *Grandes esperanzas*. Aunque ninguno de los dos teníamos claro que se tratase realmente de él. De José María Tasso había en casa de la señora Dora dos fotografías, igualmente grandes, en ambas soplándose el flequillo. Pero la mayor de todas era la de Tomás Blanco, con aire de galán maduro de bigote y lunar, y con una dedicatoria muy afectuosa que decía «para mi adoradora Dora». Ya se había hecho de día, por lo menos en este lado, y cuando corrimos las gruesas cortinas vimos cómo las gotas de lluvia de las ventanas brillaban a la luz de la mañana.

De Diego sacó su móvil y empezó a grabar material para el reportaje. Lo llamó planos de recurso, y teléfono en mano fue fisgoneando en busca de la nevera, pues también dijo que el salto, además de sed, le había dado mucha hambre. Isis y yo nos quedamos en silencio, hombro con hombro, mirando por la ventana la nueva Barcelona. Una de las cosas que mejor se ha practicado en todo el mundo es mirar por la ventana. Contemplar en pie lo que ocurre afuera en la calle, como en una película muda, solo que en general la película muda somos nosotros, los que miramos. Jean Gabin, desde su habitación, atrincherado toda la noche con una pistola en *Le jour se lève*, o Jean Gabin también, ahora con Michèle Morgan, ella lleva un impermeable, los dos mirando por los cristales de la barraca que alberga un sórdido antro llamado Panamá, en *Le Quai des brumes*, o la pareja de novios de *Un perro andaluz*, de Dalí y Buñuel, asomados espectralmente a una ventana, pasmados ante una vida que es sueño, lo mismo que nuestra consciencia contempla nuestros sueños mientras dormimos. Todo eso de mirar por la ventana remanece de la poesía más antigua, de la que se ha escrito en la celda de un convento o de una prisión. Todo poeta lleva dentro un preso, que es el que ha escrito el romance del prisionero. Por la ventana, los poetas ven los campos a lo lejos y eso hace sentir a la vez tristeza y esperanza, y ven llegar también en la distancia a la muerte blanca y lejana. Esto se encuentra oyendo las canciones de Chicho Sánchez Ferlosio. Oír canciones, ver películas, leer libros era lo único que me llevaba a frenar el impulso de emprender una y otra vez viajes astrales. Pero todo eso no era lo suficientemente fuerte como para impedir que me metiese en esta aventura con *La noche fenomenal*. Por fin tenía la esperanza de pertenecer a algo y dejar de ser un solitario.

Fue Starsky quien supo forzar la puerta para salir del piso y nos condujo a la calle. Permanecimos junto al Dia, que seguía cerrado, aunque a su persiana

se había sentado una mendiga que miraba el móvil antes de empezar a pedir con la mano tendida.

—Bienvenidos a nuestro lado —dijo Starsky, y señaló la fachada del edificio; en la portería habían pintado con spray una K envuelta en un círculo—. Esta es la marca de los transformados rebeldes. La mayoría son músicos, pintores, literatos. Gentes de artes antiguas que ven cómo su mundo va a desaparecer para siempre. El fin de una manera de hacer, de una estirpe. Son unos puristas rabiosos. Han tomado como bandera el empeño del profesor Jordi Llovet en retitular a Kafka manteniendo la máxima lealtad al idioma original. Ya os conté. Al principio, a lo que nos pasaba la gente le decía la metamorfosis; pero este grupo, que es muy activista, ha conseguido que todo el mundo se refiriera a esto como la transformación.

De Diego se palpó la cara y nos preguntó si se había transformado, le dijimos que de momento estaba igual, pero insistió en que se notaba raro y para tranquilizarlo le pusimos el teléfono en modo selfie. Sonrió con alivio y grabó unas imágenes de la calle y de la pintada.

—Pues empecemos a trabajar ahora mismo. Vaya reportaje más guapo nos va a quedar.

Walt Disney y Liliana nos dieron su tarjeta de visita antes de despedirse, era blanca, de papel poroso y tenía grabado en relieve el castillo de Disneylandia. Cuando el matrimonio se hubo alejado unos pasos, el hombre volvió hacia nosotros para ofrecerse amablemente como nuestro guía por la ciudad, si surgía el caso, e insistió en que miraría de ayudarnos en todo momento, y volvió a irse con su mujer calle Mandri a lo lejos. Empezó a caer una llovizna como si fuera una telaraña que quisiera cazarlos. Starsky y Hutch nos pidieron que les acompañásemos a la comisaría de los mossos de la calle Marina. Fuimos en autobús y así empezamos a descubrir una ciudad de gente que se había convertido en personajes célebres. La comisaría estaba frente a un parque muy grande de tierra y había aparcada ante la puerta una hilera de furgones antidisturbios. Pero, una vez llegamos allí, pasamos de largo y continuamos andando hasta la calle de arriba, que se llama Taxdir. Luego giramos por ella hacia el barrio de Gracia, pero al cabo de pocos metros nos metimos en una extraña caseta circular de ladrillo cubierta por un voladizo a lo Mies van der Rohe. Tampoco era del todo circular, sino que le faltaba una cuña como a un queso cortado. Desde fuera, aparentaba ser la caseta de un *parking* subterráneo. Una rampa en espiral penetraba en el subsuelo. Starsky llamó a la puerta dando dos golpes, un silencio y otro golpe,

y pasado un largo rato se abrió, primero una rendija, e inmediatamente del todo. Nos zarandeó un fuerte olor a masaje para después del afeitado.

—Pasad —dijo una voz animosa.

El hombre que nos había recibido iba vestido de blanco marinero y era clavado al sobrecargo Smith de la serie *Vacaciones en el mar*. Le seguimos en silencio. Precedía nuestros pasos la vacilante luz de la linterna de petaca con la que alumbraba unas escaleras de obra que abocaban a un gran sótano. Como no había pasamanos, bajamos con miedo de resbalar en la mugre de cada peldaño y precipitarnos a la oscuridad de aquel pozo. Allí, entre el humo de los cigarrillos y bajo la luz febril de un flexo, juntaban sus cabezas los miembros de la secta de los Adoradores de Palabras, cuatro hombres y una mujer. Los cinco eran filólogos que habían ingresado en la policía llevados a ejercer ambas carreras por el impulso de poner freno al crimen social y al ortográfico. Antes de que la tormenta duradera, como aquí se había llamado al fenómeno meteorológico que acompañó a las transformaciones, lo hubiera empezado a trastocar todo, los integrantes del grupo no se reunían con más motivo que el de jugar al Scrabble y compartir lecturas; por supuesto, novela policíaca (europea, los comunistas del norte Sjöwall y Wahlöö, y el comunista del sur Vázquez Montalbán, y el postsesentayochista Jean-Patrick Manchette, y el ultraderechista A. D. G; y americana, los autores que se popularizaron aquí como guionistas de la serie *The Wire*, Richard Price, Denis Lehane y George Pelecanos, y los clásicos líricos, como Raymond Chandler y Ross Macdonald). Pero la fortuita aparición de un agujero en aquel aparcamiento junto a la comisaría atrajo la curiosidad de este grupo y sin dar parte a la cadena de mando decidieron explorarlo por su cuenta y riesgo, con el resultado de que un día quedaron transformados en la tripulación del crucero *Princesa del Pacífico*, y voluntariamente permanecieron confinados en este sótano para su estudio por los compañeros de la policía científica.

—Starsky, Hutch, esto no puede seguir así —exclamó el sobrecargo Smith, volviendo a ocupar su taburete de madera—. O bien os hacéis de la tripulación y os quedáis a vivir con nosotros o no os dejamos entrar más. Bueno, ¿y esta gente tan rara que viene con vosotros quién es?

—Los traemos del otro lado.

—¿Se han convertido en los de *La noche fenomenal*?

—Son los auténticos de allí.

Entonces uno de ellos que llevaba pantalones cortos y que se había transformado en el capitán Stubing dio un sonoro manotazo sobre la mesa con

su mano larga y flaca. Sentado con las piernas abiertas, cruzó los brazos y contempló con autoridad a sus compañeros.

—Basta de bromas, Starsky —dijo el capitán Stubing—. Te lo advertimos por última vez. El *Princesa del Pacífico* es algo muy serio. Aquí se viene a trabajar y no a pasar el rato y a traer a amigos para que nos vean.

Nos saludó con una leve sonrisa, se sacó del bolsillo un paquete de tabaco y nos lo tendió. Era una cajetilla de las de antes de que se les pusiesen las fotos de las enfermedades que puede desarrollar la gente que fuma. Cuando Sanidad emprendió esa campaña, el capitán Stubing decidió que no iba a andar con tanto mal rollo en los bolsillos, y así, cada vez que se le acababan los cigarrillos, se aplicaba a rellenar su paquete. Solo Ángel le cogió un cigarro.

—Me llamo Gabino, pero ahora me dicen Stubing, capitán Stubing, como el personaje que hacía Gavin MacLeod.

Hizo un gesto de fastidio y, sin dirigirse a nadie en particular, pidió un mechero. De Diego expandió la imagen en la pantalla del móvil para tomarle un primer plano, pero ninguno de los transformados parecía darle importancia a que les estuviésemos grabando. Se comportaban como auténticas estrellas de televisión. En la mesa redonda, sobre un cenicero de metal en forma de mosca a la que se le abrían las alas, se levantaba una montaña de humo y de colillas, y entre ellas asomaba un encendedor Bic de plástico.

—¡Píllalo! —El sobrecargo Smith lanzó el mechero al vuelo.

Había también sobre la mesa una botella de aguardiente de guindas, rodeada de cinco vasos pegajosos, y por el resto de aquella superficie se esparcía una colección de antiguas ediciones del diccionario de la lengua de la Real Academia Española. Ángel tomó la de 1914, buscó la definición de nigromancia y leyó en voz alta.

—Nigromancia: arte vano... Pues claro, como el verdadero arte. Todo arte es vanidad. ¿Tenéis todas las ediciones del diccionario de la RAE?

Al sobrecargo Smith se le iluminó la cara. Alzó la mano sosteniendo una regla de madera y emprendió con voz suave su explicación.

—Sí, tenemos la colección completa de la RAE. Cada año, mi mujer y mis hijos me regalan un diccionario para Reyes. Diccionarios de todo tipo. Menuda alegría les va a dar cuando le diga que he estado hoy con la gente de *La noche fenomenal*, la del otro lado. Aquí estamos solos, así que ahora encarnáis la resistencia. Lo último que queda. Nunca nos perdíamos un programa vuestro. Pero ¿qué os estaba diciendo?

—Hablabas de los zoos para palabras —dijo De Diego sin dejar de grabar.

—¿Zoos?

—Zoológicos. Diccionarios. Las palabras viven ahí encerradas, pero también las preservan de la extinción. Los hay de muchos tipos.

—Ah, por supuesto. Si miráis en esas estanterías veréis que, además de los de la RAE, tenemos por ejemplo el diccionario de *Autoridades*, y el etimológico abreviado de Corominas, que acaba con la palabra zuzón. Es una palabra muy bonita, mi mujer la dice mucho, y es otro nombre de la hierba cana, que es la que llena el aire de vilanos en primavera. Mi mujer es de Paredes de Escalona, de la provincia de Toledo, pero yo nací aquí, en Parets del Vallès. Hemos ido a enamorarnos de pared a pared. Cómo son las palabras. Y si te tomo la palabra, podría añadir que el Corominas, más que un zoológico, es un museo de zoología lleno de esqueletos de palabras que en vida fueron dinosaurios. También tenemos el *Tesoro* de Covarrubias, donde ya se recoge la expresión hambre canina, y el *Diccionario de dudas*, de Manuel Seco, que recomienda, sobre todo a nosotros los catalanes, utilizar prudentemente el verbo constatar, y el de Julio Casares, que se nos ha quedado como el amor de Rocío Jurado, con la sobrecubierta hecha jirones de tanto usarlo, y el de María Moliner, que lo dejamos siempre con sus dos volúmenes superpuestos igual que se cruzan los dedos para tener suerte. El María Moliner vendría a ser como uno de esos parques donde las palabras viven sueltas en estado semisalvaje; de este modo podría decirse que el María Moliner es el Río León Safari de las palabras. ¿En vuestro lado también hay un Río León Safari? Tenemos además varios diccionarios de ortotipografía de Martínez de Sousa, que ha diferenciado gráficamente las treinta y nueve partes de un libro, tantas como los treinta y nueve escalones de Alfred Hitchcock. ¿Conocéis la película?

La mujer del grupo asintió con los labios apretados. Llevaba una chaqueta azul marino de perfiles blancos, y el cuello de la camisa le cubría las solapas. Era igual que Julie, la relaciones públicas del crucero.

—¡Es maravillosa esa película! Yo me sé de memoria las escenas del mentalista. No creo que sea casualidad que un libro pueda dividirse exactamente en tantas partes como indica el título de una película de misterio. ¿Cómo se reproducen los pájaros?, ¿cuántos años tiene Mae West?, esto es lo que siempre le preguntan en esas secuencias a Mr. Memory, el mentalista de la película. Pero no me he presentado. Me llamo Julia, aunque ahora todo el mundo me dice Julie.

—Pues haces muy bien. Yo tampoco me llamo como me llamo, pero ahora soy Isis, y me va mucho mejor así. Lo más práctico que se puede hacer

cuando una fuerza superior te reclama es cambiarte el nombre, igual que los faraones. Yo todo lo que sé, que no es poco, aunque me gustaría saber muchísimo más, para qué nos vamos a engañar, lo he aprendido de Akenatón —dijo.

La relaciones públicas Julie palmoteó con dulzura sobre una silla invitando a Isis a sentarse junto a ella. Cuando Isis se puso diligentemente a su lado, Julie la tomó de la mano con afecto, y señaló hacia otro lugar donde había más libros, y le habló así:

—Mira, Isis, en el montón de esa mesa lo que hay son diccionarios de términos mineralógicos, y de voces marinas, y de locuciones alquímicas y herméticas, y los papeles grapados que se amontonan encima son vocabularios que recogen la jerga del barallete que hablan los afiladores de Orense, y el lenguaje del bron de los caldereros de Miranda, en Avilés, y la variante que emplean los tratantes de ganado en San Juan de Villapañada, en la villa de Grado, y la jerigonza del burón de los guarnicioneros de Fornela, en el Bierzo, y el lenguaje del donjuán de los cesteros de Peñamellera Baja, regada por el río Deva, deva en celta quiere decir que es relativo a los dioses, y también hemos recogido en esas libretas el habla del ergue de los canteros de Ribadesella, zona que en tiempos de los romanos era una frontera fijada por el río Sella, de ahí viene riba de Sella, y el hablar de los tamargos de Llanes, y también la xíriga de sus tejeros y canteros, y la tixileira con que se entienden los cunqueiros de Sistierna, y la habla mansolea con que se reconocen los zapateros ambulantes de Pimiango, donde el solitario faro de San Emeterio guía a los pescadores hacia tierra adentro, por la ría.

—También yo tengo un lenguaje secreto para relacionarme con el cosmos —dijo Isis.

—¿Y cuál es?

—Los juegos de palabras. He convertido los juegos de palabras en un estilo de vida.

—Yo también vivo atrapada en el mundo de las palabras —dijo Julie.

Junto a la mesa de los glosarios, un hombre de pelo dorado y gafas con montura dorada a juego tomaba notas en un cuadernillo con un lápiz tan corto que apenas podía sujetarlo entre los dedos, y de vez en cuando alzaba la mirada y la hundía en la penumbra de aquel sótano, y le daba un chupetón a la mina del lápiz, y entonces bajaba la cabeza y continuaba escribiendo. Se había transformado en el doctor Bricker, el médico del crucero.

—Starsky y compañía, si queréis aguardiente coged un vasito del tinajero y servíos. Pero antes tendréis que lavarlos, que llevan ahí esos vasos desde los

tiempos de maricastaña —dijo sin apartar la vista de su escritura—. Yo me llamo Bernat, pero ahora todo el mundo me dice doctor.

—También coged roscos si os gustan —dijo el hombre que llevaba una chaqueta corta y roja y que se había transformado en el camarero Isaac Washington. Con su ganchudo bigote pegado a una vieja guía telefónica de Salamanca, de donde iba extrayendo un listado de apellidos, era clavado al barman afroamericano de la serie—. Están muy buenos esos roscos. Los hace mi mujer. Son de vino y canela. Yo me llamo Tedy, pero me podéis decir Isaac o como queráis. Antes de esto yo no era negro; pero sí es cierto que mi padre era payés y explotó todo lo que pudo a los primeros africanos que llegaban al Maresme.

Se alzaba sobre el tinajero una pirámide de roscos puestos en un plato de porcelana blanca con volutas azules y románticas.

—Nosotros ya somos unos carcamales —prosiguió Isaac, el camarero, sin apartar el bigote del listín—. Somos unos viejos cellencos, y eso que el mundo es más viejo que nosotros, pero también sabe caminar más deprisa. Amigos..., yo ya no entiendo lo que significan las palabras. Por eso en cuanto pude pasé al otro lado, por ver si allí las palabras eran iguales que aquí.

Para desentumecerse, se revolvió su espeso pelo rizado y sacudió el cuello, y se desabrochó la pajarita de terciopelo negro que le quedó colgando sobre el pecho.

—Pues ¿te quieres creer que yo habré dicho y leído no sé cuántas veces la palabra azogue y a este paso me voy a morir con las ganas de conocer Almadén del Azogue? —dijo el sobrecargo Smith.

—Ah, las minas de mercurio. También las palabras parecen hechas de mercurio —intervino Julie—. Se parten igual, se escapan igual, están vivas igual.

Entonces Isaac alzó un brazo enfundado en su manga roja y, pareciendo sostener en la punta de los dedos el techo del sótano, anunció:

—¡Nuestra expedición ya está a punto! El día menos pensado abrimos un agujero y partimos de viaje al corazón de las palabras.

—¡Por fin! —Un destello iluminó al doctor Bricker—. Entraremos por la palabra alcántara, que en árabe quiere decir puente y no hay puente que no sea mágico, mirad por ejemplo el del juego de la oca, y así pasaremos los puentes de los pueblos de España que llevan en su nombre la voz alcántara.

—Y que, a saber, son, en la provincia de Cáceres: Herrera de Alcántara, Mata de Alcántara, Valencia de Alcántara y Santiago de Alcántara. Y San Vicente de Alcántara, en la de Badajoz. En Valencia hay una Alcántara de

Júcar, y un San Pedro de Alcántara en Málaga, donde tienen una torre romana que se comunica con la playa mediante un subterráneo —dijo el sobrecargo Smith moviendo la mano al compás de la enumeración.

—Y Alcántara, propiamente dicha, que también está en la parte de Cáceres, y cuyo puente data de los tiempos del emperador Trajano —precisó Isaac con las mejillas abultadas por el rosco que se estaba comiendo.

—Y, ya puestos, también Alcantarilla, y vemos su Semana Santa —dijo el capitán Stubing.

—Y luego viajaremos a todos los pueblos que lleven la palabra medina, que en árabe es ciudad —añadió el doctor Bricker.

Los nombres de los pueblos y de las villas desfilaron por la penumbra como un rosario de hormigas alucinadas: Medina Azahara, Medina-Sidonia, Medina del Campo, Medina de las Torres, Medina de Rioseco, Medina de Pomar, Villarejo de Medina, Villaverde de Medina, Brahojos de Medina, Casas de Medina, Laguna de Medina, Llanos de Medina, Tierra de Medina, Mariano Medina, Marisa Medina, Tico Medina...

—¡Y Medinaceli, que significa ciudad de Selim, y que es nombre de sultán otomano! —Julie impuso con voz cantarina un cambio de ritmo, y entonces la letanía tomó esa cadencia que parecía salida del juego *Un, dos tres...*, *responda otra vez*—: Esteras de Medinaceli, Romanillos de Medinaceli, Fuencaliente de Medinaceli, Urex de Medinaceli, Salinas de Medinaceli, Velilla de Medinaceli, Miño de Medinaceli.

—¡Medinilla! —Y así el sobrecargo Smith marcó otro nuevo ritmo, que prosiguió—: Medinilla de la Dehesa, Almedinilla, Almedina...

Cuando los cinco Adoradores de Palabras terminaron de corear su canto épico de pueblos y paisajes, un silencio sagrado de biblioteca quiso entrar de nuevo en aquel sótano; pero enseguida el capitán Stubing, acalorado por el aguardiente de guindas, volvió a llenar su vasito y lo alzó mostrándolo e invitándonos a todos con el mismo gesto.

—¿Brindamos?

Sobre el mueble donde guardaban los vasos y los roscos, en una foto recortada de una revista aparecía el sabio filólogo Agustín García Calvo, con su bigote blanco unido a sus patillas blancas, y vestido con muchas camisas de colores como un pájaro. Levantamos todos nuestro vaso acompañando a los Adoradores de Palabras.

—Por supuesto. Un brindis nunca se les niega a los amigos.

—¡Por San Agustín! —dijo el capitán Stubing.

—¡Y por el viaje al corazón de las palabras! —exclamaron Julie, el sobrecargo Smith, Isaac y el doctor Bricker.

—¿Aún sigue ese agujero en el *parking*? —preguntó Ángel.

—Tenemos algo mejor —dijo Hutch, e hizo una señal a los transformados en *Vacaciones en el mar* para que apartaran la mesa—. Hemos logrado contener a uno dentro de este mismo sótano.

El sobrecargo Smith se agachó para abrir una trampilla de madera y dejó pasar primero a Starsky y Hutch.

—Seguidles —nos dijo, y la tripulación del *Princesa del Pacífico* vino tras nosotros.

Bajamos en tropel a aquel segundo sótano, o trasótano, o resótano, por unas empinadas e inestables escaleras metálicas. Era un habitáculo húmedo que olía a gasolina y serrín y en cuyo interior nos apretábamos Starsky, Hutch, el capitán Stubing, el sobrecargo Smith, el doctor Bricker, la relaciones públicas Julie, Isaac el camarero, Ángel, De Diego, Isis y yo. El sobrecargo Smith proyectó contra la pared la luz de su linterna de petaca y vimos girar en aquel muro un oscuro vacío que devoraba los ladrillos de la pared.

—Hemos conseguido capturarlo. Este es uno de los pocos agujeros permanentes —dijo Hutch—. Creemos que se mantiene porque aún no ha pasado nadie por él. Una vez que son utilizados, duran poco.

El haz de luz de nuestra linterna empezó a dilatarse sobre aquella grieta como el pecado original se extiende sobre la civilización, y la brecha y la luz se arremolinaron y se pusieron a girar juntas y revueltas con ruido de lavadora vieja y, cuando parecía que íbamos a explotar todos, el torbellino se detuvo en seco.

—¡Atiza, sí que hay gente en este sitio! —exclamó De Oña asomando por el agujero sus ojos saltones y su barba de Abraham Lincoln—. Pues id haciendo sitio porque venimos unos cuantos. ¡Caramba! Pero si estáis aquí vosotros. ¡Qué suerte! Os andábamos buscando. Vengo con cuatro más del programa. No podíamos dejaros solos en esto, compañeros.

Paulina asomó la cabeza por detrás de De Oña y contempló perpleja a los transformados que nos rodeaban.

—¿Aquí sois todos cultura de la Transición? —dijo tímidamente, y a nosotros nos besó muy contenta y a De Diego le dio un gran abrazo.

—En nuestro lado ha empezado a pasar lo mismo esta mañana —añadió De Oña—. Es como un tsunami de nostalgia. La comunidad de vecinos que llevo en la avenida Roma, será por el nombre de la calle o por lo que sea, se

ha transformado entera en *Yo Claudio*, y hay una familia en La Floresta que ha aparecido clavada a los Ingalls de *La casa de la pradera*. ¿Os habéis dado cuenta de cómo las palabras condicionan a la gente?

Como iban emergiendo por el agujero los otros miembros del equipo, tuvimos que subirnos a aquellas débiles escaleras de metal para hacerles sitio. Enseguida salió Socorro con su coleta cobriza, que traía encendido un detector para medir variaciones electromagnéticas. Venía con Ro, que se había puesto una camiseta en la que se leía Ro de Roswell, New Mexico, y sostenía en la mano a modo de amuleto su libro preferido, *La historia de San Michele*. El Jugador de Ajedrez fue el último en asomar. Llegaba resoplando con las mejillas encendidas, y se había tocado con un sombrero de fieltro marrón, de peregrino, que tenía una vieira cosida. Sujetaba bajo el brazo una bolsa de la Balear.

—De Diego, ¡mira qué te traigo! —gritó el Jugador de Ajedrez—. Como te la habías dejado en el piso de Layetana, pensé que sería buena idea llevarla con nosotros pues tal vez aquí podamos averiguar si los excrementos del yeti son auténticos y compararlos con otros de su lado o a lo mejor son del nuestro. Bueno, la mierda debe ser igual en todas partes, ¿no crees?

—¡Me encanta el yeti! —dijo Isis—. Es una criatura a la que se la ha tratado muy mal, con toda la desconsideración del mundo. Le ha sucedido como a mí.

—No te imaginas la ilusión que me hace que te hayas acordado de mí para esto —dijo De Diego.

—¿Pero tú no estabas en Salamanca charlando bajo pinturas celestes? —le dijo Ángel al Jugador de Ajedrez.

—A la porra Salamanca —gritó—. Al diablo el cielo. He cancelado mi viaje. Sabedlo. Así he dado al traste con mi prestigio. Pero el prestigio está para perderlo, ¿quién dijo miedo? Que se quite el salto a la fama donde haya un buen salto a la nada.

—¿Cómo habéis llegado a este lugar? —preguntó Starsky.

—No sabría explicarlo a ciencia cierta —contestó De Oña—. Estábamos muy inquietos porque ninguno de nosotros había tenido noticias vuestras en todo el día. Esperábamos de vosotros un whatsapp, ni que fuera una pérdida, cualquier señal. Pero en este lado no debe haber cobertura. También probamos a llamar nosotros y vuestros móviles parecían muertos, y ninguno sabíamos nada de nada. Así que empezamos a preocuparnos mucho, pero mucho. Tanto, que al final nos dio cargo de conciencia haberos dejado solos. A un amigo no se le falla, y menos si se va al más allá. Por eso convocamos

en la redacción una reunión urgente. No sabéis lo que está cayendo en el otro lado. Diluviar no, lo siguiente. El caso es que retumbó un trueno de escándalo, y se abrió una grieta inmensa delante de nuestras propias narices. Oímos unas voces que parecían venir de dentro de ella. ¿Verdad que fue así, Socorro? Eran unas voces familiares. Ro dijo entonces que le parecía que estaban dando *Vacaciones en el mar* al otro lado del agujero. Y sin pretenderlo nos pusimos todos de acuerdo como telepáticamente para adentrarnos en él. Y aquí estamos todos juntos de nuevo. ¿Qué os parece?

—¿Quién queda al otro lado? —dijo Ángel indicando con un leve gesto que mirásemos hacia la pared. El agujero acababa de desaparecer. De Diego enfocó la cámara del móvil en esa dirección.

***ENTRA EN ACCIÓN LA BANDA DE LA
TRANSFORMACIÓN.***

Aquella noche acabamos Ángel, De Diego y yo, como a veces nos ocurría, tomando una copa para hablar sin decirnos nada importante, en una coctelería subterránea sepultada bajo una cafetería. Se llamaba Milano, la coctelería, no la cafetería. Esta vez se nos unió Isis, pero el resto de *La noche fenomenal* prefirió repartirse por sus bares habituales, querían averiguar si eran iguales a los de la Barcelona de la que procedíamos. Starsky y Hutch nos habían alojado a todos en unos pisos turísticos que minaban un antiguo edificio del barrio de la Barceloneta con escaleras agrietadas y pasamanos metálicos, un caserón estrecho donde ya no quedaba vivo ninguno de sus propietarios originales. Residían en la finca algunos vecinos de segunda y tercera generación, turistas de paso, grupos de estudiantes y, junto a los buzones rotos, en unos bajos que eran propiedad de un banco, había una casa de citas de asiáticas.

Durante las primeras semanas del cataclismo, aquella coctelería se había convertido en punto de encuentro de los transformados, pero cuando nosotros llegamos a este lado la mayoría de los habitantes ya habían sufrido el cambio y no necesitaban lugares de reunión propios en los que sentirse seguros. Para los pocos que aún no habían manifestado la conversión, la coctelería disponía de un surtido de caretas de famosos con el fin de que todos los clientes se encontrasen cómodos. Isis eligió sin dudarlo ni un nanosegundo la careta de David Bowie y dijo que no iba a notarse la diferencia, porque ella era David Bowie. De Diego optó por la de Chanquete, no porque hubiese sido un espectador de *Verano azul*, que también, sino porque le tenía mucha ley al actor Antonio Ferrandis; aparentando indiferencia, Ángel tomó una de Alain Delon de la época en que protagonizó *Le Samourai*, y yo me puse la de la rana Gustavo.

Allí dentro nos encontramos con la actuación de un combo de *jazz*. La vocalista era una muchacha transformada en Vera Lynn. Tenía los labios pintados de rojo y en un hombro del vestido negro se había puesto una magnolia. Interpretaba un repertorio estándar, que evocaba los bajos fondos, y mientras cantaba parecía una sombra que quisiera volver a los callejones nocturnos. Le bastaba murmurarle unas palabras al pianista para decidir la canción siguiente, y este lanzando una mirada se ponía de acuerdo con el resto de la banda. A los músicos no les hace falta hablar. El último en asentir era siempre el batería. Siempre con su mismo gesto seco de su barbilla cuadrada, el movimiento exacto de a quien no le gusta perder el tiempo. Un batería jamás debe perder el tiempo.

De Diego agitó su lumumba antes de acabarlo y pidió otro sin apartar la vista de los rincones más oscuros del local. Creíamos de un modo supersticioso que en cualquier momento en medio de la actuación iba a abrirse una de esas grietas. Tomó un sorbo por debajo de su careta de Chanquete, se secó la perilla y apartó el taburete con fastidio para acercarse más a nosotros. Decía que también en este lado las barras de los bares había que trabajárselas de pie. Luego buscó algo por todos los bolsillos del chaleco de safari, hasta que al final lo sacó de otro bolsillo, en la pernera del pantalón. Eran unas páginas arrancadas de la revista *The Veterinary Journal* donde se hablaba de las investigaciones con *Culicoides imicola*. Las extendió sobre la barra y se quedó como ausente leyendo aquel artículo a la débil luz del bar.

Desfilaba entre las mesas la sonrisa de un camarero. Era nuestro preferido siempre que veníamos aquí y le reconocimos enseguida, a pesar de que ya se había transformado, pues aun así mantenía su clasicismo de chaqueta bien llevada, su porte elegante y su destreza para servir. Una vez nos contó que era de Guatemala y que fue víctima de la dictadura de Ríos Montt; pero pudo escapar a México. Allí trabajó en los bares de los hoteles más lujosos. Ahora se ganaba la vida con una bandeja reluciente en una Barcelona sin brillo.

—Está raro, ¿verdad? —dijo Ángel—. Se ha convertido en un *crooner* de la época dorada.

De Diego dejó de leer, buscó con la vista al camarero y puso en marcha el vídeo de su móvil. Le saludamos, pero no nos reconoció con las caretas, así que nos las levantamos lo suficiente para que pudiera ver nuestras caras y agitamos los brazos de nuevo. Quizá él no sabía que nosotros no éramos los del otro lado, pero el caso es que pareció identificarnos y vino sonriente hacia donde estábamos.

—¿Qué se hizo de ustedes? ¿Están bien? ¿Estamos volviendo a recuperarnos?

De repente dejó de hablar y se quedó petrificado mirando la fotografía a toda página del ejemplar de *Culicoides imicola*. De Diego le contempló desconcertado y el camarero nos sonrió con amabilidad e hizo como si no hubiese visto nada.

—Es un mosquito muy jodido —dijo De Diego.

—Está bien —dijo el camarero.

—Es el causante de la enfermedad de la lengua azul.

—Esa no la he tenido.

—Es propia del ganado.

—Entonces estamos de suerte.

De Diego volvió al asunto.

—Un bichito repelente, ¿verdad?

Esta vez el camarero se mostró demasiado turbado para contestar.

—Bueno, no te preocupes. Ya te digo que solo afecta a las vacas y a las ovejas.

—A saber qué estarán haciendo con las ovejas. Desde que empezaron a clonarlas no han parado. Seguro que siguen haciéndolo en secreto. Pero lo que no se dice es que nosotros también somos una clonación. Alguna fuerza o algún ser tuvo que hacerlo desde alguna parte. Es mentira que nosotros seamos animales como el resto de animales. Hubo un momento en que se dio la mutación. En que debió pasar algo extraño. Ya estoy harta de este mundo donde todos nos engañan. Todo quisque les pone trampas a los demás, y siempre me toca a mí pagar los patos rotos. Porque un pato se rompe igual que puede romperse una pata. Los patos también son de Dios. Es decir, son míos. Hasta ahí podríamos llegar —dijo Isis, que no se había quitado la careta de David Bowie.

La espléndida sonrisa maya del camarero se había desvanecido tras sus labios delgados, cerrados con fuerza.

—Lo he visto. Ese mosquito lo he visto —dijo.

—¿Dónde? ¿En el campo? Bah, pero si es muy pequeño. No puede verse tan fácilmente. ¿Por qué piensas que lo has visto? —dijo De Diego.

Pero sabíamos que nos hablaba completamente en serio.

—No. El que yo vi era muy grande. Aparecía y desaparecía en mi habitación. Pasaba por un agujero. Esos mosquitos me están llevando al carajo. No es solo uno, son centenares. Los veo con mis propios ojos todas las noches cuando entro en mi casa. Están y de repente no están. Es como si no

existieran. Pero esta foto demuestra que existen, que son de verdad. Son los de ahí, los de esa revista. Igual de grandes.

—Todos estamos viendo cosas últimamente.

El camarero volvió a sonreír y recobró la compostura. De Diego le apretó el hombro con firmeza.

—Todo el mundo los ve en los dos lados. Siempre es la misma hora, al regresar a casa por las noches. Mosquitos, capibaras, armadillos, peces martillo...

—A qué lados se refiere.

—No importa. La otra noche nosotros vimos pasar un zoológico entero.

Ángel y yo asentimos. Isis bebió un sorbo de su CocaCola. De Diego soltó al camarero.

—Está bien. Pero yo creo que me transformé en el de en medio de los Panchos cuando asomé la cabeza a uno de aquellos agujeros y me picó ese mosquito —dijo el camarero.

—Los animales no tienen la culpa, son los agujeros —dijo Ángel.

—Ahora me dejan cantar «Rayito de Luna» de vez en cuando, en los descansos de los grupos. Si se esperan, hoy se la dedico a ustedes. ¿Les gusta más el bolero mexicano o el bolero cubano?

El camarero desapareció para atender una mesa donde le llamaban y el combo emprendió una balada. La magnolia blanca de la cantante siguió la ese de su silueta como un sendero exótico.

—Esto es lo que se entiende por lugar civilizado —dijo Ángel.

Cuando terminó la actuación, la cantante vino hacia la barra mientras sus compañeros recogían los instrumentos. Al acercarse, De Diego le dijo que le había gustado mucho el bolo y le pidió una pequeña entrevista para la cámara del teléfono; pero ella le miró con desconfianza y buscó un sitio apartado. Enseguida llegó el batería, un tipo muy flaco de dos metros de altura. Corte de pelo a navaja, tupé pequeño y cogote desnudo. Iba en mangas de camisa. Blanca, almidonada. Llevaba una corbata de terciopelo verde y unas gafas grandes. Su cara era una réplica de la de Buddy Holly. Pero también podía haber sido la suya de toda la vida. Habló con Vera Lynn y miró a De Diego, que se puso a repasar el artículo de la revista. Pero entonces el batería se crujió los nudillos y se dirigió hacia nosotros. De Diego dobló las páginas cuando aquel hombre se sentó en el taburete que había a su lado.

—Vosotros habéis venido del otro lado, ¿no es cierto?

—¿Tanto se nos nota? —dijo De Diego detrás de su careta de Chanquete.

Desde su rincón en la barra, la cantante se miraba en un espejito plateado que llevaba pegada la imagen de un escarabajo egipcio.

—Miranda me ha pedido que hable con vosotros —dijo, y señaló con el pulgar hacia la chica, que no apartó la vista de su espejo—. Os esperábamos de un momento a otro. Yo me llamo Russo, con dos eses. Sí, estábamos deseando que sucediera esto. Que llegara alguien del otro lado. Pero ¿quién iba a decirnos que fueseis precisamente vosotros, los de *La noche fenomenal*? Lo de aquí ha sido una escabechina. Toda Barcelona ha caído de cuatro patas en la transformación. ¿Lo habéis visto? Parece que la gente se tire de cabeza por esos malditos agujeros.

—¿Cómo nos habéis reconocido? —dijo De Diego quitándose la máscara de Chanquete.

—No es necesario que os quitéis la careta. Todo el mundo sabe quiénes sois. A estas alturas de la noche, se habrá enterado media ciudad. En este lado, hasta los de vuestro programa se han transformado. Y eso que en teoría sois los expertos en la materia. Bueno, la inmunidad no existe. Aquí, cada vez queda menos gente como antes. Miranda dice que nosotros, los del grupo, ya nacimos cambiados. No hay más que ver nuestras pintas desde chavales. Pero daos prisa, tenemos que llevaros a donde está pasando todo.

—¿A qué grupo te refieres? ¿A vuestro combo de música? —dijo Ángel.

—Venid esta noche con nosotros. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿adónde vamos? —replicó De Diego.

—Se han instalado en San Adrián del Besós. Eso está pasado el río Besós.

—San Adrián no está pasado el río, por lo menos en nuestro lado —dijo—. Está en las dos orillas. Lo sabe todo el mundo. San Adrián es como la gran muralla china. Se lo ve desde todas partes de Barcelona, desde el avión al llegar. Es el sitio de las tres chimeneas.

—El tres es un número prudente —dijo Ángel.

—Allí es adonde vamos —siguió Russo—. A ver a ese tipo. La gente cree que él y su ayudante están chiflados, dicen que es un zumbado, y no le toman en serio. Pero está en el secreto. Lo sabe todo sobre la ola de insomnio, sobre las visiones de monstruos, sobre los agujeros semovientes. Lo sabe todo sobre lo que está ocurriendo.

—Ajá —dijo Ángel.

—¿Quién es ese hombre? —dijo De Diego.

—Un tipo misterioso. Una especie de inventor. Le llaman el señor Comajuán. ¿En vuestro lado no le conocéis? Aquí se ha hecho muy famoso a raíz de las transformaciones. Las primeras semanas le hacían caso en la tele,

en la radio... Pero luego la comunidad científica dijo que todo lo que contaba era delirante. Que estaba como una regadera. Y desapareció completamente de la vida pública. Pero se le puede ver en internet. No para de colgar vídeos y asegura que es capaz de crear vida a partir del hierro. Y realmente puede que sea posible. Quién sabe si el origen de la vida en nuestro planeta fue así.

—Ya lo puedes bien decir —dijo Isis—. Pero hierro como en las lentejas, no como en Iron Man; porque él, de hierro, solo tenía el traje. Y sin embargo yo me parezco mucho a Iron Man porque también me sale una gran energía de dentro del pecho. Donde él tiene el foco de luz, yo desprendo amor.

—El señor Comajuán vive obsesionado con las fumarolas, las chimeneas submarinas. ¿Sabéis lo que son? —dijo Russo.

De Diego asintió y el batería continuó hablando.

—Son una especie de chimeneas que se forman en el suelo marino, en las regiones abisales. Irrumpen por donde la corteza terrestre está más frágil y la abren empujada por el magma subterráneo. Las chimeneas se crean por la acumulación de sulfuros metálicos. En cierto modo, quiero decir, en su aspecto, recuerdan a las estalagmitas de las cuevas.

Isis dio otro sorbo a su Coca-Cola.

—Adoro las estalactitas. Y también las estalagmitas. Cada una en la medida en que le corresponde. Ahora en política han empezado a hablar de los de arriba y los de abajo en vez de derecha e izquierda. Esto muestra que hemos vuelto a la cueva.

—El señor Comajuán quiere producir vida a partir del hierro y se ha inspirado en las fumarolas del fondo del mar.

—Están en las fallas submarinas —dijo De Diego.

—Exactamente. En el Caribe encontraron una fumarola a cinco mil metros de profundidad. Pero las hay en todos los océanos. Se hacen muy altas, algunas pueden alcanzar hasta sesenta metros de altura, lo mismo que la estatua de Colón de las Ramblas. Van creciendo hasta que se derrumban y el manantial sobre el que se han formado se tapa. Aparecen y desaparecen igual que los agujeros que nos persiguen. A una chimenea del Pacífico, que alcanzó los cuarenta metros de altura, el departamento que lo estudiaba le puso el nombre de Godzilla. Pero esa ya se cayó. Hay que ver, llamarla Godzilla. Los americanos son muy divertidos poniendo nombres. En el espacio exterior hay asteroides que se llaman Elvis, Sinatra, Gershwin...

—Es normal que se derrumben. El mundo también se derrumbó hace millones de años y nadie ha hecho nada por remediarlo. Por eso estamos como estamos —dijo Isis.

—Bueno, tenemos todo el futuro por delante para arreglarlo —dije.

—No, tenemos todo el futuro por detrás, porque en el futuro podremos retroceder en el tiempo —dijo Isis.

—Resulta que esas chimeneas submarinas expulsan gases, metales, sobre todo sulfuros de hierro, y agua hirviendo a más de cuatrocientos grados de temperatura —continuó Russo—. Como todo eso sale acompañado de penachos de un humo negruzco, las llaman fumarolas negras. Esos chorros pueden alcanzar un kilómetro de altura. En teoría, en un sitio así la vida resultaría imposible. Y sin embargo se da la vida. Y encima se trata de especies con un linaje que se remonta más allá del Cretácico, la era de los primeros dinosaurios. El hecho de que se encuentre vida cuya ascendencia se retrotrae tanto en el tiempo ha conducido a algunos investigadores a pensar que la vida en el planeta pudo originarse en un manantial termal del fondo marino. Que fue en el interior de una de esas chimeneas donde se sintetizaron los primeros aminoácidos, y que luego, cuando salieron despedidos por ellas al océano, algunas moléculas se quedaron en la roca de la chimenea, y allí se enfriaron, se acumularon y evolucionaron hacia los primeros polímeros hasta convertirse en las primeras células.

—¿El señor Comajuán es uno de esos científicos? —dijo Ángel.

—Es una especie de científico, ya digo. Es autodidacta. Por eso lo han excluido. La comunidad científica es una secta como otra cualquiera. En realidad, el señor Comajuán es un alquimista como lo fue Fulcanelli, como Canseliet... Está fascinado, qué digo, poseído, por la hipótesis de que a partir del sulfuro de hierro que se encuentra en esas fumarolas pudiera organizarse la vida en el planeta. Lo orgánico naciendo de lo inorgánico. Pura unión de los contrarios. *Mysterium coniunctionis*. La naturaleza como la gran alquimista. Pero lo fascinante del señor Comajuán es que se ha instalado en las chimeneas de la central abandonada que hay en la playa de San Adrián. Sí, Javier, en tus tres chimeneas.

—Puedes sentirte bien orgulloso de eso. ¡Son preciosas! —dijo Isis.

—Eso nos parece a los pobres —dije.

—Pues bien —dijo Russo—, el señor Comajuán está convencido de que en realidad las chimeneas de la central eléctrica son una réplica a plena luz del día de las chimeneas submarinas. De que se trata de una conspiración por todo lo alto. Y digo por todo lo alto en el sentido literal de la expresión, pues cada una de las tres chimeneas tiene cerca de doscientos metros de altura. El señor Comajuán cree que lo que nos ocurre últimamente, el insomnio, las

visiones, los agujeros..., está relacionado con posibles experimentos que se han realizado secretamente en esas instalaciones.

—¿Tú habías oído algo de eso, Javier? —dijo Ángel.

—Aspiraban a ser la Sagrada Familia de la clase obrera, pero ahora son las ruinas de Palmira.

Pensé que ya no me gustaban, que se las habían cargado vaciándolas, llevándose todo el metal, toda su maquinaria y dejando tan solo el fantasma de lo que fueron. Me hubiera encantado hacerlas desaparecer para siempre en un truco como hace con los aviones David Copperfield, el ilusionista, no el personaje de Dickens. Pero también quería que se quedasen. Hasta cuando estaban en funcionamiento y causaban la lluvia ácida eran nuestras, de la gente que las veía. La lluvia ácida era atroz, se cargaba los edificios, la ropa tendida, la chapa de los coches, qué decir de la gente que vivía allí; pero tenía un vecino pasado de canutos, y de bichos, que estaba muy contento porque decía que esa lluvia nos hacía más alemanes, que nos acercaba a Petra Kelly, la líder de los verdes, a la que adoraba. Cuando cerraron la térmica, aquellas chimeneas se hicieron más nuestras que nunca, lo mismo que los muertos pertenecen más a los vivos que incluso los otros vivos. Era nuestro lo que nadie quería y acaso porque nadie lo quería parecía que nunca iban a quitárnoslo. Pero si un pobre tiene algo que le identifica, tarde temprano se lo van a quitar.

—¡Vamos allá! —dijo Ángel.

—¡Vayamos! —dijo Isis.

—¡Vámonos! —dijo De Diego.

Nos arrancamos las caretas y Ángel y yo saltamos de nuestros taburetes. Cogí a Isis de la mano para huir juntos antes de que el tiempo nos alcanzase. El batería continuó su explicación mientras salíamos a toda pastilla de aquel sótano.

—Ya acabarás de contárnoslo más tarde, Russo. No hay tiempo que perder —dijo Ángel.

—Creo que sería más conveniente admitir que el tiempo se ha perdido, vete tú a saber por dónde, porque yo nunca lo encuentro por ninguna parte —dijo Isis.

—El señor Comajuán es de los pocos que no se han transformado. Parece ajeno a todo esto —dijo Russo.

Seguimos al galope a Russo hasta el *parking* subterráneo de plaza Cataluña. A un lado de la plaza se había instalado en tiendas de campaña la protesta de los sin techo. Frente a ellos, el edificio de El Corte Inglés era un

búnker ciego en primera línea de la lucha de clases. Pero nadie hacía caso a nada de esto, porque todo el mundo vivía con la obsesión de las transformaciones. Un mantero que iba con su fardo al hombro nos gritó que no corriéramos, que no había escapatoria.

¿QUIÉN DIJO QUE ERAN FEAS PORQUE FUESEN CHIMENEAS?

Esa noche solo se oía el batir de las olas en aquella especie de cementerio posindustrial a orillas del mar, donde en vez de lápidas se alzaban pequeñas pirámides de hormigón a modo de rompeolas. Russo nos dijo que le siguiéramos en silencio y para alumbrarnos nos dio a cada uno una espada de luz de *La guerra de las galaxias* que sacó del maletero, y bajo su brillo nuestros pies se hundían entre la arena. Pasamos junto a una tapia donde se sucedían grafitis con dibujos de cerdos que pedían perdón, de calaveras sonrientes. Sobre nuestras cabezas se alzaban inacabablemente las tres chimeneas lo mismo que tres colosos de Rodas, igual que una enésima maravilla del mundo a punto de olvidarse. Permanecimos inmóviles al pie de aquellas torres que podían verse desde toda Barcelona. Desde todas las Barcelonas.

Russo miró a su alrededor para orientarse y con su espada láser apuntó en dirección a las placas solares de la plaza del Fòrum. La ciudad, Barcelona, estaba allí a lo lejos. Reanudamos la marcha y rodeamos la térmica en busca de una entrada. Tras nosotros quedó el cartel de «No bañarse. Peligro de muerte». En medio de la oscuridad parecía que todo se hubiera transformado en un agujero vivo, de donde solo salíamos para darnos de bruces una y otra vez con aquel edificio fantasmagórico. Pero esa mole era únicamente una carcasa de hormigón, cemento vacío, y a través de sus tripas abiertas podía verse el mundo, los pueblos lejanos del Maresme, como aparecen a lo lejos las ciudades tras las ventanas en las antiguas pinturas. A nuestras espaldas las olas entonaban su canción de cuna y lamían las rocas.

Dejamos la orilla del mar, y siguiendo a Russo recorrimos entre murmullos un pasaje junto a unas pistas de tenis, y también junto al solar vacío de la antigua fábrica de pintura, que había ido cambiando de nombre con el tiempo. Se llamó Sherwin Williams, Procolor, Akzo... El camino

estaba cortado por las vías del tren, pero antes de llegar giramos por una carretera con el asfalto agrietado y una estrecha acera a un lado y, al otro lado, matas secas y la valla metálica que puso la Renfe para que la gente no pasase por la vía pero que los ladrones de chatarra se habían llevado. A la orilla de los raíles había crecido un vertedero clandestino de todo tipo de escombros y basuras donde anidaban las ratas. En la verja de la térmica, sobre la puerta, se leía el viejo nombre de la empresa, FECSA, forjado con una tipografía de principios del siglo xx. Russo agarró los barrotes y los zarandó. No se abrió. Insistió. Se sacudió las palmas de las manos en los pantalones y trepó por las rejas.

—Esperad aquí —dijo, y bajó por el otro lado y recorrió aprisa una explanada de tierra donde dormía la maquinaria de demolición y se extendía entre sombras una hilera de camionetas con los volquetes llenos de cascotes. Al poco, regresó en compañía del luchador manco, que llevaba colgando la manga blanda de su abrigo como una chimenea inútil. Russo esperó tras él, y el luchador manco mostró una gran llave dorada con la que nos abrió. Nos sonrió sin decirnos nada. Los seguimos a ambos hasta un módulo, allí Felipe empujó una puertecita y agachándonos pasamos a una sala oscura con pinta de laboratorio. El luchador manco buscó a tientas un interruptor y en el techo se encendió un plafón de plástico.

—Aquí los tiene, señor Comajuán.

El luchador manco nos señaló con una novela de kiosco que se había sacado del bolsillo. Era un título del Oeste de Carl Malone. El señor Comajuán, cubierto con una bata blanca, sostenía su pistola de culata negra y cañón dorado. La luz del plafón se puso a temblar y se fundió uno de los fluorescentes. Russo alzó los brazos como rindiéndose y tocó el techo con las manos. Le salió una mueca de resignación.

—Venga, señor Comajuán. Si ya nos conocemos todos.

—Tú, ¡deja de grabar! ¡Que apagues la cámara, te he dicho! —le gritó el señor Comajuán a De Diego, y le golpeó en la mano con el cañón de su arma y le tiró al suelo el teléfono. De Diego se apresuró a recogerlo y se lo guardó en un bolsillo de su chaleco de safari.

—¡Ponle la tapa! —insistió—. ¡Aquí no se graba! ¿Por qué habéis venido aquí?

—Han venido precisamente para esto, señor Comajuán. Para hacer un reportaje que van a dar en el otro lado. Allí tienen que saber lo que nos está pasando —dijo Russo.

—¿Por qué?

—Es la única manera de ayudarnos.

—¿Quiénes van a ayudarnos?

—Los de *La noche fenomenal*. Los de la otra, quiero decir, estos, señor Comajuán.

—Ya los conozco bien.

El señor Comajuán se guardó el revólver en un bolsillo de la bata, resopló y se secó la frente con una manga. Se pasó la lengua por el labio superior y sonrió amistosamente.

—Surgen de aquí. De esta fábrica. De las torres. Se originan en este sitio los dichosos agujeros. En el otro lado no ocurre. Es solo en este. Ahí está el detalle. Agujero es una palabra refugiada, ha tenido que huir de su significado y ahora está en otra parte diciéndole otra cosa diferente al mundo, pero lo que ahora significa se ha vuelto aún más trascendente que su condición primera. Agujero al principio era el sitio donde se guardaban las agujas, pero con el tiempo ha pasado a designar cualquier tipo de hueco, hasta que hemos llegado a estos agujeros vivos. Fue en este maldito lugar donde los agujeros cobraron vida por primera vez. Las cosas de tanto nombrarlas acaban existiendo. Todo tiende a existir por sí mismo. Hasta lo inerte lo intenta. En eso consiste la vida. Sucedió con los agujeros que dejaron en las torres y también ocurre con las palabras. Yo soy de palabras, de hablar mucho porque creo en la vida, pero también soy de hacer poco porque vivir me da mucho miedo. Por supuesto que podéis grabar todo lo que queráis, para eso estáis aquí; pero cuando yo os lo diga. Ya podéis empezar. Una pregunta previa, ¿habéis decidido qué música le vais a poner al reportaje? Yo, si no es mucho entrometerme, empezaría con algún tema de Guadalquivir y acabaría con la canción «Desnuda la mañana», de Triana. Cuando esa canción dice qué es lo que pasa, qué pasará en mí, que me siento perdido en esta noche de la que quiero salir, se condensa todo lo que nos está ocurriendo y lo que nos ha ocurrido siempre.

—Dentro de mí no pasa nada, a mí me pasa todo con los demás. Conmigo me llevo muy bien —dijo Isis.

De Diego sacó el teléfono y se puso a grabar de nuevo. El señor Comajuán se escupió en las manos, se las pasó por el cabello para alisárselo y se dirigió a la cámara. Empezó con una visita guiada por aquellas instalaciones y con un gesto de la mano nos pidió que le siguiéramos, y nos condujo fuera de la térmica. Corría viento frío en la playa. Nos detuvimos junto a unas barcas de pescadores que yacían destrozadas boca abajo. Isis se subió a una, se sentó en la quilla y se quedó pensativa con las manos

apretadas entre las rodillas. Entonces dio un respingo y señaló nerviosa hacia el mar. Estaba emergiendo del agua una superficie esférica. Al principio parecía que era una boya zarandeada por el oleaje, pero luego vimos que se dirigía hacia la orilla, hacia nosotros, hasta que en vez de una boya descubrimos que era Batlló, el librero, asomando la cabeza por la superficie del agua. También él nos reconoció a nosotros y se puso a agitar los brazos muy contento.

—Ángel, menos mal que estáis aquí —dijo con su acento mezcla de catalán y sevillano—. No sabéis lo confuso que me encontraba.

—Una vez que estaba muy confusa me apunté a estudiar órgano para organizarme —dijo Isis.

Batlló se sentó dificultosamente en el suelo para quitarse los zapatos empapados y los arrojó sobre la arena. Se reincorporó y descalzo continuó hablando.

—Estaba desorientado pues resulta que yendo al río he venido a dar al mar, que es el morir, aunque afortunadamente creo que esto último no ha sucedido. Vamos, eso parece. Hace un rato, es un decir porque no sé el tiempo que ha transcurrido, me había puesto a abrir agujeros donde las torres de la línea de alta tensión, en la desembocadura del río Besós. Cavaba con un ímpetu impropio de mi edad y de mi condición de editor en el olvido, y como me esforzaba en que fuesen profundos los hoyos donde iba a enterrar esos libros, cada vez me faltaba más el resuello. Entonces me vino como un mareo. Y ya no puedo contaros nada más. Estamos rodeados de agujeros por todas partes. Vivimos en un país lleno de fosas. El caso es que acabo de despertarme buceando, yo, que ni alcanzo a saber nadar, que es una forma ampliada de no saber nada. También es cierto que resulta agradable el sabor salado del mar. Y, bueno, he empezado a andar por ahí debajo hasta que he salido del agua. ¿Y vosotros qué hacéis aquí? Anda, estamos al lado de las tres chimeneas. Tampoco me ha llevado muy lejos la marea.

—Lo cual confirma mi teoría. Los agujeros cobran vida.

De Diego dejó de enfocar con el teléfono a Batlló para dirigirlo hacia el señor Comajuán, que acababa de hablar.

—Nosotros somos del otro lado —dijo Isis con una enorme sonrisa a modo de presentación.

—Ah, pues muy bienvenidos. Y qué ¿os gusta esto? El mismo mar de todos los veranos. Mira, me ha salido un endecasílabo. Pero, bueno, decidme, entonces, ¿estáis aquí por trabajo o venís de turismo? —dijo Batlló, y rio secamente—. ¿Qué os ha traído aquí?

—El afán de conocimiento —dijo De Diego.

—Aquí no hay mucho que conocer. Aquí ha sido como en todas partes: el hombre primitivo, los egipcios, la Edad Media... y para de contar. Os diría que desde la Edad Media poco se ha visto nuevo. ¿Habéis leído la poesía de Rutebeuf?

Batló se quitó el anorak y lo dejó caer empapado junto a sus grandes pies, y se quedó con una camiseta blanca de manga corta que llevaba impreso en mayúsculas: He perdido la fe, pero no las erratas. De Diego le ofreció su chaleco de safari para que se abrigara y Batlló se secó los pies con él.

—¿Por qué enterrabas libros? —dijo Ángel.

—Esto se acaba. Por lo menos en este lado. Hay que salvar los libros. Es lo mejor que hemos inventado en toda nuestra historia. El libro es un invento perfecto que no puede mejorarse. Lo mismo que el botón. El libro es lo mejor que hemos dado de nosotros mismos. Muchas gracias —le dijo Batlló a De Diego, y le devolvió su chaleco.

—Vamos —dijo el señor Comajuán—. Voy a cerrar para siempre los agujeros. Sé cómo hacerlo. Con lo que tenéis grabado podréis contar toda la historia. Volved ya al otro lado antes de que los chape y sea demasiado tarde. Chapar es una palabra petróleo. Esas son palabras que se forman en el carbonífero de la juventud.

—Quiero quedarme aquí un ratito más —dijo Isis.

—¿Aquí significa en este sitio o en este lado? Aquí es una palabra pulga, ya saben —dijo el señor Comajuán, y se relamió el labio como una serpiente.

—Aquí no significa nada hasta que llego yo. Eso siempre es así. Y me refiero dentro de las torres. No me iré hasta que comprenda todo lo que ocurre. Está empezando a dolerme mucho la cabeza. Mejor que no me ponga nerviosa. Tengo que ir a las chimeneas ya, disculpadme si acaso.

Isis se dirigió hacia la térmica con pasos regulares sin manifestar ni prisa ni demora y el señor Comajuán y el luchador manco la siguieron. Batlló no hizo caso a la decisión de Isis y se puso a andar en sentido opuesto rumbo a la estación de Cercanías. Ángel y De Diego lo siguieron en silencio. Tomé el camino de Isis y corrí para darle alcance. Amanecía y un sol frío asomaba por detrás del hueco de las torres.

—¿Te vienes con nosotros? —me dijo el señor Comajuán, y volvió de nuevo la cabeza al frente y con la mano me indicó que los siguiera.

—Javier, tienes que ayudarme a trascender estas torres —dijo Isis juntando los brazos sobre su corazón cosido en el pecho—. Es aquí donde vamos a romper el karma.

—¿Cómo se hace eso?

—No te preocupes. Todo va a salir bien.

—He leído miles de libros, he visto durante días seguidos Canal Historia sin parar, y puedo garantizaros que en todo el decurso de la humanidad nunca nada ha salido bien —intervino el luchador manco.

—Yo antes leía mucha ficción, pero me desaficioné. Qué fatiga. Me duele cada vez más la cabeza —dijo Isis—. ¿Podemos parar un momento? Necesito recuperar fuerzas. Me siento muy cansada. Estoy cansada de luchar contra ese enemigo que se alimenta del dolor.

—Mirad, ahora mismo el sol queda perfectamente encuadrado entre los huecos de las tres chimeneas. Pasa la luz a través de ellos como entre los megalitos de Stonehenge, como en las pirámides de Egipto. La gente de la antigüedad se regía por los astros. Todo eso nosotros lo hemos perdido. Pero al parecer quien construyó las torres lo tuvo bien en cuenta —dijo el señor Comajuán.

Isis asintió y contempló solemnemente el fenómeno.

Llegamos a la térmica y subimos a lo alto de las torres por una vertiginosa escalera exterior. Como el luchador manco dijo que era el más ágil trepando, se colocó a la cabeza del grupo. Se había puesto un garfio en el muñón y su chasquido seco al engancharse en aquellos travesaños retumbaba en el aire una y otra vez. El viento fuerte de allí arriba sacudía los faldones de su abrigo como una bandera hecha jirones. Isis y yo íbamos tras él, y el señor Comajuán nos siguió a la cola. Le oíamos a nuestra espalda hablarnos en voz alta para infundirnos calma. Miré varias veces hacia abajo y en cada ocasión me prometí no volver a hacerlo. Pero, si miraba hacia arriba, me parecía ver temblar a Isis; aunque ella no decía nada. Era muy orgullosa con sus sentimientos. Resultó interminable el ascenso hasta la plataforma circular que coronaba nuestra chimenea. Cuando llegamos, Isis sonrió aliviada y lo primero que dijo fue que se le había ido el dolor de cabeza. Se aferró a la barandilla y miró hacia el mar. Junto a nosotros descubrimos un nido de halcón peregrino. Estaba vacío pero no abandonado. Isis se agachó y lo miró dulcemente. Se besó las yemas de los dedos y las pasó con mucho cuidado por el borde del nido. Con dos piedras y un palo estos halcones se hacen su nido. El señor Comajuán abrió una portezuela de acero. De espaldas, nos hizo el gesto de que le siguiéramos.

—¡Luz, Felipe! —ordenó el señor Comajuán.

Se encendió un fluorescente que parecía sufrir un ataque de nervios, pero enseguida se calmó y la luz se mantuvo firme. Solo se escuchaba en aquel

habitáculo el zumbido de los cebadores. Encima de una mesa había una pequeña radio de pilas con la antena extendida.

—Felipe, busca una emisora que ponga solo música, por favor.

El luchador manco se quitó el garfio y manipuló el aparato con su única mano.

—A ver si encuentras una que esté poniendo *rock* andaluz. Escuchado a esta altura es fascinante. Cuando llegué a España, se llamaba a lo de Tangerine Dream música planeadora. Pero la gente la usaba para todo lo contrario, para escucharla estirados en el suelo o en la cama. Planeadora... Estar horizontal es estar plano, pero no es planear. La gente no tiene cuidado con las palabras. Cai, Imán Califato Independiente..., eso sí que es música de altura. Para eso hemos subido aquí, para escuchar *rock* con raíces.

—Lo vamos a tener difícil, señor Comajuán. En la radio hace tiempo que no ponen esos grupos —dijo el luchador manco.

—Lo sé. Déjalo ahí, que es muy bonito lo que está sonando.

—Parece música antigua —dijo el luchador manco.

—Son madrigales. Seguro que es Radio Clásica —dijo el señor Comajuán.

El locutor habló del Renacimiento español e hizo referencia a Mateo Flecha y Antonio de Cabezón, el organista ciego de las cortes de Carlos V y Felipe II.

—Aquí pilla todo el mundo menos yo —dijo Isis—. Al final hasta va a acabar pillando el madrigalista del Clot, que no es que no se lo merezca, pero todos tenemos derecho, que somos todos de Dios.

—¿Por qué hemos subido aquí? —le pregunté al señor Comajuán.

—El agujero madre está en esta habitación. Felipe, apaga por favor.

—¿La luz o la música?

—Las dos cosas.

Nos quedamos a oscuras y se oyó un golpe metálico, acaso el abrirse de una compuerta, y un torbellino brillante empezó a girar ante nosotros. Isis me cogió de la mano con fuerza y nos quedamos protegiéndonos mutuamente.

—Solo hay una manera de que desaparezca este remolino. Demoliendo las chimeneas —dijo la voz del señor Comajuán.

Tuve el impulso de arrojarme de cabeza a eso, pero pensé que la mano firme de Isis me contenía.

—Salta conmigo, Javier. Imagínate que es una elipsis, un salto en el tiempo —me dijo ella, y tiró de mí hacia la espiral luminosa.

Allí dentro no sentí miedo, ni siquiera asombro, quizá impaciencia, y lo único que notaba eran los labios de Isis en mi oído diciéndome Javier ya llegamos, aguanta que ya llegamos. Pero no había nada que aguantar, porque pareció haber pasado todo en menos que vivido. Comprendí que los dos habíamos cerrado los ojos en el viaje, pues yo los abrí primero y vi a Isis abrir los suyos. Nos encontrábamos en una acera de una ciudad de grandes piedras grises y cielo gris. Llovía a mares y en el extremo de la acera se erguía una vieja torre de ocho lados, cada uno con un blasón, y sobre ella se alzaba una columna culminada por la figura de un unicornio blanco con el cuerno dorado, que a su vez sostenía en alto un estandarte con la bandera de la cruz de San Andrés. A lo lejos, me pareció distinguir el rumor de una canción de guerra que había escuchado muchas veces en el cine. Y conforme la oía con mayor claridad vi acercarse hacia Isis y hacia mí unos hombres en formación con faldas de cuadros tocando gaitas y tambores. Parecían oficinistas que se dedicaban a eso en sus horas libres. Al fin reconocí la música. Era una melodía escocesa que se había convertido en un himno de marcha del séptimo de caballería. La policía había cortado el tráfico en la plaza para que pasara aquella banda de gaitas pero nadie les hacía demasiado caso, y los coches y los autobuses circulaban por las calles de al lado.

—Creo que estamos en algún lugar de Escocia —dijo Isis.

**EN BUSCA DE LO REAL, SE LANZAN A LA CARRERA
FINAL.**

Una torre con cuatro relojes marcaba las doce del mediodía frente a nosotros. Uno tenía la esfera azul, pero en las otras caras de la torre las esferas eran blancas. La lluvia caía con fuerza y con costumbre, ya que nunca había sido de otra manera en aquel lugar. Vimos cerca unos porches y corrimos para guarecernos bajo ellos hasta que un charco muy grande nos retuvo ante la arcada. Isis venía detrás de mí, me detuve, la agarré por los brazos, era ligera como un unicornio, y la ayudé a saltar la primera para que se cobijara cuanto antes. Luego tomé carrerilla, me lancé con los ojos cerrados hacia donde me esperaba pero erré y me di de cabeza con una columna. Quedé aturdido, sentado en el suelo bajo la lluvia. Isis me cogió de la mano y me ayudó a levantarme.

—¿Te has hecho daño? Tienes sangre en la frente.

—Me moría de ganas de rendirle este homenaje al Lazarillo.

—Javier, aquí somos libres. Hemos llegado a un sitio muy bueno. ¿Y ahora qué hacemos?

Vimos alejarse a los gaiteros entre los edificios grises y la lluvia. Desfilaban ignorados hasta parecer invisibles lo mismo que la santa compañía. Aún seguían tocando la canción que cantaba la tropa del general Custer en la película *Murieron con las botas puestas*. Cuando alguien queda preso en la obsesión de una canción, puede darse por perdido. Cada vez que la acababan volvían a empezarla, y el bucle crecía y ponía en marcha sentimientos, una tormenta de sueños y recuerdos. La música puede esconder el más venenoso de los bucles y arrastrar a la gente a aventuras épicas y también a desdichas.

—Vamos a seguirlos —dije.

—Pero ¿sabes adónde van?

—Ni idea.

—¿Y entonces?

—Me gusta esa canción.

—En marcha.

Remontando un empinado camino de barro, nos condujeron hasta un cementerio en lo alto de una colina; pero ya se sabe que todos los himnos llevan al cementerio. A los pies del montículo quedaba una catedral gótica de piedra oscura, esbelta vista de frente, que ascendía como una fumarola negra. Sin embargo, contemplada por los laterales, la iglesia parecía un hospital o un orfanato. Hizo alto la banda ante un mausoleo con la escultura de un rostro comido de verdín. Pero no dejó de tocar aquella melodía. Isis y yo nos quedamos aparte junto a un muro de piedras grandes levantado para contener los terraplenes que formaban cada nivel de aquella necrópolis. Todo era verde y triste en aquel lugar. Enseguida nos atrevimos a avanzar unos pasos hasta una tumba que tenía una cruz celta.

—Es una canción muy importante —dijo una voz detrás de nosotros.

Elías, el transformado en Walt Disney, se acercó a Isis y a mí para cubrirnos con su enorme paraguas de poliéster negro, de mango y caña hechos en una sola pieza de nogal americano. Un dechado de elegancia siempre.

—Como no me llamabais he venido yo. ¿No habréis perdido la tarjeta que os di? Liliana estaba muy preocupada por vosotros. Qué contenta va a ponerse cuando les diga que ya os he encontrado. Vuestros amigos están bien. Os esperan para pasar al otro lado.

—¿Vamos a transformarnos? —dijo Isis.

—No. No temas, no os va a pasar nada. Pero démonos prisa, porque van a cerrar el Bonpreu en vuestra parte y quisiera llegar a tiempo para comprar unos mangos Ataúlfo que tienen muy buenos de oferta. Los traen directamente de Soconusco. Aquí están dos euros más caros. Es una vergüenza.

A lo lejos de la colina se extendía la ciudad moderna. Las luces de las casas brillaban entre la niebla que lo envolvía todo, y conforme los edificios se perdían en la distancia iba amalgamándose aquel lugar en una sucia bruma rojiza. La lluvia tamborileaba sobre el paraguas de Elías y solo quedó su sonido cuando dejaron de tocar los gaiteros.

—¿Dónde estamos? —dijo Isis.

—¿Veis el monumento de aquel señor sentado, que parece un romántico echando una siesta? Allí debajo hay una entrada. Aprisa, que me cierran el súper. Estamos en uno de mis lugares preferidos. De no haberme transformado en Walt Disney lo hubiera hecho en Carl Barks, sin lugar a dudas. Lo digo porque es el creador del tío Gilito y nos encontramos en la

tierra del tío Gilito. De niño soñaba con columpiarme en una montaña de monedas. A los niños les gusta mucho el dinero. Piensan que da la felicidad. Igual tienen razón. A saber. Todo lo que se ve a lo lejos es Glasgow. La cuna de Livingstone y Adam Smith. La ciudad del robo del siglo. ¿Os acordáis del asalto al tren postal de Glasgow? A lo grande, ya solo roban los banqueros. Se están perdiendo muchos oficios antiguos.

—Yo sé otro camino —dijo Isis, y se sacó de su cazadora de cuero el plano que nos había enseñado en el bar Ski la noche antes de pasar a este lado. El corazón de tela que llevaba cosido en el pecho pareció iluminar al papel.

—No hay más camino que este —dijo Elías.

—¿Lo veis? Íbamos mal. Aquí lo pone. Yo soy muy buena leyendo mapas. No os extrañe que en otra vida hubiera sido exploradora. ¿Has dicho que Livingstone es de aquí? Eso tiene mucho sentido. Las cosas no suceden porque sí. Existe un orden en el cosmos. Es lo primero que se les enseña a las criaturas; con esta intención les regalan siempre esos juguetes para montar piezas. Me refiero a esos cubos y cilindros. También soy muy buena con el dibujo lineal. Por eso parezco una línea. Lo que pasaba es que estábamos mirando el plano al revés.

Isis giró la cuartilla y desapareció el transformado en Walt Disney y también desapareció el cementerio, y dejamos de oír la lluvia sobre el paraguas y sobre la tierra, y miré a mi alrededor y vi que nos encontrábamos en una calle donde todo el mundo tenía la cara de Jacques Brel. Ante nosotros una librería antigua mostraba escrito en su rótulo Jacques Brel and Company. Era el París del que nos había hablado el luchador manco.

—Ahora sí. Estábamos mirando lo de arriba abajo y lo de abajo arriba. Por eso no cuadraba el plano con el lugar. Pero cuando algo no me cuadra no ceso hasta cuadrarlo. Es mucho mejor cuadrar que triangular. ¡Adónde va a parar! Triangular es un infierno. No hay derecho a las triangulaciones. Sí, los triángulos son muy bonitos, ahí están las pirámides de Egipto, que no me dirás que no tienen mérito. Pero las triangulaciones son una perversión del triángulo. Vaya, se ha ido tu amigo el del paraguas. Bueno, aquí no nos hace falta. Me refiero al paraguas y por tanto también a tu amigo. Se le ve que es buen dibujante, no hay más que mirarle a la cara, todo hay que decirlo. Este plano lo cogí de una pared de por aquí cerca. A ver si la encontramos. Yo soy genial encontrando cosas. Repito siete veces encuentra, encuentra, encuentra..., y aparece todo.

—¿Y si no aparece?

—¿Si no aparece qué?

—Lo que buscas.

—Eso nunca ocurre. Pero en esta ciudad ya he estado antes y la verdad es que la última vez no fue muy agradable. Creí que iba a morir despachurrada. A ver..., si mal no recuerdo hay que girar la primera a la izquierda.

Al volver la esquina de un restaurante, la fachada era un mosaico de azulejos azules y dorados, como el interior de una pirámide egipcia, nos dimos de bruces con un hombre que llevaba puesta una careta de Jacques Brel y sostenía en la mano algo parecido al mango de un paraguas con orificios.

—Disculpad que me haya ausentado un instante, pero es que me cerraban el súper. Al final he ido al Lidl. Misión cumplida. —Se levantó la careta y vimos al transformado en Walt Disney—. He aprovechado que veníamos aquí cerca para llevar este instrumento a que le den un repaso.

—¿Cómo se sopla? ¿Es muy difícil hacerlo sonar? —dijo Isis señalando esa especie de mango de paraguas.

—Tiene una lengüeta. Es cierto que su sonido no resulta muy dulce, pero evoca ese sabor auténticamente pastoril.

—El madrigalista del Clot lo toca muy bien. Muchos quisieran tocarlo como él.

—Pues me das una sorpresa, porque la mayoría de la gente desconoce el torloroto y aprende a tocar la cornamusa, la musette, gaitas de todo tipo. Yo le soy leal a este instrumento. Pobre torloroto, condenado al silencio. Y, sin embargo, hay que ver cómo un vestigio tan antiguo y tan alejado de la vida moderna como la gaita sigue fascinándonos. Yo os digo que el torloroto es más íntimo. Al fin y al cabo, la gaita no deja de ser una compleja máquina de fuelles. Una sofisticación. También me he comprado la partitura de *La Spagna à 5*, la pieza de Josquin Desprez. Seguidme.

Elías volvió a ponerse la careta y arrancó con paso diligente. Caminábamos por la orilla del Sena y navegaban los *bateaux-mouches* cargados de gente con la cara de Jacques Brel. Un hombre que regaba las macetas de su gabarra saludó con la mano a Elías como si le conociese. No tenía el rostro de Brel sino que era clavado al actor Jean Dasté. Nuestro guía respondió muy contento agitando en el aire su instrumento musical sin aminorar el paso. Isis se me cogió del brazo y miraba sonriente en todas direcciones. Le encantaba esa ciudad.

—¿Os gustan las novelas de Léo Malet? —dijo Elías.

—Me encantan —dijo Isis—. No leería otras.

—Yo las he leído en cómic, dibujadas por Tardi. Para algo también soy dibujante. También he leído sus adaptaciones de Manchette. Ahora vamos hacia el puente de Tolbiac, por eso os preguntaba. Bueno, luego me he leído algo de esos autores en sus propias novelas. Pero prefiero los cómics porque te quedas más rato mirando la página sin necesidad de pasarla. Si haces eso con un libro pareces tonto. Es curioso que uno pueda parecer más tonto mirando una palabra que mirando un dibujo. Leídos por separado, el París de Manchette es muy diferente del París de Malet. Pero Tardi los unifica. Tardi es una manera de ser París. Si tenemos tiempo, pasaremos por la Salpêtrière. En ese hospital trabajó Freud. Es una locura. En el parque de la entrada hay cada vez más tiendas de campaña. Está jodida la cosa. Gente muy pobre es la que se está amontonando ahí. Por la noche el sitio se pone muy fúnebre y da un poco de miedo. La otra tarde vine a tomarme un café en una terraza de por aquí y me puse a hojear una historieta de Néstor Burma que me había comprado. Cada vez me gusta menos dar el salto, salir de mi piso. Bueno, si me manda Liliana a por alguna cosa no me molesta hacerlo. Pero estaba en mi mesa viendo pasar los coches, me encantan las terrazas que dan a calles grandes, mejor aún a una glorieta, y no entendí nada. No entender nada es una manera de entenderlo todo. Comprendí que aunque me quedara petrificado para el resto de mi vida en la mesa de ese café, yo no pintaba nada ahí. La verdad es que cada vez uno pinta menos en todas partes. Da mucha melancolía no poder pertenecer a lo que se ama. Da rabia tener un solo pellejo para toda la vida. Cerca del puente de Tolbiac está la Biblioteca Nacional, la de Mitterrand. Es allí adonde vamos. Los faraones hacían lo mismo. Aunque más bien era Mitterrand quien se portaba como los faraones. Los faraones egipcios gobernaban entre el esplendor y la inmundicia, no les importaba. Mandar era mucho más importante que todo lo que podía suceder a su alrededor. Como ahora. Pero luego se ocupaban de dejar un monumento fascinante, superior a toda circunstancia social, para que se les recordase por haber exaltado la grandeza de la condición humana. Es que me dijo Batlló que estaría allí leyendo. En la biblioteca, digo. Por eso vamos.

París parecía un elefante agonizando. No el elefante de la Bastilla, que retrata Victor Hugo en *Los miserables*, sino un mamut lanudo congelado en un remoto glaciar siberiano. La ciudad de las luces que iluminaron a Diderot se había convertido en la ciudad del miedo en el cuerpo.

—No hay placer de la lectura sin dolor de la lectura. Un libro tiene que doler —dijo Batlló—. Pensaba que no iba a ser capaz de acabar este. Tenía

que ir dejando de leerlo porque me faltaba el aliento, o la esperanza, o lo que sea que mueve la máquina de leer.

Nos esperaba al pie de los rascacielos de cristal de la biblioteca con un ejemplar de *Vida y destino*, de Vasili Grossman, entre sus manos velludas. Isis miró fascinada hacia lo alto.

—Trabajan muy bien en Francia —dijo Isis—. Es una pena que tengamos que irnos de aquí, pues les haríamos un gran beneficio con nuestra ayuda. Pero nos necesitan en otras partes. Todo el mundo nos necesita. No sé cómo voy a dar abasto con tanto trabajo. Y encima de que me machaco, y luego ya no tengo fuerzas para mí, nadie me lo agradece. Siempre me toca perder. Se acabó. Esto lo voy a cambiar. Y tú me vas a ayudar, ¿verdad que sí, Javier?

—¿Tú no te transformas? —le dije a Batlló.

—Claro que me transformo. No paro de transformarme. De un día para otro. De la mañana a la tarde del mismo día. Lo que pasa es que como leo, me transformo por dentro. Ya me gustaría a mí tener una ciudad en la que transformarme. Me dijo Elías que estabais de paso por aquí y le propuse que fuésemos a cenar juntos. ¿Os gustan los caracoles? Es lo único que se puede comer en este país sin parecer pedante. Aquí no conozco a nadie y siempre acabo cenando un *croquemonsieur* en cualquier sitio.

Isis volvió a sacar la cuartilla con el plano y lo alzó con ambas manos buscando un lugar hacia el que orientarlo. Acaso porque comprendió que eso significaba que íbamos a irnos de inmediato, soltó Batlló aquel gruñido de fastidio y también dio un fuerte pisotón en el suelo en señal de protesta.

—¡Ya lo tengo! —dijo Isis—. Para volver hay que darle la vuelta. Pero no de arriba abajo, sino de delante hacia atrás. Todo tiene una lógica, lo que pasa es que la gente no sabe verla. Pero las palabras son lógicas. El mundo es lógico. Todo es lógico. Si te dejas guiar por los sentimientos solo puedes actuar lógicamente. Porque lo más lógico que hay es la naturaleza. No sé por qué demonios anda la gente empeñada en estropearlo todo con la razón. La razón es una cárcel. La gente quiere tener razón para mandar y fastidiar al prójimo. La razón es lo menos razonable que hay.

Isis volvió el plano, pero el otro lado de la hoja estaba completamente en blanco. Lo miró estupefacta y le cayeron dos lágrimas de tristeza.

—Al otro lado no hay nada. Nunca hay nada cuando lo necesitas —dijo.

Le sequé la cara con los dedos y tomé suavemente la hoja de sus manos. Quizá ya no nos servía para nada. La doblé y me la guardé en la cartera junto al dibujo azul de Tintín que me había regalado la primera vez que nos vimos.

—Nos hemos equivocado —le dije—, y a lo que llamamos el tiempo es el espacio y el espacio es el tiempo. El tiempo es siempre el mismo, siempre ha estado ahí en la misma cantidad. Somos nosotros los que entramos y salimos con nuestros actos, con nuestras vidas. Lo convertimos en espacio para estar juntos, para contabilizar nuestras proezas, para acumular gestas. No dejamos de pasar por él. Pero el tiempo siempre es el mismo.

—Entonces, ¿hacemos ahora una proeza? —dijo.

—¡Sí! —repuse.

—¿Cuál?

—¡Salir corriendo! —Y cogí a Isis de la mano y bajamos a la carrera la monumental escalinata de hormigón sobre la que se alzan los edificios de la Biblioteca Nacional francesa, e Isis tiró de mí para ir hacia el puente de enfrente y yo contrataré de ella para seguir hacia un lado.

—¡Ese no! ¡El siguiente es el puente de Tolbiac!

—¡Y qué más da! —dijo jadeando.

—Llegar hasta ese puente es la única manera de que todo esto tenga sentido. Acuérdate, Isis, todas las cosas tienen un sentido. Tú siempre lo dices. Hay que luchar por ello.

—Ya nada tiene sentido.

—Corre. Es allí. En tiempos de Léo Malet había ahí un viaducto por donde pasaban los trenes. Pero lo desmanteló Mitterrand para hacer la biblioteca. Fíjate, se cargaron un viaducto que inspiró una novela maravillosa con el fin de poner en su lugar un sitio para guardar la novela. Aprisa, Isis, creo que si corremos más podremos alcanzarlo.

—¿Alcanzar el qué?

—El viaducto.

—El viaducto ya no existe. No quiero ir al pasado. A mí no me gusta el pasado porque muy mal lo he pasado.

—Deja de hablar mientras corres, Javier —me dijo mi madre por telepatía—, a ver si te vas a caer y vas a hacerte daño otra vez. A tu padre le gustaba mucho Mitterrand, porque era socialista como él. A tu padre le gustaban todos los socialistas porque él era uno de los suyos. Le gustaron hasta que empezaron a mandar y se olvidaron de él.

Cuando llegamos al otro extremo del puente de Tolbiac, encontramos a Elías y a Batlló dándonos aliento para que corriéramos más aprisa, como en las carreras populares. Pero ya no era París lo que se levantaba ante nosotros en este otro lado del puente, sino los edificios del barrio de la Paz, sostenidos

por fuera con estructuras de acero después de una restauración a causa de la aluminosis. Era la frontera entre San Adrián y Barcelona.

—¡Vamos, vamos, vamos! —nos jaleaba Elías dando también aplausos de apoyo con el torloroto sujeto bajo el brazo. Y Batlló se puso a correr a nuestro lado para animarnos y así nos acompañó unos metros hasta que se detuvo y quedaron ambos atrás.

Las vías del tren de París que dejábamos al otro lado del puente pasaban ahora por el descampado que hay entre la Catalana y la Mina. Cementerio pelado de yonquis vivos. Y el río ya no era el Sena. Era el Besós. Otro tipo de mamuts agonizantes. Otra época glacial. Las garcetas que anidan en el parque fluvial del Besós habían salido a buscar comida entre los contenedores de basura del mercado municipal. Miré al cielo y como vi que no tenía visos de llover supuse en qué lado de Barcelona seguíamos. O, dicho de otra forma, imaginé en la Barcelona de qué lado andábamos. Seguimos corriendo por la rambla de Guipúzcoa, adentrándonos cada vez más en la Verneda. De ese barrio salió la Banda del Extremo Placer Solitario, *rock* de vivir en bloques y sentarse en los respaldos de los bancos en parques tétricos. Pasamos a toda mecha por la acera donde había estado la planta embotelladora de Coca-Cola, una exclusiva que el franquismo repartió entre sus protegidos. Una franquicia en todos los sentidos. Había sido un edificio de los años sesenta, en forma de ele. Muy moderno entonces. La fachada era de cristal y la gente se iba allí a ver cómo trabajaban los operarios, cómo las máquinas embotellaban automáticamente toneladas de Coca-Cola. Miles de botellas desfilando sin parar lo mismo que desfilan los días en la historia de la humanidad. Pero la planta ya había sido desmantelada y de ese modo desapareció un vestigio más de la sociedad franquista. Hacía años que andaban borrando por toda Barcelona las viejas heridas de la dictadura. Por lo menos, sus nombres. Extirpando las palabras se borraban los recuerdos. Y sin embargo esa memoria todavía persiste allí mismo, por ejemplo, en el nombre de aquel barrio de la Paz, pues se lo puso la dictadura en conmemoración de los veinticinco años de paz franquista, y fue inaugurado por el Caudillo en persona. Pero no, a cambiar el nombre de un barrio entero no se atrevían las autoridades locales. Además, como ya todo el mundo lo nombraba en catalán, pasaba más desapercibido, pues en política, lo mismo que las manos en religión, una lengua lava a la otra. Unos metros más adelante, a la altura de los trasteros del Bluespace, un coche nos cerró el paso. Era el Seat Ibiza rojo y blanco de nuestros amigos Starsky y Hutch.

—Subid. No hay tiempo que perder —dijo Hutch. Se volvió hacia los asientos traseros y levantó el pestillo de seguridad para abrir la portezuela del coche.

—Menos mal que han pasado a recogernos; pensaba que iba a desmoronarme por el camino. Hay que reconocer que aquí la policía da un buen servicio cuando hace falta —dijo Isis.

Hutch puso la sirena en el techo y Starsky metió el vehículo a toda castaña sin reparar en semáforos ni peatones. Isis se tapó los oídos con los dedos; pero enseguida se acostumbró al ruido y con gesto de estar divirtiéndose contemplaba por la ventanilla las reacciones de los viandantes y recreaba su vista en el paisaje del barrio.

—Son muy bonitas esas pajaritas blancas —dijo Isis.

En la zona en que la rambla de Guipúzcoa se convertía en la calle Aragón, irrumpía el monumento de las cuatro pajaritas de papel forjadas en hierro.

—Se trata de una réplica de las que hizo el escultor Ramón Acín. Lo fusilaron con su mujer, Conchita Monrás, en la guerra civil. Las originales están en un parque de Huesca —dijo Hutch.

—Ya estamos llegando —dijo Starsky.

—Todos los niños tendrían que aprender a hacer pajaritas de papel y así el mundo iría mejor —dijo Isis.

Starsky y Hutch nos dejaron en las obras de la plaza de las Glorias y se marcharon rápidamente con la sirena apagada. Aquel sitio estaba lleno de zanjas, vallas metálicas, tierra removida, excavadoras, señales de paso cortado y señales de desvío. Llevaba así años, y el agujero que se estaba abriendo era cada vez más ancho y profundo. Las tres principales arterias interiores de Barcelona confluían en ese punto, y los coches pasaban de largo como una tormenta de meteoritos evitando un planeta devastado. Parecía que todas esas obras se realizasen en sacrificio al tótem que presidía el lugar. Una torre en forma de falo. Todas las noches, la torre arrojaba su luz fría sobre la carne abierta de la ciudad. Y sobre esa piel se criaba la costra dura de las chabolas que volvían a tomar Barcelona.

—Javier, Isis ¿dónde os habíais metido? ¿Estáis bien? Tenemos que saltar ya. Los agujeros se están cerrando por todas partes. El resto del equipo ya ha pasado, pero Ángel y yo os esperábamos —dijo De Diego.

Ángel asintió descuidadamente concentrado en liarse un cigarrillo. Sujetaba el filtro entre los labios y murmuró algo. Con un gesto brusco, De Diego tiró de una valla de chapa, que mantuvo entreabierta con su gruesa mano. En la otra mano sostenía el móvil con el que nos estaba grabando, y

colgaba de su brazo la bolsa de perfumes La Balear. Nos señaló el paso ladeando la cabeza.

—Daos prisa —insistió De Diego.

Lentamente se aproximó hacia nosotros una gigantesca oruga amarilla de la marca Caterpillar. Llevaba la pala elevada y la operaba desde la cabina el luchador manco con su sola mano. Se había recogido con un imperdible la manga vacía del abrigo.

—Así se habla, De Diego. Ahora la Real Academia permite emplear la forma iros, pero se trata de una excepción muy concreta —dijo el señor Comajuán desde lo alto de la pala—. De modo que haces muy bien en utilizar el imperativo daos, en vez de daros. Oruga es una palabra Alicia, traigo esto a colación porque ya ven que voy subido a este tractor oruga. Las palabras Alicia crecen y se encogen en función de lo que se haya comido ese día. Son palabras como la famosa oruga de la Alicia de Carroll, palabras que solo hablan cuando les da la gana y que si no les conviene no quieren decir nada. Bueno, la mayoría de las palabras no quieren decir nada, por eso la gente se enfada tanto cuando discute. No me refiero a que la mayoría de las palabras no tengan significado, sino a que no quieren decir nada en el sentido de que no quieren hablar, lo mismo que la oruga de *Alicia en el País de las Maravillas*. Y por eso digo que nos peleamos entre nosotros siempre que pretendemos hablar en nombre de las palabras. ¿Habéis estado en Central Park, en Nueva York? Pues el centro escultórico ese tan majo de *Alicia en el País de las Maravillas*, que todo el mundo que pasa va a visitar, es obra del escultor español José Mariano de Creeft, todo hay que decirlo. En Guadalajara que nació. Hoy es más conocida la Guadalajara de México que la española, pero eso ocurre porque la gente ya no lee ni *Viaje a la Alcarria*, de Camilo José Cela, ni *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, de Rafael Sánchez Ferlosio. Aquí pueden más las rancheras que los libros.

Felipe hizo descender la pala del tractor y el señor Comajuán saltó a tierra y caminó hacia nosotros. Se relamió el labio superior y estrechó afectuosamente la mano de Ángel. De Diego rehusó su mano y le abrazó con fuerza.

—Os estoy muy agradecido por todo lo que habéis hecho y arriesgado viniendo a esta parte para grabar el reportaje. La catástrofe es irreversible en este lado. Irreversible es una palabra tapia, siempre se estrella uno de cabeza contra ella. Aquí yo ya he hecho todo lo que he podido. Pero no os demoréis más, pues aunque parezca que este agujero vaya a estar toda la vida, tiene los minutos contados.

Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia y aquel gigantesco socavón se puso a encoger delante de nosotros. Los trabajadores de la obra soltaron las herramientas y se apresuraron en busca de un lugar donde cobijarse. Reconocí los rostros de los que estaban transformados en los vecinos de *Crónicas de un pueblo*, pero muchas otras caras no sabría decir de qué me sonaban. Un puñado de obreros que iba con ponchos y pantalones de pana me recordó a los integrantes del grupo Jarcha, y el señor Comajuán me explicó que era el comité de empresa, que en todas las empresas los sindicalistas estaban convirtiéndose en reliquias de la canción protesta.

Ángel arrojó su cigarrillo a la tierra mojada y golpeó el brazo de De Diego para que le siguiera.

—Venga, Javier, Isis, ya no hay tiempo que perder —nos dijo a nosotros, y a continuación se dirigió al móvil de De Diego, pronunció unas corteses palabras de despedida para los espectadores y desapareció por el agujero.

Pero De Diego no le siguió de inmediato, sino que se quedó a grabar el salto de nuestro director y luego dio media vuelta, tomó un plano del señor Comajuán, que posó ladeando la cabeza con sonrisa de truhán, y también enfocó a Isis, que mandó un beso con la mano a quienes alguna vez pudieran verla.

—¿Qué hago, Javier, me quedo? ¿Me salvaré si me quedo? Es que tengo que volver a mi sitio, pero aquel no es mi sitio. Dime, Javier, ¿qué hago? ¿Por qué nunca hay un sitio para mí? —dijo Isis.

De Diego me enfocó a mí buscando grabar mis palabras y a la vez me hizo una señal con la otra mano para que me apresurase y le siguiese, pero yo negué con la cabeza indicándole que aún no era el momento de seguirle, y entonces a De Diego se le humedecieron los ojos y se volvió tomando una última vista de la zona y apagó el aparato y lo guardó en su chaleco de safari. Antes de saltar y desvanecerse por el socavón, volvió a mirarme y sacudió su bolsa de La Balear como dando a entender que en la vida se debe uno a sus cosas, aunque sean una mierda.

—¿Qué hago, Javier? ¿Salto? —insistió Isis.

El agujero se estaba cerrando.

—Tú primera —le dije, e Isis se cogió a mis manos confiada, sentí las suyas palpar, y la ayudé a meterse en aquella grieta por la cual apenas ya cabía una persona, y cuando la solté el agujero se selló para siempre, así que me volví en busca de algún otro agujero, pero allí solo vi la oruga amarilla abandonada. Y empecé a andar rumbo a alguna parte.

NOTA SOBRE EL LIBRO Y LOS PERSONAJES

Como todos los libros, esta novela está basada en hechos reales. Lo que pasa es que no ocurrieron tal como se cuentan y lo que se cuenta jamás sucedió. Pero algunos de sus protagonistas sí han podido con las trampas de la invención y se manifiestan tal cual eran. O más bien, tal como los conocí y creí que eran. Pero tampoco esto es cierto del todo. A cada momento he antepuesto la verdad del personaje a una realidad que de algún modo acabó asimismo traicionándonos a todos. Siempre ha sido así, y creo que por esto muchas veces se escribe ficción. Para hacer justicia. O para hacer literatura. Yo qué sé.

De Batlló fui amigo, y aunque no murió en la forma en que aquí se narra, lo cierto es que murió, y en muy gran medida a eso se debe el haber escrito esta novela. Su personaje resucita en estas páginas después de ser velado en la morgue. He de reconocer que este es un libro de espíritu chamánico que pretende enfrentarse a la muerte con una magia muy humana y antigua, la de la palabra. Quise restituir a Batlló lo que no hay manera. La vida de José Batlló está explicada en líneas generales a lo largo de estas páginas a modo de homenaje. Porque la suya fue una vida entregada a la literatura, merece ser contada por la literatura. Quien quiera saber sobre su figura encontrará una soberbia introducción autobiográfica en su antología anotada que repasa lo que editó en la colección *El Bardo (El Bardo, 1964-1974, Memoria y Antología*, edición de José Batlló, editorial El Bardo, Barcelona, 1995). También aluden a él en sus libros de memorias la editora Esther Tusquets y el exvicepresidente de Gobierno Alfonso Guerra. En el *Diccionario de la Literatura Española e Hispanoamericana*, en Alianza, en dos volúmenes, se ocupó de su reseña el poeta Luis García Montero.

Tras el nombre de Carl Malone se oculta un verdadero autor de bolsilibros. Se hizo llamar Curtis Garland y así lo admiramos miles de lectores. Fuimos amigos y murió hace unos años. El periodista estadounidense José Treviño, que le hizo la entrevista para *El Sol de Yakima* aquí aludida, existe y asimismo son reales dicha entrevista y dicha publicación. No es cierto, aunque así salga en la novela, que el autor tuviera

una figurita de Tejero en su casa; pero le escribía cartas a Esperanza Aguirre y no le molestaban nuestras críticas cuando nos los explicaba en el bar ante una copa de vino de batalla. Tampoco murió tan solo como el personaje. Su hija, Mercedes, lo atendió hasta el final. Pero esta muerte novelada es emblema de muchos finales tristes que así han sido.

Quizá a estas alturas alguien se esté impacientando porque aún nada se ha dicho sobre qué hay de real en el equipo de amigos que integra *La noche fenomenal*. Todo es verdadero, excepto cada uno de ellos. Durante un tiempo trabajé en un par de programas de televisión dedicados a los libros (en realidad eran prácticamente el mismo), y lo que aprendí en aquellos días me ha servido para montar este equipo ficticio. Es real en todo momento la amistad que los aglutina, la manera de trabajar, de reunirse, la pasión, el modo de preparar los programas, las copas al terminar la emisión; pero a los amigos los he dejado en paz para contar esta historia. No es una novela de vampiros, quiero decir, vampírica, o no lo es al margen de lo decente. Quizá Ángel, el director del programa, deba más de la cuenta al director del programa verdadero, Emilio Manzano. Por eso aparece, a modo de cameo, con su propio nombre y apellido, en el mogollón de estas páginas. Necesité de toda su sabiduría para enseñar a mi personaje a dirigir un programa de televisión. Por supuesto, mi personaje no le alcanza ni en brillo, ni en inteligencia, ni en estilazo a Emilio. Para que esto quedase reflejado, tendría él que escribir el libro. Ojalá se decida. Su libro *Pinyols d'aubercoc* es extraordinario y fue publicado por la editorial L'Avenç en 2007.

En el miembro de *La noche fenomenal* J. L. Hermosilla está alojado el recuerdo de Rafael Metlikovez, el integrante del dúo escénico Accidents Polipoètics. Nunca tuvo nada que ver con nuestro programa de libros y fue uno de mis amigos más queridos. Murió no hace mucho y ahora es otro fantasma que campa por estas páginas. Creo que también escribí esta novela para hojearla a altas horas de la noche y salir a su encuentro. La conversación con que J. L. Hermosilla se despide en este libro recoge las palabras que pronuncié en el funeral de Rafa.

Bajo los sabios Mayordomo y Laguno, que debaten sobre arte prehistórico en el plató, se encuentran dos buenos amigos con idénticos apellidos, José Manuel y Gonzalo, respectivamente, a quienes estos temas les traen sin cuidado. Pero viven, y porque vivimos he querido celebrarlo invitándolos a delirar en la novela. He de reconocer que todo ese delirio es exclusivamente mío, y que me he ocultado tras ellos para salir impune.

Las teorías sobre las fumarolas negras que expone el señor Comajuán, personaje totalmente ficticio, si nadie tiene nada en contra que decir, están clara y científicamente expuestas en el libro *La exploración del mar*, del oceanógrafo Robert Kunzig (editorial Laetoli, 2007). Cuando las leí sentí unas ganas tremendas de escribir una novela con ellas. Es terrible, mientras hay gente que piensa, otros nos ponemos a tocar la pandereta. La historia del súbdito japonés Tsutomu Yamaguchi la saqué de la noticia que en 2009 dio la prensa española con el tardío reconocimiento por parte de las autoridades de su país de su condición de doblemente irradiado.

El camarero de la coctelería existe realmente, así como el local. Una vez fuimos pronto, y como no había mucho ajeteo, entre negroni y negroni nos contó amablemente su historia, que aquí se reproduce en el modo en que más o menos creo recordarla.

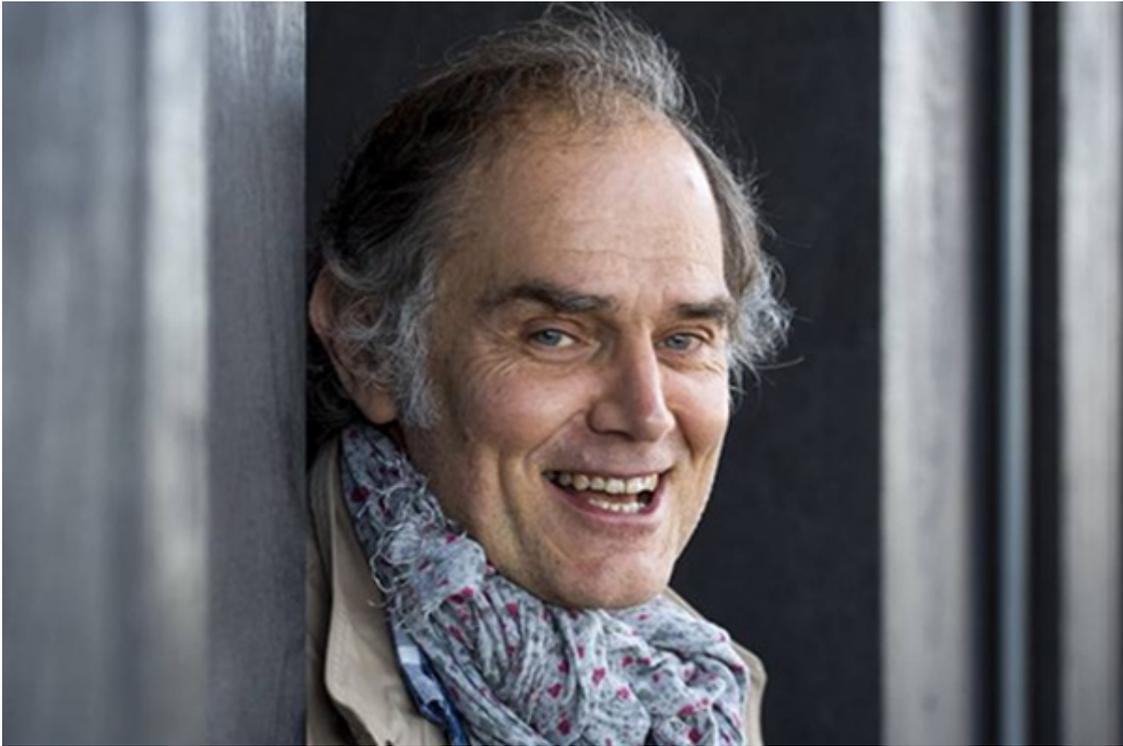
Ni que decir tiene que es cierto que mi madre, al igual que todas las madres, posee poderes telepáticos. Pero el resto, en lo que concierne a su personaje, he de reconocer que sí me lo he inventado.

Yo soy el madrigalista del Clot. Bueno, creo que soy yo cuando me acuesto y me meto en la cama con Radio Clásica en busca de músicas antiguas y también de músicas modernas, para, al igual que ese personaje, conseguir no existir de forma tangible. Ah, si alguien está interesado en escuchar música para torloroto, le recomiendo efusivamente el compacto *Krummhorn, cromorne, storto, Tournebout?*, de los músicos Syntagma Ámici dirigidos por Bernhard Stilz, y editado por el sello Ricercar. También, en sus primeros discos, el grupo de folk inglés Gryphon empleó este instrumento.

Y, para finalizar, quiero decir que quien existe más de verdad, y de hecho este libro es una reivindicación de su vivo existir, es el personaje de Isis. Está inspirado en la maravillosa cantante y compositora de *rock* Tina Gil. De ella, de la Tina real, he tomado prestado su estilo y su emoción intelectual en un acto de amor, lealtad y compromiso con su carrera artística, que en su caso es con su vida. Por supuesto, la vida personal de Isis no es la de Tina, pero todo lo que aquí dice ese personaje lo he saqueado palabra por palabra de las conversaciones que Tina y yo mantenemos día tras día. Acudan a sus actuaciones siempre que puedan y visiten su canal de YouTube, se llama Huesocerebro. Lo canta aún mejor que lo cuenta. No se la pierdan.

Sin mis editoras Silvia Sesé e Isabel Obiols, sin sus comentarios, sin sus observaciones y sin sus sugerencias, lo que hace de este libro una novela no estaría aquí. A ellas debo el poder acercarme a lo que busco (la cita que encabeza este volumen tiene mucho que ver con eso) y les quedo eternamente

agradecido. Tres veces les entregué el original, pero ya sabemos que el tres es un número prudente.



JAVIER PÉREZ ANDÚJAR (Sant Adrià de Besòs, 1965), licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, es autor de *Los príncipes valientes*, *Todo lo que se llevó el diablo*, *Paseos con mi madre*, *Milagro en Barcelona* (con fotografías de Joan Guerrero), *Catalanes todos* y *Diccionario enciclopédico de la vieja escuela*. Publica en *El País* y colabora en el programa de radio *A vivir que son dos días* (Cadena SER). Asimismo formó parte del equipo de los programas de televisión *Saló de lectura* (Barcelona Televisió) y *L'hora del lector* (TV3). También ha colaborado en medios como *El Periódico de Catalunya*, el fanzine *Mondo Brutto*, *Ajoblanco* y la revista literaria *Taifa* (dirigida por José Batlló). Por sus crónicas en la edición catalana de *El País* recibió el Premio Ciudad de Barcelona de medios de comunicación en 2014, y en 2016 obtuvo el premio Estado Crítico de ensayo por su *Diccionario enciclopédico de la vieja escuela*.

ÍNDICE

1. Se conoce la pandilla y todo va de maravilla.
 2. El librero en su librería es arrastrado por la policía.
 3. Llega el profesor Osías y convierte en dogma las herejías.
 4. Aún quedan hombres con bigote que no tienen cara de hotentote.
 5. Nunca se escribe tosco y mucho menos en las novelas de kiosco.
 6. Aparece la chica del pelo blanco, que se sienta en el escalón como si fuera un banco.
 7. Como un dragón junto al río, encuentran al hombre que surgió del frío.
 8. Se quedan de una pieza en el instituto de belleza.
 9. La cosa se pone cómica a pesar de que cae dos veces la bomba atómica.
 10. En el cubil del dragón, se junta un mogollón.
 11. Como en las novelas de vaqueros, la chica del pelo blanco vuelve por sus fueros.
 12. Nada hay más cool en el orbe que escuchar a Frank Zappa en la morgue.
 13. Buscan las puertas de acceso con Starsky y Hutch en carne y hueso.
 14. Con el luchador manco en la gruta, esta parte es un poco bruta.
 15. El cartel dice: «Se dan clases de torloroto», y la chica lo guarda como un exvoto.
 16. Mientras el equipo delira, un amigo se retira.
 17. Aquí queda descrito el gag del taxista huerfanito.
 18. Al fin dan el salto en una noche de lluvia y asfalto.
 19. Lo que encuentran en el otro lado es un mundo derrocado.
 20. Entra en acción la banda de la transformación.
 21. ¿Quién dijo que eran feas porque fuesen chimeneas?
 22. En busca de lo real, se lanzan a la carrera final.
- Nota sobre el libro y los personajes